ANA SERCA



EL DIAMANTE DE LA BRATVA

VIKTOR



Contenido

El diamante de la bratva
Agradecimientos
Avisos
Este es el segundo libro de la serie y es autoconclusivo
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Epílogo
Otras obras de la autora
Plukman
Maximo
Scape room
Ni el bien, ni el mal

Ángel de alas negras
Demonio de alas negras
Aleksei: El dragón de la Bratva

VIKTOR



El diamante de la bratva

ANA SERCA

Autora: Ana SerCa

Edición: Abril 2026
ISBN: 9798254037446
Independently published
Depósito Legal: CS298-2026
Portada: @lucemonzantg
Correctora: Virginia de Novoa
Maquetadora: Majo López
Alguna imagen del interior es de Freepik

Todos los derechos están reservados. Queda rigurosamente prohibida la reproducción y distribución de esta obra salvo excepción prevista en la ley o autorización expresa del autor.
Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, lugares, hechos, diálogos en esta novela son producto de la imaginación del autor o han sido utilizados de forma ficticia.

Agradecimientos

Siento que en las dedicatorias siempre me dejo a gente maravillosa que me he cruzado en este mundo. Personitas increíbles que un día te despiertan con un mensaje contándote que les ha gustado tu historia.

Me encanta cuando me contáis que habéis reído, odiado, amado o llorado, porque me alentáis para continuar en esta locura. Quiero agradecer a todos los que, publicación tras publicación, seguís aquí. A los nuevos y a los que alguna vez os cruzasteis en mi camino. Amigas, familia, vecinas y compañeras que me siguen al final del mundo, y también quería hacer mención especial:

A Sandrux, una tía increíble que cada vez que habla sube el pan.

A Katia, por esos vídeos cómicos que me encantan y su naturalidad. Gracias por estar ahí.

A San, gracias, mi bonita, por darme siempre tus impresiones.

A Chari, por cruzarse en mi camino de lecturas.

Al grupo oscuro de Bookstagram, Angelsofdarkness3

A Monika, una dragona de fuego.

A Juana, que por fin puede leer un libro con su nombre como protagonista.

A María Gracia, por ser tan maja.

A Luucibooks, una chica oscura.

A Estrella, una gran mujer.

A Enelolimpo, por esos supervídeos que se marca.

A MariayVicente, por estar siempre en mis proyectos

A mi Nela, mi niña bonita siempre al pie del cañón.

A Duli, gracias por cruzarte en mi vida.

A todas las Saras.

A luucibooks por ser una chica oscura.

A v.ani.f porque es una princesa oscura.

A mi by_alvadia porque sus *melts*, huelen a gloria.

A Anaiis94 por ser una gran lectora.

A gein82 porque le encantaría, gracias por estar aquí.

A Marihoyoslopez por estar en mi canal.

A encantando_paginas por todo el cariño recibido.

A graciajiji por estar en este camino de la mafia.

A mi bookcriss, porque sus videos son lo más.

A Marielie, porque se lo ha recetado el médico.

A Mónica, Yure y Paula, ese grupo al que paso a visitar por TikTok.

A Lola Ortiz, la tengo muy lejos, pero la siento siempre cerca. Te adoro, niña.

Al grupo Aquelarre, por darle tanto cariño a los dragones.

A Yriana por unirte a esta locura.

A mi Bookis.sora, mi lectora UNO de esta historia. Necesitaba conocer a Viktor antes que nadie.

A Marta QR, por todos sus mensajes de apoyo y esa chispa que tiene.

A Ascensión, porque me lo ha pedido con mucho cariño.

A Estela, qué alegría encontrar personas así en el camino.

A Almudena, que dentro de nada es su cumpleaños.

A Tía Coca, eres una genia. Ojalá tenerte más cerca y poder probar esos deliciosos pasteles.

A Lore, por estar siempre ahí al pie del cañón. Una dragona.

A Estefanía Miranda, una artista en lo suyo. Gracias por estar ahí.

A mi Carla, tan lejos y, sin embargo, la siento tan cerca.

A Sugi, siempre tiene un ratito para leerme y comentar mis historias.

A Amalia, por estar siempre la primera en la lista.

A Lourdes, una Lilith oscura.

A Itziar, por montar esos *post* tan cañeros.

A Aida, eres bonita por fuera, pero mucho más por dentro, no lo olvides.

A Trini Cerezo, por estar en cada aventura.

A Vicky, un diez de mujer.

A Anaaiis, una lectora fiel y una compañera de mi clan.

A Jazmín, mi bella lectora dominicana.

A Pam, una compañera de aventuras y amiga.

Y a las superbeta, mi motor:

LOLA, NANI, ISA, AINHOA Y ALBA.

Han estado ahí al pie del cañón para que la historia tuviese la chispa que se merece. Solo tengo dos palabras para describirlas: PUTAS AMAS.

Nani es mi Juana favorita, siempre tiene escenas que añadir.

Isa, gracias por unirte en esta aventura.

Alba, por ser mi compañera y estar ahí siempre al otro lado, por preocuparte y gritar conmigo.

A Ainhoa, por coger siempre el toro por los cuernos y darle tu toque cañero.

Y a mi Lola, vale su peso en oro, es mi motor.

Esta novela es para todas vosotras y todas las que, publicación tras publicación, seguís aquí. Sin vosotras, nuestras historias quedarían en el olvido.

Gracias por elegirme y animarme a continuar y…

Bienvenidas a mi clan.

Avisos

Este libro tiene contenido explícito. Es un *mafia romance* y, dentro del género, trata los siguientes temas:

- TORTURA física, mental y emocional.
- ASESINATOS. Aquí los cuchillos cortan y te hacen trocitos.
- Contenido EXPLÍCITO. No leer en el transporte público.
- SANGRE. Más que en una donación masiva.
- DOLOR. Como caminar descalzo sobre brasas encendidas y cristales rotos.
- SUICIDIO.
- Maltrato ANIMAL.

Esta autora no está en contra de ninguna raza, creencia, cultura o religión.

No recomendado para menores. +18

Este es el segundo libro de la serie y es autoconclusivo

Este libro es autoconclusivo y puede leerse de manera independiente, pero, como escritora y lectora, voy a darte dos opciones:

Puedes leer *Aleksei. El dragón de la Bratva* primero. Un *mafia romance* intenso que está disponible en exclusiva en la plataforma de Amazon o puedes adentrarte en la serie con el siguiente resumen.

¡¡Cuidado!! Contiene *spoilers* del primer libro. Si has elegido la primera opción, no leas este resumen aún.

Anastasia es la hija mediana de los Petrov, es la más inteligente y, aun así, resulta una moneda de cambio para su clan, ya que su padre es el líder. El cometido de la familia Petrov es el blanqueo de capitales, otorgándoles entre los clanes de la región una posición privilegiada.

Por eso, el jefe del clan más sanguinario y poderoso, los Dragov, decide sellar un acuerdo matrimonial entre su hijo menor, Ivan Dragov, y ella, Anastasia Petrova.

Los Dragov son hermanos de madre, pero el verdadero hijo del Pakhan es Ivan, por eso nadie espera que el día del decimonoveno cumpleaños de Anastasia, cuando ambos clanes van a oficializar el compromiso, suceda la tragedia.

A pesar de que todo el mundo esperaba a Ivan como futuro Pakhan, él era conocedor de la verdad: tanto el liderazgo como el compromiso con la hija de los Petrov iban a quedar en manos de su bastardo hermano. Por eso, decide trazar un plan para matar a su propio padre, separar en dos a su clan y cargarle la culpa de todo ello a Aleksei, haciendo creer que también es el asesino de la familia de Anastasia que morirá en la fiesta.

Cinco años después y con dos hermanos enfrentados rivalizando por el poder, Anastasia acepta volver a Rostov del Don, casarse con Ivan y unir fuerzas para destruir a Aleksei Dragov, su mayor enemigo. Sin embargo, el día de su boda, antes de que se lleve a cabo, Aleksei la obliga a casarse con él y seguirla a su mansión. Él ha contado con la ayuda del hermano de Anastasia, que intenta protegerla. Viktor Petrov, sabe que Ivan, el que fue hasta hace poco su amigo, es el culpable y ha engañado a todos, por lo que también es su enemigo. Confía en Aleksei, es el único que puede salvarla.

Porque, entre el amor y el odio, solo resurgen las llamas del dragón.

Puedes odiarme si quieres,

pero terminarás necesitándome.
Y entonces decidiré yo.
VIKTOR

VIKTOR



Prólogo

«Este es el último trago». Eso es lo que llevo pensando hace media hora y casi me he acabado toda la maldita botella de *vodka*.

Qué más da. Hoy tengo mucho que celebrar, la empresa Diamanty ya es mía en su totalidad.

Si mi padre pudiese ver lo que he conseguido estaría muy orgulloso de mí.

Vuelvo a verter otro trago más. Tengo todo lo que un hombre con poder desearía, una mansión en Rostov del Don valorada en millones de rublos, varios deportivos alineados en la puerta y una fortuna que ni siquiera podría contar en toda mi vida.

Aun así, hay un vacío en mí que no consigo llenar.

No fue tarea fácil recomponer mi clan, los Petrov sufrimos mucho durante la guerra y perdimos a muchos de los nuestros. Pero la herida más profunda llegó nueve años atrás, en aquella fiesta que lo cambió todo.

Yo tenía apenas veinticuatro años cuando me arrebataron a casi toda mi familia. Mi madre murió esa noche. También mi hermana

pequeña, Valentina.

El responsable fue alguien a quien había llamado amigo desde la infancia. El mismo hombre que estaba a punto de convertirse en el prometido de mi hermana.

Aquella noche orquestó un atentado contra su propio padre, el Pakhan, con el único objetivo de arrebatarle el poder. No le importó el precio, tampoco destruirlo todo a su paso. Ni siquiera le importó llevarse consigo una parte de mi vida.

Ya lo odiaba antes de la masacre, él había sido el causante de que ya nada para mí tuviese valor y ni el triunfo ni el aumento de la fortuna logran aliviar la pérdida. Solo me recuerdan todo lo que me fue arrebatado.

La única que puede ver el hombre en el que me he convertido es mi hermana Anastasia. Ella lidera el clan más sanguinario de Rusia desde Shebek Valu junto a su marido, el Pakhan, Aleksei Dragov.

—A este paso te va a dar un coma etílico —dice mi hombre, Roman, mientras se sienta en la silla que hay frente a mi escritorio. Se inclina, coge la botella y se sirve también un vaso—, venga, que te voy a ayudar.

—Tengo que celebrar el éxito —respondo recostándome en la silla—, no todos los días uno se hace con la empresa más importante de diamantes de Rusia.

Ha sido un trato sucio, hasta yo lo sé, pero es lo mejor que sé hacer. Mi padre siempre intentó enseñarme a controlar la parte informática de nuestro negocio; sin embargo, a mí me gustaban más las finanzas a mi manera. Al fin y al cabo, mi padre era conocido por blanquear cantidades indecentes de dinero y ocultarlas en paraísos fiscales. Ese don lo heredó mi hermana Anastasia.

He comprado la empresa en bolsa por un precio ridículo y ahora cotiza tan alto que no sabría en qué gastar el dinero de las ganancias.

Este negocio ha sido una obra maestra. También una venganza que se me ha servido en bandeja.

—Podríamos ir al Theams Club, hay unas camareras que están muy buenas y a alguna seguro que le apetece pasar un buen rato —

propone Roman, que se ajusta la corbata y se la alisa con la mano sobre la camisa.

Mi amigo, de cabello rubio y apenas unos centímetros más bajo que yo, ha sido durante todos estos años mi mano derecha. Confío en él hasta el punto de darle una indecente cantidad del dinero que he ganado. Mi padre siempre decía que había que mantener a los socios contentos y así estos siempre te serían fieles.

Pero, en este mundo, el dinero es lo único que realmente importa. Y, con el tiempo, aprendes que no siempre es fácil distinguir cuándo alguien te aprecia de verdad y cuándo solo se queda por interés.

—Tengo a toda la prensa pendiente de mi culo y tengo que seguir fingiendo que estoy enamorado de Ekaterina, así que no pienso arruinar esa imagen permitiendo que sospechen lo contrario.

—Las noticias dicen incluso que podrías estar pensando en casarte con ella.

—Esos periodistas no me conocen una mierda —respondo, y Roman suelta una risotada—. De hecho, creo que no lo voy a hacer nunca. ¿Sabes lo bien que se vive soltero y sin preocupaciones? Cada vez que veo al calzonazos de mi cuñado con mi hermana se me quitan las ganas.

—De líder de un clan a besar los pies de una mujer… —lamenta Roman, llevándose el vaso de *vodka* a los labios al hacer alusión a mi hermana y a Aleksei—, creo que a mí tampoco me verán nunca en esas.

—¿Para qué conformarme con una sola, cuando puedo tener a todas las que quiera?

—Eso es verdad, pero entonces ¿para qué quieres que la prensa piense que vas a casarte con la modelo de piernas largas si no lo vas a hacer jamás?

—Así me quito de encima a las mujeres casaderas. De verdad, parece que estemos en la Edad Media. Los líderes de otros clanes me ofrecen a sus hijas casi a diario, hasta quieren negociar por un poco de poder —reconozco con pesadez—. La verdad es que no me interesa.

Es una realidad. El dinero atrae a personas que no necesitas en tu vida. Son garrapatas que se te agarran a la piel y se alimentan de ti mientras pueden. Nunca sabes cuándo una sonrisa es sincera, cuándo un «lo siento» nace de verdad o cuándo una amistad es algo más que una transacción encubierta. La desconfianza se vuelve un instinto, siempre te preguntas por qué esa persona sigue a tu lado y qué espera obtener a cambio.

—Bueno, pues yo sí que voy a ir a celebrarlo. No tengo un séquito de solteronas llamando a mi puerta, ni tampoco a una rubia operada de piernas largas que vendrá a consolarme esta noche si me apetecen emociones fuertes —dice refiriéndose a mi supuesta prometida, Ekaterina Smirnova.

Asiento dando otro trago a mi licor, estoy completamente mareado y la verdad es que tampoco me apetecía mucho salir a ningún sitio. Hoy es el cumpleaños de mi hermana Anastasia y el recuerdo de lo que pasó en su decimonoveno cumpleaños aún me atormenta incluso en mis días más felices. El dolor permanece al acecho, recordando que hay heridas que nunca terminan de cerrar.

Recuerdo cómo las asesinaron frente a mis ojos, en medio del tiroteo. Cómo mi madre se interpuso sin pensarlo, usando su propio cuerpo para proteger a mi hermana Valentina.

Pero nada de eso sirvió, ambas fallecieron ese fatídico día.

Mi amigo sale por la puerta mientras me recuesto y miro el techo de mi despacho. Mi mansión está construida sobre los mismos cimientos de la que fue de mi familia, mandé incluso replicar hasta el más mínimo detalle de mi antiguo hogar.

Los recuerdos tristes se mezclan con la satisfacción de mi reciente victoria.

Es un cóctel un poco extraño recorriendo mi cuerpo.

—Señor, ¿se puede? —interrumpe con prudencia, Polina, mi ama de llaves—. Disculpe que lo moleste, sé que ha dado orden de que no lo haga, pero hay una mujer en la puerta y está bastante enfurecida.

—¿Qué mujer? —En mis labios asoma una sonrisa engreída—. Tendrás que ser más específica si quieres que sepa a cuáles de las muchas mujeres que han pasado por mi cama te refieres, Polina.

Cojo la botella de alcohol y bebo directamente de ella.

—Es la señorita Popova. Exige hablar con usted.

—No tengo nada que hablar con ella, Polina, diles a los guardias que no la dejen pasar.

Mi negativa a dejarla pasar no me borra la sorpresa de saber que Nani está en mi puerta.

Después de tantos años, algo ha conseguido llamar su atención.

Sé a lo que ha venido, a por lo mismo que vienen todas… Todo se resume en el maldito dinero, pero no le debo nada y no estoy dispuesto a ejercer mi generosidad con ella.

Desde hoy, la empresa de su familia pasa a ser mía, con todo lo que implica. Incluida su presencia… si decide quedarse a trabajar conmigo.

—Ya lo hice, aun así, la han tenido que reducir porque la muchacha ha sacado una pistola y ha disparado en una pierna a Tomen. Ellos saben de qué familia proviene la muchacha y no sabían muy bien cómo actuar.

Un escalofrío me recorre el cuerpo, había pensado tener esta conversación con ella en otra ocasión. Quería encontrarla en su oficina esta semana y humillarla, hacerle pagar por todo el mal que me hizo sentir en el pasado. Dejarle claro que ahora soy yo quien ejerce el poder. Sé que no estoy en condiciones para enfrentarla, aun así, le pido a Polina que la haga llegar a mi despacho.

Después de unos minutos, esa mujer por la que una vez perdí la razón está frente a mí.

Su cabello del color del ébano enmarca un rostro fino y elegante. El punto de contraste lo dan sus ojos negros, penetrantes, cargados de una furia que no pueden enmascarar su carácter fuerte y dominante.

La forma en la que aprieta la mandíbula me indica que está más que enfadada. Aún quedan rasgos de la joven que dejé en el camino hace varios años atrás.

—¿Por qué coño haces esto? —Su voz es pura irritación—. ¿Sabes el lío en el que me has metido? Necesito que me devuelvas mi empresa.

—La empresa de tu padre —puntualizo—, bueno, ahora mía. ¿A eso has venido? ¿Crees que te la voy a dar así como así?

—Diamanty es mía. Devuélvemela.

—Ya no es de los Popov, ahora me pertenece te guste o no. —Se acerca a mí a paso decidido. No quiero ni debo tenerla tan cerca —. No te acerques a mí—, ordeno, intentando que la firmeza de mi voz no se ahogue en el *vodka*.

Avanza, pese a todo, comiéndose la mitad del espacio que nos separa. Se sitúa frente a mi escritorio y cierra los ojos. Levanta la cabeza ligeramente hacia el techo mientras inspira profundamente.

—Por favor, Viktor… —Escuchar mi nombre en sus labios me afecta, sigue haciéndolo—. Hazlo por lo que un día fuimos.

Justamente por eso lo hago. Nani Popova Rodríguez fue el amor de mi vida. La quise con devoción, confié en ella como solo confía un hombre que aún cree en algo más que el poder. Le entregué todo lo que tenía, pero la muy zorra me engañó de la manera más ruin.

No va a volver a hacerlo.

—Tú y yo jamás fuimos nada.

—Fuimos más que amigos, Viktor. ¿Por eso haces esto? ¿Aún no has podido perdonarme por lo que pasó? Jamás me dejaste explicártelo. Fue un error.

La mandíbula se me tensa. No pienso escucharla.

—Me importa una mierda todo aquello, tú tampoco me importabas antes y mucho menos lo haces ahora —miento. La compra de Diamanty es la manera que tengo de dañarla, de vengarme. El destino puso una oportunidad de oro delante de mí que no dudé en aprovechar, porque sabía a quién me llevaría por delante con ello—. Lárgate de mi casa y recoge lo que sea que tengas en mi empresa. En breve tomaré el mando y lo que menos quiero es verte por allí.

Aunque la realidad es que me gustaría tenerla cerca. Que pueda ver lo que destrozó.

—Necesito el dinero para poder largarme de Rostov del Don con mi hermano, por favor. No solo le has robado las acciones a mi padre, te estás llevando lo poco que me quedó de mi madre.

—¿Ahora vas a llorar? —me mofo dando el último trago a la botella—. Eres igual a todas las mujeres que he conocido en mi vida.

Se apoya en el escritorio, sus manos agarran el borde. Lleva las uñas recién pintadas, y cuando levanto la mirada, puedo comprobar que tiene la misma figura redondeada y curvilínea de siempre.

Ahora sus curvas son más voluptuosas y pronunciadas que antes, y no se hace una idea de lo que provocan en mí.

Es tremendamente explosiva. Su mirada oscura se centra en un enfrentamiento con la mía. Es una mezcla entre súplica y reto.

No puede esconder sus rasgos españoles, tiene un gran parecido a la que era su madre.

Nani no se imaginaba lo loco que me volvía su cuerpo.

¿O me vuelve? No lo tengo tan claro.

Cuando va a replicar la puerta de mi despacho se abre.

«¿Acaso no ha entendido Polina la orden de no dejar entrar hoy a nadie aquí?», me pregunto.

Quería estar solo y disfrutar de mi victoria.

—¿Qué haces tú aquí?

Ekaterina. Mi supuesta novia entra haciendo sonar sus tacones de aguja contra el suelo. Nani se gira y la observa, luego retorna la mirada a mí. Cierra los ojos y no puede disimular que detesta vernos juntos.

—Tenía un tema importante que hablar con tu novio —recalca, dándose la vuelta y dejándome disfrutar del escote trasero del vestido de tubo negro que viste. Su culo es como una carretera de montaña plagada de curvas. Contrasta sobremanera con su reducida cintura y es una puta obsesión que quiero sacar de mi mente ahora mismo—, pero no te preocupes, yo ya me iba —continúa, ignorante de los pensamientos que plagan mi mente.

Ekaterina se acerca a mí y se sienta sobre mis piernas. El simple hecho de tener a Nani aquí y poderle dar un poco de su propia medicina me remueve en la silla de gozo. Agarro a la modelo y hundo mi nariz en su cuello, intentando fingir que su presencia no me altera en absoluto.

—Juana —la llama Ekaterina antes de que se marche—, no vuelvas por aquí.

Debería recordarle a Ekaterina quién toma las decisiones sobre mi vida, y más bajo mi techo.

Aquí las decisiones las tomo yo.

Pero lo que realmente me irrita más es la indiferencia de Nani. Actúa como si nada de lo que hago le afectara, como si hubiera enterrado lo nuestro sin mirar atrás. Como si yo no hubiera sido el hombre al que juró amar.

Y eso no pienso permitirlo.

Si no le duele, haré que lo haga.

Sin gritos. Sin amenazas vacías. Y sí con mucha paciencia. Con esa clase de heridas que no dejan sangre, pero sí cicatrices.

Porque si algo he aprendido en este mundo es que el poder no se demuestra levantando la voz… sino sabiendo exactamente dónde presionar.

Y yo sé muy bien dónde tocar para que arda.

—Tranquila, Ekaterina, nunca vuelvo sobre mis pasos, ni para coger impulso.

Se marcha con paso decidido dejando un vacío extraño en mí. Esas palabras han sido un golpe bajo para mi corazón. Empujo a Ekaterina y la aparto de mi regazo.

Quiero que se largue de aquí, estoy mareado y alterado al mismo tiempo. No la quiero, no necesito a ninguna mujer del puto país, porque la única a la que un día amé sin reparos me traicionó de la manera más vil.



Capítulo 1

Meto la cabeza en la almohada y dejo que el llanto me consuma. No sé cuánto tiempo llevo gritando contra ella y ya apenas salen lágrimas de mis ojos.

«¡Joder! ¿Cómo narices he podido dejar que me pasara algo así?».

Estaba tan cerca… Casi podía saborear la victoria y ahora lo he perdido todo. No solo me he hundido yo, sino que he arruinado a mi padre, y siento un miedo helado al saber que voy a pagar muy caras las consecuencias de mis errores.

Odio a ese hombre con todas mis fuerzas. No tengo ni un solo recuerdo de mi niñez en el que lo haya visto contento y feliz, pero por desgracia llevo su sangre y me tiene aferrada a él amenazándome con Anton.

El teléfono no ha dejado de sonar en toda la mañana sobre mi mesita. Miro de reojo la pantalla y confirmo lo que ya sabía: es mi padre. Sé que no va a dejar de llamarme hasta que responda. Por mi afán de querer robarle todo lo que tiene, me he arruinado a mí misma y lo peor no es haber perdido… es no tener la menor idea de cómo arreglar el desastre que yo misma provoqué.

—Ya era hora de que cogieras el maldito teléfono —dice ese hombre cuando descuelgo, de una manera fría y calculada—. ¿Se puede saber qué cojones has hecho?

Aprieto el teléfono con fuerza.

¿Cómo puede ser que me desagrade tanto?

—¿Para eso me llamas?

—Y ¿para qué si no? ¡Joder! ¡Eres una puta niñata!

—Si me has llamado para insultarme, mejor ahórratelo. Quizá era lo que necesitaba para separarme para siempre de ti.

Escucho un gruñido de furia al otro lado del teléfono.

—Si no recuperas la empresa, atente a las consecuencias —me amenaza—, ¿me has oído? No solo era tuya.

—¿Vas a matarme como hiciste con mamá?

—No sé por qué no lo he hecho ya —corrobora—, no vales para nada. No eres más que una niñata consentida y mimada, a la cual no le ha faltado nada en esta vida, porque todo te lo he dado yo.

Mi padre es el líder de los Popov y nuestro clan se ha enriquecido gracias a la minería y debido a los yacimientos de diamantes. Somos los mayores exportadores no solo de Rusia, sino del mundo entero, pero sé que mi padre nunca habría conseguido construir este imperio por sus propios méritos. Cada victoria y cada negocio estuvieron teñidos de coacción, sobornos y alianzas corruptas con los más poderosos.

Prueba de ello es que, a pesar de su desprecio por mi madre, puso a su nombre la empresa de diamantes, Diamanty, porque necesitaba un nombre limpio, una fachada ante los socios y los altos cargos con los que negociaba y sobornaba.

Mi madre sufría malos tratos, él la golpeaba con frecuencia, y siento que parte de la razón por la que nunca dio el paso antes de marcharse, fui yo. Cuando finalmente decidió rebelarse y alejarse de él, intentó destapar los secretos más oscuros de la empresa, revelar los negocios turbios y los sobornos que la sostenían.

Pero nada de eso sirvió, mi madre apareció muerta y yo siempre lo culparé a él de eso.

—No te debo nada.

—Me debes una empresa de billones, no te equivoques, y si no me he deshecho de ti ya es porque vas a recuperar lo que es mío.

Lo que ese desgraciado no sabía es que al morir mi madre sus acciones se repartirían y que yo no iba a darle a ese hijo de puta lo que a ella la vida le costó.

Trabajé día y noche para robarle lo que más quería: su imperio. Ahora yo soy la directora de Diamanty, porque tenía trazado un plan para quitárselo todo sin que lo viera venir. Estudié Finanzas y sabía exactamente dónde golpear.

Primero, inicié una difusión masiva de acciones para fragmentar el control. Después, preparé una ampliación de capital descomunal. Utilicé lagunas legales y movimientos estratégicos para que la operación se ejecutara sin levantar sospechas. Cuando mi padre se dio cuenta, ya era tarde. El valor de las acciones había caído en picado, desplomándose a menos del uno por ciento de su valor real.

Ese fue el momento decisivo.

Solo tuve que recomprar las acciones a través de sociedades interpuestas y recuperar el control absoluto.

El golpe final.

Pero alguien había estado observando cada uno de mis movimientos. Antes de que pudiera ejecutar el último movimiento, un inversor adquirió el paquete mayoritario. No sé cuándo dejó de ser mi estrategia y empezó a ser la suya. Y entonces lo entendí.

Viktor Petrov.

Él. No podía ser…

Me había robado sin pestañear todo mi dinero. Ya era inmensamente rico y ahora iba a serlo muchísimo más a costa de mi desgracia.

—No voy a ayudarte a nada, padre.

—O consigues las acciones o las consecuencias las pagará Anton.

Cuelga el teléfono sin darme opción de contestar. Sabe que es mi punto débil, que si no me he ido ya es por él. Quería quitarle todo a ese hombre y poder luchar por la custodia del niño.

Ahora no voy a poder hacer nada para arrebatárselo de las manos a ese sinvergüenza.

Me tiro de espaldas en la cama y miro al techo. Vivo en el ático de una de las zonas residenciales más lujosas de Rostov del Don. A pesar de tener un apartamento ideal con todas las comodidades, vivo de alquiler. El principal motivo es que mi propósito era largarme de esta ciudad, pero la empresa y Anton me atan a este lugar.

A pesar de haber nacido aquí, añoro ir a España, a ese lugar del que siempre se enorgullecía mamá. Había tenido la suerte de visitarlo y conocer algunas cosas de su cultura porque, cuando era una niña, mis padres veraneaban algunas veces en la mansión que tiene Viktor en Mallorca. Mi padre y Nikolai Petrov, el padre de Viktor, eran socios y yo me pasaba las vacaciones jugando con él y con sus hermanas, Anastasia y Valentina.

El teléfono vuelve a sonar encima de mi mesita. Es Dain uno de mis mejores amigos.

—¿Se puede saber por qué llevas dos días sin cogerme el teléfono? Pensaba que te había pasado algo.

—Estoy bien, Dain —respondo con resignación.

—¿Qué te pasa? Ahora en serio. No me gusta nada tu tono de voz.

—Es una historia larga de contar, aunque te lo resumo: mi plan se ha ido a la mierda.

—¿Qué tipo de mierda? Te recuerdo que eres Nani Popova, la máquina de fabricar diamantes.

—He perdido mis acciones y las de mi padre por tres millones de rublos.

—¡¿Quéé?! Dime que no tengo una amiga que va a tener que pedir comida para llevar en hamburgueserías de calle.

—No pasa nada por comer hamburguesas en puestos callejeros, de hecho, es algo que me gusta —ironizo un poco ante la situación —, pero, sí, he hecho una mala transacción y un usurero me ha robado todo lo que tenía para lograr mi ansiada libertad.

—Niña, necesitas un buen guardaespaldas. ¿Sabes que tu padre podría estar planeando matarte por eso? Es un Popov, un líder, estás en serios problemas.

—Estoy en serios problemas desde que nací y viví bajo el techo de ese monstruo —digo sin ningún tipo de reparo. Mi amigo Dain es

como un hermano para mí, es la única persona en la que de verdad confío y le cuento mis cosas más personales—. Solo me queda la tranquilidad de que si me quiere matar lo tendrá que hacer con sus propias manos, porque, como no venda sus bienes, no creo que le haya quedado mucho dinero para pagar un sicario. Además, ese hombre fundía mucho en el juego.

—¿Cómo vamos a ser ahora amigos, Nani? Yo, un diseñador de éxito, y tú, la mujer que no llega a final de mes.

Suelto una risotada, sé que lo hace para animarme, solo está bromeando.

—Con mis ahorros solo tengo para pasar unos meses, espero haber solucionado antes el problema, lo único que sí me da miedo es que ese infeliz le haga algo a Anton.

—Ese sinvergüenza no le haría nada al niño, lo usa para amenazarte —asegura mi amigo Dain, intentando tranquilizarme—, así que quédate tranquila, cielo. Ya encontraremos una solución, nadie puede quitarte todas tus acciones de la noche a la mañana.

—Sí que puede. De hecho, ya lo ha hecho.

—También podrías unirte a tu padre para matar a ese perro y, oye, con el dinero que te queda es mejor opción que pagar siete meses de alquiler.

—El hombre que me ha robado mis acciones es Viktor.

Se hace el silencio en la línea.

Sé lo que mi amigo está pensando.

—¿Viktor…, tu Viktor?

—El mismo.

—Joder, niña, si es que no sé ni como soy tu amigo, es que atraes a la mala suerte.

Cierro los ojos. Dain tiene razón, todo me sale mal. Nunca he vivido una infancia bonita y sin ningún tipo de preocupación y lo único que me hacía salir de mi miserable vida era él, y ni eso supe mantener a salvo.

—Entiendo si no quieres seguir siendo mi amigo, porque de verdad que soy una fracasada. Ayer fui y le pedí por favor que me devolviera las acciones, pero no conseguí nada.

—¿Fuiste a dónde?

—Me presenté en su casa, estaba furiosa y desesperada. Dain, en serio, tengo miedo de que mi padre le pueda hacer daño a Anton y ahora sí que sería por mi culpa.

No puedo evitar llorar desconsolada. No sé qué hacer y la única persona que podría ayudarme un poco, me odia tanto que va a aprovechar esto para destrozarme aún más.

—Viktor no te lo va a poner fácil.

—Créeme que lo sé.

—Bueno, y ¿qué vas a hacer?

—Todavía no lo he pensado, aunque tengo que encontrar la manera —le respondo, cogiendo aire profundamente y suspirando.

—Itziar y yo vamos luego al club de hípica. Estaremos un buen rato y me gustaría que te unieras a nosotros. Después podemos ir a tomar algo. Igual te vendría bien desconectar un poco y respirar.

—No sé si iré, no me encuentro muy bien y ahora necesito pensar. Nos vemos, Dain.

Cuelgo, me levanto y me dirijo al cuarto de baño. Cuando me miro en el espejo, me horrorizo al ver unas ojeras bastante pronunciadas y los ojos hinchados de tanto llorar. Hoy no he ido a la oficina, pero tendré que hacerlo en algún momento.

Tengo que seguir siendo la directora de Diamanty pese a todo.



Capítulo 2

Me pongo un traje chaqueta azul marino. Es mi color favorito. Siempre he pensado que me trae suerte, como si al llevarlo pudiera recordarme quién soy.

Durante estos dos días, mi secretaria no ha dejado de llamarme, pero he hecho caso omiso. Después de desconectar de todo en pro de mi salud mental, he podido trazar unas directrices para reconducir mi vida, por lo que ha llegado la hora de afrontar el problema.

No he vuelto a hablar con Viktor desde *nuestra conversación* hace un par de días y quiero creer que no se atreverá todavía a inmiscuirse directamente en la empresa.

Aún no.

Todavía tengo margen para solucionarlo. Los empleados creen en mí, me he ganado su confianza estos dos años trabajando con ellos.

O por lo menos, eso creo.

Accedo al *parking* exterior de la empresa donde se encuentra la zona reservada para directivos y jefes de departamentos. Cuando enfilo hacia mi plaza, me encuentro que está ocupada por un todoterreno blindado de color negro y con los cristales tintados.

Puedo imaginar quién es el dueño de semejante mastodonte. No puedo creer que se haya atrevido a venir tan rápido.

Aparco en la zona para trabajadores y bajo de mi deportivo, algo alterada y en absoluto preparada para lo que se me viene.

No puede negarme la entrada. En la firma de acciones que me ha robado, existen cláusulas específicas, contratos blindados y leyes que no puede romper sin provocar un escándalo. Y una de ellas protege los contratos vigentes de Diamanty con sus trabajadores. Eso sigue siendo intocable.

Cruzo la entrada principal y el eco de mis tacones resuena sobre el mármol pulido. Miro a ambos lados.

Hasta aquí todo bien.

Paso por el cordón de seguridad que hay en la entrada, una especie de filtro similar al de los aeropuertos. Es el protocolo habitual cuando se trabaja con algo tan tentador como el dinero… y aún más cuando se trata de diamantes.

Unos de los códigos éticos que se estableció en la empresa fue que hasta los más altos directivos como yo debemos pasar también por este escrutinio. No es que vaya a robar en mi propia empresa, pero sí es una manera de demostrar confianza y cercanía con mis trabajadores.

James me registra como cada mañana. Su gesto es profesional, pero hoy evita sostenerme la mirada demasiado tiempo.

Lo noto.

Seguro que entonces todos se han enterado.

Camino hacia los ascensores con la espalda recta y pulso el botón de la última planta. Mi planta. O, al menos, la que lo era hasta hace unos días.

Las puertas se abren directamente al *loft* ejecutivo. El silencio me recibe antes que nadie. Nadia está sentada en su mesa, como siempre. Mi secretaria alza la mirada en cuanto me oye entrar. Su expresión no es la habitual, es de preocupación.

No hace falta que diga nada para saber que Viktor está aquí.

—Señorita Popova, he intentado contactar con usted estos días. —La joven, de cabello rojizo y gafas para poder ver el ordenador de

cerca, va vestida de manera casual e intenta pararme cuando me dirijo a mi despacho—, no puede pasar…

Pero hago caso omiso a sus súplicas. Avanzo con paso decidido y abro la puerta de mi oficina sin avisar.

No me sorprende. Sabía lo que me encontraría.

Viktor está de pie mirando por la cristalera de espaldas a mí. Lleva un traje de etiqueta que, como siempre, le sienta a la perfección, en sintonía con su cuerpo. Es alto y delgado, sin embargo, la ropa apenas disimula la barrera de músculos de su torso.

—Llegas tarde —dice sin mirarme.

Camino hasta llegar a mi escritorio y dejo sobre él mi maletín.

—Soy la directora general de Diamanty, puedo llegar a la hora que me dé la gana.

Se gira despacio. Sus manos descansan en los bolsillos del pantalón, aunque su expresión no tiene nada de relajada. Hoy no hay media sonrisa arrogante ni falsa cortesía. Su mirada me recorre sin prisa, evaluándome, midiendo cada reacción antes de disparar la suya.

—Eres un mal ejemplo para tus exempleados —asegura con una calma que resulta más ofensiva que un grito—, todos han llegado a su hora. Además, ninguno falta a su trabajo sin justificación. —Da un paso hacia el escritorio—. Ya no eres nadie aquí, así que estás despedida. Sobre la mesa tienes tu liquidación.

Lo tenía todo preparado.

Observo el cheque que ha dejado enfrente de mí y lo cojo entre mis manos.

«Pues sí que tiene ganas de deshacerse de mí».

Es una cantidad indecente, pero yo no quiero su dinero, necesito recuperar el mío.

Y si cree que voy a salir de aquí con la cabeza baja… no me conoce en absoluto.

Levanto el cheque y lo rompo lentamente, lanzando los pedacitos de papel al suelo.

—Es una pena, pero no puedes despedirme.

Abro el maletín y saco una carpeta con los documentos que recogen la normativa interna y los estatutos de la empresa. Cuando me hice cargo de la dirección, tejí bien los hilos para arrebatarle a mi padre lo poco que le quedaba de Diamanty, y para cubrirme las espaldas conseguí llevar a cabo una votación entre los diferentes inversores. En ella se blindó mi puesto, pasase lo que pasase.

Le lanzo los documentos sobre la mesa.

Se inclina ligeramente sobre el escritorio y deja que sus manos se apoyen sobre los documentos mientras hojea los papeles.

Luego levanta la mirada y me enfrenta de nuevo, frío y calculador, como si quisiera medir hasta dónde estoy dispuesta a llegar.

—Ahora Diamanty es mía y si yo digo que estás despedida es que lo estás, coge el maldito dinero y vete de aquí.

No hay duda, no hay miedo. Solo Viktor, recordándome que, aunque los papeles estén de mi lado, su presencia pesa más que cualquier regla.

Viktor no va a ceder con esto, me odia tanto como para continuar hasta verme derrotada. No voy a conseguir nada por las buenas, así que voy a recuperar lo que es mío por las malas. Y si tengo que venir todos los días y soportarlo, él también va a tener que aguantarme a mí. No se lo voy a poner fácil, sacar a Anton de esa casa es mi prioridad, y no voy a dejar que me vuelva a humillar nadie.

Me siento en la silla que hay frente a mi escritorio y hago una mueca indolente.

—Durante un año tienes que mantener mi empleo, tanto si trabajo como si no —le explico, sintiendo cómo cada palabra le golpea—. Mi asignación no podrá ser inferior a lo que ya cobraba, según los estatutos, y durante ese periodo no podrás dejar sin trabajo a ningún empleado sin mi autorización. —Hago una pequeña pausa y lo miro directamente a los ojos—. Lo siento mucho por ti, Viktor, pero no leíste la letra pequeña.

Me mira y aprieta la mandíbula. Está furioso, esto seguro que no se lo esperaba.

—No quieres jugar a este juego, Nani… —murmura con voz baja, peligrosa, mientras el aire entre nosotros se carga de tensión.

Apoya ambos puños en el escritorio y me recorre con la mirada. Me levanto y coloco también mis manos sobre la mesa para enfrentarlo.

—Tú has iniciado el juego, pero no esperabas que yo tuviese mis fichas colocadas en una mejor posición que las tuyas antes de empezar la partida.

—Por lo menos podrías fingir que te sientes arrepentida.

Está hablando de lo que pasó hace años.

—Es que no lo estoy.

La vena del cuello se le inflama. Desde luego no le soy indiferente. No voy a volver a rogarle que me devuelva lo que es mío, no va a hacerlo; está claro que es su manera de castigarme. Lo que no sabe es que voy a luchar con uñas y dientes por mi legado.

—Eres igual que tu madre.

Sus palabras duelen. Son despectivas, pero mi caparazón ya está armado. Mamá me enseñó a ser una mujer fuerte mentalmente. También porque la vida no le dejó otra opción. No conozco a nadie con su resiliencia y entereza, ella soportaba humillaciones, vejaciones y golpes de un tirano. Así que no hay nada que pueda traspasar mis barreras ya.

—Si pretendes ofenderme, no lo haces, claro que lo soy. Siempre seré como ella, te guste a ti o no.

—¿Has venido a tocarme los huevos?

—Eres tú el que te has metido en mi vida sin permiso.

—Pobrecita…

Nuestras miradas son dos puntas afiladas. Su labio superior se curva intentando parecer una sonrisa de superioridad. Es atractivo cuando me mira de esa manera en la que lo está haciendo, pero de pronto la tensión que ha creado entre los dos se ve interrumpida.

—Señorita Popova, Yuri la está esperando para irse a desayunar.

Nadia irrumpe en la oficina sin llamar a la puerta. Sonrío ahora más que nunca. Intenté en muchas ocasiones corregir su comportamiento, incluso tuve que reprenderla un par de veces por asaltar la oficina en mitad de una importante negociación, sin pedir

permiso antes. Sin embargo, esta es una de las muchas manías que tiene y es precisamente lo que me gusta de ella. Es una chica de apenas veinte años que no entiende de jerarquías, es impulsiva y hace un poco lo que le apetece. Ese carácter indomable es lo que me fascina de ella.

—¿Nadie le ha enseñado a tocar a la puerta? —le grita Viktor centrando su atención en ella—. ¡Fuera de aquí!

Mi secretaria sale algo preocupada y nerviosa. No puede remediarlo. Yo vuelvo a mirarlo a los ojos.

—Bueno, ha llegado mi hora del *brunch*. Espero que cuando vuelva te hayas largado de mi despacho.

—Ni lo sueñes —gruñe.

Camino con pasos rotundos y dejando la puerta abierta. Allí en el recibidor está Yuri, esperándome como todas las mañanas para irnos a desayunar. Llego a su altura y le doy un leve beso en los labios.

—Buenos días, cielo.

—Buenos días —murmuro.

Yuri me rodea con su brazo mientras nos dirigimos a la cafetería que hay al cruzar la avenida. Tengo que hablar con él, lo he ignorado todos estos días y sé que está preocupado por mí. Yuri es un hombre importante en mi vida, pero la verdad es que si todo me salía según lo esperado pensaba dejarlo atrás. Suena egoísta por mi parte, pero estoy con él porque me ofrece una estabilidad emocional que no he tenido durante todo este tiempo. De compañeros, pasamos a ser amigos y luego decidimos tener una relación, si se le puede llamar así. No sé cómo me soporta cuando ni yo misma lo haría. Es cariñoso, atento y romántico, aun así, con él siento que me falta algo, eso que siempre intento encontrar y creo que es porque ya no existe.

—Estaba preocupado por ti, hace unos días se formó un revuelo increíble en Diamanty. Apareció el tío ese con unos documentos, afirmando que era el dueño, no me cogías el teléfono y tampoco estabas en casa.

Sí que estaba, pero no quise atenderlo, aunque no se lo voy a decir.

—Me la ha jugado, Yuri, he cometido un fallo y ese tío me lo ha robado todo.

—¡¿Qué?! ¿Y ahora qué va a pasar con Diamanty? ¿Qué va a pasar con nosotros?

¿Nosotros? ¿Los empleados? ¿O se refiere a la relación que tenemos él y yo?

—No lo sé, Yuri, llevo todos estos días pensando…

Nos sentamos en una de las mesas del fondo, junto al ventanal, y pedimos nuestro zumo y tostadas como todas las mañanas.

—Que le den a la empresa, Nani, cojamos nuestras cosas y vayámonos de aquí. Tienes dinero suficiente para que podamos empezar una vida juntos…

Desliza su mano hacia mí por encima de la mesa y atrapa la mía para intentar reconfortarme, desgraciadamente, siento que no estamos en el mismo punto. Yuri empezaría de cero por mí y yo ni siquiera puedo ser sincera y decirle que no siento nada por él. Me he esforzado mucho, porque él sería perfecto para mí, y al mismo tiempo me siento culpable por anclarme a él y no dejarlo ir. Se merece a una mujer que lo quiera de verdad.

—Tengo muchas cosas en que pensar.

Meto la mano debajo de la mesa para cortar el contacto.

—Vale, cielo, tómatelo con tiempo —me dice con su voz serena —. He pensado que podríamos pasar el fin de semana tranquilos en mi casa. Te hago la cena, vemos una película de esas que tanto te gustan y te doy un masaje en los pies. ¿Qué te parece?

—Es el plan perfecto, pero este fin de semana no puedo. Le prometí a Dain que lo acompañaría a su debut en la ciudad. Firmó con una marca importante y es uno de sus primeros desfiles como diseñador nacional —me excuso—, y luego necesito tiempo para mí para poder pensar.

—Bueno, está bien, no te preocupes. Al siguiente.

Nos levantamos tranquilamente cuando acabamos de desayunar y, tras coger mi bolso, nos dirigimos de vuelta al trabajo.

Mi mente no para de dar vueltas.

Miro hacia arriba, a la torre de veintidós pisos, intentando vislumbrar mi ventana que se erige entre las nubes, pero me falta la

sensación de pertenencia.



Capítulo 3

La furia me invade. He lanzado todo lo que había sobre la mesa del despacho de mi mansión por el suelo. Llevo dos malditos días sin ir a Diamanty. Esto está siendo más difícil de lo que me imaginaba. Sabía que no aceptaría el maldito dinero, pero me lo había imaginado todo de otra manera. Quería verla suplicar.

¿Tiene novio? Eso sí que me ha dejado furioso. Lo ha besado delante de mis narices y él le ha pasado el brazo por encima del hombro.

¿Cómo cojones yo no me he enterado antes de esto?

No debería importarme, pero lo hace.

—Tío Viktor, tío Viktor —llama la pequeña Valentina, que entra en mi despacho corriendo hacia mí.

—¿Se puede saber qué es el desastre este que tienes montado? —me reprende mi hermana Anastasia, apartando con el pie los restos de cristales que hay esparcidos por el suelo.

—Ven aquí, pequeñaja. —Me levanto y cojo a mi sobrina en brazos. Valentina me abraza con todas las fuerzas con sus apenas cuatro añitos.

—Tío, esto está *mu susio*.

Suelto una risotada. Es la niña de mis ojos y mi alegría.

—No me has respondido sobre qué ha sucedido aquí —insiste mi hermana.

—No ha pasado nada.

—Pues no lo parece, da la sensación de que tu despacho ha sido arrasado por un tsunami.

—¿Qué es lo que buscas?

Mi hermana ha venido por alguna razón que desconozco, así que cuanto antes lo suelte mejor.

—Vaya, parece que una ya no puede venir a visitar a su hermano. —Anastasia se deja caer en el sofá del despacho—. Solo pasábamos a verte. Aleksei ha ido al puerto a solucionar unos negocios y he aprovechado para venir a ver al gran empresario Viktor Petrov.

Ya se ha enterado. Lo sabía.

—¿Y qué hay que saber? He comprado las acciones de una empresa. Nada nuevo, todos los días hago transacciones y negocios y nunca me has pedido ninguna explicación.

—Y no te la he pedido de momento. Solo que me he tenido que enterar por las noticias de que ahora mi hermano es el jefe de la empresa de diamantes que pertenecía a los Popov.

—Tío, *quero* chocolate —nos interrumpe mi sobrina que está en mis brazos.

—Claro. —Intento salir en dirección a la cocina para evitar esta conversación, pero mi hermana insiste.

—No me ignores, Viktor, estoy hablando contigo.

Decido llamar a Polina y dejo a la niña en el suelo cuando está aparece por la puerta de mi despacho. Le pido que lleve a Valentina a comer chocolate y que me la traiga cuando termine para seguir disfrutando de ella. No necesitaba tener esta conversación ahora, aunque Anastasia es testaruda y no se va a ir hasta que lo consiga.

—Ya sé de quién es esa empresa, Anastasia, la compré sabiendo exactamente lo que hacía.

Mi hermana niega con la cabeza, como si estuviera viendo algo que yo me empeño en ocultar.

—Sigues enamorado de ella…

—¿Tú querrías a Aleksei si alguna vez te traicionara como lo hizo ella?

—Entiendo cómo te sientes, Viktor, pero yo voy a amar a mi esposo toda la vida. Además, no te hagas el mártir, no te pega. Jamás le pediste una explicación. No quisiste escucharla.

—Ya, pues yo no soy como tú, Nastya. La quise demasiado y comprar su empresa no fue un impulso ni una casualidad, ha sido el primer paso. Porque lo único que quiero de ella es su dolor.

—No te creo…

—Tampoco es asunto tuyo —le respondo, enfadado, no quiero que nadie me hable de ella ni se meta en esto.

—Perdona que te lo diga, pero todo lo que tenga que ver con mi hermano es asunto mío, te guste o no. Y si vas a meterte en esto, hazlo bien. Kiril Popov es un hijo de la gran puta, y no solo has desafiado a su hija, lo has hecho con el clan entero. Les has robado su dinero y no tardarán en tomar represalias contra ti.

Ya había pensado en eso y lo tenía todo bajo control. Sabía que Nani no se hablaba con su padre desde la muerte de su madre. También conocía la disputa legal que arrastraban por la empresa. Pero hasta ahora Kiril Popov no se ha puesto en contacto conmigo.

Aunque, si lo hace, estaré preparado.

—Tengo a los Popov cogidos por los huevos. Además, no me pasa desapercibido que retiraron su apoyo en nuestra guerra y se unió a Ivan cuando os atacó a ti y a Aleksei. Traicionaron a nuestros padres y luego no nos dieron apoyo político, así que, ¿sabes qué te digo?, que se joda.

—Te estás metiendo en un lío muy gordo, hermano.

—De algo tiene que servir que tu cuñado sea el Pakhan de la Bratva. Ese desgraciado no se atrevería a atacarme por el momento. Supongo que intentará hacerme que le devuelva sus acciones, otra cosa es que yo se las quiera dar.

De pronto recibo un mensaje en el móvil.

ROMAN
Ya sabes que este fin de semana se celebra
el Zimá Royale, pero lo que no sabes es que

la mujer que te tiene el coco absorbido
estará ahí.
Te paso la ubicación:
Sábado 22, 19:00 h
Hotel Radizzont.

Miro la pantalla con atención. Roman es ingeniero informático y me ayuda a conseguir toda la información que necesito. Gracias a él, Diamanty ahora es mía.

«¿Nani va a asistir a un desfile de moda con su novio?».

Qué curioso, no sabía que le interesara este tipo de eventos. A decir verdad, a mí tampoco. Tengo pase directo a todos los desfiles en los que trabaja Ekaterina, pero siempre he rechazado su invitación, a pesar de su insistencia en que vaya a verla. Sabía que le tocaba desfilar en el hotel Radizzont y yo mientras tanto pensaba pasar la velada en mi despacho bebiendo, pero creo que mis planes han cambiado rápidamente. Este fin de semana me dejaré caer por el hotel más lujoso de Rostov del Don, fingiré mi interés por los desfiles de lujo y haré mi papel de ferviente prometido.

YO
Gracias por la información.

—¿Me estás escuchando, Viktor? —me reprende mi hermana cuando guardo el teléfono en mi bolsillo—. Estoy hablando contigo y estás pensando no sé en qué cosas.

—Que sí, que tendré cuidado —respondo para intentar tranquilizarla.

Sé que se preocupa más de lo que debería por mí, pero yo no me inmiscuí cuando ella tomó la decisión de quedarse al lado de su marido.

—Sabes que nos tienes a Aleksei y a mí siempre de tu lado.

—Tío Viktor, miraaaa…

Mi sobrina vuelve al despacho con las mejillas manchadas de chocolate y sus manitas cargadas de caramelos.

La cojo en brazos y le lleno la cara de besos. No me importa que me manche, por ella estoy dispuesto a todo.

El teléfono de Anastasia suena y, mientras contesta, yo sigo recreándome en la risa de Valentina que me cuenta cómo ha conseguido engañar a Polina para quitarle los caramelos. Cuando mi hermana cuelga la llamada se acerca a nosotros.

—Tenemos que irnos, Viktor. Aleksei ha terminado temprano y está de camino para recogernos. Espero verte pronto por Shebek Valu.

Es el pueblo donde reside con su marido, su hija y todo su clan. Se trata de una fortaleza construida a las afueras de Rostov del Don y el centro neurálgico de todas las relaciones y transacciones entre los demás clanes.

—Lo tendré en cuenta.

—Cuídate, hermano.

Le doy un último beso a Valentina y la dejo en los brazos de mi hermana. Mis dos pelirrojas favoritas se marchan, pero las palabras que me dijo hace un momento cobran más fuerza en mi cabeza y dejan un vacío en mi interior.

«No quisiste escucharla».

No. No lo hice. Porque, para mí, no había nada que escuchar. Las imágenes hablaban por sí solas. No necesitaban interpretación, ni contexto ni excusas. Y en ese instante, todo quedó claro.

En el fondo, lo que más me dolió no fue solo la traición, sino descubrir que yo no valía lo suficiente como para que intentara quedarse o pedir perdón. Y eso fue lo que terminó de romperme.



Me recuesto en el sillón de mi despacho en Diamanty. No he venido a trabajar en toda la semana, tampoco es algo que me guste hacer, me gusta más manejar mis propios negocios desde mi mansión. Y volverla a ver en el estado en el que me encontraba no era lo más recomendable. Mi secretaria entra en la oficina sin tocar a la puerta y la miro con la mandíbula apretada. Su energía me desespera.

—Señor, tiene una visita.

—No tengo a nadie agendado para hoy y estoy muy ocupado, pregunta quién es, qué quiere y déjamelo anotado en la agenda, ya le llamaré para la siguiente semana.

—Es su novia, señor, está en el recibidor, dice que no va a marcharse de aquí hasta hablar con usted.

—Argg… —La he estado evitando toda la semana y, después de ver a Nani en mi casa y el intercambio de palabras hostiles que tuvieron, sé que está bastante enfadada. Me ha mandado varios mensajes que no me he molestado ni en contestar—. Dile que pase.

—¿Ahora me evitas?

Ekaterina entra en mi oficina sonriendo falsamente. Es fría y calculadora y, en su momento, eso me gustó de ella. La conozco demasiado bien para saber que está hecha una furia. Lleva el pelo recién salido de la peluquería, va maquillada y su vestido deja ver sus largas piernas. Es una mujer muy llamativa, una de las modelos más cotizadas de Rusia, sin embargo, a mí no me termina de llenar como mujer.

—He estado muy ocupado intentando dirigir la nueva empresa, además nunca me has pedido explicaciones, no sé por qué lo haces ahora.

Llega a mi altura y me da un beso en los labios. Yo me quedo apoyado en la mesa mientras sigo pensando qué es lo que vi en ella.

—Siempre he respetado tu espacio, Viktor, porque, por mi trabajo y la vida que llevo, también necesito libertad. Pero la prensa no para de especular sobre nuestro matrimonio. Y no te estoy pidiendo que des el paso, simplemente necesito que crean que eres mi novio de verdad.

—He pensado acompañarte al evento Zimá Royale este fin de semana en el hotel Radizzont. Tienes razón, estará bien que los periodistas nos vean juntos.

—¿En serio? —Se le ilumina la mirada—. Gracias, iba a pedirte que asistieras, aunque me alegra no haber tenido que insistir.

Se acerca a mí y me da otro beso en los labios que yo recibo como si nada. Si ella conociese mis verdaderos motivos para acompañarla…

Después de que Ekaterina se marche, abro mi portátil. Le he pedido a Roman toda la información sobre el tío que sale con Nani.

No un resumen.

No cuatro datos superficiales.

Todo.

El archivo ya está en mi bandeja de entrada, ocupa más de lo que esperaba…

Yuri Parlov, treinta años, es ingeniero físico. Trabaja en mi empresa desde hace seis años. Primero entró como becario y luego se quedó por méritos propios. Su expediente está limpio, sin amonestaciones.

Vida sentimental discreta. Una relación de tres años y otra de uno, ambas sin escándalos, sin denuncias ni dramas públicos. No tiene un largo historial de mujeres y desde hace unos meses mantiene una relación con la directora de Diamanty, Juana Popova. Yuri vive solo a veinte minutos del puerto con un familiar lejano. Los fines de semana sale a correr, va a cenar y al cine con su chica o se queda solo en casa. No bebe, no fuma y no tiene ningún antecedente delictivo… Demasiado limpio.

Hojeo su ficha y su descripción nuevamente.

No hay nada que haga sospechar que es un cretino. Aparentemente, es un buen tío y eso me debería alegrar, aunque, si no fuese por esa maldita cláusula que existe de la empresa, ese tío estaría ahora mismo de patitas en la calle.

Cierro mi portátil cuando la puerta se abre.

Si es nuevamente Nadia sin avisar lo va a lamentar.

Nani entra con paso decidido, irrumpiendo en mi espacio personal, y se sienta en el sillón sin mediar palabra, luego saca de su maletín el ordenador y lo pone sobre sus rodillas comenzando a teclear.

—¡Fuera de mi oficina!

—Nuestra oficina. —Levanta la mirada unos segundos y vuelve a prestar atención a su pantalla.

—¿Te has propuesto tocarme los huevos hoy también?

—Puede… —responde sin desviar la vista.

Lleva una coleta alta que deja ver la curvatura de su cuello. Observo más abajo y compruebo que lleva un vestido ceñido, rojo, que le marca cada una de sus curvas, no termina de ser vulgar, pero sí que es demasiado sugerente.

—No vuelvas a venir al trabajo vestida de esa manera tan provocativa.

—Capítulo ocho, artículo seis: «Los trabajadores podrán venir a su puesto de trabajo sin uniformar y con la indumentaria que consideren oportuna, sin hacer discriminación social ni de sexo entre hombres y mujeres» —recita de manera prepotente—. Si no lo entiendes así, pues te lo resumo: puedo venir a trabajar como me dé la gana.

Va de lista, pero yo también he leído los estatutos y lo peor de todo es que lleva razón en cuanto a que no puedo despedirla. Tengo que seguir soportándola.

—Capítulo trece, artículo tres: «Ningún trabajador mantendrá relaciones de carácter personal o sentimental con otro compañero de Diamanty». Te lo resumo para que no haya dudas: no puedes acostarte con empleados de esta empresa.

Cierra el portátil y lo deja a un lado. Aprieta la mandíbula con fuerza, furiosa. Si cree que voy a permitir que siga almorzando con ese imbécil, paseándose con él por los pasillos y restregándome su relación en la cara, es que no me conoce en absoluto.

La observo unos segundos en silencio, dejando que el peso de las palabras anteriores se asiente.

—Curioso que te gusten tanto los estatutos —murmura, rodeando el escritorio con calma calculada—. Pensaba que eras más de interpretarlos… con flexibilidad. Sobre todo, el del capítulo trece.

—No estoy insinuando nada —digo mientras me acomodo los gemelos de la camisa como si estuviera hablando de algo trivial—. No está permitido mantener relaciones con empleados de Diamanty. Lo leíste tú misma hace unos minutos. Yuri trabaja para esta empresa, cobra de esta empresa y firma cada mes bajo el nombre de esta empresa. Así que no, Juana, no puedes estar con él… No si quieres seguir trabajando aquí.

—Eres gilipollas. —Se pone de pie y se dirige a mí, enfurecida—. No te atrevas a meterte con Yuri. Él es mil veces más hombre que tú.

—Tú decidiste jugar con las normas. Yo solo me limito a aplicarlas.

Sus palabras me remueven en el sillón. ¿Mil veces más hombre que yo? Más quisiera.

¿Lo quiere? Eso es imposible, esta mujer no quiere a nadie.

—Capítulo ocho, artículo dos: «No se tolerarán faltas de respeto a un superior, pudiendo sancionar al trabajador de empleo y sueldo durante un mes». —Vuelvo con la diatriba de sus dichosos estatutos.

Debe de no haberle sentado bien mi respuesta porque coge el cenicero que hay sobre la mesa y me lo lanza. Yo lo esquivo evitando que me dé en la cara.

Ese temperamento tan de ella… Me vuelve loco, pero no voy a permitirme el dejarme engatusar por esta víbora, porque eso es lo que es, una serpiente con piel de cordero. Este último pensamiento me arranca una sonrisa.

—Va a ser divertido tenerte por la empresa los próximos once meses hasta poder sacar tu culo de aquí.

—¡Inténtalo! No voy a marcharme de mi empresa, y tampoco te voy a ceder mi oficina, así que o compartes conmigo por las buenas o tendrás que sacarme a la fuerza.

Me levanto, sintiendo cómo la tensión crece en el aire. Cada paso hacia ella es deliberado. Sus ojos no me pierden de vista, los míos tampoco la dejan respirar. Cuando estoy a solo un paso, demasiado cerca para que lo ignore, inclino ligeramente la cabeza y afirmo en voz baja:

—Crees que puedes desafiarme y salir como si nada…, pero, dentro de estos muros, yo decido las reglas.

El espacio entre nosotros se enciende. Su pecho sube y baja con cada respiración, parece que el aire mismo se haya cargado de electricidad. Casi puedo sentir el calor de su cuerpo contra el mío. Y antes de que pueda anticiparlo la cargo sobre mi hombro como si no pesara nada y empieza a golpearme con los puños la espalda.

—¿¡Qué coño haces!? ¡Eres un gilipollas! —Sonrío de satisfacción, es la segunda vez en pocos minutos que suelta esa palabra española que parece solo suya—. Suéltame o lo lamentarás. ¡Hablo en serio!

La llevo hasta un pequeño guardarropa que descubrí ayer en mi oficina. Abro la puerta, la dejo en el suelo con firmeza y, antes de que pueda salir disparada, cierro y giro la llave.

—¡Viktor! ¡Viktor! ¡Por favor! —Oigo cómo aporrea tras la puerta, pero yo la dejo unos minutos mientras la escucho suplicar, por un momento creo percibir que su respiración se vuelve irregular —. Por favor, sácame de aquí.

Vuelve a golpear, aunque en su voz no atisbo la furia, es miedo. Abro la puerta y está sujetándose el pecho, haciendo esfuerzos por coger aire, apoyada en un lateral. Doy dos zancadas y la tengo entre mis brazos.

Su cuerpo tiembla ligeramente. La sostengo por la espalda mientras intenta controlar la respiración. Así que la aprieto contra mi pecho unos segundos. Los suficientes para sentir cómo su corazón late desbocado contra el mío.

¿Qué mierda le he hecho para que esté así?

La he tocado más de lo que debería. Cuando su respiración empieza a estabilizarse, me aparto como si me quemara.

Doy dos pasos atrás. Necesito distancia, tenerla tan cerca se me hace doloroso.

«No seas imbécil, Viktor. Seguro que estaba fingiendo. Siempre ha sabido cómo manipularte. No vuelvas a caer, no otra vez».



Capítulo 4

Hoy es el debut como diseñador de mi mejor amigo. Y yo con lo único que sueño es con quedarme en casa acurrucada en mi manta de pelo, comiendo una tarrina de helado detrás de otra mientras veo películas románticas en la tele. A veces he llegado a pensar que soy masoca y me gusta recordar lo que se siente cuando quieres a alguien tanto y no duele.

El teléfono suena sobre la mesa.

Es Dain.

—Dime que vienes ya de camino y que no estás acurrucada en tu cama o nuestra amistad acabará aquí —me reprende—. Juana Popova Rodríguez, o estás aquí en media hora o voy y te cojo por las greñas.

—Estaba terminando de retocarme —le miento, luego me levanto y me dirijo al armario para buscar algo que ponerme—, no me perdería tu debut por nada del mundo.

No me apetece nada ir. Sobre todo, porque ella estará ahí. Ekaterina Smirnova, la prometida de Viktor, va a presidir esa pasarela, y yo tendré que ver una vez más el triunfo reflejado en su cara mientras yo finjo y guardo bajo llave toda la traición y el dolor que eso me provoca.

—Recuerda coger la tarjeta que te di para entrar directamente en el *backstage*, luego he reservado para ti uno de los mejores asientos para que puedas presenciar el evento en primera fila.

—Gracias, Dain, ahí estaré.

Cojo uno de mis vestidos de cóctel del armario. Acabo de salir de la ducha y todavía tengo el cabello húmedo, pero no pienso perder tiempo con él. Lo recojo en un moño alto, bien pulido con laca hasta que no se mueve ni un centímetro. Me ajusto el vestido y me monto sobre los zapatos de tacón. Solo necesito maquillarme un poco frente al espejo y ya estoy lista.

Odio pasar horas transformándome en algo que no soy. Siempre he preferido la ropa práctica, incluso cuando la etiqueta exige espectáculo. Pero esta noche no es cualquier evento.

Cuanto antes me quite este peso de encima, mejor. No me he atrevido a decirle a Dain que Ekaterina, la modelo estrella que hoy va a desfilar para él, es la misma que tanto odio.

No estoy cómoda cuando la tengo cerca. Tiene algo que siempre quise y que en algún momento fue mío. Algo que, por más que intento arrancarme de la cabeza, sigue clavado como una espina.

Durante meses he tenido que verlos juntos y ahora, para mi desgracia, tengo a Viktor y a ella hasta en la leche que me bebo por las mañanas.

Inspiro hondo antes de bajar. Aunque en el hotel tenía reservada una *suite* para pasar la noche, he preferido contratar un coche que me lleve al desfile y que me traiga de vuelta a casa cuando todo termine.

Realmente yo no tengo luego nada que celebrar, si estoy haciendo esto es únicamente por la única persona que, en medio del caos, nunca me ha soltado la mano.

Dain todos estos años ha sido un apoyo incondicional. Fuimos juntos al instituto y, aunque luego estudiamos carreras distintas, lo hicimos en la misma universidad.

Él siempre fue valiente, incluso cuando el mundo se empeñaba en señalarlo. Ama sin pedir permiso, sin esconderse. Y eso, en un mundo donde la tolerancia depende demasiado de quién mire, le

costó una infancia dura y demasiadas cicatrices invisibles. Nos protegimos el uno al otro cuando nadie más lo hacía.

Me subo en el coche y, treinta minutos más tarde, éste me deja en la puerta del hotel Radizzont. No es la primera vez que asisto a un evento en este lugar. Cuando era pequeña, asistí a innumerables reuniones y fiestas familiares entre estos mismos muros. Recuerdos que preferiría no revivir. Solo pensar en ello me hace temblar.

Observo que en la puerta hay varios periodistas con sus cámaras y personas vestidas con sus mejores galas. Una actriz nacional, dos futbolistas… La prensa está inmersa con los invitados que conocen, preparados para sacarles la mejor fotografía.

Yo no soy nadie para ellos y lo agradezco. Aprovecho el revuelo para deslizarme entre la barrera de la entrada y la puerta principal, bajando ligeramente la cabeza. Estoy a un paso de cruzar las puertas cuando un brazo firme se cierra sobre mi codo y me detiene en seco.

—Señor Petrov, ¿quién es la señorita que lo acompaña?

Un *flash* impacta en toda mi cara. Esa foto debe de ser un horror. Y un error, yo no debería salir en ella y mucho menos acompañada por él. No me he preparado para la foto, ni para tener a Viktor pegado a mi cuerpo como si le perteneciera. Y, desde luego, no para recordar que su prometida está a pocos metros, en el *backstage*, a punto de salir a la pasarela.

—Soy el máximo accionista de Diamanty y la señorita Popova ahora es mi socia.

«¿Socia?»

Me suelto de su agarre bruscamente.

«¿Qué coño se ha creído?».

No tiene bastante con haberme robado la empresa. Ahora necesita exhibirlo, destrozarme con cada acto y hacerme pequeña delante de todos.

La periodista nota mi malestar cuando paso por su lado con el rostro rígido y la mandíbula apretada, sin mirar atrás. No quiero tenerlo cerca, sin embargo, estoy atrapada en su juego; tarde o temprano tendré que trazar un plan para apartarlo de mi vida.

Pero ahora mismo no podría ni aunque quisiera.

Llego sofocada al salón donde se va a celebrar el desfile. Tengo el pase para el *backstage*, pero ya es más de lo que puedo soportar por hoy, así que saco el móvil y le mando un mensaje a Dain justificándome para que me perdone antes de sentarme en el asiento que se me ha asignado. Encima de la silla hay una tarjeta en la que está escrito mi nombre.

Observo el lugar y me cuesta no quedarme unos segundos absorta, tiene una decoración que se sale de lo normal, todo ha sido cuidado al detalle. Hay flores artificiales de colores azulados, hilos de pedrería y perlas colgando del techo, cortinas de seda blanca brillantes…

Tiro de mi vestido, inquieta, mientras no pierdo detalle de cómo los invitados van entrando al salón. Muchos se sientan en sus sillas, otros están sumergidos en sus conversaciones. Algunas risas que se lanzan entre ellos son reales, otras, puro negocio, y muchas otras están bañadas de falsedad.

«No debería haber venido. Si le hubiese expuesto el motivo, Dain lo habría entendido», me digo una y otra vez, cuando el causante de mi inquietud entra por la puerta con paso decidido.

Va vestido con un traje negro impecable y camisa blanca ajustada al torso, marcando todo eso que hace que la mayoría de invitadas se gire a observarlo.

Viene en mi dirección, pongo mi bolso de mano en la silla que queda libre a mi lado. No quiero tenerlo cerca aquí también. Se detiene frente a la fila. Baja la mirada al asiento ocupado por mi cartera y luego me mira a mí.

—Si me disculpas, tu bolso está instalado en mi silla.

«Mierda. ¿Se puede saber quién narices ha hecho esta distribución?».

—Vaya casualidad —murmuro sin moverlo del sitio.

—No creo en las casualidades. Si me permites… —dice mirando mi cartera de mano.

Y por cómo lo dice… empiezo a sospechar que yo tampoco debería.

Agarro mi bolso de mala gana sin mirarlo y lo coloco sobre mis rodillas. No pienso dirigirle la palabra. Bastante tengo con soportarlo

todos los días en la oficina, como para tener que aguantar esto también.

—¿Has venido sola?

Me giro y lo fulmino con la mirada. Yo estoy furiosa mientras él está sonriéndome con esa mirada que desprende superioridad.

—¿Te gusta atormentarme?

—No sé por qué no he hecho esto antes —admite mientras cruza una de sus piernas sobre la rodilla contraria y se pone cómodo en su asiento—, me fascina sacarte de tus casillas. No es algo que no te merezcas.

—Tú también te mereces lo que tienes.

De pronto la música suena. El presentador sale al escenario cortando nuestro desencuentro y presenta al primer diseñador. Es Dain y me observa desde el escenario de forma acusatoria. Yo le hago una mueca de perdón.

Al fin y al cabo, estoy aquí, ¿no?

Y ya es mucho más de lo que puedo soportar por el día de hoy.

Las modelos empiezan a desfilar. La ropa diseñada por Dain es una mezcla de transparencias infinitas, telas brillantes cubiertas de pedrería y más flores azules bañando los cuerpos de esas mujeres, creando sobre ellas una obra de arte.

—Entonces, ¿salimos ganando los dos, no crees? —murmura por lo bajo.

La música sube en intensidad justo cuando la presentación de Dain llega al final. Ekaterina aparece en la pasarela, haciendo su aparición estelar. Yo no soy ese tipo de mujer, no tengo piernas largas, tampoco soy rubia y nada de facciones finas. Tampoco sé comportarme como una de esas muñecas perfectas. Así que, sí, supongo que para él fue lo mejor.

Me remuevo intranquila cuando, en mi letargo, el presentador llama a Viktor para que se acerque al escenario ante la atenta mirada de todo el mundo. Se levanta de su silla y sube los escalones para ponerse a la altura de Ekaterina Smirnova.

Y mi corazón se retuerce cuando este saca una caja de su bolsillo.

«¿Va a pedirle matrimonio aquí en público?».

Desearía morirme en este asiento antes de presenciar esto.

Ella lo mira, sonriente. Dain me observa desde el escenario, ya ha entendido el porqué de no querer venir aquí.

—Solo quería poner el broche final a este evento con una aportación de Diamanty, la empresa de la que recientemente soy dueño.

Viktor desliza una gargantilla de MIS diamantes para rodear el cuello de su prometida delante de todo el mundo.

Mi paciencia acaba de llegar a su límite.

Los aplausos inundan el salón. Ekaterina sonríe como si acabara de ganar una corona y Viktor se divierte, lo sé. Aunque no me mire, disfruta pensando que me está destruyendo en silencio. Respiro varias veces para controlar mis impulsos y, cuando los aplausos empiezan a bajar, me pongo en pie con elegancia.

Si quiere espectáculo, lo va a tener.

Subo los escalones con la espalda recta, sintiendo el peso de cada foco clavándose en mí. El presentador duda, Ekaterina parpadea y Viktor, por primera vez en toda la noche, frunce ligeramente el ceño. Me planto a su altura con una sonrisa afilada.

—Preciosa elección —digo mirando la gargantilla—. Es una de nuestras mejores extracciones. Corte limpio y una pureza casi perfecta. Me alegra ver que la empresa sigue apostando por piezas de alto valor, aunque algunos no sepan distinguir entre poseer algo y merecerlo.

—Nani… —advierte él en un susurro áspero.

Un murmullo recorre el salón. Miro a Ekaterina con educación.

—Te queda preciosa. Cuídala bien, hay joyas que parecen sólidas, hasta que descubres que su encaje no era tan firme como creías.

Viktor se inclina ligeramente hacia mí sin dejar de aparentar compostura.

—Termina ya —murmura entre dientes, apenas moviendo los labios—. No conviertas esto en una guerra.

—Disfruten del desfile —añado con una sonrisa perfecta sin mirarlo. Me giro para bajar los escalones, pero, antes de dar el primer paso, me detengo al pasar por su lado, me inclino apenas lo justo para

que solo él me escuche—. La próxima vez que intentes humillarme en público, asegúrate de poder aguantar la respuesta. Si quieres guerra, eso vas a tener.

Paso por su lado, bajando los escalones sin apresurarme, con la cabeza alta.

Siento el nudo en la garganta crecer. El corazón me golpea con rabia, las manos me tiemblan, pero nadie parece notarlo. Camino hacia la salida sin mirar atrás, necesito salir antes de que todo lo que he contenido ahí arriba me explote en la cara. Cruzo las puertas del salón y, cuando se cierran tras de mí, apoyo una mano en la pared de mármol para coger aire. Contengo las lágrimas.

Me dirijo al coche que ya me está esperando. Abro la puerta trasera y me meto dentro sin mirar al conductor.

—A casa —le pido.

El coche arranca y las luces del hotel se alejan por la ventanilla.

Y entonces rompo a llorar…

VIKTOR



Capítulo 5

Beber no es un hábito que me guste demasiado, pero las últimas semanas es un recurso al que acudo cuando estoy nervioso. Se suponía que me alegraría de verla derrotada, sin embargo, la actitud de Nani está despertando todo eso en mí que ya había enterrado.

La odio, pero no tanto como desearla muerta.

Eso me evitaría todos los problemas que me causa tenerla cerca. La ansiedad es real cuando está a mi lado.

—¿Se puede saber qué narices te pasa últimamente? —me reprende mi amigo Roman cuando entra por la puerta—. Estas últimas semanas estás que no estás.

—¿Quién narices te ha dejado entrar en mi casa?

—Tus hombres ya me conocen y tu ama de llaves, también. He entrado sin tener que pedirle audiencia, su Majestad —suelta, y acompaña sus palabras de una reverencia.

—Sí, ya lo he visto —lo miro enfadado—, ya te puedes largar, no estoy hoy de humor para tonterías.

Lanza el periódico sobre la mesa, abierto por la sección de las noticias sensacionalistas.

No sé por qué cojones se me ocurrió hacer algo así. En el semanario, a todo color aparecen tres fotografías que son toda una declaración de intenciones. En la primera, han inmortalizado el momento en el que puse el collar de diamantes en el cuello de Ekaterina sobre la pasarela del Zimá Royale. En la segunda, la instantánea muestra la imagen de Juana y yo justo en la entrada del evento, ese fue el preciso momento en el que la agarré del codo obligándola a posar ante la cámara. Y la última imagen es de Nani, con un gesto de evidente enfado, bajando las escaleras del escenario.

No me creo que fuese capaz de hacer algo así.

El texto dice que mi socia podría estar en desacuerdo con que yo hubiese usado la joya en contra de su voluntad cuando ella era la anterior dueña. También especulan con que podría haber sellado mi noviazgo con la modelo y esa gargantilla sonaba a campanas de boda.

No debería haber asistido a ese evento. Cada aplauso, cada *flash*, cada mirada clavada en ella…, todo me recordaba lo que había perdido y lo que pensaba que no quería recuperar. Pero también había algo más. Algo que me hizo desearla incluso mientras quería destruirla. Verla enfrentarse a mí en el escenario, tan segura, tan desafiante…, me encendió de una manera que no esperaba. Su orgullo, su mirada firme, la forma en que me retó sin decir una palabra, todo eso despertó algo en mí que creía muerto.

Estos años me he contenido. Me he repetido una y otra vez que no me importaba. Que Nani ya no significaba nada para mí, y, sin embargo, mientras recuerdo cada gesto suyo sobre la pasarela, cada palabra que me susurró al oído sin que nadie lo notara, siento cómo mi ambición y mi deseo se mezclan hasta hacerme casi incapaz de respirar. Quiero verla derrotada y, al mismo tiempo, tenerla más cerca que nunca.

—Estás muy despistado desde que compraste esa maldita empresa. La siguiente semana es la reunión de los clanes, espero que tengas la cabeza más despejada. Kiril Popov va a por ti, uno de los hombres que tenemos infiltrado entre sus filas me ha pasado información.

—¿Algo que nos pueda ser de utilidad? —pregunto, intentando aparentar despreocupación.

Ser familia directa del Pakhan tiene sus ventajas, eso sin contar con que mi clan es el segundo más poderoso en estos lares. Sufrimos un gran revés hace unos años, pero yo he conseguido posicionarme y labrarme la reputación que antaño tuvo mi padre. El manejo y blanqueo de capitales de todos los clanes pasan por mis manos, por lo que si los Popov, Orlov, Barlov e Ivanov han subsistido ha sido gracias a que he mantenido sus negocios en pie, pero me bastaría con hacer un movimiento envenenado para que todos se vayan a pique. Así que… ¿miedo a qué?

—El viejo Popov tiene la billetera vacía y una lista de acreedores bastante extensa. Su obsesión por el juego lo llevó casi a la ruina, por eso tuvo que poner la empresa a nombre de su difunta mujer, aunque, después del suicidio de esta, pasó a manos de su hija. Supongo que la idea era recuperarla de manos de ella, y que tú te hayas interpuesto en sus planes lo tiene bastante enfadado. Está arruinado y el negocio era su única forma de tener liquidez, así que está dispuesto a todo para recuperarla.

—Kiril Popov puede agacharse debajo de la mesa y comerme los huevos. No pienso darle una mierda.

—Entiendo tu postura, aun así, en esa reunión te va a exponer delante de los demás. Si robas a uno de los clanes, ¿quién no le dice al resto que podrías hacer lo mismo? Tenemos que pensar muy bien qué fichas mover.

—Los Orlov y los Barlov son meros peones en un juego que puedo mover a mi voluntad. Los chinos recién han llegado al país, por lo que aún no están afianzados, y Mikhail Ivanov es un títere que se mueve por dinero, solo tengo que dejar sobre la mesa miles de rublos y el tío se quedará en su casa con la boca cerrada.

—El gobernador ha hecho un trato con Siberia occidental y se está bañando en petróleo líquido. Ha sabido mover bien sus hilos y se ha cubierto las espaldas. A esa imagen pública de hombre intachable hay que sumarle un inmenso poder adquisitivo y un gran listado de personas influyentes del que tirar en caso de que lo necesite. La política pasó a un segundo plano en el momento en que

se dio cuenta de que podía sacar tajada sobornando y extorsionando a conveniencia.

Mikhail era uno de mis mejores amigos en la infancia. Éramos inseparables los tres. Ivan Dragov, él y yo. Siempre estábamos juntos hasta que la vida adulta nos azotó y cada uno miró por sus propios intereses y el dinero y el poder fueron una imposición más fuerte que la amistad.

Ivan Dragov era el verdadero prometido de mi hermana Anastasia, pero también fue el causante de la traición, con la muerte de mi hermana pequeña y de mi madre. Mató a su propio padre cuando intuyó que el título de Pakhan sería para Aleksei Dragov, el que terminaría siendo el líder y esposo de mi hermana.

Mikhail Ivanov era, más que un amigo, un confidente. Pero su padre era gobernador y también murió en extrañas circunstancias. El caso es que él subió al cargo siendo un joven de veintipocos años y tampoco tuvo reparos en traicionarme.

Si no lo he matado ya es porque, gracias a él, sigo con vida y no acabé con la cabeza separada de mi cuerpo por las manos del hijo de puta de Ivan.

Lo que nunca llegué a entender es qué ganó él con eso.

—Mikhail no se va a meter en esta guerra si no saca nada a cambio, así que no me preocupa ese tío. Ya te lo he dicho.

Observo a mi amigo Roman. Remover la traición de Ivan y Mikhail hace que me cuestione hasta dónde su lealtad es real o fingida. Es mi mejor amigo y nunca ha demostrado ir en mi contra, pero en el mundo de la mafia todo se mueve por interés y poder, y es muy difícil distinguir entre una amistad recíproca o un interés económico.

Ningún sentimiento en el mundo de la Bratva es real.



Capítulo 6

Me despierto aturdida. Estoy en una cama que no siento mía. La oscuridad colapsa mi vista. No sé dónde estoy. No recuerdo qué pasó después del desfile Zimá Royale. Salí bastante enfurecida del lugar, pero mis recuerdos no avanzan más allá de mi huida.

Busco con la mano algo que me permita encender la luz, sin embargo, no hay nada a mi alcance. El olor a abedul me retuerce la piel. Me pellizco para comprobar que estoy despierta y no es una de mis pesadillas. La ansiedad se apodera de mí hasta que por fin logro pulsar un interruptor, haciendo que la lámpara del techo se encienda, mostrándome el lugar donde menos me gustaría estar.

La mansión Popov.

—Pensaba que no te despertarías nunca.

Su voz son flechas afiladas impactando en el centro de mi cuerpo que ejerce de diana. Está sentado en un sillón en el fondo de la habitación. Tiene el pelo más blanco que la última vez que lo vi y lleva un puro entre los dedos del que da largas caladas. El olor mezclado con el abedul de mi infancia me retuerce de una manera infinita.

—¿Qué hago aquí?

—Esta siempre fue tu casa… —murmura. No me mira cuando me habla, aunque nunca lo hizo por considerarme un ser inferior—, pero decidiste traicionar a tu familia.

—Yo no he traicionado a nadie —me defiendo apretando los dientes.

—Robarle a tu propio padre lo que tanto esfuerzo le costó construir… Y encima permites que te lo quiten todo. ¡Eres una jodida inútil!

Me levanto de la cama y me tambaleo cuando logro ponerme de pie, como si estuviera ebria. Ahora cobra sentido que no recuerde nada. Han debido de drogarme y para que fuera tan efectivo en tan poco tiempo seguro que me inyectaron algo bastante potente.

—Sabes que esas acciones legalmente eran mías y estaba dispuesta a cedértelas todas a cambio de poder llevarme a Anton conmigo.

—No pensaste tanto en él cuando te marchaste y lo dejaste solo después del suicidio de la puta de tu madre.

Está intentando hacerme sentir culpable, pero no me dejó otra opción. No podía salvar al niño si primero no podía salvarme a mí. Cuando mi madre fue asesinada por ese monstruo que se hace llamar padre, porque eso es lo que realmente pasó, las acciones de mi madre pasaron a mi poder, heredando con eso el setenta y cinco por ciento de la empresa. Quería entregarle todo a cambio del niño, pero estaba asustada y no creía poder sobrevivir con un niño de cinco años y sin nada de dinero. Mi padre quería riqueza y poder y así tener el control de ambos. Las acciones de Diamanty eran mi seguro de vida y necesitaba alargar las negociaciones hasta poder llegar a un punto donde yo llegara sana y salva con el niño a España.

—Eres un monstruo, mi madre jamás se hubiese suicidado…

—¿Ah, no? —Sonríe de manera despectiva—. Era demasiado débil para soportar la Bratva. Casi tanto como tú…

—Fue demasiado fuerte si te tuvo que soportar a ti.

Mi padre se levanta de su sitio y da dos pasos hacia mí. Me quedo con los pies anclados al suelo sin inmutarme. Ya no tengo

miedo a sus golpes ni a su imponente altura —me sobrepasa de una cabeza— y me asesta una bofetada que me lanza sobre la cama.

—¡Puta niñata de mierda!

Ya no soy una niña, sino una mujer de veintiocho años capaz de trabajar y vivir de manera independiente.

A pesar de vivir sumida en la tristeza y tener una infancia de mierda, me cuidé mucho de labrarme un futuro estudiando una carrera, y de forjarme la personalidad que hoy en día tengo. Una tras la que estoy resguardada y protegida por unos muros grandes y gruesos y que muy pocas personas pueden penetrar. Ni siquiera los golpes de mi padre pueden hacerlo.

A lo largo de los años he podido hacerme con algo de ahorros, por lo que llevarme a Anton se me antoja cada vez más factible; y si consiguiera recuperar la empresa, una nueva vida para él y para mí sería completamente posible.

—¿Qué narices quieres de mí?

Me agarra por el cabello con fuerza y me atraviesa con esa mirada llena de ira y odio. Es un mal hombre, siempre lo fue. No tiene escrúpulos ni sentimientos y el único motivo por el que retiene a Anton es porque quiere castigarme y humillarme. Para él, el niño solo es una moneda de cambio, y aunque lo trate mejor que lo que lo hacía con nosotras, me consta que no siente ningún tipo de afecto hacia él.

—¿Qué quiero? —Empuña mi cabello con más ira, haciéndome mucho daño—. Vas a recuperar mi dinero. Vas a devolverme hasta el último rublo que me has robado. Y luego te marcharás de aquí olvidando que tienes una familia, no voy a darte a Anton nunca. Jamás. Él es mi heredero, una persona que moldearé a mi imagen y semejanza hasta convertirlo en un hombre digno del apellido Popov, mientras que tú siempre serás una cualquiera que no vale para nada, ni siquiera para abrirte de piernas y darle placer a un hombre.

Le escupo en la cara. No hay nada que desee más que matarlo.

Hace amago de abalanzarse sobre mí para volverme a golpear, pero mi voz es tajante.

—Yo recupero tu dinero y tú me das la custodia de Anton o no hay trato. Eres un viejo repugnante, aunque podrás sembrar tu

semilla en cualquier otra mujer.

La sola idea me da arcadas, y sería mucho más fácil acabar con el problema quitándole la vida, pero nunca he tenido el valor de matar a nadie por mucho que lo haya deseado.

Me lanza a un lado, furioso. Sabe que no voy a ceder en esto. Si hemos llegado a este punto es por su culpa. Si me hubiese entregado a Anton cuando se lo pedí, él ahora estaría bañándose en sus diamantes y yo me habría marchado al lugar del que tanto me hablaba mamá. La tierra donde nació y que yo anhelaba con hacer mía también.

Pensar en esa tierra me recuerda a mi madre, María. Ella siempre contaba que mi abuela Juana, a la cual nunca pude conocer, vivía en un pueblo pesquero de España, cerca de Marbella. Era andaluza. «Con mucho arte», así era como la describía mi madre. Pero también me hace recordar momentos que con el tiempo no fueron tan buenos. Mi padre estaba de vacaciones allí un verano y se enamoró de ella, hasta tal punto que «por amor» cogió a una mujer por la fuerza y la secuestró, se la llevó en contra de su voluntad. Mi madre perdió a su familia y nunca volvió a estar cerca de ella, y lo que más me duele es que murió sin poder verlos de nuevo.

Sabía lo que anhelaba el volver y comprobar si sus padres aún seguían vivos, si todavía la estaban buscando y se preocupaban por ella. Cuando fui más mayor entendí que nunca se atrevió a dar el paso, por miedo a que ya no estuviesen o, lo que era peor, que la hubiesen olvidado. También creo que tuvo miedo por si mi padre les había hecho daño. Por eso, uno de los motivos por los que quiero ir a España es para poder hacer lo que mi madre nunca pudo, además de poder alejar a Anton de este maldito lugar.

—No voy a darte a Anton, ya te lo he dicho.

—Si no me das al niño, ya puedes deshacerte de mí como hiciste con mi madre. Sé que estás tardando para las ganas que tienes de hacerlo.

Un sonido agudo emerge de su garganta.

—¿Crees que no te hubiese matado si no hubiese podido? —se mofa—. La zorra de tu madre puso cláusulas en su testamento. Si en

dos años te pasaba algo, toda la empresa sería donada al Estado.

—Ya veo…

—Consigue mi dinero y puede que me piense lo de dejarte vivir por esta vez —me avisa.

—Te odio

—Yo nunca te quise a ti.

Sale por mi lado, rabioso, empujando mi hombro con fuerza.

Ahora entiendo por qué mi vida no ha corrido peligro este tiempo ya que mi padre es un monstruo sin escrúpulos.

—Naniiii. —La voz de Anton me saca de mi letargo y el alivio me recorre el cuerpo ya que el niño aún se acuerda de mí. Viene en mi dirección y se abraza a mis piernas. Tiene ocho años y ha crecido mucho, pero sigue siendo un niño—. Nani, ¿eres tú?

Lo agarro con fuerza y lo aprieto contra mí. Lo que más he temido este tiempo es que se olvidara de mí por completo. No puedo evitar derramar una lágrima. Me siento culpable de no haberlo sabido hacer de otra manera. Lo único que deseo es poder traerlo conmigo y separarlo de ese tirano. No quiero que Anton se críe a la sombra de ese hombre sin sentimientos ni escrúpulos. Pero mi padre tiene hombres por todos lados y sabía que no iba a ser tan fácil escondernos de ellos en el caso de que hubiera escapado con el niño sin trazar un plan antes. Un maldito plan que me ha llevado bastante tiempo poner en marcha y que ahora hace aguas por todos lados.

—Soy yo, Anton, mi niño…

—¿Dónde has estado todo este tiempo, Nani, y por qué no has venido? —me reprocha aún abrazado a mí.

—He estado arreglando algunas cosas para que puedas venir conmigo, pero necesito tiempo.

—Yo no quiero quedarme más aquí con él, Nani, le tengo miedo. Siempre está gruñendo y algunas veces me pega.

El corazón se me encoge. La culpabilidad se agolpa de una manera que no me deja respirar con facilidad. Acaricio su cabello castaño para intentar consolarlo. No quiero mentirle, no puedo engañarlo, pero realmente no sé cómo salir de esta. La empresa era lo único que tenía para mantener a mi padre bajo control, y ahora

no tengo nada ni sé cómo protegerlo porque ni siquiera puedo mantenerme con vida yo misma.

Si lo que dice mi padre es cierto, en un mes se cumple el plazo que mi madre estipuló para protegerme, así que mis días están contados. Aunque, a decir verdad, podría hacerlo ahora mismo, ya que he perdido la empresa y, por ende, esa cláusula carece de valor.

Me arrodillo en el suelo y lo aparto de mí para mirarlo a los ojos.

—Anton, debes ser fuerte —le digo, intentando no venirme abajo—, eras muy pequeño, aunque ¿recuerdas lo que nos decía siempre mamá?

—Decía que la fuerza de un guerrero residía en su corazón —repite esas palabras, sin embargo, para Anton parecen no tener ningún significado—, pero no sé para qué sirven esas palabras… —se queja.

—Significan que eres un hombre muy fuerte, cariño.

—No lo soy lo suficiente, Nani. No quiero vivir con este hombre, cuando viene de su trabajo viene muy borracho y me trata mal, y no soporto a la mujer que ha traído. Me pide que la llame mamá.

El trabajo de ese *donador de esperma* es despilfarrar todo lo que tiene en el juego. Yo también he vivido las largas noches en las que no aparecía, donde mamá lo esperaba, aunque no por las razones que haría cualquier esposa, sino porque mientras él estaba fuera, ella respiraba tranquila.

—Esa mujer no es tu madre ni lo será jamás por mucho que te obligue a llamarla de esa manera.

—No me gusta, Nani…, dime que esta vez te vas a quedar aquí.

No puedo mentirle, pero tampoco sé muy bien qué va a ser de mí. Mi padre quiere que recupere la empresa a toda costa y yo lo único que quiero es coger al niño e irme muy lejos de aquí.

—No sé si va a poder ser, pero voy a procurarlo, ¿vale? —afirmo, intentando tranquilizarlo—. Tienes que seguir siendo un hombre fuerte.

—Vale —responde con resignación—. Solo prométeme que no me abandonarás como hizo mamá. Dime que vendrás a por mí, Nani.

—Por supuesto que vendré a por ti. No voy a descansar hasta conseguirlo —le aseguro.

—Ya está bien de tanta cháchara, ya te hemos dado más de lo que te mereces —me recrimina una voz femenina.

La mujer es de rasgos finos, alta y delgada. Es rubia y tiene la cara estirada por los innumerables tratamientos faciales que se habrá realizado. Esos que han estado sufragando estos dos años el dinero de mi padre tras la muerte de mi madre.

Me levanto del suelo y pongo a Anton detrás de mí para enfrentarla. Ella no se mueve de su sitio y alza ligeramente su labio intentando simular una sonrisa falsa.

—Tú sí que tienes lo que te mereces —espeto, y obviamente hago referencia a mi padre.

Esta mujer ha sido su amante todo este tiempo. Podría habérselo llevado de aquí para siempre, pero son tal para cual. Ni mi padre la quiso tanto como para dejar a mi madre e irse con ella, ni ella ama a mi padre para quedarse con él cuando se entere de que no tiene dinero.

Me pregunto si sabrá ya que mi progenitor está arruinado.

¿Se quedará? Seguro que no.

Esta mujer es una víbora que exprime a sus presas, y cuando ya no tiene más jugo que sacarle, pasa a la siguiente víctima.

¿Cómo pudo fingir todo este tiempo ser amiga de mi madre? La odio con todas mis fuerzas.

—Supongo que todos tienen en esta vida lo que se merecen, mira lo que le pasó a tu queridísima mamá.

Doy dos zancadas en su dirección. Quiero cogerle ese cabello rubio platino que lleva pegado al cuero cabelludo y arrancárselo con fuerza, pero me detengo. No puedo obviar que tiene al niño y podría tomar represalias hacia él.

La mujer sale por el pasillo, mofándose de mí porque no he sido capaz de golpearla. Dos hombres entran en la habitación y me cogen a la fuerza. Anton se pone a gritar.

—¡Nooo! ¡Soltadla, por favor! —grita al ver que me resisto, pero dejo de hacerlo cuando uno de ellos empuja al niño y lo lanza contra el suelo de manera brusca.

—Tranquilo, Anton, volveré a por ti —le aseguro, aunque ni yo misma sepa si eso podrá hacerse algún día realidad.

Sin embargo, una cosa tengo clara, no pararé hasta conseguirlo, aunque sea lo último que haga.

VIKTOR



Capítulo 7

Miro por la cristalera del ático de mi oficina. Son las doce de la mañana y Nani tampoco ha venido hoy a trabajar. No está en su casa, he mandado a varios hombres a buscarla y si no la encuentro pronto tendré que recurrir a mi hermana Anastasia. Ella es mucho más buena que yo usando la tecnología, e igual si se lo pido le puede rastrear su teléfono móvil.

«No puede habérsela tragado la tierra».

Me rasco la barbilla, nervioso. No quiero admitirlo, y mucho menos tenerla cerca, pero no puedo evitar preocuparme por lo que le haya podido pasar.

—Señor —dice Nadia, entrando en mi despacho como siempre sin avisar. Me giro esperanzado de que pueda tener alguna noticia de ella.

—Sí…

—Tiene una visita, es su prometida. ¿la puedo hacer pasar?

—No, dile que se largue.

—¿Se puede saber qué te pasa últimamente? —Ekaterina irrumpe en mi despacho, empujando a mi secretaria en el trayecto y haciéndola caer al suelo sin importarle—. No me coges el teléfono,

no me atiendes cuando voy a tu casa y tampoco deseas hacerlo aquí. ¿Me puedes explicar a qué estás jugando, Viktor? —me reprocha, enfadada.

Nadia se levanta del suelo, recoge varios papeles que llevaba en las manos y habían quedado esparcidos y sale por la puerta, cerrándola detrás de ella.

—Te estoy hablando —vuelve a llamar mi atención—, te he hecho una pregunta. La prensa está especulando sobre nuestra boda y tú ni siquiera coges el maldito teléfono.

—Creía que había quedado clara nuestra *no relación* —le recuerdo—, yo te ayudaba con mi imagen a ser la persona reconocida que hoy eres y tú me ayudabas a mantener lejos a mujeres que quieren cazarme. Como tú…

—¿Como yo? Claro que como yo, Viktor, llevamos mucho tiempo juntos en esto.

—Nos hemos estado acostando de vez en cuando, Ekaterina, pero no hemos tenido una relación de verdad, creía que quedaba claro para los dos. Tú te acostabas con quien quisieras y yo hacía lo mismo. Esto nunca ha sido más que una negociación.

—Es por ella, ¿verdad?

Se apoya en la silla de mi escritorio y me doy la vuelta lentamente, mis ojos recorren la calle desde el ventanal. Ningún coche se ha movido y Nani sigue sin aparecer.

—No sé a qué te refieres.

—No te hagas el idiota conmigo, Viktor. Es por esa zorra. Por eso has comprado esta empresa y por eso llevas todo el tiempo intentando separarme de ti. Al menos ten el valor de reconocerlo.

No voy a darle ninguna explicación. Ekaterina sabía cuál era nuestra relación desde el principio y su escenita de novia celosa me está tocando los huevos. Pero en algo tiene razón, nunca he podido sacar a Nani de mi cabeza.

—Voy a anunciar a la prensa que nuestro compromiso se ha roto, creía que estábamos de acuerdo en que esta alianza era un mero papel que nos beneficiaba a los dos, pero veo que no nos encontramos en la misma página.

—¡Eres un cabrón! —grita, tirando la silla de mi escritorio al suelo. Yo me giro para observarla, su cara está sumida en la furia—. Te engañó, te manipuló, te humilló, y ¿sabes quién estuvo ahí siempre?, yo, Viktor, yo.

—Si ya has dicho todo lo que tenías que decir, será mejor que te marches, tengo mucho trabajo.

Sé que estoy siendo un cabrón, pero siempre fui sincero con ella. Ekaterina sabía que jamás iba a quererla, porque mi corazón, aun hecho pedazos, siempre fue de Nani.

Escucho el portazo y vuelvo a girarme hacia las cristaleras. Saco el teléfono del bolsillo y hago algo que nunca creí que haría, sin embargo, estoy ansioso por saber dónde está.

Si le ha pasado algo…, si se ha ido para siempre…

La puerta se abre a mi espalda. Si es Ekaterina, pediré a seguridad que se la lleven de aquí y que no le permitan la entrada nunca más. Me doy la vuelta para enfrentarla y…

Es ella. Mi pecho se relaja en cuanto la veo frente a mí. Su cabeza está baja, fija la vista en sus zapatos, y aun así cada gesto suyo me atraviesa. Camina con cautela hasta el escritorio y se sienta, sin mirarme a los ojos.

—¿Se puede saber por qué narices no has venido a trabajar? No vuelvas a hacer algo así.

—Ha sido por motivos personales, lo siento.

¿Me está pidiendo perdón?

No la creo. Su tono suena demasiado contenido, como si estuviera calculando cada palabra. Sé que está tramando algo.

Me acerco al escritorio y me siento en el lateral, dejando una pierna colgando. La observo de nuevo. Está seria, casi ausente, con la mirada fija en el vacío.

¿Alguien le ha hecho daño?

¿Más daño que yo?

La idea me enciende y me irrita al mismo tiempo.

—¿Dónde has estado?

—Eso no te interesa.

—Si te lo estoy preguntando es porque quiero saberlo. ¿Qué has estado haciendo estos días para no dar señales de vida?

—Viktor, necesito que dejes esto de una vez. Debo recuperar la empresa, siento lo que pasó hace nueve años, pero, de verdad, dime qué es lo que quieres y te lo daré, pídeme lo que quieras.

Un escalofrío me recorre. Esa mezcla de vulnerabilidad y desafío, de sumisión contenida y orgullo intacto, es venenosa. No puedo descifrar qué causa en mí.

—Ya no puedes darme nada que yo desee…

Cierra los ojos. Está intentando no llorar, así que debo recordarme que es una mentirosa. Puede que esté jugando conmigo.

Mantiene la postura un instante, respirando hondo. No hay lágrimas, solo concentración. Estoy alerta, sé que puede estar jugando conmigo, intentando manipularme.

Se acerca lentamente, apoya las manos sobre mis muslos. La miro, midiendo cada movimiento, cada intención. Sus ojos no buscan súplica, buscan negociación.

—Te he dicho que lo que quieras… —insinúa con voz baja, firme, cargada de intención.

Una chispa de peligro recorre la habitación. Esto no es sumisión, es un desafío disfrazado de tentación. Mi cuerpo reacciona, lo siento, pero no voy a dejar que la emoción me gane.

Follármela no vale el suficiente dinero como para devolverle su empresa. ¿O sí? Porque la pierna me tiembla y mi mente grita que no lo haga, y en cambio, la polla no me cabe en los putos pantalones ahora mismo.

Paseo la yema de mis dedos por su hombro, lento, provocador.

—¿Vas a ofrecerte a mí como una fulana?

Aprieta la mandíbula y, aunque hay una sombra de tristeza bajo sus ojos, la fuerza de su mirada me reta. No hay sumisión real, no hay miedo. Solo ambición y un deseo contenido que rivaliza con el mío.

La cojo por la mandíbula para obligarla a mirarme, sin embargo, no opone resistencia. Va maquillada y luce una especie de hematoma debajo del ojo.

¿Alguien le ha hecho daño?

Eso sí que no. Si alguien se atreve a tocarla…

Aprieto los dientes, furioso.

La Nani que conozco me estaría diciendo que soy un gilipollas, estaría pataleando y replicando.

¿Está intentando jugar conmigo?

Eso es, quiere su empresa y se ha propuesto conseguirla a toda costa. Esto es un juego y ambos conocemos las reglas.

—Eso es lo que soy, al fin y al cabo.

—No voy a darte la empresa, pero sí que puedo darte una buena compensación económica si haces algo por mí…

—Lo que quieras —repite de manera mecánica.

—En este mundo todo es cuestión de necesidades vitales, tú necesitas dinero y yo necesito que alguien me coma la polla todos los días de mi vida. ¿Qué te parece?

Mi dedo roza suavemente el bajo de su labio inferior. No puedo negar que cada gesto de ella me enciende, pero Nani no se rompe, gira la cara, y luego vuelve a mirarme con firmeza, los labios apretados. Es la primera vez que veo en serio ese odio contenido que siempre intenta camuflar.

Sus manos suben por mis muslos, decididas. No es súplica, es estrategia y desafío. Quiere poner a prueba mis límites, saber cuánto puede presionar. Cada movimiento suyo me hace dudar, pensar en lo que ha hecho con otros… y el pensamiento me envenena. Esto era tan nuestro… o, al menos, eso creía.

Justo cuando sus dedos llegan al botón de mi pantalón. La detengo. Lo que más deseo es que se meta mi polla en la boca, pero este no es un juego que ella vaya a ganar tan fácilmente. La aparto con cuidado, dejando el espacio suficiente para bajar de la mesa y sentarme en mi silla, controlando la situación.

—Tranquila. No voy a ceder tan rápido. Esto es un juego, Nani. Y yo siempre marco las reglas.

Ella me mira, respirando hondo, con rabia y deseo mezclados en su mirada.

No hay miedo, no hay humillación. Solo tensión, orgullo y un fuego que ninguno de los dos está dispuesto a apagar.

—Ya veremos quién gana —murmura, casi desafiándome.

—Vete de aquí.

—No puedo irme, Viktor, no sin que me devuelvas lo que es mío.

Su voz suena robótica de nuevo. No hay atisbo de sentimiento alguno. Está sumida en algún tipo de trance. ¿Está fingiendo o realmente le ha pasado algo?

Cada fibra de mi cuerpo se tensa.

—Vale, no te preocupes, me marcho yo de aquí.

Cojo mis cosas y la dejo a un lado. Bastante he soportado hoy con los reproches de Ekaterina y toda la tensión acumulada como para tener que lidiar también con esto. Cada palabra de Nani y cada gesto suyo me golpean más de lo que quiero admitir. Salgo por la puerta buscando el ascensor. El aire me falta, el corazón me late con fuerza y el cuerpo me tiembla.

¿Por qué quiero hacerle tanto daño… y a la vez me quema pensar en alejarla de mí?

No se trata solo de la empresa ni de un juego de poder.

Es porque es ella, Nani.



Capítulo 8

Nueve años antes

Hoy es mi vigesimocuarto cumpleaños y, como cada año y coincidiendo con la época donde viajo a veranear con mi familia a Mallorca, mi día lo celebramos allí.

Mamá está cocinando mientras Valentina y Anastasia, mis dos hermanas menores, andan tramando algo por el jardín.

Este día siempre es especial para mí, porque mi progenitor se encuentra lejos de las obligaciones que lo tienen sometido día tras día, y eso hace que pueda disfrutar un poco más de él. Nikolai Petrov, mi padre, es un buen hombre, aunque llevar uno de los clanes más importantes de Rusia lo mantiene siempre distante y alejado. Pero, durante estas semanas de veraneo en nuestra villa de Mallorca, se convierte en el padre modélico y cariñoso que se priva de ser el resto del año. Los juegos con mis hermanas se suceden uno tras otro, y los arrumacos de cariño que dedica a mamá hace que ella se vea realmente feliz. Siempre me habían dicho que pertenecer a la Bratva no es tarea fácil, y con cada día que pasa soy

más consciente de ello, ya que cada vez recaen más obligaciones sobre mis hombros.

—Felicidades, Viktor —dice la pequeña Valentina, entrando al salón cogida de la mano de mi hermana Anastasia. Se suelta de su agarre y corre hacia mí para que la alce en brazos.

—Vaya, cómo creces, enana —exclamo, haciendo referencia a que pesa más de lo que recordaba. Mi hermana pequeña tiene tan solo siete años y es la que más se parece a mí. Su cabello es rubio, aunque el mío se ha ido oscureciendo con el paso del tiempo, pero sus ojos almendrados son de color avellana como los míos.

—Tonto, yo no soy una enana.

La dejo en el suelo y le pellizco el puente de la nariz.

—Eres una gigante.

—Felicidades, hermano —me abraza mi hermana Anastasia—, no voy a admitir esto si alguien me pregunta, pero durante el invierno te hemos echado mucho de menos.

Anastasia es la mediana, ella posee el cabello rojo fuego tan diferente a los nuestros, y es cinco años menor que yo. Estar aquí con ellas es sentirme en casa, ya que paso mucho tiempo alejado porque durante el invierno estudio en la universidad y, aunque no estoy muy lejos de casa, me hospedo en el campus para centrarme en mis estudios.

—¿Este es tu regalo de cumpleaños? —bromeo con ella—. Porque si es el regalo tendrás que reconocerlo siempre que me veas…

—Te hemos comprado un regalo, listo —salta Valentina—, aunque hay otra sorpresa.

Miro a mi otra hermana que asiente con la cabeza.

—¿Qué estáis tramando? —Me inclino y le hago cosquillas a Valentina.

—No te lo voy a decir…

—Eh, eso es trampa —intercede Anastasia a su favor, haciéndome cosquillas en el costado.

Conoce mi debilidad y yo me muevo bruscamente a un lado dando con la cadera a la mesa del recibidor y volcando el jarrón que le regaló papá a mamá en un viaje que hicieron por América.

El sonido de la cerámica al romperse contra el suelo de mármol parece amplificado ante el silencio que se hace en ese momento.

—Chicos —nos llama mi madre que sale de la cocina—, ¿qué está pasando ahí?

Los tres nos ponemos en línea, intentando tapar el desastre. Cuando estoy con ellas soy como el niño que dejé atrás.

—Yo no he visto nada, mamá —nos defiende Valentina con su inocencia.

—Puede que alguien haya llamado a la puerta, creo que el sonido proviene de la entrada —añade Anastasia a mi lado con el cuerpo rígido, intentando disimular.

—¿Qué habéis roto esta vez? —dice de manera acusatoria mi madre.

—Nada, mamá, nada, nada, nada. —Valentina mueve la cabeza de un lado a otro, creyendo poder tapar la mentira. Adoro a mi familia, pero mis hermanas son mi vida y la unión que mantengo con ellas, a pesar de no estar mucho en casa, es completamente sólida. Como si fuéramos una sola persona en lugar de tres.

—A ver… —tantea mi madre bajo el marco de la puerta con la espátula de cocina en la mano—, si no ha pasado nada, Valentina, yo no habría escuchado un ruido extraño.

—No ha pasado nada, mamá —repite, algo más nerviosa.

—No, no, si yo tampoco lo creo, mis hijos no me engañarían y mucho menos tú, mi pequeña. Y todo mientras mamá está preparando la tarta de zanahoria que tanto te gusta. Porque imagínate que me escondes algo y te castigo sin poderla probar.

Ya lo ha vuelto a hacer.

Mi hermana se aparta a un lado.

—Viktor ha tirado ese jarrón —se chiva la niña, señalando el suelo.

Anastasia suelta una risotada que resuena en el recibidor.

—Así no se puede, mamá, la has chantajeado con su tarta favorita.

Me acerco a ella. Me coge por la oreja y me da un tirón no solo para felicitarme sino también para regañarme mientras sonríe.

—Estás hecho un hombretón, pero no enseñes a mis niñas a mentir —me advierte antes de darme un abrazo—. Anda ven, feliz cumpleaños, Viktor.

—¿Mamá, voy a poder comer tarta de zanahoria? —interrumpe la pequeña Valentina, preocupada, y nos echamos a reír.

—Claro que sí, pequeña —le dice mi madre.

—Y, tú —se gira hacia mí—, recoge ese desastre antes de que llegue tu padre con los invitados.

¿Invitados? ¿Qué invitados?

Justo en ese momento mi padre entra por la puerta.

Va acompañado por uno de sus socios y la conversación lo tiene tan absorto que no ha reparado ni siquiera en el desastre que hay esparcido a nuestros pies.

Su socio, junto a su familia, ha pasado algunos veranos en la villa con nosotros, pero jamás había coincidido la visita en el día de mi cumpleaños, y lo odio. Odio que mi padre haga esto porque dejamos de ser su prioridad para centrarse en los negocios, como también odio compartir este día con unos meros invitados y que además cargan con la repelente de su hija.

Juana Popova.

Allí, en la entrada, aparece la susodicha hablando con su madre. De repente gira la cabeza y posa sus ojos en mí, dedicándome una sonrisa que me desarma.

Algo se remueve en mi interior. La última vez que la vi era una cría y ahora debe de tener unos dieciocho años, ya que es unos meses mayor que Anastasia.

Pero mis ojos no pueden dejar de mirarla de una manera diferente.

Esta vez.



—Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz…

Todos me cantan alrededor de la mesa cuando Valentina y mamá me sacan una tarta de cumpleaños.

Sigo algo incómodo, los Popov han venido unos días a visitarnos y papá, en toda la noche, no ha dejado de hablar con su socio sobre la empresa de diamantes que este posee en el sur de Rusia.

Ya voy entrando en el negocio, así que sé de sobra que papá blanquea capitales por mediación de los Popov. Mamá, sin embargo, está hablando con la señora Popova sobre la cultura española. La madre de Nani tiene raíces andaluzas y por eso su hija tiene esos rasgos españoles que no he dejado de observar durante toda la cena. Hacía tres años que no la veía, era apenas una adolescente desgarbada, pero ya no lo es y no entiendo muy bien qué es lo que me está pasando ahora mismo con ella como para no dejar de observarla en toda la velada.

—¿Has pedido un deseo? —dice Valentina, ilusionada cuando soplo las velas—. Yo he pedido una novia guapa para Viktor.

—Calla, pequeña, yo no quiero novias, guárdate ese deseo para ti.

—Toma, te hemos comprado un regalo —nos interrumpe Anastasia, dejando un paquete delante de mí.

Cojo la caja y la zarandeo, intentando adivinar lo que hay dentro.

—¿Es una bomba supersónica que implosionará para destruir a vuestro hermano? —les sonrío a las dos.

—Nop —responde Valentina—, es más chulo.

—¿No será un perfume?

Siempre me regalan lo mismo. Dicen que les encanta que huela siempre tan bien.

Valentina mira a su hermana con cara de «nos han pillado». Lo abro y las abrazo, no puedo quererlas más. Mi madre me coge por los hombros y me da un beso en la mejilla desde atrás.

—Vaya, y nosotros no le hemos comprado nada al chico —lamenta el señor Kiril Popov.

—Gracias, no necesito nada —le indico, aunque la voz me salga fría. No deseaba que ellos estuviesen aquí en este día—, ya me honran con su presencia.

Mi madre aprieta mis hombros al percatarse de que lo he dicho con sarcasmo. Y mi padre tose y carraspea, algo incómodo.

Odio que estén aquí el día que se suponía que iba a pasar con mi familia.

—Bueno, vamos a dejar a los chicos. He pedido que nos preparen unas bebidas en el jardín, hace un día estupendo y desde la terraza se puede ver el mar.

Valentina y Anastasia salen detrás de mamá y papá, pero a mí no me apetece compartir mi tiempo con ellos si siguen acompañados. Así que saco mi teléfono del bolsillo y me dirijo escaleras arriba a mi habitación. Tengo felicitaciones de mis dos mejores amigos, Ivan y Mikhail, y también me ha felicitado medio campus universitario a través de redes sociales. Incluso me llegan varios vídeos obscenos de alguna bailarina.

Llego a mi habitación y me tiro sobre la cama para leer los mensajes, hoy no he hecho caso al teléfono móvil, así que tengo un arduo trabajo por delante para contestar a todos. Cuando acabo de responder, miro por la ventana ante el escándalo que proviene del jardín. Mamá y papá están riendo con sus amigos contando una y otra vez el mismo tipo de bromas. Se nota que están relajados y que el alcohol ya les hace efecto. Sin embargo, no veo a Nani, no está con ellos y no verla me decepciona un poco.

La busco por la mansión y me parece verla dirigirse hasta la playa. Esta villa está en la cima de un pequeño acantilado del que se puede acceder a una cala por un camino rocoso, pero con la noche sobre nuestras cabezas puede dar un paso en falso, caer entre los peñascos y hacerse bastante daño.

Mi instinto me hace salir de la habitación e ir a buscar a esa joven loca. Salgo por la parte de atrás del jardín y enfilo el camino que me lleva a la zona alta, donde la vi por última vez. Conecto la linterna de mi móvil y continúo caminando. Aunque no la veo, quizá no fuera ella o haya vuelto a la mansión mientras yo salía a su encuentro.

—¿Se puede saber qué estás buscando?

Giro la linterna y la veo ahí sentada en el filo del acantilado.

No está muy alto, pero debajo de sus pies, a unos dos metros, rompen las olas del mar con bastante virulencia. Eso, sumado a la oscuridad que nos rodea, hace que sea imposible encontrarla en caso de que cayera.

—¿Sabes lo peligroso que es que estés ahí? —la reprendo—. ¿Estás loca o qué? ¿Sabes el daño que te podrías hacer?

—Y eso te importa por…

¿Me está vacilando?

—A mí no me importa en absoluto, pero joderías mis ansiadas vacaciones si te perdieras en el mar y tuviesen que quedarse tus padres aquí a buscarte más tiempo del necesario.

—Vaya, y yo pensando que de verdad le preocupaba a alguien.

No sé si lo dice con doble sentido, aun así, me siento mal al instante.

—Lo siento, tampoco quería ser borde. Es solo que…

—Ya… Es solo que preferirías que no estuviésemos aquí —acaba la frase por mí—. No te preocupes, te entiendo perfectamente, nadie quiere tenernos cerca.

No sé por qué, pero me siento a su lado dejando un espacio. Me quedo tranquilo y miro al horizonte, me quedo callado durante unos minutos hasta que al fin digo:

—Hace tres años coincidimos aquí en vacaciones, me llamaste gilipollas unas seis veces, no soportabas ni una broma y eras una niña petulante. Digamos que todos esos factores han sumado un poco para no quererte tener hoy aquí.

—Bueno, supongo que lo entiendo —se ríe—, es solo que eres un poco gilipollas, aunque tú no lo veas.

—¿Me estás insultando? Me parece una palabra supergrotesca y fuera de lugar.

Ella suelta una carcajada y se tumba completamente mirando la luna.

—En España llamar a alguien gilipollas, según la forma en la que se diga, puede parecer algo cercano y familiar. Un toque de cariño camuflado.

—Venga, no me tomes el pelo.

Alargo el brazo e instintivamente le hago cosquillas en el costado. Se queda impactada, es la primera vez que la toco y no sé si ella también ha sentido ese escalofrío que ha recorrido mi piel.

—No te lo estoy tomando, es un saludo amigable también —responde mientras aún sonríe por las cosquillas.

—¿Entonces eso quiere decir que soy tu amigo?

—Bueno, tampoco diría yo tanto. Siempre me acuerdo del cumpleaños de mis amigos y no sabía que hoy era el tuyo, así que… siento no haberte comprado nada.

Me tumbo a su lado, también observando la luna.

—No todo en el mundo es el dinero, aunque nosotros hayamos nacido rodeados de él.

—¿Sabes que la estrella de Calisseo es esa? —me interrumpe, y aparto la mirada de ella para ver la que señala con el brazo extendido—. ¿Conoces la leyenda que hay sobre ella?

—No vas a contarme una historia inventada de enamorados, donde el hombre muere por salvarla a ella porque su amada se lanza por un acantilado, ¿no?

—Nooo, ¿por qué crees que haría algo así? —se queja entre risas.

—Me lo estabas contando muy seria… —bromeo, no sé por qué, pero me encuentro realmente cómodo aquí a su lado—. Bueno, ¿por qué estabas aquí sola?

—Quería huir un rato de papá y también de tu familia.

—Vaya, pues no te ha salido bien el plan.

Hago referencia a mí. No entiendo muy bien por qué la he seguido, pero ahora que lo he hecho no me arrepiento. Nani Popova ya no es la adolescente impertinente de hace unos años, empezando porque ya no es una niña y su cuerpo se ha desarrollado. Es morena de ojos oscuros, y tiene formadas las curvas de sus senos y un buen trasero. Sí, se lo he mirado cuando ha llegado, es grande en comparación con su cuerpo, pero es algo que me atrae.

—Bueno, la compañía tampoco está yendo tan mal —reconoce —, suelo preferir estar sola, aun así, reconozco que no eres un estorbo.

—Oh, es lo más bonito que me ha dicho una chica en mucho tiempo.

—Vaya, pues no saben esas chicas lo que se pierden…

¿Me ha hecho un cumplido? Sigo perplejo mirando el cielo. Cierro los ojos y absorbo el sonido del mar al romper contra las rocas justo debajo de nosotros.

—¿Crees que soy buen tío? Igual es solo lo que te estoy haciendo creer para ligar contigo.

—¿Eso es lo que les dices a todas esas chicas que no reconocen que eres buena compañía? —Su mano se posa en la mía. Es la segunda vez que me toca y me vuelve a temblar el cuerpo—. Gracias. Aunque siento haber irrumpido en tu vida y fastidiado tu cumpleaños. Tampoco…

Me giro de lado, ella también lo ha hecho. Su mirada penetra la mía en la oscuridad. No sé qué hechizo me ha echado ni de qué manera me ha embrujado, pongo la mano en su nuca y la acerco a mí, provocando que deje de hablar en el momento.

Quiero besarla, saborearla, necesito saber y entender por qué esta necesidad de ella.

Sus labios toman contacto con los míos y un escalofrío me recorre el cuerpo con intensidad. Deja que mi lengua se abra paso y tome contacto con la suya. Mi corazón golpea con fuerza y la mantengo junto a mí para seguir conociendo el sabor de sus labios.

Cómo un simple beso ha afectado de esta manera a mi cuerpo es algo bastante irracional. Su lengua voltea la mía en un extraño juego, puedo sentir su respiración entrecortada y un ligero temblor. Profundizo más el beso, como si quisiera comérmela.

Me separo unos centímetros y compruebo que está alterada.

—¿Por qué me has besado? —murmura, nerviosa, intentando coger aire.

—No lo sé, ¿le preguntas a los chicos que te besan por qué lo hacen?

—NO…

—Y ¿por qué a mí sí?

—Porque nunca ningún chico me había besado…

El corazón me palpita con fuerza en el pecho. Me levanto procurando disimular que estoy nervioso. Que no me afecta Juana Popova, que no soy un joven alterado y que su beso no ha sido mi mejor regalo de cumpleaños.



Capítulo 9

En la actualidad

Hoy he quedado con Yuri para cenar y me siento nerviosa. Estos últimos días no le he cogido el teléfono, he sido incapaz. Soy una mierda de novia, en realidad Yuri jamás se mereció a nadie como yo, así que cuanto antes acabe con esto. Será mejor para los dos.

Aparco cerca del Goldem Rabs donde me ha citado mi todavía pareja. Me miro en el espejo para insuflarme ánimos y me empiezo a dar cuenta de lo mal que luzco, así que saco mi kit de maquillaje para emergencias que guardo en la guantera y me doy un pequeño retoque.

Pero ni toda la máscara podría tapar lo sucia y mentirosa que me siento.

Cuando entro en el restaurante, Yuri ya está ahí sentado. Se levanta y viene hacia mí.

—Hola, cielo, ¿estás bien?

—Sí, bueno, no. Yuri, tenemos que hablar.

Aparta mi silla, es todo un caballero, pero quizá deje de serlo cuando le diga lo que he venido a contarle. Me dejo caer mientras él da la vuelta a la mesa y se sienta en frente.

—¿Hablar? ¿Vienes a dejarme, es eso?

El tono es más cortante de lo que debería. No es ira abierta, es algo peor, resentimiento contenido.

Entiendo que se sienta así después de mis desplantes. Pero no me gusta cómo lo dice.

—Lo siento —afirmo—. Siempre fui franca contigo, sabíamos que tarde o temprano esto acabaría.

No puedo seguir con esta farsa. Anclarme a él solo alargaría una mentira que ya pesa demasiado. Y cuanto antes lo verbalice, antes podrá empezar a olvidarme.

Veo cómo se tensan las facciones de su cara. Aprieta el cubierto que tiene delante con tanta fuerza que los nudillos se le blanquean. No quiere montar una escena, pero tampoco está dispuesto a tragárselo en silencio.

—¿Es por ese tío? ¿Crees que no me he dado cuenta? —inquiere, furioso.

—Lo siento, de verdad.

Yuri arrastra la silla con un ruido seco y se sienta a mi lado, invadiendo mi espacio. La camarera deja dos bebidas sobre la mesa sin percatarse de la tensión que nos atraviesa.

El lugar está abarrotado de personas, todas están sumidas en sus conversaciones.

—He sido tu amigo, he soportado todos tus desplantes, he aguantado cada una de tus idas y venidas ¿y tú me lo pagas así?

Está dolido. Y tiene derecho a estarlo.

—Nunca fuimos una pareja de verdad. Siempre supiste que yo no estaba preparada para esta relación, aun así, lo he intentado.

—¿Qué es lo que has intentado?

Su voz es de reproche.

Él desliza su mano por el mantel hasta rodear mi muñeca. Al principio parece un gesto contenido, casi desesperado. Sin embargo, sus dedos empiezan a apretar.

Miro a ambos lados del restaurante para cerciorarme de que nadie presta atención a nuestra mesa.

—Suéltame —murmuro cuando su presión aumenta.

—¿Te has estado follando a ese tío?

No reconozco a este Yuri, jamás había tenido una palabra fuera de lugar, y no me gusta la manera en la que me está tratando.

—Suéltame —repito de manera más tajante.

Intento levantarme, pero su agarre me tiene pegada a la silla. Finjo una sonrisa forzada cuando la camarera vuelve para dejar unos platos frente a nosotros. Él afloja apenas un segundo, lo justo para fingir normalidad. Cuando la chica se aleja, vuelve a apretar.

—He estado ahí cuando nadie más lo hacía. Te he escuchado, he sido paciente incluso me he quedado sabiendo que ya no tenías nada.

Sus dedos se clavan con más fuerza en mi muñeca.

—¡Me haces daño!

Me deshago de su agarre con un tirón seco arrastrando la silla. No esperaba esta reacción de él, nunca ha sido agresivo conmigo… También es cierto que hemos pasado muy poco tiempo juntos y a veces no conoces de verdad a las personas hasta que no te encuentras en situaciones difíciles.

Está enfadado, celoso y furioso, y, aun así, eso no le da derecho a ponerme una mano encima.

Camino hacia la barra, intentando mantener la dignidad intacta. Dejo varios billetes para pagar sin esperar el cambio y me dirijo a la salida sin mirar atrás.

El aire frío de la calle me azota en la cara, aunque más heladas salen sus palabras:

—¿Vas a largarte y a dejarme así?

Aprieto el paso en dirección a mi coche mientras busco las llaves dentro del bolso. Él me sigue. Demasiado cerca. Está empezando a darme miedo. No esperaba que me regalara flores, pero pensaba que sería comprensivo y se lo tomaría de otra manera.

—Deja de seguirme —le pido sacando la llave de mi coche, dispuesta a marcharme de aquí.

—No voy a dejar que te vayas así, Nani. ¿Acaso has tenido en cuenta alguna de mis peticiones?

El corazón me golpea el pecho dejándome sin respiración. Quizá no fue buena idea intentar marcharme.

El *parking* del restaurante está mal iluminado, demasiado vacío a estas horas, y el hombre que tengo delante ya no se parece al que creía conocer.

Pulso el mando del vehículo, pero, justo cuando voy a abrir la puerta, él me alcanza y me sujeta contra la carrocería.

—¡¿Se puede saber qué te pasa?!

Me gira bruscamente. Mi espalda choca contra el metal con un golpe seco. El impacto, premeditado y sin cuidado, me arranca un jadeo. El dolor me recorre la columna.

Me remuevo, intentando deshacerme de su agarre.

—O me sueltas o lo lamentarás.

Suelta una carcajada.

—¡Eres una zorra!

Le asesto una bofetada. Sus manos bajan a mis antebrazos y aprieta con tal fuerza que siento cómo los dedos se me clavan en la piel.

Me inmoviliza contra el coche.

El dolor de su agarre no es tan punzante como el que siento al sentirme tan engañada. Si este Yuri es el verdadero, la persona que estuvo conmigo todo este tiempo es una farsa. Alguien que no existe.

Nunca pensé que esto pudiese acabar de esta manera.

De repente, las luces de un coche nos interrumpen.

Durante una fracción de segundo siento alivio… hasta que reconozco el vehículo.

¡Viktor!

No estoy preparada para lidiar también con él.

Siento cómo los dedos de Yuri pierden firmeza. Cómo su respiración se altera. Cómo da un paso atrás antes incluso de que la puerta del coche se abra.

Y en ese instante lo entiendo. Delante de Viktor no va a hacerme nada. Pero la verdad es innegable: ahora mismo, con él

cerca, me siento a salvo.

Me giro e intento abrir la puerta de mi deportivo para marcharme de aquí.

—¿A dónde vas?

Su voz es un cuchillo afilado.

—Yo ya me iba y Yuri también.

Yuri da dos pasos atrás y se dispone a irse, Viktor lo observa sin moverse, con esa superioridad fría por la que no necesita alzar la voz para imponerse. Basta una mirada y Yuri se marcha.

Viktor hace un leve gesto con la cabeza y los dos hombres que lo acompañan se apartan, dejándonos espacio.

Demasiado espacio.

—¿Qué estaba pasando aquí?

—Te he dicho que yo ya me iba —respondo a la defensiva.

—Y yo te he hecho una pregunta. ¿No la has entendido?

Se acerca más a mí. El olor a su perfume me envuelve y mi cuerpo reacciona traicionándome, recordando cosas que mi orgullo quiere olvidar.

—He venido a cenar con un amigo —digo, intentando quitarle hierro al asunto. Después de todo lo que ha pasado entre nosotros no creo que le importe, pero siento vergüenza por lo que estaba sucediendo.

Esboza una sonrisa burlona.

—¿Ahora es tu amigo?

—Será mejor que me marche. —Me tiembla la voz, no necesito lidiar con otro ataque de celos también.

—Yo también he venido aquí a cenar con una amiga.

—Me alegro mucho por ti, pero no te he preguntado.

Doy media vuelta para abrir el vehículo y marcharme, aunque Viktor intenta detenerme cogiéndome por la muñeca. La llave me cae al suelo acompañada de un quejido sordo.

—Suéltame.

Tiro de mi mano, sin embargo, él la vuelve a atrapar. Esta vez no con brusquedad, sino con una firmeza calculada. La sostiene frente a él y, sin pedir permiso, me sube la manga y ve las marcas de los dedos. Su expresión cambia.

—¿Quién te ha hecho esto, Nani?

Aparto mi brazo y bajo la manga.

—Nadie.

Me agacho a recoger la llave para evitar su mirada, para esconder también la vergüenza que me arde por dentro. No por el golpe. Por haber permitido que alguien me tratara así.

—¿Te ha puesto ese miserable la mano encima? —En su voz ronca atisbo furia.

—Déjalo ya, Viktor.

Me incorporo y quedo frente a él. Está rígido. La mandíbula marcada. La mirada clavada en la dirección por la que Yuri se ha marchado, como si pudiera traerlo de vuelta solo con pensarlo. Siento la ira hirviendo dentro de su pecho y no sé de qué sería capaz si Yuri estuviera cerca. Aunque no puedo dejar de sentirme confusa ante su lado protector. Si no me quedara claro lo que siente por mí, pensaría que realmente le importa lo que me suceda.

—Dime que no ha sido él —insiste.

—No es asunto tuyo.

Sus ojos regresan a mí. Y esta vez no hay ironía ni burla, ni siquiera ese juego cruel al que estamos acostumbrados.

—Es mi asunto cuando alguien te toca así.

—¿Desde cuándo? —replico, sintiendo que la rabia me da valor —. Tú no tienes ningún derecho sobre mí.

Nuestras miradas afiladas sostienen el odio, pero también todo lo que un día fuimos.

—Si te ha puesto una mano encima no habrá rincón de Rusia donde se pueda esconder… —Su voz es firme, un aviso que hiela la sangre y quema a la vez.

Respiro hondo y me subo en el coche. Sus palabras me afectan, sin embargo, no puedo permitir que él vea que me afectan del todo. Hay cicatrices más profundas que la piel marcada, heridas que nadie puede tocar, y la más grande de todas sigue siendo él…



El despertador suena e irrita mis tímpanos. Lo he apagado seis veces, pero definitivamente es mi hora de ir a trabajar. Me levanto, me doy una ducha mientras pienso en lo que pasó con Viktor. Estaba tan desesperada que me ofrecí a él como una cualquiera, me humillé a mí misma y él estuvo a punto de tomarlo… y para colmo voy a tener que afrontar lo que pasó anoche.

No debería haber hecho jamás algo así. No voy a conseguir mi empresa por las buenas, eso me ha quedado claro, así que voy a hacer lo que debería haber hecho desde el primer momento. Voy a enfrentarlo, quiero sacarlo de sus casillas, voy a convertir su vida en un puto infierno.

Ya me odia, ¿qué más da si lo hace un poco más?

Me pongo un pantalón elegante con una americana a juego y un top que trasparenta más de lo que debería. Cuando me abrocho la chaqueta soy una mujer de negocios, pero si la abro, me convierto en una joven sexy.

Hoy tiene reunión con Wade Bangov, uno de los mayores inversores, y ese hombre tiene una pequeña obsesión conmigo, así que voy a usar todos estos condicionantes a mi favor para sacar a Viktor de sus casillas.

Llego al aparcamiento con energía renovada. Hoy he preparado un par de sorpresitas para él. A partir de este momento, voy a ser su peor pesadilla, pero esta vez de verdad. Me va a odiar, y con razón, por todo lo que él dice que hice. Agarro mi maletín y me acerco a su imponente cuatro por cuatro blindado que está en el que era mi aparcamiento.

Te vas a enterar, Viktor. Con Juana Popova Rodríguez no se juega.

Rodeo la carrocería de su coche acompañando a mi dedo índice con la llave de mi coche y así rayando la pintura del suyo.

¡Que se joda Viktor Petrov!

¡A la mierda lo de ser una niña buena!

Miro a ambos lados, comprobando que nadie me ha visto, y saco el espray fucsia que he comprado en una tiendecita de abajo de casa y le hago una pintada en toda la puerta.

«Ajá, menuda obra maestra».

La palabra GILIPOLLAS resalta en su recién arañada carrocería.

Tiro debajo de su vehículo la prueba del crimen y subo a las oficinas de Diamanty. Con total seguridad, estará en mi oficina mirando a través del ventanal mientras el aire se llena de su perfume y su presencia.

Pero, cuando entro, me doy un baño de realidad al encontrarlo sentado en su escritorio dando vuelta a los sellos que lleva rodeando sus dedos tatuados.

Levanta la mirada y me observa. Hoy no va a encontrar a una Nani desesperada, aquí hay una mujer que va a luchar por lo que le pertenece.

—Creía que después de lo del otro día no vendrías.

—Tenemos una reunión con Wade Bangov, es uno de los inversores y pienso asistir.

Da un par de vueltas al vaso que tiene sobre la mesa y se bebe lo que hay dentro de un trago. Puedo ver como el alcohol le baja por la garganta, delatado por el movimiento de su nuez.

—¿Vas a follártelo si no firma el acuerdo?

—Podría hacerlo si quisiera.

Si quiere jugar a herir, este también va a ser mi juego. Puede fingir que no le importo nada, pero no fue capaz de someterme, no se aprovechó de mi vulnerabilidad cuando podría haberlo hecho.

«O simplemente sí respeta a su pareja».

—He pensado en darte una buena compensación económica para que te vayas. El valor de la empresa ha bajado tras la caída de las acciones y tu padre debe tantísimo dinero que no podría mantenerla por sí solo.

—No quiero tu dinero, Viktor, quiero mi empresa. Así que, si no me la das por las buenas, lo harás por las malas.

Justo cuando voy a salir por la puerta, enfurecida, Nadia entra con el pelo algo despeinado y mirándome a través de sus gafas de pasta. Como siempre lo hace sin avisar.

—Buenas, venía a comunicarles que el señor Bangov está esperándolos en la sala de reuniones.

—Ya voy —respondemos los dos al unísono, notablemente enfadados.

Viktor pasa primero. Yo lo sigo, pero antes me desabrocho lentamente la chaqueta. No por provocarlo… o quizá sí. Se va a enterar de quién soy. No pienso ponérselo nada fácil.

Caminamos hacia la sala de reuniones. Cada cierto tiempo, desde que asumí la dirección de Diamanty, Wade Bangov ha solicitado una reunión privada para revisar el estado de su inversión. Es uno de los accionistas con mayor participación… y el que más beneficio ha obtenido. No da puntada sin hilo.

—Vaya, benditos los ojos. —Wade se dirige a mí cuando me ve entrar con paso decidido. La sala está iluminada y Nadia ha preparado toda la documentación sobre la mesa central, incluidas tres botellas de agua y un ordenador portátil desde el que trabajar —. Ya tenía ganas de verte.

Wade es un hombre que ronda los cuarenta años. Traje caro, sonrisa calculada. Pertenece a uno de los clanes más influyentes de Rostov del Don, controla la mayoría de los clubes nocturnos de la ciudad y ha sabido convertir ese dinero en inversiones estratégicas. Diamanty es una de ellas.

Siempre ha estado interesado en mí o por lo menos ha intentado meterse todo este tiempo entre mis piernas, incluso me consta que le pidió mi mano a mi padre, pero tuve la suerte de que mi progenitor consideró que los Bangov eran inferiores. Así que en aquel entonces no lo aceptó.

—Yo también tenía ganas de volverte a ver. La última vez acabamos en uno de tus locales bailando hasta altas horas de la mañana, ¿recuerdas?

Eso no es del todo cierto, la realidad es que tuvimos una reunión por la mañana y nos encontramos de casualidad en aquel club al que yo fui a acompañar a Dain por su cumpleaños, pero Viktor no tiene por qué saber que esto no sucedió exactamente así.

Siento la mirada de Viktor clavándose en mi perfil. No habla, aun así, su presencia se vuelve más pesada.

Wade ríe.

De pronto carraspea tras de mí.

—Y ¿este qué hace aquí? —dice Wade, haciendo alusión al hombre malhumorado que tengo detrás.

—Para empezar, no soy «este». Soy Viktor Petrov, dueño de Diamanty y líder del clan Petrov, así que te dirigirás a mí con respeto y, para continuar, no he venido hasta aquí para verte ligar con mi empleada.

Estoy en medio de este momento tenso. Apoyo la mano en el brazo de Wade y lo conduzco hacia la mesa con una sonrisa diplomática.

—Viktor compró la empresa hace unas semanas, de momento ejerzo como asesora financiera hasta que pase de nuevo a ser de mi propiedad.

Viktor se sienta despreocupadamente mientras nos mira con inquina.

—Precisamente por eso estoy aquí —anuncia Wade—, soy uno de los mayores inversores y socios de Diamanty, y quiero saber qué va a pasar ahora.

—Los contratos se mantienen tal y como estaban, pero las inversiones puede que hayan sufrido cambios.

—Eso no era lo que teníamos acordado —me reprocha a mí, y yo me siento impotente por no poder hacer nada. De hecho, en la anterior reunión, le prometí renovar las cláusulas para asegurar su dinero y que este siguiera dándole beneficios—, voy a retirar todo mi dinero.

—¿Qué dinero? —añade Viktor.

—Por eso he solicitado esta reunión —sigue hablando, ignorando la pregunta que le acaban de hacer—, he venido a retirar mi aportación a esta empresa. Ya no es de mi interés. Pensaba…

—Pensabas que Nani seguiría dirigiendo las acciones y podrías seguir engañándola, pero tú no estás incluido en las cláusulas ya que no eres parte interna de Diamanty. —Viktor le lanza unos documentos sobre la mesa—. Solo un inversor externo al que la jugada no le ha salido como esperaba.

—¡¿Qué coño estás diciendo?! —Arrastra la silla y apoya sus puños sobre la mesa.

—Lo que estás escuchando. Tus acciones quedaron reducidas a un margen irrelevante en la operación de compra. Ahora mismo, tu

dinero está dentro de mi estructura. Y bajo mi control. Eres un hombre listo, Bangov. Deberías haberlo visto venir.

Me levanto, asustada. Viktor también sabe cómo jugar sus cartas. Eso no lo esperaba.

—Esto no se va a quedar así. —Coge los documentos y los relee, asustado. Veo cómo le brilla la frente por el sudor—. Pienso exponer este problema en la reunión de clanes.

—Señor Bangov, puede que en Diamanty alguna vez tuviera peso. Desgraciadamente para usted, ahora ya no pinta nada —le dice de manera despectiva—. Ah, y una cosa más, como vuelva a verlo mirar las tetas de mi empleada, le sacaré los putos ojos de sus cuencas. ¿Me ha entendido? Ahora fuera de aquí, ya me ha hecho perder un tiempo demasiado valioso. Ya nos veremos en la reunión, aunque allí tampoco tenga demasiado que decir.

Wade sale como alma que lleva el diablo de la sala de reuniones.

El silencio es eclipsado por los latidos de mi corazón que resuenan en mis oídos.

Lo miro y veo que ha tensado la mandíbula y sus puños están cerrados dominado por la ira.

¿Está furioso o celoso?

—Ya tienes a los Popov y a los Bangov en tu contra. Vas a hacer que te maten por esta tontería —le reprocho, apoyada sobre la mesa mientras él observa despreocupadamente su portátil.

—Tu padre dentro de nada no tendrá ni un rublo para mantenerse, así que no va a suponer un problema. Y Wade Bangov te estaba engañando… ¿No dicen que robar a un ladrón tiene cien años de perdón?

—Puede que él sí, pero yo no voy a perdonarte jamás lo que me estás haciendo, Viktor.

Cierra la mano que lleva completamente tatuada haciendo que crujan sus nudillos.

—Yo tampoco te voy a perdonar, Juana. Jamás.



Capítulo 10

Nueve años antes

Me coloco el bikini más *sexy* que llevo en la maleta. Aun así, es un horror. Es una simple tela negra que tapa mis partes más pudorosas. Nada de colores vistosos, cortes de infarto, ni bordados. Cubro mi cuerpo con un caftán y cojo mi bolso de mimbre. Hoy vamos a pasar el día en la playa. Estamos en la villa de lujo de los Petrov, como tantas otras veces hemos hecho en verano.

Mi padre dirige la empresa más importante de Rusia y Nikolai Petrov es uno de sus mayores inversores. Aunque yo sé que mi padre no es trigo limpio y en realidad es el hombre con el que saca sus trapos sucios. Esta visita no ha sido casual, sé lo que se grita en mi casa continuamente, aunque estemos en silencio, estamos arruinados y estas vacaciones son solo el pretexto de mi padre para orquestar con los Petrov algún plan que nos salve de la humillación ante los otros clanes.

Yo, en cambio, creo que lo mejor sería que no hubiera salvación posible. Quizá así dejaría marchar a mi madre para siempre y ambas podríamos ser felices en un lugar lejos de Rusia, donde la apariencia

de familia feliz se impone públicamente, pero se convierte en un infierno cuando cruzamos la puerta de casa.

—¿Nani, estás lista?

Tocan a la puerta, es la voz de Anastasia.

Abro y me la encuentro de pie con la pequeña Valentina cogida de su mano. La niña lleva un cubo y una pala, enfundada en un bañador infantil.

—Sí, ya voy.

Anastasia Petrova es un año menor que yo, íbamos juntas al mismo instituto y mantengo una relación cordial con ella. Aunque cada una tenemos un grupo de amigos diferentes

—¿Te has puesto crema solar? —me pregunta la niña—. Mi mamá me dice que hay que protegerse bien.

Me enternece ver cómo una niña de solo siete años se preocupa por otras personas, así que procedo a untarme el protector para demostrarle así que sus palabras me importan. Cuando termino, Valentina le pasa a su hermana su cubo y su paleta y me agarra de la mano.

Su cercanía hace que la ternura que ya sentía se convierta en algo más grande. Y más aún cuando me percato de cerca de lo similar que es a su hermano Viktor.

Comparten los mismos rasgos físicos, excepto por el color de cabello, y me parece preciosa.

Los derroteros de mi mente me hacen llegar hasta el beso de anoche en la cala con Viktor. No sé qué pensar al respecto, porque es evidente que me encantó. ¿A quién no le iba a gustar que un hombre por el que muchas chicas suspiran haya puesto sus ojos en mí? Pero mi falta de experiencia y mi ingenuidad hace que me parezca una farsa. Quizá se haya acercado a mí al ser una presa fácil y luego, cuando las vacaciones lleguen a su fin…

—¿Sabes nadar, Valentina? —le pregunto a la niña mientras avanzamos por el camino que lleva a la playa. Bajamos un pequeño tramo rocoso. Lo hago yo primero y cojo a Valentina por la cintura para ayudarla a descender.

—Pues claro.

La niña sale corriendo en dirección al mar. Su hermana sale tras ella para frenarla y regañarla. Llegamos y extendemos las toallas sobre la arena, dejo mi pareo quedándome en bikini. Anastasia se tumba para tomar un poco el sol y yo me acerco a la niña que se ha sentado en el suelo y se ha puesto a hacer un castillo en la arena.

—Yo te ayudo.

Me siento en el suelo y rodeo el agujero que está haciendo en la arena con su pala. Escucho el sonido de las olas y me percato de que estamos solas, es una especie de paraíso privado.

—¿Sabes hacer castillos?

No he hecho ninguno, pero sí que he fabricado muchos muñecos de nieve.

—Sí, sé hacer castillos de arena donde bailan princesas —intento impresionarla.

—Qué mentirosa —dice una voz grave detrás de mí.

—¡Viktor, has venido! —La niña se levanta y corre hacia su hermano que está detrás de mí—. Nani dice que sabe hacer castillos.

¿Es necesario que Valentina me mencione?

Quería pasar desapercibida, pero ya veo que con esta niña alrededor va a ser imposible.

Agacho la cabeza, todavía sentada, porque el contraste de mi piel, aun siendo morena, con mis mejillas debe ser demasiado llamativo.

—Nani te ha engañado. El único que sabe hacer un castillo digno de una princesa soy yo.

¿Se está riendo de mí? ¿De qué narices va?

Me apoyo en un brazo y me levanto para encontrarlo de frente. Viktor me saca dos cabezas, tiene la cintura delgada y su vientre es fibroso. Conforme subo la mirada, me topo con un pecho definido y unos hombros anchos.

Su brazo izquierdo está totalmente tatuado hasta los dedos, es la única tinta que hay en su cuerpo. Es realmente atractivo, cuando su mirada impacta con la mía, su labio se curva simulando una sonrisa burlona. Su cabello es de un castaño que hace juego con sus ojos, pero por el brillo del sol le bailan un par de mechones rubios.

—No la he engañado, sí que sé hacer castillos muy altos de arena.

—¿Has terminado ya de repasarme con la mirada?

¿Será creído? Aunque, en realidad, es lo que estaba haciendo.

—A Viktor le gusta Nani —dice la niña canturreando, haciendo que su hermano se gire y le sonría.

—Mira, Valentina, esto es un gran castillo de arena.

Tenía la mano llena con un puñado que he cogido al levantarme, así que se la extiendo por el pecho y aprovecho su descuido para agacharme a recoger más arena y lanzársela.

Valentina corre e intenta hacer lo mismo con su hermano.

—¡Eh! Eso no se hace —grita Anastasia mientras corre en nuestra dirección, lo que no sé en qué equipo juega hasta que también se agacha a por arena y se la lanza a su hermano.

—Eso no vale, sois tres brujas contra mí.

Coge tierra y me la estampa en lo alto de la cabeza.

«Será cabrón».

Las risas inundan mi cuerpo haciendo eco en esta playa mientras jugamos los cuatro. Por un momento, me contagio de la felicidad de los Petrov.

—Ahora yo, ahora yo —suelta su hermana Valentina, embadurnándolo.

Su hermano la aúpa y huye de nosotras para lanzarse con ella al mar mientras Anastasia y yo intentamos detenerlo. Anastasia coge a Valentina en brazos y su hermano me agarra por la cintura y me atrapa a mí.

—Te vas a enterar, pequeña bruja.

Me lleva a lo hondo y me hunde con él. El contacto con su piel hace que se me acelere el corazón. No puedo dejar de pensar en lo que pasó anoche y no puedo obviar lo que me hace sentir. Es el primer chico que me hace sentir mariposas en el estómago.

Cuando salgo del agua y cojo aire, tosiendo, me suelta y doy unos pasos hacia atrás mientras le tiro agua a la cara.

—Gilipollas.

—¿Eso quiere decir que somos amigos? Me dijiste que había dos clases para ti.

Vuelve a cogerme por la cintura.

—Digamos que no lo tengo muy claro.

—Es bueno saberlo.

—No… —No me da tiempo a replicar cuando vuelve a meter mi cabeza debajo del agua.

Salgo dispuesta a vengarme, me abalanzo y me agarro a su pecho, pero es fuerte y alto, no podría hundirlo ni aunque quisiera. Y, al final, se vuelve a sumergir anclado a mí. Una de sus manos pasea descaradamente por mi cintura y baja por mi cadera…, estando debajo del agua me agarra por las nalgas.

No me lo puedo creer.

Cuando salimos del agua lo miro con la boca abierta. No me esperaba esto.

—¿Me has metido mano?

—Yo no, habrá sido un pez.

—Claro, un pulpo.

—¡Viktor, Viktor! —La pequeña Valentina corre hacia su hermano cuando salimos del agua. Yo me dirijo a las toallas donde Anastasia se acaba de tumbar a tomar el sol.

Me siento a su lado y saco de mi bolsa la crema solar para embadurnarme mientras observo como Viktor juega con su hermana.

—¿Te gusta mi hermano? —tantea Anastasia, sorprendiéndome, luego se incorpora en la toalla para sentarse a mi lado.

—No —suelto a la defensiva—, ¿por qué dices eso?

—Por nada… Lo siento, no debería ser tan descarada. Es solo que no había visto a Viktor así jamás con ninguna de las chicas que trae a casa.

—¿Ha llevado novias a casa? ¿Sabes si sale con alguna?

Una vez que las preguntas han salido de mi boca, me doy cuenta de que he pecado de ingenua. Claro que ha llevado a alguna novia. Acaba de cumplir veinticuatro años, es rico, inteligente y demasiado guapo para la integridad emocional de nadie. Esto es algo que no debería importarme, y sin embargo…

Anastasia suelta una risotada.

—Bueno, Viktor traía una amiga cada semana, pero ahora está en la universidad así que no sé si tiene alguna, aunque…

—¿Aunque qué?

Lo sabía, el beso de anoche solo fue parte de su papel de ligón. Así que lo mejor es que deje de sentirme atraída por él. Aún no es tarde, solo hace un día que se ha metido en mi cabeza. Nada que no pueda sacar a la de ya.

—Jamás he visto a mi hermano mirar a ninguna como te mira a ti.

Ahora la que suelta una risotada soy yo.

—Qué tonterías dices, solo nos conocemos de un día.

—Bueno, eso no es técnicamente cierto, os conocéis desde que sois niños, pero solo erais unos críos y os llevabais realmente mal.

Contemplo cómo Viktor sigue jugando con su hermana. Cada vez que lo miro, lo veo más y más guapo. Más atractivo. Esa sonrisa se me clava muy adentro…

—Tu hermano puede tener a quien quiera y yo soy una niñata para él.

Valentina y Viktor se acercan a nosotras, mojados, y nos sacuden el agua de sus cabellos encima.

—¿Qué vas a hacer esta noche, hermano? —le dice Anastasia a Viktor—. Papá y mamá van a salir de copas con los Popov y nos van a dejar en la casa solos, bajo la protección de sus hombres—. ¿Vas a aprovechar para salir y ver a la chica esa con la que habías quedado? ¿Cómo se llamaba? ¿Bianca, Blanca?

¿Me está poniendo a prueba? Que pueda verse con otra chica después de lo que pasó anoche entre nosotros me duele, pero en el fondo sabía que pasaría. Nadie me quiere, no sé por qué tendría que hacerlo él. Solo fue un beso de una noche sin más.

—Pues…

—Yo me voy ya para la casa —lo interrumpo, no quiero escuchar su respuesta—, me he expuesto al sol más de lo que debería.

Me levanto y cojo mi toalla dándole la espalda, no quiero que vea que me importa lo más mínimo.

Esto es lo mejor.



Después de un relajante baño en la bañera hidromasaje, me he pegado una larga siesta. Cuando miro el reloj de mi mesita veo que son las once de la noche.

¡Joder! No sé en qué otro momento he dormido tanto.

Bajo de la cama, la piel me escuece a pesar de haber usado crema solar.

Camino descalza, la villa está en silencio, y bajo en dirección a la cocina porque las tripas me rugen y en mis pensamientos me imagino lo placentero que sería comerme un sándwich, o incluso una tortilla de patata.

Madre mía, creo que se me tiene que estar cayendo la baba. Aunque lo que de verdad me hace la boca agua son las habichuelas que hace mi madre. Dejó de hacerlas hace mucho tiempo, ya que en Rusia no es una comida típica y realmente mi padre las odia. Aunque creo que él detesta todo lo que tenga que ver con nosotras.

Voy con cuidado de no despertar a nadie, entro en la cocina donde abro la nevera y observo que está repleta de alimentos. Cojo queso, jamón york y chocolate. Estoy atracando literalmente el frigorífico. Cierro la puerta con la cadera para ir a buscar el pan.

—¿Ahora tenemos una ladrona de comida?

—¡Aaaah! —Se me cae todo de las manos y el corazón se me sale del sitio. He tardado un poco en darme cuenta de que es la voz de Viktor—. Qué susto me has dado.

—Perdona, no quería asustarte.

Escucho unos pasos y conecta la luz. Me ayuda a recoger las cosas del suelo y luego se sienta alrededor de la isla, invitándome a que tome asiento a su lado.

Separo la silla unos centímetros de manera desconfiada y me siento.

—No te acerques tanto a mí. Tienes las manos muy largas —le advierto mientras abro el chocolate y pongo un trozo sobre el jamón

de york.

—¿Comes chocolate con jamón york? —Frunce el ceño al decirlo —. Es un poco repugnante.

—A mí me encanta, y tengo mucha hambre —replico, tranquila, mientras mastico y cierro los ojos saboreando este manjar—. Toma, ¿quieres probarlo?

—¿Estás loca?

—¿Qué es lo más raro que has comido nunca?

—Me encanta el ajo crudo con pan y pepinillos —admite, se levanta y se dirige al frigorífico.

Si está pensando en darme eso de comer ya se puede ir olvidando.

—Tú pruebas mi mezcla y yo lo hago con la tuya.

Abre la nevera, coge algo y se vuelve hacia mí.

—No pienso comerme un ajo —le digo cuando él le da un bocado—, vas a espantar a todas las chicas de Mallorca si les intentas dar un beso con ese aliento.

Da la vuelta a mi taburete, atrapándome entre sus brazos contra la encimera.

Baja una de sus manos para agarrar la mía, esa en la que llevo el bocadillo. Seguidamente se la lleva a la boca y le da un mordisco.

—No está tan mal —reconoce, la mirada de Viktor es juguetona y pícara—, ahora te toca a ti.

Me acerca su mezcla a los labios y aunque hago una mueca de asco, me lo meto en la boca. Mastico un poco y después de unos segundos pienso que…, bueno, pues no está tan mal. Lo miro a los ojos e intento que no parezca que me ha gustado.

—Tampoco ha sido tan malo —reconozco—, aunque ahora tampoco ningún chico querrá besarme.

Sin esperarlo, su boca se une a la mía. Son solo unos segundos en los que nuestros labios permanecen cerrados, pero es una declaración de intenciones.

Lo empujo ligeramente.

—No vuelvas a hacer eso —le pido, me duele rechazarlo, pero la caída será menos dolorosa si no continúo con este juego.

—Voy a volver a hacerlo siempre que quiera. —Me acorrala con su cuerpo contra la encimera—. Dame tres razones para que no lo haga y quizá te deje en paz.

Su cuerpo desprende calor contra el mío, o simplemente es el calor que está haciendo.

—Uno, no me gusta ser el juguete de nadie; dos, tienes a muchas chicas ahí esperando; tres, te huele el aliento a ajo.

Suelta una carcajada.

—¿Estás celosa por lo que ha dicho mi hermana? —Me sonríe y no se puede imaginar lo que provoca en mi cuerpo cuando lo hace —. Anastasia es una bruja, lo ha hecho a propósito. No había quedado con nadie esta noche.

—¿Por qué iba a estar yo celosa? —suelto, e intento no tartamudear—. Ni siquiera me gustas.

—Me has dado tu primer beso, eso debe significar algo.

—Significa que he estado muy centrada en mis estudios y he pasado de conocer a chicos, además, ayer me pillaste con la guardia baja.

—Ah, ¿sí? —responde irónicamente—. Pues yo hubiese asegurado que te gustó.

—Bueno, el de hoy con sabor a ajo tampoco ha estado mal.

Me da por reírme a carcajadas. Me encanta tomarle el pelo y también es mi manera de no reconocer que estoy nerviosa y algo avergonzada.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Nada, solo había pensado en comer y ya lo he hecho.

—¿Te vienes conmigo a la playa?

—No puedo salir así. —Miro hacia mis pies descalzos y la camiseta larga que solo tapa lo justo.

—Venga, no hay gente por esta zona a estas horas, nadie se va a dar cuenta de que vas casi desnuda.

—No voy casi desnuda —repongo.

Me coge de la mano y tira de mí. Cuando llegamos al camino de piedras, se agacha y me alza sobre su hombro.

—¿Qué haces? —me quejo.

—Soy un caballero, no voy a dejar que te hagas daño en los pies.

Me lleva encima de su cuerpo, la camiseta se me sube y yo la sujeto para que no se me vea el trasero.

Cuando llegamos, me deja sobre la arena de la playa, está oscuro y el viento me despeina el cabello. A pesar del calor que hace, mi cuerpo se ve invadido por un escalofrío.

—¿Quieres que nos bañemos?

—¿Ahora?

—Claro que ahora, hace calor y tenemos una playa solo para nosotros.

—¿No será esto un plan para deshacerte más rápido de mí? Recuerda que si me pierdo entre las olas mis padres se quedarán hasta encontrarme y te fastidiarán todas las vacaciones.

—Pues es un motivo de peso para no dejar que te ahogues.

—Idiota. —Paso por su lado empujando su hombro.

Se adelanta unas zancadas y, como la luna emite un poquito de luz, me deleito viendo a Viktor quitándose la ropa. Es metódico y ordenado, ya que la deja bien colocada a un lado. Se da la vuelta y agarra el bajo de mi camiseta para pasarlo por encima de mi cabeza. Solo llevo puestas las bragas, así que, a pesar de la oscuridad, enrosco un brazo alrededor de mi pecho.

—Tranquila, que no veo nada y tampoco tenía pensado mirar.

¿Por qué iba a hacerlo? Solo soy una cría para él.

—Por si acaso.

Coge mi mano y tira de ella para que lo acompañe.

—Venga, vamos.

Lo sigo, mis pies impactan con el agua haciéndome tiritar. Uno de mis brazos sigue sobre mis pechos. A pesar de que Viktor me ha asegurado que no piensa mirar, sigo sintiendo pudor. Me arrastra por el brazo y me empuja dentro del agua con él. Separo las manos cuando el agua cubre mi cintura y le lanzo agua para terminar de mojarlo.

—Toma —le grito.

—Maldita bruja, ahora verás.

Se acerca a mí y me sumerge en el agua con él pegando su pecho al mío. Es algo quizá natural entre amigos, pero Viktor no lo es y se me hace algo muy íntimo.

Mi padre me ha dejado claro que no sirvo para nada, y así es como yo me siento, así que no necesito encapricharme. Solo llevo dos días aquí y si sigo abriéndome a él, voy a pasarlo realmente mal, porque Viktor no es de una sola chica.

Intento separarlo de mi cuerpo cuando me doy cuenta de todo lo que eso me hace sentir y lo hago de una manera brusca.

Salgo del agua corriendo con los brazos alrededor de mis pechos y me pongo la camiseta por encima de la cabeza.

—Nani, ¿qué te pasa? —Viktor sale detrás de mí, algo confuso —. ¿Estás bien? ¿He hecho algo que te haya molestado?

—No, tranquilo, es que no debería haber aceptado venir contigo aquí a solas.

Da zancadas largas y se pone delante de mí, intentando detenerme.

—¿Por qué? —Su mano se posa en mi cintura, levanto la mirada y veo el reflejo de sus ojos entre la oscuridad—. Nunca te haría daño.

—No sé, Viktor, solo llevo dos días aquí y esto que finges que hay entre los dos… —le digo nerviosa—, no quiero ser tu pasatiempo.

—Me gustas, da igual el tiempo que haya pasado…

—Te gustan muchas, Viktor, soy una inexperta, aunque no soy tonta, así que será mejor que dejemos aquí esto.

—Sí, me han gustado muchas chicas, pero ahora me gustas tú y no eres un pasatiempo.

—Será mejor que me vaya, nuestros padres puede que vuelvan pronto y mi madre se preocuparía si no me ve en la habitación.

Me sujeta por la muñeca cuando voy a pasar por su lado.

—¿No vas a darme un beso de buenas noches?

—Viktor, ¿has escuchado lo que te he dicho?

—Sí, la que no me ha escuchado eres tú. —Me acerca bruscamente a él y me pega a su pecho—. Me gustas, mi Juana.

—No me llames así —le pido poniendo mis manos sobre él, tocando su pecho mojado.

—¿Por qué? Hasta tu nombre me gusta.

No es que no esté orgullosa del nombre que me puso mi madre, ya que es el de mi abuela a la cual no conozco, pero en mi instituto recibo burlas por él cada día. No es típico en Rusia, sino en España, y ya sabemos lo crueles que podemos llegar a ser los adolescentes.

—Eres un mentiroso. A nadie le gusta mi nombre. Hasta a mi mejor amiga le parece horrible.

—Pues a mí, sí, no sé si es porque lo llevas tú. —Intento zafarme de su agarre, pero él me sostiene con firmeza—. ¿Me vas a dar un beso de buenas noches o no?

El corazón me late desbocado ante sus atenciones, debo admitir que me gusta. Me gusta mucho. Por desgracia, esto solo es la burbuja del verano.

—No voy dando besos a cualquiera por ahí —le respondo.

—Pero es que yo no soy cualquiera, soy tu chico.

—¿Desde cuándo?

Suelto una carcajada nerviosa.

—Desde que crees que no me gustas, también desde que me has dicho que no besas a cualquiera, así que supongo que no le dejarías a cualquiera hacer esto.

Pega sus labios a los míos y debo de ser una idiota porque no me aparto.

¿Mi chico? No me lo ha pedido y nadie tiene un chico de dos días.

Su lengua entra en mi boca y la mía le responde con intensidad. Tomo aire, oxigenando mis pulmones mientras sus manos se aferran a mi cintura.

¿Tres minutos, cuatro, veinte?

Nuestros labios se separan después de lo que parece una eternidad, pero ha durado unos segundos.

Viktor Petrov se mete cada vez más bajo mi piel sin poder evitarlo, entonces soy consciente de algo muy importante. Ya no hay marcha atrás.



Capítulo 11

En la actualidad

Salgo de la ducha, algo sofocado y necesitado. Eso también. Estoy más eufórico que de normal. La masturbación ya no es suficiente, mi cuerpo me pide mucho más de lo que estoy dispuesto a darle. Soy un hombre de ideas firmes y seguro de sí mismo, y caer en las redes de ella no es una opción.

Aunque intente arrancarla de mi cabeza, la recreo en cada maldito momento del día. Se ha empeñado en aparecer ante mí con esos vestidos y trajes tan ajustados que se pegan a su piel como una provocación deliberada, con escotes capaces de hacer que cualquier hombre firme su propia sentencia.

Y su voluminoso trasero embutido en los trajecitos que se pone no me está siendo de gran ayuda.

Ese maldito vestido rojo que se pone cada diez días…, el que deja un canal peligroso entre sus pechos y me obliga a imaginar el color exacto de la ropa que lleva debajo…

Detesto y adoro esa mirada altiva y ese carácter tan fuerte capaz de arrasar por donde pasa, pero, a la vez, siento la necesidad de protegerla de ese imbécil.

Me quito la toalla con brusquedad y libero mi polla. Estoy otra vez delirando, atrapado entre fantasías que no debería permitirme. No hay nada que consiga sacarla de mi puta cabeza. Escupo en mi mano y me acaricio la suave piel, amasando mis huevos y envolviendo mi circunferencia.

Me ha destrozado el coche, la muy zorra, me lo ha rayado y ha grafiteado en color rosa la palabra gilipollas. Y yo en lo único que pienso es en hacerla pagar por su atrevimiento, aunque no de la misma forma en la que lo ha hecho ese malnacido de su novio. Da igual las veces que me diga a mí mismo que la odio, no importa lo que diga o haga, siempre mis pensamientos vuelven a ella.

Continúo imaginando todo eso que un día me volvió loco por ella, ahora no puedo pensar en otra cosa. Apoyo una de mis manos en el mármol de mi lavabo mientras con la otra continúo lo que he empezado.

«Maldita arpía, ¿cómo consigues ponerme la polla así?».

Me corro desbocado y sin ningún tipo de control. Levanto la mirada para comprobar que soy yo el que está reflejado en el espejo. Para recordarme que no debería hacer más esto. Su imagen en mi cabeza es una puta droga de la que no sé si me podré desintoxicar jamás. Una droga que guardo en silencio entre mis deseos más oscuros.

Me repongo, me limpio la polla con la toalla que dejé tirada a mis pies y me dirijo a mi habitación para vestirme. Hoy tengo una reunión importante en Shebek Valu. Aleksei y mi hermana la realizan todos los años para poder controlar los límites entre las familias que rivalizamos por el territorio.

El teléfono sobre la mesita no deja de vibrar.

Miro la pantalla, es mi amigo. Roman.

—Viktor, ¿se puede saber qué te pasa últimamente para no cogerme el teléfono? —reclama al otro lado de la línea.

No le debo ninguna explicación a nadie, aquí soy yo quien manda y ordena.

—Estoy muy ocupado con mi nueva obligación. La empresa de diamantes me tiene algo distraído. Además, soy yo quien toma las decisiones.

Se lo recalco a mi amigo para que no se olvide de quién manda.

—Venga ya, deja de jugar con esa empresa —dice con pesadez —, los dos sabemos que solo querías demostrar quién tenía el poder. Ya lo has hecho. Tienes bienes y dinero muy por encima de lo que vale la multinacional. Soy tu amigo, así que dime de verdad a qué estás jugando.

—No estoy jugando a nada. A ti también te vino bien el pellizco que te pagué por tus servicios.

—Bueno, sí, eso no lo voy a negar. Pero tienes mucho más trabajo del que preocuparte que por esa empresa, pídele al viejo que te dé un pellizco y devuélvela si no quieres meterte en más problemas.

—¿A Kiril Popov? —respondo incrédulo, ante la petición de mi mano derecha—. A ese no voy a darle una mierda. Además, la empresa era casi en su totalidad de su hija, así que tampoco es que le haya quitado nada a él. Ese hombre debe tanto dinero que ni devolviéndole las acciones podría pagar sus deudas. Y todo lo que posee esa mujer he decidido que ahora es de mi propiedad.

—También te has tirado como enemigos a los Barlov, Viktor. Sabes que Wade tenía acciones en esa empresa y tú se las has robado. Ese perro va a ir detrás de ti también.

—Ese cabrón estaba aprovechándose de la ludopatía del viejo y el desconocimiento de su hija. Tenía dividendos que no le correspondían de Diamanty, así que puede irse a la mierda.

—Creo que debería acompañarte hoy a la reunión.

—No hará falta, me acompañan varios de mis hombres y en Shebek Valu estoy seguro. Ya sabes que es mi hermana la que manda en la Bratva, así que ese punto también juega a mi favor. Además, necesito que hagas algo por mí. ¿Te acuerdas de que te pedí que investigaras al tío con el que salía Nani Popova?

—Sí, ese tío. Estaba limpio, ya lo viste…

—¿Y no te pareció extraña tanta pulcritud? Además, ha dañado algo que es mío y no voy a permitírselo.

—Estás poseído por esa mujer…

Mi amigo tiene razón. Estoy obsesionado con ella hasta un punto enfermizo. No logro sacarla de mi cabeza. Cada vez que imagino sus manos sobre otro hombre, algo se rompe dentro de mí.

—¿Me estás pidiendo lo que creo que estoy imaginando? —se mofa Roman.

—Ya me conoces lo bastante bien como para saber lo que quiero —confirmo—, que sea limpio y quede entre nosotros.

No soy de los hombres que se ensucia las manos cuando tengo a tantos que pueden hacer el trabajo difícil por mí, pero ni ese hijo de puta ni nadie va a tocar lo que es mío. Juana Popova es de mi propiedad, lo ha sido siempre.

No es casualidad que ninguna relación le haya funcionado. He seguido cada uno de sus pasos desde la distancia. He saboteado cada intento, cada acercamiento, cada ilusión.

Si yo no podía ser feliz con nadie…, ella tampoco.

Si no era mía, no sería de nadie.

¿Egoísta? Puede ser.

—Está bien, Viktor, ya me ocupo yo de este «problemilla» —me asegura Roman—, tú ya tienes bastante con mantener el orden en esa reunión.

—Ni una palabra de esto a nadie.

Es la primera vez que un hombre me hace hervir la sangre. He recurrido a palizas o a sobornos, le he seguido el paso durante este tiempo en la distancia y, aunque he sentido el deseo de matar a cada uno de los hombres que le han sonreído, me he mantenido a raya, pero ese imbécil ha cruzado una línea muy afilada.

Me visto con movimientos precisos y me preparo para la reunión de esta tarde. Otro frente abierto. Los clanes están revolucionados por mi adquisición de Diamanty. Rumores, sospechas, alianzas que se tensan. No me importa. Nada va a hacer que ponga Diamanty sobre la mesa de negociación. No solo porque legalmente sea mía, sino porque, en el fondo, siempre le ha pertenecido a ella.



Bajo de mi cuatro por cuatro después de pasar el control de seguridad. Los esbirros de mi cuñado no han dejado de sonreír al comprobar el estado de mi vehículo. Podría haber cogido cualquier otro que tengo esperando en la puerta, pero la verdad es que lo llevo con un poco de orgullo.

Entro en el pueblo y me dirijo a la zona de reunión. Shebek Valu es aparentemente un lugar tranquilo, donde mujeres y niños pasean por sus calles con tranquilidad. Decenas de hombres esperan armados en la entrada del lugar donde se lleva a cabo el encuentro. A las reuniones de clanes, se viene totalmente solo y se exponen los problemas, incluso los más triviales, ante nuestro Pakhan. Él es el que realiza alianzas y mantiene la armonía.

Bajo del coche mientras me remuevo el cabello, mi hermana está fuera esperando para saludarme.

—Vaya, bonita decoración la de tu coche.

—¿Te gusta? —ironizo mientras sonrío—. Creo que hace un poco de juego conmigo.

—La verdad es que sí.

—Eh, ¿cómo estás, hermano?

Aleksei aparece por detrás de mi hermana y aprieta mi brazo mientras chocamos nuestros pechos.

—Parece que has hecho enfadar a más de una persona —se mofa—, todos los clanes me están pidiendo tu cabeza.

—Lo que no sé es cómo la mantengo aún encima del cuerpo —bromeo.

—Porque eres tan inteligente como tu hermana —añade Anastasia.

—¿Cómo está la pequeña? —pregunto refiriéndome a mi sobrina, Valentina.

—La he dejado a cargo de Nikita y Sergei, ya sabes que estas reuniones son seguras, pero nunca podemos bajar la guardia.

Claro que lo sé. He vivido toda la vida bajo el manto de la mafia. Y sé que todo puede cambiar de la noche a la mañana.

—Hoy todo se va a centrar en mí, he enfadado a más de un socio.

—De eso ahora hablaremos —añade Aleksei.

De pronto llega un todoterreno con los cristales tintados, interrumpiendo nuestra conversación.

Imponente, soberbio, arrogante.

Mikhail Ivanov, el gobernador.

Uno de mis mejores amigos en la infancia, pero ahora convertidos en enemigos acérrimos.

Me mira de reojo cuando baja del vehículo y pone su atención en mi cuñado para ofrecer sus respetos.

Nuestro saludo es un apretón de manos sin ningún tipo de sentimiento. Siempre me he preguntado por qué me salvó de aquel destino y arriesgó tanto cuando Ivan me capturó. Mikhail es el mayor usurero del país, el dinero es lo único que le importa, es frío y calculador y… un amigo de mierda. Ya había diferencias entre nosotros antes de que la guerra se desatara. Y odio cada vez que tengo que mirarlo de frente y saber que le debo la vida.

Entramos en las instalaciones, es una sala provista de los más modernos sistemas de seguridad y hombres armados hasta las trancas. En las reuniones solo se permite entrar a un representante de cada clan, por lo que de los Dragov siempre hay dos representantes.

Cuando Aleksei toma asiento, podemos sentarnos el resto: Mikhail Ivanov, el gobernador, Raymon Orlov, el extorsionador, y yo.

Justo en ese momento, Kiril Popov y Wade Bangov hacen su entrada juntos y me lanzan una mirada amenazadora.

Los Popov han utilizado todo este tiempo la empresa de diamantes para el blanqueo de capitales y Wade Bangov para reportarle beneficios muy importantes.

—Por fin estamos aquí —dice Kiril Popov, ofuscado—, tu cuñado nos ha robado todo el dinero a Wade y a mí —añade agarrándose a la silla con fuerza, sin sentarse.

La ira lo corroe de una manera sublime.

—Pero siéntate, tenemos toda la tarde para analizar el problema —repone mi cuñado de manera irónica.

Arrastra la silla y se sienta al lado del gobernador que lo mira para luego hacer lo mismo conmigo y sonreír.

—A ver, cuáles son los motivos que nos han traído hasta aquí… —empieza Anastasia.

—Creía que habíamos firmado un acuerdo de paz hace cinco años, y esto solo puede iniciar una guerra —interrumpe Wade Barlov —. Viktor ha roto un código de lealtad y poder contra nuestros clanes. Nos han robado.

—No me hagas reír, Barlov, si tú no conoces la palabra lealtad ni aunque te la tatúen en la frente —le digo al hombre.

Tiene la poca vergüenza de venir aquí y hacerse el humilde, cuando aún lo estoy investigando, porque podría tener algo que ver con los recientes hallazgos de prostíbulos ilegales que se abren y cierran alrededor del país.

Kiril Popov se levanta y da un manotazo sobre la mesa. Su aspecto es descuidado y tiene los ojos algo hinchados. Las deudas que tiene y ya no paga su hija lo deben de estar atormentando por las noches.

—He venido a recuperar lo que era mío —le advierte al Pakhan con un tono de voz más alto del que yo le permitiría—, hace cinco años firmamos un acuerdo de paz. Nosotros os ofrecimos nuestro apoyo.

—Vosotros os unisteis a nosotros porque mi hermano Ivan ya estaba muerto —le recuerda—, ahora siéntate en tu silla y no vuelvas a alzar la voz o te meteré una bala por el culo y haré que te salga por esa puta boca.

El hombre se sienta, inquieto. Aleksei no es de los hombres que avisan, así que esa amenaza lo hace temblar.

—Lo que está claro es que Viktor ha comprado una empresa de forma legal. Y tampoco podrías mantenerla por ti solo, dicen las malas lenguas que te mantenía tu hija y que la empresa era de ella. Debes dinero hasta en la panadería —le recuerda Mikhail, recostándose en su silla.

—Yo no debo dinero a nadie, y está claro que no es una reunión de paz, es un recordatorio de que vais a dejar que este sinvergüenza haga lo que quiera —dice Wade Barlov—, y todo por ser el hermano de tu mujer.

Aleksei se alza y, en un acto reflejo, saca su arma y le pega un tiro a Wade en el hombro. Este se desgañita mientras mi cuñado sonríe de manera provocadora.

—Anastasia no es *mi mujer*, es tu Pakhana —amenaza Aleksei —. Ahora deja de chillar como una puta gallina y guarda silencio si no quieres que te rebane la garganta.

—Tú eres otro vendehúmos, dicen las malas lenguas que te han visto haciendo negocios con quien no debes —le recrimino a Wade con odio.

Ya me caía realmente mal, pero ver cómo coqueteó con ella… me hace detestarlo aún más.

Presiona la herida de su hombro aguantando el dolor que siente mientras nos desafiamos con la mirada.

—A mí, Kiril Popov me debe más dinero del que valía su empresa que no es ni suya —se mofa Mikhail—, soy el que más interés tiene en que recupere su dinero.

Kiril Popov está en un callejón sin salida.

—Tú, cállate, todos sabemos que te traes negocios sucios de petróleo con un contacto en Siberia —le reprocha Wade como puede entre dientes.

—Ahora me dirás que todos los que estamos aquí trabajamos de manera lícita… —se regodea—. Pues, sí, soy inmensamente rico y mis comisiones son tal y como pacté con Anastasia, así que no encuentro el problema con eso.

Mikhail tiene contactos políticos por ser quien es en todo el país, así que resulta ser una pieza importante en nuestros juegos de poder.

—¡Yo solo quiero mi dinero! —grita Kiril Popov.

—En la mafia, el dinero es poder, y tú, amigo, no has sabido jugar bien tus cartas —le recuerda el Pakhan mientras mueve su cuello de un lado a otro, la paciencia no es su fuerte—. Además, no

solo debes dinero a los demás clanes, también me lo debes a mí. No he recibido mi aportación y eso sabes que no me gusta.

—Tu cuñado tiene mi dinero… —tartamudea, nervioso.

—Ya no es tu dinero.

—Tengo más de trescientos hombres, si me hacéis esto nadie más va a confiar en vuestra palabra.

—¿Es una amenaza? —pone orden mi hermana—. A nadie le interesa una guerra, todos queremos vivir en paz y armonía y tener los mayores beneficios. Pero esto es un negocio, y si no has sabido cuidar tu dinero, tampoco podrás hacerlo con tu clan. Los hombres se mueven por dinero, el cual tú no tienes. Si no puedes ofrecernos nada… —insinúa.

—Tengo varias viviendas a nombre de mi hijo, Anton, puedo ofrecerlas como aval, pero no me voy a ir de aquí sin recuperar mi empresa.

—No voy a devolverte una mierda, entre otras cosas, porque tampoco era tuya.

—Yo podría hacer un trato contigo que nos beneficie a los dos —añade Mikhail, poniendo sus cartas sobre la mesa—, podría perdonarte la deuda que mantienes conmigo y pagar las aportaciones a tu Pakhan que todavía no has depositado. Y… —a Kiril Popov se le abren los ojos de interés— no puedo devolverte la empresa, aunque podría hacerte una aportación cuantiosa. El dinero ya no es un problema para mí, pero quiero conseguir una esposa…, no sé si me entiendes.

El cuerpo se me paraliza. La mente se me nubla. No puede ser, no está insinuando lo que yo creo. Porque entonces sí que vamos a tener un problema.

—¿Una esposa? —dudan Kiril Popov y Anastasia al unísono con sincera incredulidad.

—Sí, eso he dicho. Me entregarás a tu hija. Ya es hora de que me case y he visto que tu hija tiene más de un revolcón, por lo que no es un buen activo con el que poder negociar y así podrías quitártela de encima sin ningún esfuerzo.

Me levanto de mi silla hecho una furia y salto sobre la mesa. Me abalanzo sobre él como un loco que no atiende a razones, cegado

por la ira.

Voy a matarlo por lo que ha dicho. A despedazarlo. Mi Juana no va a ser jamás de él, tendrá que matarme primero y pasar por encima de mi cadáver. Mikhail se levanta del suelo y me asesta un puñetazo, pero mis golpes son más certeros cuando la furia no me deja ver.

—¡Eh, Viktor, estate quieto! —grita mi hermana detrás de mí—. ¡Viktor, ya!

Después de darnos de hostias. Me separo de él. Mi cuñado me mira sin inmutarse desde el sillón mientras sonríe. Debe de estar divirtiéndose el muy cabrón.

—Tiene una hija que vale más que su empresa —dice Aleksei, mofándose del hombre que está sentado en la silla, removiendo sus manos por los nervios.

—Acepto la petición del gobernador —afirma este, y mi cuñado confirma su demanda.

¡Y una mierda!

—No podéis obligarla a que se case con nadie —los amenazo, señalándolos con el dedo—. ¡No voy a permitirlo!

Aleksei se levanta de su asiento y apoya los puños sobre la mesa mientras Anastasia lo acaricia reconfortándolo.

—Aquí soy yo el que toma las decisiones —asegura con una voz que no reconozco. Esto sí que no lo esperaba— y es una solución. Tú te quedas con la empresa que es lo que quieres y la mujer le entrega a los clanes la paz.

—Aleksei… —lo tranquiliza mi hermana.

Mikhail se pone en pie limpiándose los restos de sangre que salen de su nariz. Todo en esta habitación gira en torno a mí. Pensaba tener el apoyo de mi familia, pero la Bratva es un juego de poder y mi cuñado, me guste o no, es la ley.

Aprieto los puños a ambos lados, furioso.

—¿Tienes una solución más ventajosa que ofrecer? —me pregunta con fingida calma—. Ya eres un hombre en edad de casarte. Podrías devolver esa maldita empresa, los Petrov tenéis dinero suficiente para enterrar a medio Rostov del Don. Devuelve el negocio… y quédate con la chica.

Se hace un silencio espeso alrededor de la mesa.

Me reclino en la silla, despacio. Lo observo como si estuviera evaluando cuánto vale su vida en ese preciso instante.

—¿Has terminado? —pregunto al fin.

Una sombra de sonrisa cruza su rostro.

—Solo intento ofrecerte una salida elegante.

—¿Elegante? —inclino la cabeza—. ¿Llamas «elegante» a negociar con una mujer como si fuera parte de un lote?

Su mandíbula se tensa, pero no retrocede.

—Todos aquí sabemos cómo funcionan las alianzas.

Lo que funciona son los negocios. Y Diamanty es uno.

Rentable. Estratégico. Intocable.

—Ella no es moneda para sellar pactos que te convengan a ti.

Un murmullo recorre la sala.

—Estás dejando que lo personal nuble tu juicio, Viktor —insiste, pero ahora su voz pierde firmeza—. Podrías tenerlo todo.

—Ya lo tengo todo. Y créeme —añado mientras voy hacia la puerta, antes de salir—, no soy yo quien necesita una salida elegante.

La puerta se cierra tras de mí con un golpe seco.

Y ahora sí… la partida empieza de verdad.



Capítulo 12

Nueve años antes

La semana más increíble de mi vida. Así puedo resumir lo que está siendo tener a Nani estas vacaciones.

Reconozco que, cuando la vi entrar con su familia el día de mi cumpleaños, deseé que se marchara por donde había venido, no sabía que desde ese día mi mundo iba a dar un giro de ciento ochenta grados.

Sé que ella cree que solo es un rollo de verano porque siento a menudo su desconfianza.

Hoy le he robado un par de besos mientras se bañaba en la piscina y mis dos hermanas no nos veían. Cada vez encuentro más difícil estar en esta casa a solas con ella y no ponerle mis manos encima.

—¿Estás listo, hijo?

Mi madre asoma la cabeza en mi habitación. Hoy vamos a dar un paseo en el yate de mis padres alrededor de la isla y pararemos en alguna cala para tomar el sol.

—Sí, madre, ya voy.

Pero ella entra en la habitación y cierra la puerta con su espalda mientras me mira de manera risueña, como si escondiera algo detrás de su mirada.

—¿Crees que no me he dado cuenta?

No sé de qué me habla. ¿O sí?

Finjo que sigo metiendo cosas en mi mochila para no mirarla y hablar más de la cuenta, mi madre puede llegar a ser muy persuasiva cuando se lo propone. Es de esas mujeres que siempre acaba sabiendo todo lo que quiere saber.

—No sé de qué me hablas.

—Claro que sí.

Se pone a mi altura y me hace cosquillas en el costado como si todavía fuese un niño, luego se sienta en la cama al lado de la mochila que estaba preparando.

Supongo que debe parecerle extraño verme tanto por aquí. Mallorca es una ciudad de mucha actividad nocturna, fiestas de lujo, discotecas exclusivas y yo cada año que la visito, aunque aprovecho para estar con mi familia, me baño en los excesos que me ofrece la isla.

—Te gusta la hija de los Popov.

—No, bueno…

—Te gusta, lo sabía. Si hasta te has puesto colorado.

—Solo es un tonteo de verano. Ya sabes que he salido con muchas tías, nada importante.

Sé que no debería haber dicho eso y me siento culpable en el mismo instante, pero reconocer que es algo más me aterra. Siempre he traído a casa chicas que he presentado como mis amigas, pero siento que con Juana es diferente.

—Yo creo que también le gustas a esa chica. Es muy guapa.

—Sí que lo es —concedo—, pero ya está, madre. Deja de insistir.

Me da vergüenza hablar según qué cosas con ella porque yo tampoco sé gestionar mucho todo lo que me hace sentir Juana Popova. Además, a veces a mi madre se le olvida que ya no soy un crío para que me trate así.

—Bueno, entonces no te interesará que interceda para que se quede a pasar lo que queda de vacaciones con nosotros. Los Popov regresan en unos días a su casa…

—Eres una embaucadora de las buenas. ¿Y cómo harías eso? No creo que sus padres la dejen quedarse aquí.

—Digamos que soy una mujer con recursos que mira por los intereses de sus hijos.

—Siempre lo has hecho y te lo agradezco, madre —le reconozco —, pero ella tiene diecinueve años y le queda mucho que madurar todavía…

Mi madre esboza una carcajada. Siempre he tenido mucha confianza con ella, aunque ahora me sienta perdido ante lo que estoy sintiendo. Jamás nadie me había hecho sentir así de vulnerable. Para mí, Nani no es ningún pasatiempo y de lo que más me alegro es de haber venido a pasar las vacaciones este año también, tenía planes en Rostov del Don de lo más tentadores. Porque me paso el año estudiando fuera de casa y estos son los únicos días en que disfruto al completo de mi familia.

—Te has enamorado.

Mi madre sonríe, feliz.

—¿Es malo eso?

—No es fácil, hijo, pero es el sentimiento más bonito que hay en el mundo y me alegra verte así.

—Supongo que yo debería estar feliz también, ya sabes lo que me duran las chicas —bromeo.

Es cierto que he traído a casa a decenas de mujeres, y, aun así, ninguna me ha durado más de tres días.

—Sus padres se van pasado mañana, ya han cerrado el negocio que tenían entre manos con tu padre, pero hoy mismo hablaré con ellos e intercederé para que pueda quedarse… cerca de nosotros — dice, y luego me guiña un ojo.

—Vale, gracias. Eres la mejor madre del mundo, ¿te lo he dicho alguna vez?

—Menos de lo que deberías. Y recuerda… —pone su dedo amenazador sobre mi pecho—, si haces algo con esa chica o con cualquiera, quiero que te cuides.

—Mamá… —le replico, avergonzado—, que no soy un crío.

—Bueno, yo solo te aviso. Sé que soy pesada contigo, pero no es fácil criar a un hijo en el mundo de la Bratva.

—Madre, tengo veinticuatro años, sé cuidarme yo solo, te lo puedo asegurar.

—Eres buen chico, Viktor, aun naciendo en este mundo siempre tuviste un gran corazón, creo que crecer entre hermanas te ayudó a entender y a respetar a las mujeres y sé que esa chica es muy afortunada de que hayas puesto los ojos en ella. Aun así, soy tu madre y siempre tengo que aconsejarte y guiarte para que vayas por el buen camino.

—Lo sé, gracias, madre —le respondo mientras me abraza como si todavía fuese su niño pequeño.

—Da igual la edad que tengas, siempre serás mi chico. Estoy muy orgullosa de ti.

—Eh, que yo también quiero. —Anastasia entra para unirse a nuestro abrazo, formando uno grupal.

—Eres una celosa —bromeo con mi hermana, empujándola con el hombro.

—Mira quién fue a hablar…

Nos separamos, cojo mi mochila y me dirijo al embarcadero junto a mi hermana y mi madre, que no paran de parlotear sobre sus cosas. Allí en la tarima ya nos están esperando los Popov junto a mi padre y Valentina que, ilusionada, no para de contarle algo al oído a mi chica.

«Mi chica». El corazón me aletea al verla.

Me mira unos segundos y aparta la mirada, algo avergonzada. No sabe lo que provoca en mí su vergüenza. Ya casi no podemos disimular cuando estamos con todos que tenemos algo. A mí me arden las manos por encontrar momentos donde estar a solas y poder tocarla.

Juro que ahora mismo lo haría con descaro al verla con ese vestido que deja a la vista varios trozos de piel. Las ganas de hundirme en ella no cesan, a pesar de intentar controlarlo.

—Me ha dicho Nikolai que habíais pensado marcharos ya —dice mi madre cuando subimos al yate—, pensaba que os quedaríais

unos días más para conocer mejor la isla.

—Sí, ya hemos cerrado lo que veníamos a hacer aquí, ya sabes cómo funciona el negocio —responde el señor Popov—, además, no puedo dirigir mi empresa de diamantes estando tantos días fuera.

—Los negocios exprimen lo poco que queda de nosotros —añade mi padre—, nosotros aún nos quedaremos dos semanas más, son los únicos días que de verdad paso con mi familia sin tener que pensar en trabajo, aunque acabemos de cerrar un trato.

Ambos se carcajean por lo que han formalizado. Pronto acabaré la carrera y padre delegará parte de esas obligaciones en mí, así que estoy al día del motivo por el que los Popov están aquí.

Millones de rublos serán blanqueados por mediación de su empresa.

Nos sentamos alrededor de la mesa que hay en el solárium de la cubierta. Anastasia, Valentina y Nani se untan crema solar, dispuestas a tomar el sol en la proa del barco donde hay cojines y tumbonas.

—Míralas, qué a gusto están este año las tres —murmura mi madre—, podríais dejar a Nani que termine de pasar las vacaciones con nosotros. Mirad cómo se llevan de bien las chicas.

—No —responde su padre sin pestañear, con rotundidad.

—Pues es una buena idea —añade su madre—, aquí la veo muy feliz. Además, se pasaría el resto de las vacaciones de verano encerrada mientras tú trabajas y yo me sumerjo en las obligaciones de la mansión.

—Claro, aquí están las tres juntas —insiste mi madre.

Yo permanezco en silencio, removiendo las manos bajo la mesa, conteniendo la tensión y los nervios. No puedo intervenir sin empeorar las cosas, pero deseo con una intensidad inexplicable que se quede aquí.

Cuando regrese a Rusia tendré que volver a la realidad. A la universidad y las responsabilidades. Aunque esté relativamente cerca de casa, no podré verla con la frecuencia que me gustaría. Y ahora mismo… ella es todo lo que necesito.

—No quiero que sea una molestia, ya hemos hecho lo que veníamos a hacer —insiste su padre, está claro que ese hombre no

conoce a mi madre y no sabe lo persuasiva que puede llegar a ser cuando algo le interesa de verdad.

—Para nada sería una molestia, más bien todo lo contrario. Anastasia y Valentina se adoran, pero ya sabes cómo son las hermanas… tienen sus días. Desde que Nani está con ellas, reina la paz en esta casa. Y, además, es nuestra invitada especial.

—Bueno… —duda su padre.

—Nani —la llama su madre—, hija, ven un momento.

La veo acercarse descalza hasta nosotros. Me mira de reojo, apenas un roce de miradas. Pero algo en ese contacto la hace apartar la vista casi de inmediato, como si le quemara.

—Dime, mamá.

—Te hemos invitado a pasar el resto de vacaciones con nosotros —explica mi madre—. Regresamos en dos semanas y así tus padres mientras tanto pueden arreglar sus cosas. Volverías con nosotros a la vuelta. ¿Te gustaría?

—Yo… —murmura nerviosa, y su mirada se vuelve a posar en mí unos segundos—, no sé, a mí me encantaría quedarme, pero mamá seguro que me necesita.

—Lo mejor es que vuelva con nosotros —sugiere el señor Popov.

Está empezando a alterarme su reticencia a dejarla aquí. Tiene dieciocho años y, aunque viva con sus padres, debería poder elegir.

—Bueno, deja que ella lo decida —le digo yo—, ¿te apetece quedarte a pasar las vacaciones con mis hermanas?

«Y conmigo, mi Juana», grita mi subconsciente.

—Por mí, sí, si les parece bien a mis padres.

—Claro que les parece bien —zanja mi madre antes de que nadie pueda poner ninguna otra pega.

—Que no se diga más —la apoya mi padre.

Yo me siento triunfante. Voy a poder estar con ella todo lo que queda de verano.

Veo cómo se marcha con mis hermanas. Mis padres no paran de hablar con los Popov. Transacciones de dinero, paraísos fiscales, diamantes…

A mí solo hay algo que me importa ahora. Ella.



Los Popov ya se han marchado y me han dejado un regalo aquí.

Su hija.

Mi teléfono no ha dejado de sonar en toda la semana. Cuando estoy en la isla, mis amigos organizan fiestas privadas, salidas en yate, alcohol que corre sin medida y mujeres que no hacen preguntas. Siempre ha sido así, pero este verano no me interesa nada de eso.

Me recuesto en la silla de la terraza e inspiro profundamente el olor a mar, se respira tranquilidad aquí. El cielo se tiñe de naranja oscuro, anunciando una tormenta de verano. Un relámpago rasga el horizonte y, segundos después, las primeras gotas comienzan a caer. Una impacta en mi rostro y resbala lentamente hasta el cuello. Decido entrar en casa antes de que empiece a diluviar.

Nastya, Valentina y Juana se han pasado todo el día en la playa, tostándose al sol como si el tiempo no existiera, y luego han cenado en la terraza un poco de *pizza* que ha horneado mamá, pero ya se han retirado a sus habitaciones, agotadas.

Miro hacia su ventana y veo su silueta contemplándome desde detrás de la cortina. Ahí está mi chica, observándome en soledad sin el escrutinio de nuestras familias.

Me pongo en pie sin pensarlo dos veces. Entro decidido en la casa y subo las escaleras hasta su cuarto. La lluvia empieza a azotar con fuerza en el exterior. España no es un lugar muy lluvioso en verano, pero a veces hay tormentas repentinas. Los relámpagos iluminan el cielo mientras el agua golpea el tejado con violencia.

—Eh —reclama cuando entro en su habitación—, no puedes estar aquí. Alguien podría verte y…

Cruzo la habitación en dos pasos hasta ella, la cojo por la nuca y la beso antes de que pueda seguir protestando. Sus reclamos se pierden entre nuestros labios. He deseado besarla cada minuto del puto día y ahora es el único momento que he encontrado.

—¿Decías algo? —pregunto cuando nos separamos, con ambas respiraciones sofocadas.

—No te pueden ver aquí —dice con miedo de que alguien nos escuche—, si alguien se entera…

—¿De quién tienes miedo que sepa que estamos juntos?

—No estamos juntos.

—Claro que lo estamos, eres mi novia. Y si tengo que contárselo a mi madre o a mis hermanas, lo haré, no me importa que ellas sepan que me gustas.

—Ya, aunque yo no quiero ser otra más —me reprocha—, para ti es muy normal traer chicas a casa, pero yo no soy eso. No estoy acostumbrada a entrar y salir de la vida de alguien como si nada.

Sus palabras me golpean más fuerte que cualquier reproche. Si no fuese por ella, seguramente estaría en alguna fiesta exclusiva bebiendo hasta perder el control y follando con cualquiera.

—¿Cuándo vas a entender que eres especial para mí, Juana?

—No me llames así.

Me empuja con ambas manos en el pecho. Exagero el gesto, así que hago como si me cayera ligeramente sobre su cama rebotando en su colchón.

La lluvia no deja de atizar con fuerza contra las ventanas y los truenos hacen vibrar las paredes. Mis hermanas deben estar ahora mismo abrazadas una a la otra, muertas de miedo. Reconozco que siempre que llueve me uno a ellas para ser su héroe, pero hoy hay alguien que me necesita más que ellas.

—¿Por qué no puedo llamarte así? A mí me gusta tu nombre y también me gustas tú.

—No seas adulador, eso seguro que se lo dices a todas…

Se gira hacia mí con ese gesto orgulloso que intenta ocultar lo nerviosa que está. Si supiera lo increíble que se ve ante mis ojos ahora mismo.

Su cabello negro y sus ojos oscuros, esas facciones tan finas y tan fuertes que la recorren… Me desarma. Más de lo que jamás ha hecho ninguna mujer y no entiendo muy bien el porqué.

Sus pies descalzos se pasean por el suelo, lleva una camiseta negra de una banda de *rock* española que le tapa hasta los muslos.

El sol de estos días le ha dejado la piel con un tono más dorado, aunque todavía conserva esa rojez leve de quien ha pasado demasiadas horas bajo la luz.

—Ven aquí, voy a darte algo que no le he dado a ninguna otra, jamás.

Da solo un paso hacia mí, así que alargo el brazo para sujetarla con suavidad por la cintura hasta sentarla sobre mis piernas en el borde de la cama, obligándola a mirarme de frente. El olor a su jabón de fresas me envuelve. Es dulce, limpio, peligroso para mi autocontrol.

Lo que siento hacia ella no solo duele en mi entrepierna, me abre el corazón en canal. No sé por qué me siento así con ella, pero lo cierto es que lo hago, es la única chica que me altera de esta manera…

—¿Ahora vas a decirme que jamás te has besado ni acostado con ninguna chica?

Sus manos se apoyan ligeramente en mis hombros. Aprovecho para acercar mi nariz a su abdomen e inhalar su olor con intensidad. No me cree, sin embargo, esto es verdad, jamás me había sentido así con ninguna, ni había sentido el deseo de hacer esto.

El sexo oral es una pérdida de tiempo para mí, siempre y cuando sea yo el que tenga que hacerlo. No por pudor. Simplemente porque siempre he sido egoísta. Me ha interesado mi placer, mi descarga, mi satisfacción. Nunca me detuve a pensar demasiado en lo que sentían ellas. Funcionaba, todas quedaban contentas y yo no tenía que implicarme más de lo necesario.

Hasta ahora. No sé en qué momento cambió algo dentro de mí, solo sé que, mientras mis manos descansan en sus caderas y siento el leve temblor de su cuerpo bajo mis dedos, lo entiendo con una claridad brutal: deseo verla perder el control.

Deseo ser quien la lleve hasta ahí.

A eso hay que sumarle que ninguna tía me ha durado más de dos días, pero con ella solo siento deseos de devorarla; subir esa camiseta que me está tentando y meter mi cara entre sus muslos; hacerla culminar con mi boca entre sus piernas y hacerle gritar mi

nombre tan alto que deje claro, incluso en el firmamento, que ella es mía.

Mis manos se apoyan en sus caderas subiendo levemente la camiseta. Recorro con mis dedos su piel, buscando el elástico de sus bragas.

Levanto la mirada y la observo. Sé que estoy yendo demasiado rápido con ella, pero no puedo controlarlo. Se mantiene quieta, confiando en mis manos que la sostienen aunque tiemble ligeramente. Sé que es inexperta en este ámbito, así que intento ser lo más paciente que puedo con ella.

—Quiero deshacerte con mis labios…

—Viktor —murmura algo avergonzada—, no…

Presiono con la yema de mis dedos ligeramente sus caderas y la acerco aún más a mí. En mi mente se recrean las imágenes de lo que quiero hacerle y eso no hace sino poner mi polla tan dura que provoca un temblor inmenso en mi interior. No sabía que yo también necesitaba esto tanto hasta que la he tenido a ella entre mis brazos.

—Déjame que lo haga, Nani, quiero ser también tu primera vez…

Las piernas le tiemblan con anticipación. Suelto sus caderas para ir hasta sus bragas. Las deslizo lentamente por sus piernas, acariciando los muslos en el trayecto. Cuando consigo deshacerme del trozo de tela, subo lentamente mis dedos, acariciando su suave piel. Me dirijo sin detenerme hacia el vértice de su cuerpo, comprobando con mi toque que su coñito apretado está mojado y ávido de mi atención.

—Viktor… —se sobresalta con la respiración entrecortada cuando mis dedos aprietan y exploran sus labios inferiores, ejerciendo una pequeña presión en el diamante que tiene en su coño abierto para mí.

—Shhh, mi Juana.

Me incorporo para quedar sentado frente a ella y tomar sus labios, mientras dos de mis dedos se introducen en su interior, lentamente. Sus gemidos, ante la presión que ejerzo, quedan ahogados en mi boca.

Escucho su queja ahogada en mis labios cuando nota la presión que ejerzo dentro de ella. Dejo que coja aire mientras los saco y vuelvo a introducírselos con cuidado, permitiendo que se acostumbre a la presión. Se agarra con más fuerza a mis hombros cuando salgo antes de que mis dedos vuelvan a penetrarla, pero esta vez con más fuerza.

La tomo por la cintura y la dejo sobre la cama. Le levanto la camiseta por encima de la cabeza, deshaciéndome de ella, mientras Nani intenta cerrar los muslos para impedir que la vea.

Desnuda sobre la cama es una puta obra de arte.

—Viktor, dime la verdad, ¿no has hecho esto nunca?

—No te voy a engañar, Nani, he estado con muchas tías, pero jamás he tenido con ninguna sexo oral.

—Júrame que estás…

—¿Que estoy qué, Nani?

—Júrame que me estás diciendo la verdad y esto no es una mentira para meterte entre mis piernas. Sé que pronto volverás a la universidad y yo pasaré a ser una más…

La miro a los ojos y le sonrío. Ya nunca podré mirar a otra como la miro a ella. Eso jamás va a pasar. Lo que siento por Nani es tan fuerte que respondo sin dudarlo.

—Jamás estaré con otra que no seas tú, nena, así que esta primera vez compartida entre los dos será algo solo nuestro y de nadie más.

—¿Lo dices en serio?

—Te lo prometo, Nani —le juro con seguridad—, así que, si no tienes ninguna duda con respecto a lo nuestro, me gustaría que abrieras esas piernas preciosas que tienes y no te avergüences de tu cuerpo. Te anhelo, nena. Y quiero que te entregues a mí sin vergüenza ni pudor. Quiero embriagarme de tu esencia, ¿te ha quedado claro?

—Pero solo si me prometes que tú dejarás que yo haga lo mismo contigo. Quiero que sea algo recíproco.

Dios, no puedo creer que esté deseando… No puedo ni imaginarlo.

Pone una pierna a cada lado, aunque intente disimular que está avergonzada. Lo que no sabe es que ese pudor me pone la polla más dura. Mi deseo es incontrolable cuando se remueve en las sábanas y puedo ver con claridad esa parte tan íntima expuesta ante mí.

Tiene un coño por el que vendería mi alma al diablo. Su carne sonrojada y brillante hace que me relama.

Paso mi dedo índice por su abertura y la abro más. El gemido que le hace retorcerse en la cama aún me pone más cachondo.

Voy a tener que dormir bajo la lluvia esta noche para quitarme este puto calentón de encima.

Se muerde el labio cuando recorro su entrada con mis yemas y su calidez y su humedad me reciben. Paseo mis dedos dando vueltas por su inflamado clítoris aún sin penetrarla.

Su pecho sube y baja, está sofocada y no se hace una idea de que se acaba de convertir en mi puta necesidad vital.

Deslizo mi cuerpo sobre el de ella y la beso cuando mis dedos vuelven a entrar en su interior, esta vez accedo en lo más profundo y acallo sus gemidos con mis labios. Después bajo, dejando un reguero de besos entre sus pechos hasta llegar a la uve de su sexo.

Durante unos segundos ella se incorpora para observarme. Sus mejillas están sonrojadas y en su cara se refleja la inseguridad, pero su cuerpo está clamando que lo haga.

Entonces saco la lengua para probar a qué sabe mi chica. Su carne tierna y su humedad me dan la bienvenida con desesperación. Tiene un sabor excitante. Uno que se va a quedar impregnado en mis labios para toda la vida.

Siempre excluyo el sexo oral de mis relaciones sexuales porque, para mí, es una pérdida de tiempo, a menos, que la que esté recibiendo atención sea mi polla. Es obvio que nunca he buscado algo más allá de mi plena satisfacción, y arrodillarme ante una chica no era lo que más me deleitaba. Hasta ahora. El sabor embriagador de Nani hace que lo quiera saborear toda mi vida, y despierta mi lado posesivo al imaginarme que otro pueda alimentarse de este manjar.

Jamás sabré si existe otro sabor que no sea el de mi Juana.

—Viktor… —gime con desesperación, y me sujeta por el cabello mientras remueve su apretado coñito contra mi cara.

No se imagina lo que me pone que haga eso.

Continúo dándole placer con mi lengua mientras dos de mis dedos la penetran una y otra vez en profundidad. Se ha desatado, desinhibido y no sabe lo que eso me gusta.

—Así, mi Juana, córrete para mí.

Vuelve apretarme contra su sexo. La absorbo, la lamo, le muerdo ligeramente el clítoris con los dientes. Nunca había hecho esto, pero literalmente la devoro como si fuese mi comida favorita.

Lo es. Ahora mismo su coño es el elixir que me da vida.

Entonces lo hace, su respiración se entrecorta, sus jadeos inundan cada rincón de esta habitación. Creo que yo estoy a punto de correrme en los putos pantalones solo con el sonido de sus gemidos. Y de pronto emite un grito que la deja sin aire, y le hace coger con fuerza las sábanas.

Sé que le he hecho llegar al orgasmo. Su pecho se mueve de arriba abajo con mucha intensidad.

—Viktor… —jadea.

El sonido de mi nombre en sus labios es una puta melodía celestial. Pero es un reclamo de que no la deje caer. Así que salgo de entre sus piernas y me sitúo acostado de lado, para observarla sin sacar mis dedos de ella y la beso mientras sigo entrando con ellos, explorando su carne que vuelve a contraerse ante el primer envite. Sus uñas se clavan en mis hombros y sus jadeos se ahogan en mis besos.

Está desmadejada sobre la cama, aunque eso no impide que abra más las piernas para que siga masturbándola, le acabo de hacer llegar al éxtasis y, aun así, quiero que se vuelva a deshacer, así que me la follo con los dedos sin cuidado.

—Aaaah —se queja cuando añado un tercer dedo, pero de pronto deja de emitir sonido alguno cuando su cuerpo se habitúa a mí.

Por más que intento controlarlo, no puedo. En algún momento pienso follármela, así que la necesito preparada para mí.

Entonces un grito más intenso emerge de su garganta, ha vuelto a tocar el cielo con las yemas de mis dedos.

Sus mejillas están sonrojadas, su piel brilla entre las sombras de su habitación, su pecho sube y baja al compás de su errática respiración. Le aparto un cabello detrás de la oreja.

Mi corazón martillea en mi pecho sin dejarme respirar.

Es tan sumamente perfecta…

—Esto es solo nuestro —me recuerda aún con la respiración agitada.

—Siempre, *malyska*[1] —le confirmo mientras se adormece entre mis brazos, y yo no puedo dejar de observarla.



Capítulo 13

En la actualidad

Hoy he venido a pasar el día al Club de Hípica junto a Dain. En mis ratos libres, montar a caballo es lo único que me relaja. Hoy Itziar, nuestra instructora de equitación, nos lo ha querido poner algo difícil, pero llevo tanto tiempo en esto, que hasta el más complicado de los saltos me hace sentir libre.

Tras la clase y la ducha de rigor, Itziar se nos une a mi amigo y a mí para tomar una copa en el *snack bar*, ya que hace tiempo que no nos ponemos al día.

—Hoy habéis estado soberbios —nos halaga la monitora tras sorber de la pajita de su refresco.

—Montar a caballo nos relaja después de lo duras que son nuestras semanas —dice Dain—. Y ésta en especial ha sido agotadora para mí, ya que me la he pasado trabajando en los nuevos bocetos.

—Dicen que tu debut fue un éxito —afirma Itziar mientras Dain carraspea y rueda los ojos en mi dirección.

—Fue increíble, deberías haberlo visto, reflejaba felicidad por cada poro de su piel —añado, no tienen por qué no hablar de ello solo porque no fuese uno de los mejores días de mi vida, cuando sí fue uno de los más importantes en la carrera profesional de mi amigo.

—Qué pena que no pudiese acompañaros —dice ella—, ya sabéis que lo del club es sacrificado.

Itziar no solo es instructora, tiene una parte de las acciones del club ya que lo heredó de su familia y es uno de los motivos por los que siempre se encuentra por aquí.

—Tranquila, no pasa nada, seguro que hay muchos más —añade Dain mientras llama a la camarera con el brazo para que pida mi bebida.

—¿Qué vais a hacer el fin de semana? —pregunto más por curiosidad que por otra cosa, ya que tengo muy claro que hoy no me apetece hacer nada más que quedarme tranquila en casa y hacerme una maratón de telenovelas hasta que mis ojos no aguanten y se cierren por su propio peso.

—He quedado con un cliente, deseadme suerte.

—¿Con un cliente? —se escandaliza Dain—. ¿Dónde queda eso de no relacionar los negocios con el amor?

—Calla, Dain, solo es un revolcón.

Mi amigo pone los ojos en blanco.

—Yo este fin de semana no tengo planes, tampoco es que me apetezca mucho salir a ningún lugar después de todo.

—Yo tengo una fiesta con los organizadores de mi desfile debut, pero tenemos que organizar un plan intenso. Una salida de brujas por el mundo —bromea mi amigo—. Itziar necesitará olvidarse del revolcón que le va a pegar su cliente esta semana y tú necesitas un buen polvazo que te saque de la cabeza todo lo que tienes encima.

—¿Y Yuri? —tantea Itziar.

—Lo he dejado.

Un dolor intenso me oprime el pecho. Una decepción profunda por una persona con la que compartí parte de mi tiempo. Yuri ni siquiera ha tenido la vergüenza de ofrecerme una disculpa por lo de la otra noche. No sé muy bien qué es lo que pasó, ni por qué se

comportó de esa manera, pero lo cierto es que me hizo daño y si Viktor no hubiese llegado en ese momento no sé qué hubiese pasado.

Así que prefiero no volver a verlo, es un hombre más de la lista de los que han pasado por mi vida y que me han hecho sentir que no merezco la pena.

—Si no puedes meterte en una relación no lo hagas, amiga —apunta Dain mientras come de dos en dos el *zakuski*[2]—, tírate a todo lo que se mueva y disfruta de la vida. Además, no sé muy bien qué veías en él.

—Era mi amigo y… —murmuro, indecisa.

—Yo también lo soy y no por eso tenemos que estar juntos. Ya era hora de que dejaras a ese tío, sabes que nunca me ha gustado —puntualiza—, además, tu único amigo de verdad soy yo.

Aunque Dain esté bromeando, sus palabras son muy fieles a la verdad. La única persona en la que siempre he confiado ciegamente es en él.

—Hace unos días que no lo veo, y la verdad es que prefiero no hablar ahora de él… No se tomó muy bien que lo dejara y…

—No te habrá hecho daño, ¿no?

—No —miento—, Viktor llegó justo cuando estábamos discutiendo en el *parking* del restaurante e interrumpió nuestro desencuentro.

—Todos son muy buenos, hasta que los dejas —añade Itziar.

—A ese también debes sacarlo de tu cabeza definitivamente —recalca Dain—, aunque podrías aprovechar para un último polvo con él y que te pegue un buen meneo, ya que ha hecho pública la ruptura con Ekaterina.

—¿¡Qué!?

—Como lo oyes. La ha dejado públicamente. Ekaterina sale en varias entrevistas soltando pestes por la boca, y parece ser bastante reciente ya que en el desfile se les veía bien. Creía que lo sabías —cuenta mientras sigue masticando su comida—. Todos pensaban que después de su acto entregándole el collar de diamantes, se oirían

campanas de boda y ahora la prensa especula con que posiblemente significara su despedida.

—Me alegro de que no siga con esa arpía, aunque en el fondo son tal para cual.

—¿Y tú cómo llevas lo de Anton?

—Mal, Dain, prefiero no hablar de eso, estoy intentando hacer todo lo posible para recuperarlo. Mi padre lo tiene bajo su control, y solo quedo yo como cabo suelto. Si no me ha eliminado ya es porque mi madre puso una cláusula antes de su muerte. Si me pasaba algo antes de cumplirse dos años de su fallecimiento, su parte de la empresa pasaría a manos del gobierno.

—Qué hijo de puta.

—Queda nada para que se cumpla el plazo y se deshará de mí, pero no voy a dejar de intentarlo. Voy a llevarme a Anton lejos de ese infierno, aunque sea lo último que haga.

—¿Qué has pensado? —consulta Itziar—. Ya sabes que si te puedo ayudar en algo me tienes de tu lado.

—He pensado muchas cosas en este tiempo, pero es complicado. Incluso he planeado secuestrarlo y llevármelo, con el dinero que tengo ahorrado, podría intentar forjar una nueva vida en cualquier lado.

—Tu padre vive en una mansión vigilada con demasiados esbirros que cubren sus espaldas las veinticuatro horas del día. Es un plan descabellado.

—Ya lo sé, Dain. Sé que no es un buen plan, pero es que estoy desesperada.

Después de nuestra larga tarde hablando de cosas duras y otras no tanto, me dirijo a mi apartamento. He llamado a un taxi ya que me he bebido un par de copas y voy algo mareada. Compruebo el reloj de mi teléfono móvil, se me ha hecho demasiado tarde, aunque es algo que no debe preocuparme porque no tengo a nadie que me espere en casa.

Subo a mi apartamento, saco la llave y la intento introducir en la cerradura, pero esta se me cae al suelo. Suelto una risotada mientras me agacho a recogerla, ya que voy un poco más ebria de lo que pensaba en un principio.

La cojo entre mis manos y vuelvo a ponerme en pie, me concentro para acertar con la llave en la cerradura, esta vez, con éxito. Cuando entro, cierro la puerta a mi espalda y conecto la luz, pero esta no se enciende.

Clic. Clic. Clic.

Presiono una y otra vez sobre el interruptor y, sin embargo, no se conecta.

Avanzo, un tanto nerviosa por tener que atravesar el salón en penumbra, mareada como estoy. Decido sacar el teléfono móvil para conectar la linterna, pero una sombra oscura, sentada en el sillón que hay enfrente, me hace dar un salto, provocando que el móvil caiga al suelo.

—¿Dónde estabas?

La voz de Viktor me recorre el organismo como un escalofrío que me hace tiritar.

Él no debería estar aquí.

Mis ojos se empiezan a adaptar a la oscuridad percibiendo mejor su silueta y como ésta levanta la mano llevándose una botella a la boca.

—¿Qué haces tú aquí? Si es por lo de tu coche…, no me arrepiento de nada.

—Mi coche… —sonríe por lo bajo, ¿va borracho?—, mi coche es el menor de tus problemas.

Su voz es una amenaza velada. Un gruñido que abre la puerta de mi subconsciente. Un arma que me arrebata la voluntad.

—¿A qué has venido?

Suelta la botella a un lado y se levanta. Podría correr y esconderme, pero me quedo en mitad del salón esperando su proximidad. Aunque duele tener a alguien que quisiste tanto, cerca y lejos a la vez.

Se pone frente a mí, huele a alcohol, es más que evidente que ha estado tomando.

—Esto no significa nada.

Me agarra con fuerza por la nuca y junta vorazmente sus labios a los míos. Y yo me quedo unos segundos paralizada antes de responder con hambre, porque su sabor alimenta mi alma. Las

ansias de probarlo, devorarlo, no han cesado en todos estos años. Jamás he podido sacarlo de mi cabeza y no quiero analizar ni entender esto ahora mismo.

Su lengua entra bailando con la mía, me empuja bruscamente haciendo chocar mi espalda contra la pared de mi salón, mientras se deshace por completo de su camisa. Sus manos tocan cada parte de mi cuerpo de manera provocadora, haciéndome arder de deseo como la primera vez que tomó contacto con mi piel.

Yo recorro con las mías su marcado pecho que ha fortalecido con el tiempo y me deleito con la tinta que baña la mitad de su torso, ampliando la zona tatuada de antaño hasta llegar a la mano que decora como siempre con un par de sellos de oro.

No se hace una idea de lo loca que me vuelve su cuerpo, lo que me gustaba quedarme ahí acariciando esas líneas, sentada entre sus piernas durante largas tardes, y lo segura que eso me hacía sentir.

Su respiración es errática, puedo palpar los golpes de su corazón contra su pecho cuando mis dedos lo acarician. Deslizo mis manos para desabrochar el botón de su pantalón con desesperación.

He anhelado tanto esto…

Sé que ha dicho que no significaba nada para él, pero esas mismas palabras me alientan a traerlo en estos momentos de vuelta conmigo. No sé cuánto tiempo más pasará sin que nuestras vidas se vuelvan a cruzar. Han sido nueve años bastante dolorosos en los que no he dejado de pensar en él ni un solo día.

Me arrodillo en el suelo mientras le bajo la cremallera. Su olor hace que recuerde aquellas primeras veces, y lo intenso que fue todo, llegando a significar un mundo para mí. Y rememoro nuestra promesa.

¿Recordará Viktor aquella época como yo?

—Viktor —murmuro con la esperanza de tenerlo de verdad. De que en su cabeza no sea otra persona la que está haciendo esto con él. Puedo ver cómo se apoya en la pared con un brazo y baja la mirada hacia mí mientras saco su polla caliente y dura del pantalón, lista para hacerle una mamada—, ¿realmente quieres esto conmigo?

El silencio es sepulcral, solo lo interrumpe un ligero gruñido.

Es rabia e ira contenida.

Ha vuelto en sí, así que se retira bruscamente sin dejarme saborearlo. Puedo distinguir entre la oscuridad de mi apartamento cómo su silueta se aleja, removiéndose el pelo mientras blasfema algo entre dientes, claramente arrepentido.

No puede hacerse una idea de lo que me duele este rechazo.

Se abrocha el pantalón, coge de malas maneras su camisa, que había quedado tirada en el suelo, y entonces deja un vacío en mi interior más grande del que ya existía entre nosotros cuando se marcha pegando un portazo.

El portazo finaliza su partida, y con él, cualquier ilusión a la que pudiera aferrarme.



Capítulo 14

Nueve años antes

Los rayos de sol entran por la ventana incidiendo en mi cara y haciendo que me despierte. He dormido durante toda la noche y he descansado como hacía mucho tiempo que no hacía.

Deseo que nunca acaben estas vacaciones, no quiero volver a Rusia, en mi casa no reina la tranquilidad, y los momentos en los que más segura me siento son aquellos en que estoy lejos de ella. Mi familia es un espejo frágil de mentiras, mi padre no es un buen hombre y dentro de esas cuatro paredes se permite el lujo de ejercer el poder que tiene sobre nosotras.

Miro el reloj en mi teléfono, comprobando que hacía años que no dormía tanto.

Son las doce de la mañana.

Observo a mi alrededor y miro debajo de las sábanas para comprobar que estoy completamente desnuda.

Cierro los ojos y rememoro lo que Viktor me hizo. Fue la experiencia más excitante de mi vida, aunque me sienta un poco desilusionada al no verlo aquí al despertar.

¿Estará decepcionado conmigo?

Yo ni siquiera se lo devolví y, sinceramente, no tengo ni idea de si eso es lo que esperaba de mí.

Fue tan cariñoso y atento…

Las mariposas revolotean con intensidad en mi estómago. Sé que me dije a mí misma que no debía fijarme en él, tampoco quería enamorarme como una idiota, pero el destino no me lo ha puesto nada fácil.

Viktor Petrov es rico, atractivo e irradia poder, tiene todos los factores para que sea un déspota y un creído, sin embargo, conmigo se comporta de una manera que cala en lo más profundo de mi corazón.

Sobre la mesita hay una nota escrita a mano, la agarro con rapidez con la esperanza de que sea de él.

Aquí queda sellada nuestra promesa.
Este momento es solo de nosotros.
Me gustas mucho, malyska.

La aprieto contra mi pecho. No podría ser más perfecto. Sé que puede sonar surrealista, que cuando se lo cuente a mi única amiga va a pensar que estoy complemente loca.

Sé lo que me dirá, que una no se enamora de un día para otro.

Por momentos reconozco que también me siento insegura. Tampoco me han pasado muchas cosas buenas a lo largo de mi vida, como para creerme que esto sea verdad.

Me ducho y me pongo algo de ropa limpia, hoy es día de chicas. Anastasia, Valentina y su madre siempre aprovechan un día para hacer compras, comer en algún restaurante español y pasar el día juntas, y este año como estoy con ellas me han invitado a pasar el día en familia.

Cuando bajo al recibidor están ya todas listas. Estoy algo intranquila ante ellas, siento que me observan como si lo supieran y

eso me pone algo nerviosa, aunque solo son suposiciones mías ya que Valentina está quejándose de que su vestido es demasiado infantil y Anastasia la consuela entre bromas y risas.

—¿Estamos listas? —pregunta la señora Petrova—. Hoy oficialmente es nuestro día de mujeres.

—¡Eh, eh! —La voz de Viktor nos frena justo cuando vamos a salir por la puerta—. Que se os ha olvidado mi beso de despedida.

Les da dos besos a su madre y a su hermana Anastasia y luego levanta a Valentina en brazos para darle un achuchón.

Eso es algo que también me gusta de él. No es el típico joven de su edad frío y soberbio, es cariñoso y atento con su familia.

Viktor es perfecto.

Mis piernas se convierten en mantequilla líquida cuando se dirige a mí, me da un beso en la mejilla y aprovecha para susurrarme en el oído:

—Pásalo bien, nena.

Se separa de mí ante la atenta mirada de su familia que deben notar mi rubor. Es un saludo amistoso, sin embargo, yo sé lo que ha pasado entre nosotros y lo que estamos intentando esconder durante estos días de verano.

—Venga, no nos entretengas más, que nos espera un bonito día por delante —aligera su madre.

—Ya hablaremos de eso de pasar el día de mujeres y dejarme aquí aguantando al gruñón de padre.

—Deja de quejarte, que tú rara vez estabas por casa —le reprocha su hermana Anastasia—, para una vez que te quedas.

Bajamos las escaleras del porche, dejándolo atrás para subir al todoterreno donde nos espera un chófer. La señora Petrova se coloca en el asiento del copiloto quedando nosotras tres detrás.

—Mamá, voy a comprarme diez vestidos y ninguno va a parecerse a este —dice la pequeña Valentina, haciendo alusión a lo poco que le gusta el que lleva puesto.

Seguramente lo haya elegido su madre.

—Yo necesito de todo un poco, así que espero que quede espacio en el maletero para mí —añade Anastasia—, quiero un

vestido para cuando cumpla los diecinueve. Y tiene que ser explosivo de los que te hacen sentir que eres una mujer adulta.

—Pero para eso queda mucho —le recuerda su madre—, si cumpliste los dieciocho hace nada.

—Yo cumplo los diecinueve en un mes… —añado—, solo soy un poco mayor que Anastasia.

—No queráis crecer antes de tiempo, la vida pasa muy rápido y de un día para otro las personas que amas ya no están —nos aconseja la señora Petrova.

—Yo quiero ser ya mayor y poder comprar mis propios vestidos —aclara Valentina, aún enfadada con no poder elegir su propia ropa.

Todas nos reímos a carcajadas.

—¿No habéis notado a Viktor raro este verano? No lo he visto en todas las vacaciones salir a ningún lado y ha tenido aparcado su coche todo el verano en la puerta.

Anastasia es bastante pícara, yo hago como si no me importara la mención de su hermano y como si tampoco tuviera nada que ver. Observo por la ventanilla el paisaje mientras intento disimular mi vergüenza.

—Le gusta Nani, me lo ha confesado… —suelta la niña.

Me veo obligada a redirigir mi atención hacia ellas, ya que todas están mirando en mi dirección de manera acusatoria.

—Eh, ¿quién? ¿Yo? —balbuceo ante el escrutinio de su familia—. No creo.

—No te pongas nerviosa —se ríe su madre—, tampoco queríamos incomodarte…

—Mamá, no finjas, claro que queremos incomodarla. Queremos saber si están saliendo o no —dice Anastasia.

Todas vuelven a reír.

Me siento avergonzada. Deben notar el rubor de mis mejillas.

—Emmm…

No sé qué responder.

—Tranquila, solo estábamos bromeando, no quiero que te sientas incómoda con nosotras y tampoco tienes que contarnos nada, pero sí que he notado en mi hijo cierto interés en ti…

—Está atontado, nadie mejor que tú, mamá, para saber que nunca le hemos visto el pelo durante el verano, y en estas vacaciones está fingiendo ser un hombre responsable y atento las veinticuatro horas con su familia.

—Tu hermano es responsable, Anastasia. Es muy buen hijo y muy buen hermano.

—Es el mejor hermano del mundo —canturrea la pequeña Valentina, desatando su cinturón cuando el cuatro por cuatro se detiene en la puerta del centro comercial—. No le hagas daño, Nani, o te las verás conmigo.

—No me atrevería. —Levanto mis manos mientras le sonrío a la niña.

Siento la calidez de su familia, cómo se protegen unos a otros. La señora Petrova siempre saca lo mejor de sus hijos y es un sentimiento que yo jamás he podido sentir en casa. Solo he tenido el afecto de mi madre y sé que es más que suficiente, pero jamás he vivido en esta aura de felicidad donde los lazos más importantes son la familia.

Cuando entramos en el centro comercial, deciden dejar el tema. Lo agradezco, ya que cada vez que hablan de él mis mejillas se ponen del color del carmín y las mariposas revolotean con más intensidad en mi interior.

Sé que dije que no me pillaría por Viktor, pero creí que sería incapaz de sentir esto en un intervalo tan corto de tiempo.

Comemos comida española, la cual disfruto un montón, y volvemos a la villa cargadas hasta las trancas de paquetes y vestidos que no necesitamos. Lo pongo todo sobre la cama y saco de una de las bolsas un bikini un poquito más sugerente. Los que he traído conmigo son muy de cría o me iban pequeños y estos días aquí con mi chico me ha dado vergüenza utilizarlos para no intentar parecer infantil.

«¿Mi chico?».

—Te he echado de menos.

El bikini que tengo en las manos se me cae al suelo al ver entrar por la puerta al causante de mis pensamientos.

Lleva un pantalón de pijama corto negro ajustado a sus caderas y una camiseta de tirantes. No deja de impresionarme verlo tan imponente y atractivo a la vez. Dirijo la mirada a ese brazo y luego la centro en sus ojos.

—Me has asustado —confieso—. Podrías llamar a la puerta la próxima vez.

—No era mi intención alarmarte.

—Pues lo has hecho…

—¿He hecho algo mal? —me pregunta, curioso, mientras se sienta en el sillón de mi habitación y pone los pies sobre la mesita de manera despreocupada.

«Gustarme de esta manera tan descabellada», pienso para mí.

En estos años no he salido con chicos porque lo único que quería era huir de mi mundo, no quería anclarme a nada que me obligara a permanecer en Rusia. Desde que era una niña ansiaba con todas mis fuerzas poder marcharme algún día de allí junto a mamá y encontrar un rinconcito en España donde pudiéramos ser felices.

—Perdona, no quería ser borde…

—Es tu manera de ser… —dice como si fuese un halago—, una borde con un carácter bastante impredecible. Me encanta eso de ti, no saber de qué humor te voy a encontrar. Aunque reconozco que cuando eras una mocosa y te veía por aquí me molestabas con tu mal genio.

—¿Y qué ha cambiado para que ahora te hayas fijado en mí?

—Ahora eres una mujer y estás buena. —Apoya los codos sobre sus rodillas y me dirige una mirada intensa—. Me gustan tus ojos, tu cabello, tu culo y hasta ese carácter de mierda.

—Cuando quieres, eres un gilipollas…

—Me encanta hasta cuando me llamas así —admite, curva sus labios en una sonrisa, y luego doy gracias a que me he sentado en la cama cuando murmura—: Hasta el sabor de tu coño es el mejor manjar que me he comido nunca.

Se hace el silencio entre nuestras miradas. Mis mejillas se sonrojan y estiro nerviosa el bajo de mi camiseta al recordar lo que pasó entre nosotros anoche.

Estoy avergonzada, pero es que a él parece no incomodarle.

—¿Por qué solo llevas un brazo tatuado? —pregunto en un claro intento de cambiar de conversación.

«¿De verdad, Nani, esa es tu manera de cambiar de tema?».

Mira en dirección a su brazo izquierdo y lo toca con la otra mano.

—Me gusta, no tiene ninguna explicación… ¿No te agrada?

—Te queda muy bien.

—He pensado hacerme otro en breve, pero es un poco una locura. ¿Tú llevas alguno?

—Solo tengo un diamante aquí —le señalo mi antebrazo—. Me gustaría hacerme muchos más, aunque mis padres no me dejan.

—Puedes hacer lo que quieras, eres mayor de edad.

—Bueno, ya…

En mi casa no existe el tener derecho a nada, tenga la edad que tenga. Mi padre es la ley y se hace lo que él dice y ordena. Siempre ha sido así y es algo que jamás va a cambiar, por lo menos mientras me vea obligada a vivir bajo su mismo techo.

—A ver… —extiende su mano—, acércate a mí, necesito verlo.

Me levanto y acudo en su dirección, intentando aparentar serenidad cuando mis piernas son un puto flan al notar su cercanía.

Me pongo a su altura y extiendo el brazo, pero Viktor tira ligeramente de mí y me sienta sobre sus piernas.

—¿Qué haces?

—Ya te tengo, nena —suelta en una carcajada—, ahora mi chica va a dejar de tener vergüenza y me va a dar ese beso que un chico bueno como yo se ha ganado.

Su voz ronca me recorre como un escalofrío.

—No tengo vergüenza…

—Bueno, bueno…, eso lo podríamos discutir —tantea—, porque hace un momento no lo parecía. Además, ayer descubrí que tengo nuevo sabor favorito y ese se encuentra en ese coñito apretado que tienes.

—Viktor… —le reprocho mientras acerca sus labios a mi cuello y siento su aliento caliente en mi piel.

—¿No te gustó? No puedes fingir conmigo, nena. No, cuando yo noté cómo chorreabas.

Sube una de sus manos por mi muslo.

—Me encantó… —admito—, y no sé cómo pedírtelo, pero yo también quiero hacerlo…

Se carcajea junto a mi piel.

—Me muero de ganas, nena, aunque creo que es demasiado pronto para ti… No sé hasta dónde podré controlarme contigo.

—¿Por qué? —dudo—. ¿Acaso crees que no iba a gustarte?

—Me muero de ganas de que lo hagas, sueño con ver mi polla navegando en tu garganta. —Su voz es un hilo ronco. Sigue dejando un reguero de besos por mi cuello—. No sabes lo que estás despertando en mí —gruñe, y suena excitado.

—¿Y entonces por qué no quieres que lo haga?

—Yo no he dicho que no quiera, nena. Solo que no quiero que te sientas obligada. Pero a partir de ahora no tendrás que pedirlo. Te doy vía libre, aunque eso implica que yo tampoco te pediré permiso a ti.

Entonces la mano que tenía puesta en mi muslo sube dejando restos de su tacto hasta que se encuentra entre mis piernas.

—Viktor… —le advierto, nuestras miradas conectadas cuando toca mi sexo por encima de la ropa interior.

—Nena, si supieras lo loco que me vuelves. —Mete sus dedos debajo de mis braguitas y, mientras me explora, sus labios toman los míos y sellan mis gemidos—. No puedo mantener mis manos lejos de ti, ¿lo entiendes?

Viktor sigue acariciándome con cuidado, pero con desenfreno. Sus dedos entran en mi interior haciéndome retorcerme entre sus piernas. Mis manos aprovechan para recrearse con cada parte de su pecho.

Es tan atrayente…

A sus veinticuatro años, se le nota que es un hombre experimentado. Mi respiración es cada vez más errática, no puedo controlar lo que él provoca en mí. Cómo me besa, cómo me mira y la manera tan necesitada en la que me toca, cualquiera diría que lo necesita todo de mí.

—Viktor —jadeo entre sus labios.

—Así, nena, enséñame de quién eres y córrete para mí…

Me remuevo entre sus muslos y acaricio descaradamente con mi mano la enorme dureza que no puede disimular bajo su pantalón de pijama, arrancándole un gemido. Sus movimientos se vuelven tan certeros dentro de mí que estoy a punto de perder el control.

Entonces lo hago. Y debo agarrarme a sus brazos y apretar con fuerza cuando llego al éxtasis y rozo el cielo bajo la yema de sus dedos.

—Shhh —me avisa para que no llame la atención con mis jadeos —, tranquila, nena, estoy aquí.

Abro los ojos, sofocada. Él continúa repartiendo un reguero de besos desde mis labios hasta mi cara. Y me regala una sonrisa engreída, sabe lo que me ha provocado y eso hace que mi corazón martillee contra mi pecho con incluso más fuerza.

Cada vez me siento un paso más lejos de no poder vivir sin su atención, de estar sin él. Con cada pequeño paso se introduce y se marca más a fuego en mi cuerpo. Ese tipo de ancla que te agarra y sabes que, si te suelta, quedará navegando a la deriva.

Dicen que solo un uno por ciento del mundo encuentra el amor de verdad, pero cuando lo hace, arrasa en cuestión de segundos. Te atrapa cada vez más y te encierra en una jaula sin llave ni salida.

Eso es lo que ha hecho Viktor conmigo.

Me levanto de entre sus piernas intentando negarme esos sentimientos, sin embargo, ya es demasiado tarde. Ya no hay salida de esta jaula. Viktor se adhiere a mí como si fuese mi otra mitad.

—Lo único que voy a echar de menos cuando vuelva a la universidad es no poderte tocar todos los malditos días…

—¿Y qué pasará cuando esto acabe? —quiero saber, señalándonos a los dos—. Pronto acabarán las vacaciones y tú tendrás que volver a tu vida normal y yo comienzo la universidad lejos de ti. ¿Serás capaz de cumplir con tu promesa?

—Iré a Rostov a verte todos los fines de semana y entre semana te escribiré todos los días. Nunca he salido con ninguna tía de verdad, pero creo que contigo puedo intentarlo.

—El gran Viktor Petrov guardando su castidad por una tía… —bromeo, no estoy muy segura de que esto siga cuando volvamos a la rutina.

—¿Crees que no haría todo eso por ti? Aunque ten claro una cosa, que esto es recíproco. Al igual que yo te debo lealtad, tú ahora eres mía, nena. No voy a permitir que nadie te toque, ni siquiera sé cómo voy a llevar los pensamientos de que otro tío te mire.

—No llevamos ni dos semanas saliendo… —me mofo mientras retiro sus manos de mi cintura—. ¿Quién te dice que cuando acaben estos días de vacaciones no estarás ya cansado de mí?

—No voy a cansarme de ti nunca, Juana…

Vuelve a apoyar su nariz en mi cuello, como si mi olor pudiese sofocar su deseo.

Me siento en uno de sus muslos cuando se abre de piernas. No me he dado cuenta del momento en que se ha quitado la camiseta de tirantes de pijama, dejando su pecho al aire.

Bajo la mirada hacia sus pantalones donde se marca un bulto grueso. Se anticipa a mis intenciones, porque no puede evitar gruñir cuando dirijo mi mano para acariciarlo de nuevo por encima del pantalón.

A mí también me gustaría complacerlo. Aunque ahora mismo esté temblando porque no sepa muy bien qué hacer. Me aparto el cabello y me ajusto la camiseta de mi grupo de *rock* preferido que aún llevo puesta para arrodillarme ante él, apoyando las manos en sus muslos.

—¿Estás segura? —Se incorpora algo nervioso—. Porque vas a comprobar todo lo que te deseo y no sé si vas a poder con todo.

—Nunca he hecho esto, pero creo que podré —reconozco cuando mis manos lo sujetan cogiendo con fuerza el pantalón de su pijama.

—Nani, no tienes que hacerlo si tienes dudas. —Me levanta con su dedo el mentón.

—Pero es que sí que quiero.

Traga saliva y se remueve cuando mis manos viajan a la goma de su pantalón para comprobar que no lleva ropa interior. Lo aparto dejando que su miembro salga en un vaivén duro. Muy duro.

Es grande, grueso y…, ¡joder!, ¡necesito conocer su sabor ya!

—Estoy muy segura, Viktor.

Me coge con su mano y acompaña a la mía con cuidado. Es un acto tan íntimo que lo haga mientras nos miramos…

—Así, nena —asegura, mientras me guía subiendo la piel de su carne de arriba abajo—, de momento empieza así.

No distingo lo que dice entre dientes, pero estoy segura de que le está gustando. Acerco mi lengua lentamente para probarlo. En el fondo siento miedo de que todo esto sea un engaño.

Mi mejor amiga tiene mucha más experiencia con chicos y es algo de lo que siempre me ha advertido. No debo fiarme de ellos, solo quieren sexo y luego se van.

—¿Vas a marcharte cuando lo haga?

Bajo la carne de su sexo acompañada por su mano y él gruñe. El tacto es esponjoso y rígido a la vez y Viktor está mirándome con el ardor quemando en sus ojos mientras se muerde el labio, sofocado.

—No voy a irme a ningún lado.

Entonces me incorporo aún de rodillas, para intentar meterme su carne en la boca. Quiero introducirlo, pero el pelo se me interpone en mitad de la cara. Lo recoge deliberadamente en un puño y gime, luego levanta las caderas al tomar contacto por primera vez con mis labios.

—Podría haber ahora mismo un incendio a nuestro lado y yo seguiría aquí sentado.

No le estoy preguntando si se iría ahora mismo, pero en su voz atisbo deseo y lujuria y eso me alimenta para seguir metiendo su polla una y otra vez en mi boca.

Continúo complaciéndolo, mi bajo vientre siente nuevas punzadas de placer al escucharlo murmurar sin entender muy bien lo que dice. Sé que le está gustando y eso ya es suficiente para que siga haciéndolo con más intensidad, con más ganas. Lo relamo, lo saboreo e intento que le guste. No soy experta, no he hecho esto nunca y temía que mi inexperiencia lo aburriera. Pero nada más lejos de la realidad, cuando me atrevo a levantar la vista con su miembro

como mi juguete favorito entre mis labios, su mirada es tan intensa que quema en mi cuerpo.

Me coge bruscamente de la coleta y me separa de su polla en un acto reflejo.

—Lo siento nena, no he podido aguantar más. —Me aparta cuando un líquido caliente de un color blanquecino y espeso sale de la punta de su polla—. Creo que la próxima vez no voy a poder ser tan bueno…

—¿Te ha gustado? —pregunto, confusa.

Su dedo toma con el pulgar restos que han quedado en mis mejillas y los desliza hasta introducirme un poco en la boca.

Me agarra por el hombro y me invita a levantarme, me sienta sobre él y hunde su cabeza en mi cuello.

—Mi Juana… —murmura aún con la respiración desacompasada —, esto no lo voy a olvidar en la vida, *malyska*.



Capítulo 15

En la actualidad

¡Una puta mierda! Juana Popova no va a casarse con Mikhail, por encima de mi puto cadáver y mucho menos después de haberla tenido la otra noche tan cerca, tan jodidamente mía…

Me suda los huevos que la orden venga directa del Pakhan, porque ningún hombre que no sea yo la va a tocar.

¿Acaso no recuerda quién estuvo ahí hace unos años apoyando a los Dragov cuando todo se fue a la mierda?

Mi cuñado me ha tocado las narices más de lo que quiero reconocer.

No sé cómo ha consentido que vendan a la mujer como si fuese un maldito trozo de carne en una carnicería. La solución a los negocios de mierda de su padre y el gobernador…

Deseo matarlos a todos con mis propias manos.

¿Dónde quedaron aquellos años en que fuimos amigos? Debería haber dejado que Ivan me matara, no le pedí que me salvara. No le debo nada. Y desde luego no voy a pagar ninguna deuda

permitiendo que la casen con otro después de lo que pasó entre nosotros.

—Diamanty va viento en popa, hay nuevos inversores y las acciones se han revalorizado —me informa mi amigo Roman—. Cada día eres más poderoso. En el negocio del blanqueo no hay nadie que pueda igualarte. Eres una máquina de imprimir dinero.

—El dinero no sirve de nada si no puedes proteger lo que es tuyo. —La tensión se nota en la habitación. Porque Roman sabe, igual que yo, que cuando digo «mío», no hablo de empresas—. Si ahora mismo le devolviese la empresa al viejo, ¿cuánto dinero perdería?

—Devolverle la empresa a los Popov —ríe de una carcajada—, pero ¿a ti qué te pasa? Está dando tanto dinero que no podrías contarlo ni en diez vidas, ¿por qué ibas a querer devolvérsela ahora?

—Ya tengo dinero que no podría ni contar en cien años. Ya sabes que lo de la empresa solo es una excusa para tocarle los cojones a mi ex.

—¿Por eso has dejado a Ekaterina? Déjame decirte que la tienes hecha una furia, no hay periódico ni entrevista en la que no hable mal de ti. Y no nos interesa que tu nombre salga tanto a relucir en la prensa.

—Bah —añado con despreocupación—, la verdad es que no es algo que me preocupe. Ella siempre supo lo que había.

—Entonces, ¿qué es lo que te pasa realmente para querer entregar Diamanty? ¿Algo no fue bien en esa maldita reunión?

—El gobernador ha pedido su mano, ahora resulta que quiere una esposa y va a pagar todas y cada una de las deudas de Kiril Popov. Incluso creo que le ha ofrecido dinero. Eso ha sido suficiente para comprar a Nani como si fuese su ramera personal.

—Tengo hombres a tu disposición que por algo de dinero dan de comer a los animales en los bosques.

Ambos nos carcajeamos.

Yuri debe de estar en estos instantes criando malvas.

Pero no puedo asesinar a un gobernador y a la cabeza de uno de los clanes de nuestro territorio, eso iniciaría una guerra entre organizaciones, ya que son dos líderes y ostentan poder.

Tengo que pensar qué hacer con cuidado.

—Asegúrate de que nadie se entere de eso —ordeno a mi hombre—, no quiero que nunca llegue a los oídos de Juana.

—De todas maneras, era un traidor, le has hecho un favor a esa mujer, ya que el muy perro habló más de la cuenta en su lecho de muerte… y no te vas a creer para quién trabajaba…

Abro los ojos al entenderlo. Pedazo de mierda, ya me extrañó que su expediente estuviera tan limpio.

—Era uno de los hombres de Kiril Popov, lo tenía infiltrado para controlar a la hija.

Hijo de puta.

Por más que intente alejarme de ella, me importa todo lo que la rodea. Cuando vi lo que ese cabrón le había hecho, mi sangre se volvió lava líquida.

Así que mandé matarlo.

—No me importa Juana Popova —reconocerlo me duele incluso a mí—, pero todo el que se atreva a hacerle daño se arrepentirá de haberse cruzado en su camino algún día.

—Vamos que no la quieres para ti, pero no deseas que se la folle nadie… —suelta carcajeándose mi amigo mientras se sirve una bebida del minibar de mi despacho. Yo lo miro de manera desafiante —. ¿Ves? Yo no me complico para nada, me acuesto con la que me apetece y la que se deja cada noche, igual deberíamos salir un poco a desfogar. ¿Cuánto hace que no salimos a divertirnos?

—Quiero follármela a ella —aseguro con firmeza.

En los últimos días no he pensado en otra cosa. Deseo hacerlo con todas mis fuerzas. Hundirme en ella es el fruto de cada uno de mis pensamientos. En todos estos años, jamás he podido estar con una mujer sin que ella estuviera en cada uno de mis sentidos.

—¡¿Estás loco?! —exclama, sentándose en el sillón que hay frente a mí—. En el fondo, ese matrimonio pactado es lo mejor. Se casa con el cretino del gobernador y tú te quitas ese peso de encima. Míralo por el lado bueno, la sacarás de tu vida por y para siempre.

¿Es lo que quiero?

Nani ha sido un recuerdo amargo estos años, la he odiado con todas mis fuerzas y creía de verdad que podía hacer esto y restregarle por la cara que aquello no significó nada para mí. Que solo fueron unas vacaciones de verano, que dentro de mí no ardía en deseos de hacerla mi esposa y anclarla en mi vida para siempre.

—Bueno, tengo mucho trabajo que hacer… y, sí, creo que este fin de semana me apetece salir. Necesito volver a mi anterior rutina, una buena cena, unas cuantas de copas y follar con cualquier tía.

—Eso, es. —Se levanta y da dos toques a mi escritorio con los nudillos—. Esa es la actitud, espero entonces tu llamada.

Cuando la puerta se abre para que Roman se marche, el motivo de mi desesperación y frustración entra por la puerta.

Su cabello se mueve al compás de sus pasos y como un espejismo consigue remover todo en mi interior. Lleva ese vestido negro de tubo que se ajusta a sus carnosas nalgas y que me hace mirarla embobado cientos de veces cuando la tengo cerca.

—Cierra la puerta al salir —ordeno a Roman, disimulando mi reacción ante su entrada. Esa que llena el espacio dejándome sin aire y sin respiración.

Se sienta junto al escritorio frente a mí y saca su portátil sin mediar palabra, pero su mera presencia ya es un insulto a mi estabilidad emocional.

—¿Sabes que podría dar la orden a seguridad de que no te dejaran entrar a mi despacho?

Levanta su mirada taciturna por encima del ordenador y me sonríe provocándome.

—¿Sabes que podría demandarte por aparecer en mi apartamento sin permiso?

—No tienes el suficiente dinero para pagar un abogado —me recuesto en el sillón para unirme a su provocación—, como tampoco tienes dinero para pagar los daños que le has hecho a mi coche.

—Tu coche —se mofa—, no puedes demostrar que haya sido yo. Además, ahora ha quedado mucho más elegante y de tu estilo.

—Tengo cámaras en el aparcamiento, las hice instalar hace un par de semanas y claramente en las grabaciones apareces tú.

—Vaya, has tenido que mirarlas para corroborarlo y todo… —añade de manera irascible—, y yo que pensaba que te quedaba claro desde el principio quién había sido, pero resulta que el gran Viktor tiene muchos enemigos.

—Mi única enemiga en el mundo eres tú.

—Qué suerte tienes entonces, tú solo eres uno más de mi larga lista.

Ese doble sentido de la frase hace que me enerve. Cierro despacio mis dedos apretando los nudillos con mi otra mano, muerto de celos.

No sé de lo que sería capaz ahora mismo.

¿Que solo soy uno de los tantos hombres que engrosan su lista?

Intento tomar aire profundamente para calmar mis nervios. Pero lo peor es que me consta que no han faltado admiradores a su alrededor, aunque yo me he dedicado a coaccionarlos para que desaparecieran de su vida. Que ningún hombre se quedase a su lado pasado un tiempo de conocerse, no ha sido algo fortuito. He seguido sus pasos de cerca y, si yo no podía estar con nadie, ella tampoco.

—Puede que a partir de ahora tengas muchos menos, tu padre te ha ofrecido como un trozo de carne en la reunión de los clanes y adivina qué: hay un tío que ha decidido comprarte…, ya no vas a tener que venir aquí más y suplicarme que te devuelva tu maldita empresa. Todos salimos ganando, sobre todo yo, que quiero perderte de vista para siempre.

La veo tragar saliva con dificultad. No sé si está furiosa o si mis palabras la han golpeado de verdad. Quizá nadie le había dado todavía la noticia. En un instante recompone su gesto.

—Bueno, quizá así se acabaría el problema de ambos. Tú te deshaces para siempre de mí, yo recupero mi vida y puedo luchar por mi hermano y el hombre que me compre tendrá una mujer joven a la que poderse follar.

No puedo creer que haya dicho eso. La simple imagen me retuerce de una manera que no llego a comprender. Arrastro la silla y doy la vuelta a la mesa. La cojo y la levanto bruscamente, para aprisionarla con mi cuerpo contra el escritorio.

—¡¿Qué coño has dicho?!

—Lo que has oído, Viktor. Devuélveme mi empresa o me abriré de piernas y me arrodillaré ante mi futuro esposo.

—¿Crees que me importa?

El pulso me tiembla solo de imaginar que Mikhail pueda disfrutar de ella.

—Pues yo te veo muy alterado… Te comportas como si no te importara, pero anoche viniste a buscarme a mi casa. Venga, suéltalo, jamás me reprochaste nada. Hazlo ahora, porque, si no, romperé mi promesa y me agacharé y le comeré la polla a mi futuro esposo. Luego te mandaré un vídeo para que tú mismo puedas verlo.

—Ya no me extraña nada de ti, eres una zorra.

—No me conocías, Viktor, y tampoco lo haces ahora, pero yo jamás debí confiar en ti.

—¿En mí? —Bloqueo los puños a ambos lados de mis costados —. Yo te di todo lo que tenía como un idiota, aunque no vas a engañarme nunca más.

—Pues ya lo ves, no fue suficiente. Así que, si no vas a devolverme mi empresa, será mejor que te apartes de mi camino, porque mi única prioridad en la vida es recuperar al niño y si para eso tengo que casarme lo haré.

—Creo que utilizas ese recurso para dar pena, no finjas que quieres a alguien que no seas tú.

Me empuja intentando que me separe de ella. Sus ojos reflejan odio, pero también un vacío existencial. Ahora mismo me detesta con todas sus fuerzas y yo, por mucho que intento odiarla, no puedo dejar de amarla.

¡Joder!

Me separo de ella. Se da la vuelta y cierra su portátil de malas maneras.

—No te preocupes, Viktor, no vas a volver a verme. Es lo que querías, ¿no? Pues tus deseos se van a hacer realidad. Si es verdad que mi padre me ha vendido y con ese trato estoy más cerca de tener a Anton conmigo, sin duda lo haré. Aunque creas que no

puedo sentir nada por nadie, lo quiero y daría mi vida por él, igual que tú hubieses dado la tuya por tus hermanas.

Siento un nudo en la garganta, mezclado con rabia y celos. Sé que estoy siendo cruel con Nani, que su desesperación es comprensible y que su hermano es lo único que tiene. Pero mis sentimientos me consumen y los celos me ciegan. Cada palabra que pronuncia me hiere y me enciende a partes iguales.

VIKTOR



Capítulo 16

Nueve años antes

Me peino por quinta vez y reviso que me quede bien la ropa. Estoy más que nervioso, hoy la he invitado a salir para ir a cenar. Quiero hacer esas cosas que un novio hace con su chica. Mañana por la mañana partimos hacia Rusia y separarme de ella me aterra. Este mes ha sido el más feliz de mi vida.

Estas vacaciones han estado cargadas de besos furtivos, sonrisas, bromas, confidencias y alguna que otra promesa, y eso hace que no pueda estar más loco por ella.

Sé que puede parecer una locura, pero voy a hablar con mi padre para pedir la mano de Nani a Kiril Popov. Estoy muy seguro de lo que siento por ella, y supongo que siendo ambos progenitores socios, no habrá ningún problema por parte de los dos. Aunque, si a alguno de ellos no les parece bien, pueden irse a la mierda.

—Oooh, esa chica te tiene bien cogido —me sorprende Anastasia entrando por la puerta de mi habitación—. Mi hermano, el

«tengo a la que quiera», ha caído rendido a los pies de una inocente joven… —se burla la idiota mientras cosquillea mis costillas.

—Anda, calla.

—Es guapa, además a Valentina, a mamá y a mí nos cae genial.

—Ya, Anastasia —la aviso para que pare.

—No pasa nada por decirle a una chica que te gusta.

—No es eso…, es que…

—Juana Popova te vuelve inmensamente loco.

Suelta una carcajada.

—Estáis aquí —dice la pequeña Valentina—, os estaba buscando.

—Mira qué guapo se ha puesto nuestro hermano para una chica de la que no voy a decir su nombre…

Cuando estoy con ellas vuelvo a ser ese adolescente que dejé atrás.

—Sí, lo sé, yo sé cómo se llama, porque he acompañado a Viktor a hacerse un tatuaje con su nombre esta mañana.

¡Dios! Mi pequeña ya se ha ido de la lengua.

—¿Te has tatuado su nombre? ¿Pero tú estás loco o qué? —me reprocha mi hermana—. ¡Que estáis saliendo desde hace un mes!

—¿Ves? Por eso le he pedido que me acompañe a Valentina, a ella le ha parecido una buena idea.

—Es un detalle muy bonito para una chica… —afirma la pequeña, sentándose en la cama mientras alisa su vestido.

Anastasia rueda los ojos y me mira sorprendida.

—Se te ha ido la cabeza.

—Lo sé.

Sonrío para mí. Sé que estoy loco de verdad, pero por ella. No sé qué embrujo me ha echado o de qué manera me ha hechizado, pero siento en el fondo de mi corazón que es tan profundo y real…

Cojo los sellos que he dejado encima de la mesita y me los coloco uno por uno. Desde el dedo meñique hasta el pulgar.

—Nuestra Nani es una chica con suerte… —me abraza mi hermana Anastasia— y nosotras ya nos vamos. Papá ha decidido pasar estas últimas horas con nosotras y, por ser el último día de

vacaciones, nos va a llevar a Valentina y a mí a cenar al Bankandar, y vamos a volver muuuuuyyyyy tarde.
Mis hermanas se marchan y yo continúo nervioso. Le he pedido que sea mi chica, pero quiero que tenga claro que lo es. Me importa una mierda que ahora nuestros caminos se separen, solo va a ser un año en el que nos comunicaremos por teléfono y en el que nos veremos todos los fines de semana posibles.
De pronto, el tono de los mensajes suena en mi teléfono. Son mis amigos, estas semanas he pasado totalmente de ellos.

MIKHAIL
Oye, cretinos, ¿sabéis que en dos semanas se celebra una fiesta en casa de las barbies? Dicen que es para reencontrarnos tras el verano.
IVAN
Esas tías son unas zorras. Así que yo me apunto.
MIKHAIL
Por cierto, Viktor, ¿estás por ahí? No sabemos nada de ti estas vacaciones, eres un cabrón.
Reviso los mensajes y tengo cientos de ellos, no he respondido ninguno.

YO
Yo me apunto a la fiesta, pero paso ya de esas tías.

IVAN
Pero ¿qué dices?

YO
He conocido a alguien.

MIKHAIL
Por algo estabas tan desaparecido, has estado dándole caña a esa tía. Pues, bueno, me alegro, tío, a ver si esta te dura más que la tal Cindy.
IVAN
A Cindy me la estaba beneficiando yo a los dos días de terminar con Viktor, pedazo de putón.

YO
No os paséis… Ella es diferente y es solo mía, cabrones. Ni se mira ni se toca.

MIKHAIL

¡No me jodas que te has pillado por una tía!
La verdad es que de los tres sabía que serías el primero en caer en las fauces de alguna piba.

IVAN

Bah, ¿para qué nos vamos a complicar la vida con veinticuatro años? Mikhail ni siquiera ha cumplido los diecinueve.
Ya bastantes mierdas nos tenemos que comer con las imposiciones de nuestros padres.

No me gusta que haga ese comentario, corren los rumores de que el padre de Ivan, que es el Pakhan de la Bratva, va a comprometerlo con mi hermana Anastasia y, por mucho que sea mi amigo, no me gusta para ella.

MIKHAIL

Nos vemos entonces en el campus en dos semanas.

YO

Nos vemos.

Dejo el teléfono a un lado y salgo al jardín. Allí está Nani sentada, admirando el cielo. El sol se acaba de poner y sé lo que le gusta quedarse por las noches observando las estrellas.

—Mira, ahí está la estrella de Calisseo otra vez, ¿la ves?

Me siento a su lado y miro al firmamento, yo solo veo miles de luces brillando en el cielo, no sé a cuál de todas se refiere.

—¿Es la estrella con la que te has atrevido a hechizarme?

—¿No quieres conocer la leyenda? —dice ilusionada—. Está ahí —vuelve a señalar—, es esa de ahí.

Me acerco más a ella e intento mirar a través de sus ojos y justo ahí veo la estrella de la que ella habla.

Parpadeo un par de veces.

—¿Qué tiene de especial?

—Qué poco romántico eres —me reprocha. La agarro por la cintura y la arrastro en la silla para tenerla entre mis piernas—. Dice la leyenda que solo pueden ver la estrella las parejas que de verdad se hayan enamorado.

—Uuuh, eso me gusta… —ronroneo en su cuello—, ¿me estás declarando tu amor?

—Idiota.

Me empuja con el hombro.

Le tiendo la mano y ella se levanta. Se ha puesto un vestido con transparencias por el que puedo observar el bikini que lleva debajo. Hoy es nuestra última noche de verano juntos y he preparado unos bocadillos de jamón que sé que le chiflan y vamos a ver las estrellas y hablar de nuestras cosas mientras cenamos en nuestra playa.

Avanzamos por el camino hasta que nuestros pies tocan la arena. Veo que se descalza y corre hacia la orilla para mojarse los pies en el agua salada. Yo me aproximo y saco de mi mochila una toalla de gran tamaño y la extiendo a pocos metros de la orilla. Enciendo algunas velas y las coloco alrededor para ofrecernos algo de iluminación, ya que la luz en nuestra playa privada es escasa y dispongo sobre la toalla los bocadillos y los refrescos que he traído.

Mi primera opción era darle una vuelta en mi deportivo y llevarla a algún hotel, pero ella es diferente.

Me siento en la arena y la observo correr feliz de un lado a otro. Se escucha una música a lo lejos, están acabando las fiestas de verano y esa melodía es típica del folclore español. Soy capaz de reconocerla, a pesar de no estar muy familiarizado con ella. La veo mover sus brazos de arriba abajo al compás de esa canción.

—¿Qué bailas?

Verla reflejada por la luna, contoneándose de esa manera tan sensual…

—Es música típica española, es flamenco y se baila así.

Nani es feliz con todo lo que a este país se refiere. Conoce sus costumbres y las ama. Se nota que es algo que su madre le ha inculcado ya que ella nació en Rusia.

—Es extraña.

—Tú sí que eres extraño —sonríe mientras continúa moviendo las manos hacia arriba al compás de sus caderas.

Se lanza a mi lado en la toalla y ríe a carcajadas.

—Me encanta cuando sonríes así —le reconozco.

—No quiero volver mañana a Rusia —añade algo triste—, regresar a mi casa con mi padre y volver a mi vida normal.

—Te prometí que iría a verte todos los fines de semana y cumpliré con mi promesa —le digo mientras le ofrezco su cena—, ¿me esperarás?

—Esto ha estado muy bien, Viktor, aunque cuando volvamos siento que esta burbuja en la que vivimos se desvanecerá —lamenta, señalándonos a ambos con el dedo—. Tú volverás a tu vida con tus amigos y con los cientos de chicas que tendrás a mano en la universidad y yo volveré a mi jaula, esa a la que pertenecemos las mujeres de la Bratva. Ya sabes que no tenemos vidas fáciles.

Me recuesto y me apoyo en el codo para admirarla. A Nani siempre la rodea la inseguridad. Si ella supiese lo que siento, no tendría todas esas dudas.

—Voy a pedirle a tu padre tu mano. Hablaré también con el mío, a mi familia le gustas y a mí mucho más…

—¿Qué dices?

—Lo que has escuchado. No tengo intención de salir con ninguna otra en la universidad y tampoco quiero que ningún otro ponga los ojos en ti porque no sé de qué sería capaz. Quiero que seas para mí, ¿todavía no te ha quedado claro?

—No, es solo que… —susurra ella mientras se tira el cabello hacía atrás—, no sé cómo se lo va a tomar mi padre. Él es el que manda sobre nosotras y…

Se calla, hay algo que la aflige.

Creo que solo es miedo.

Ya sé que no es lo habitual enamorarte así de profundo de alguien, pero en este año que nos queda por delante hasta que yo termine la carrera y pueda hacer vida más cerca de ella, voy a demostrarle que la quiero de verdad.

—Bueno, solo el tiempo podrá demostrarte que voy en serio contigo. Que tu padre acepte o no, me trae sin cuidado. Lo único que me interesa es que te quede claro que vas a ser mía para siempre. Te advierto que soy muy celoso, Juana, así que en el momento en que demos un paso adelante, es como si firmaras con el diablo. Me perteneces.

—Vale, está bien, no estoy acostumbrada a que me pasen cosas buenas, pero me gustas mucho, Viktor.

—Y tú a mí.

Me acerco un poco más a ella, la agarro con mi mano y aproximo mis labios a los suyos. Cierro los ojos para oír cómo late mi corazón cuando la beso de esta manera tan intensa y cómo ella reacciona ante mi atención.

—Viktor… —gime.

Mis manos suben por sus muslos. Soy incapaz de apartarlas de ella, de no tocarla. No hay nada que me cause más placer que dárselo y escucharla jadeando y cantando mi nombre como un canto de sirena.

Es tan primitivo lo que siento hacia ella… Algo que creí inexistente y aquí está, la cría que me hacía salirme de mis casillas y ahora pone en jaque mi estabilidad emocional.

Meto las manos entre sus piernas y noto que está mojada para mí. Siempre que me la follo con los dedos lo está. Sus manos se apoyan en mi pecho mientras me yergo sobre ella en la manta y la masturbo como he hecho durante todos estos días. Esta vez lo hago con intensidad, necesito abrirla para mí porque soy bastante grande y hoy quiero ir un paso más allá.

—Viktor, te necesito… —balbucea, sofocada—, necesito que entres dentro de mí.

Sus ruegos son órdenes para mi cuerpo. He intentado ser paciente, pero necesito entrar dentro de ella porque la deseo. No he pensado en otra cosa desde la primera vez que la toqué y siento que es el momento, antes de que la vuelta a la normalidad nos separe.

La voy a echar mucho de menos. Observar su cara de recién levantada, sacarla de quicio para que se pique solo por el simple hecho de escuchar su voz insultándome, las sonrisas…

Todo eso lo voy a añorar cada puto segundo que no la tenga cerca.

—¿Estás segura?

Me observa unos segundos en la oscuridad mientras el sonido de las olas rompe a nuestros pies.

—Es mi primera vez y quiero que sea contigo.

Todo el romanticismo que revolotea alrededor no impide que sus palabras afecten a mi polla, haciendo que se endurezca más dentro del pantalón. La realidad cala en mi mente, voy a hacerla mía, en mi playa, bajo la luz de su amada Calisseo y siendo su primera vez. Es algo que hace que mi corazón se expanda; aunque, a la vez, el temor me invade, ya que nunca me he acostado con nadie por quien haya sentido algo, y eso me inquieta.

Me aparto ligeramente para buscar en la mochila el preservativo que he echado por precaución y lo dejo a un lado. Vuelvo a besarla, impaciente, mientras la desnudo lentamente para mí, no quiero prisas con ella, sé que voy a causarle dolor, pero también quiero que recuerde esto como algo placentero. Así que me tomo mi tiempo para besarla y acariciarla, para rozar nuestros cuerpos ya desnudos.

—Viktor, te necesito ya… —me pide mientras se arquea y su cuerpo busca la fricción contra el mío.

Agarro el preservativo que he dejado a un lado y lo rasgo con los dientes, algo nervioso. La responsabilidad que tengo para con ella y todas esas emociones que me hace sentir…

—¡Mierda!

El preservativo se me ha caído sobre la arena de la playa y no he traído otro de repuesto.

¡Mierda! ¡Mierda!

Ella suelta una carcajada.

—No pasa nada…

Me agarra por las caderas y me invita a que entre en su interior.

—Sí que pasa, no tengo más preservativos…

—No seas idiota, no vas a dejarme embarazada por una vez, nadie lo hace. Además, me gustaría sentir tu piel.

¡Hostias! Es que no puedo controlarlo. No puedo cuando mi glande estaba rozando ya su abertura. Entonces apoyo mis codos a ambos lados de su cabeza y empiezo a entrar en ella mientras se abre para mí. Y mi corazón golpea con más fuerza que nunca en mi pecho.

—¿Estás bien? —pregunto cuando la escucho emitir una queja de dolor.

—Sí.

Me acaricia la mejilla y me invita a que siga entrando en su cuerpo. Mi frente se coloca encima de la suya cuando llego a la barrera que nos separa. Estoy en tensión. Tengo ganas de follármela con fuerza, sin embargo, intento contener mis impulsos primitivos para no dañarla.

—Si necesitas que pare, solo tienes que decirlo.

—Hazlo de una vez, Viktor, necesito que lo hagas ya… Soy una mujer, así que fóllame.

Entonces entro en ella. Se arquea y grita de dolor. La beso con intensidad para ayudarla a disipar su atención y que se vaya acomodando a mí mientras su respiración va a mil por hora. He tenido que coger aire con fuerza porque su sentimiento ha traspasado y removido algo muy intenso en mí. He estado con más chicas, pero nada se parece a esto, estoy más que seguro que se ha metido en lo más profundo de mi alma y que nada jamás podrá igualarse a esto tan puro, tan loco, tan…

Estoy enamorado de ella hasta tal punto…

Continúo entrando y saliendo de ella con cuidado, mientras que mis besos amortiguan sus gemidos y cualquier rastro de dolor. Cuando noto que se ha acomodado, entro con embestidas más profundas.

Sus jadeos y sus gemidos son mi canción favorita.

Bajo mi mano por su vientre, aún dentro de ella, para ayudarla a que se deshaga conmigo, me siento enloquecido y soportando las ganas de irme en su interior, aun así, no voy a parar hasta que ella disfrute al completo. Le acaricio con el pulgar el clítoris mientras aprieto ligeramente. Sus jadeos son más profundos, incluso grita entre mis labios y balbucea mi nombre.

—Viktor, Viktor…

Puta melodía celestial, si sigue arqueándose y apretando mis hombros así no soportaré mucho dentro de ella sin correrme. La tengo a punto…

—Te amo, mi Juana.

Entonces se deshace con intensidad. Sus piernas tiemblan, sus paredes internas me aprietan la polla de una manera que me desgarra y no puedo soportarlo. Yo también me corro como un puto

demente sin llegar a salir de su interior, calentándola por dentro, deshaciéndonos en el placer más profundo que jamás haya sentido y sabiendo que Juana Popova será para siempre el amor de mi vida.



Capítulo 17

En la actualidad

Esta es la vida que me ha tocado vivir. Las traiciones que debo soportar. Es el precio de pertenecer a la mafia.

Mi vida siempre ha sido un espejismo. Un reflejo en el que las personas que no te conocen creen verte, pero solo soy una ilusión de lo que aparento.

Eso es lo que significa en realidad la Bratva.

Las dos caras de una misma moneda.

En la escuela o en el instituto donde estudiaba yo era una pija consentida que tenía todo en la vida. Mi padre era uno de los ejecutivos más prestigiosos y le gustaba mostrarle al mundo el poder que ejercíamos. No le importaba gastar dinero a raudales si se trataba de simular.

El mejor coche, la mejor universidad, ropa de marca, hasta fiestas exclusivas que pocos se podían permitir.

Todo era mentira.

En mi vida jamás hubo nada que fuese verdad.

Ni mi madre quería a mi padre, ya que había sido secuestrada, ni él nos quería como a una familia. Nos odiaba, nos humillaba y nos rompía.

Sé que mi madre lo soportaba por mí, es lo que haría cualquier madre por su hijo. Siempre la entendí, pero conforme fui creciendo lo hice mucho más.

Siempre haces sacrificios por las personas que amas.

Es el don de los despreciables y la debilidad de las personas que tenemos esa enfermedad llamada amor.

—¿Se puede saber qué es lo que te ha traído a mi puerta?

Mi padre está sentado en su escritorio de roble, fumando uno de esos asquerosos puros que siempre lleva encima. Tiene el cabello canoso peinado hacia un lado y la misma camisa que siempre lleva puesta.

—¿Cómo es eso de que me has vendido como si fuese ganado sin mi consentimiento?

—Ah, ya te has enterado… —contesta con voz ronca mientras sonríe satisfecho.

Este hombre no tiene remordimientos.

—No soy un trozo de carne, ni tampoco una fulana.

—Bueno, lo de que no seas una fulana se podría discutir, pero, sí, era eso o pegarte un tiro en la frente y he decidido ser buen padre contigo y dejarte vivir.

—Eres un ser despreciable.

Me quedo quieta mirándolo de frente. No sé cómo pude nacer y llevar la misma sangre que este monstruo.

—No soy perfecto, lo dejaremos ahí…

—No voy a aceptar el matrimonio, no puedes obligarme.

—Claro que puedo, y ese es el principal motivo por el que aún sigues viva.

Tose cuando el humo se le agarra en la garganta.

Qué placer si se ahogara en este mismo instante.

—Dime qué es lo que quieres para entregarme a Anton.

—Si no opones resistencia al trato que he hecho en beneficio tuyo, te dejaré que lo veas siempre que quieras. Podrás entrar y salir

de esta casa como dispongas para disfrutar de él —ofrece de manera tajante—, pero no te voy a entregar a mi heredero.

Es imposible, jamás me lo dará y las posibilidades de huir con él de aquí son casi nulas. Ya lo intenté cuando era más joven. Mi padre entró en cólera y me encerró en una sucia celda durante un mes, así me hizo saber que el niño jamás escaparía de su control.

Cierro los ojos y cojo aire.

—¿Por qué haces esto?

—Yo soy el gran Kiril Popov, y mi estirpe ha vivido entre riqueza y poder. Hemos resistido como los reyes que somos y solo lucho por lo que nos pertenece —dice como si fuese de gran importancia su estatus social—, además, aunque parezca increíble, te he encontrado un futuro marido con casi el mismo poder que el Pakhan. Y para mi sorpresa está dispuesto a pagar todas mis deudas y darme un pellizco de sus ganancias todos los meses. Con eso podré fundar una nueva empresa y volver a ser el hombre que un día fui.

No le va a servir de nada. Esta aberración se lo gasta todo en el juego, es un ludópata.

—¿Con quién me has prometido?

—Cuando te lo diga no te lo vas a creer, de hecho, yo aún estoy asimilándolo. Pero a pesar de que no te lo merezcas, vas a tener la fortuna de casarte con Mikhail Ivanov.

—¡¿Qué?! ¡¿Mikhail?!

—Te ha sorprendido. Lo sé, es demasiado para ti.

Será hipócrita…

—Es un monstruo como tú.

—Por eso es ideal para ti como esposo. Necesitas un hombre que te maneje, que te haga entender que las mujeres sois eso… mujeres. Un ser inferior, que solo servís para abriros de piernas.

—Te odio.

—Marcus —llama a su hombre ignorando mis últimas palabras —, trae al niño un momento, mi hija quiere verlo.

Su hombre se asoma por la puerta y hace un gesto con la cabeza. Va a chantajearme, pero no tengo ninguna opción en mis manos que sea mejor que esto. No puedo huir de aquí con él, no

tengo a nadie que nos pueda proteger y ahora tampoco ostento el poder de la empresa para poder negociar nada.

—Si firmas el acuerdo, en un mes se celebrará la boda. No tienes otra opción mejor —asegura.

No. No la tengo, ahí tiene razón.

—¡Nani! —grita el pequeño cuando entra por la puerta—. Creía que tardaría mucho tiempo en volver a verte.

El pequeño de cabellos castaños y ojos almendrados entra directo y se funde en mis brazos. El tiempo corre a pasos agigantados y crece por momentos.

—Sí, he pensado en venir un par de veces por semana a verte a partir de ahora. ¿Qué te parece?

Levanto la mirada hacia mi padre que asiente triunfante. Sabe que ya he aceptado este maldito trato. Anton es demasiado importante para mí como para hacerlo a un lado.

—¿De verdad? —pregunta el niño, feliz, mirándome a mí y luego a este monstruo, que sonríe con la soberbia inundando cada centímetro de su cara.

Intento no venirme abajo delante de él y llorar, aunque la impotencia me remueva el estómago y me incite a hacerlo. Pero hago de tripas corazón, no quiero que sepa que todo va mal.

—Sí, a eso ha venido Juana. Me comentaba que estaba de acuerdo en unos puntos…

Lo miro de reojo.

—Te he echado mucho de menos, Nani.

—Yo también, Anton.

—¿Qué escándalo es este?

La novia de mi padre entra en la estancia. Va vestida de manera elegante y con el pelo recogido. Su rubio es ahora aún más platino y sus facciones se endurecen cuando se percata de que soy yo la que está ante ella.

—Ah, es tu hija —espeta de manera fría mientras me recorre con la mirada de arriba abajo, haciéndome sentir un despojo de la humanidad.

Hubo un tiempo en el que confié en ella, en que Vesna fue como una segunda madre para mí. Como todo en el mundo en el

que vivo, era una mentira. Engañó a mi madre haciéndose pasar por su mejor amiga. Esta víbora se metió en nuestras vidas. La única pena es que mi madre descubrió su traición antes de morir.

—Estábamos hablando cosas de padre e hija —repone ese señor despreciable.

—No tardes, te espero en el salón, han llegado nuestros invitados —suelta de manera tajante.

A pesar de ser ella una sanguijuela, me trata como si fuera yo el parásito.

La odio.

La odio más que ella a mí, casi tanto como a la arpía de su hija.

—Nani, ¿te gustaría ver el nuevo caballo que tenemos?

—Sí, claro.

Me coge de la mano. Pido permiso con la cabeza a mi padre. Este asiente y me hace un gesto para enseñarme un bolígrafo y un contrato que hay sobre la mesa de su escritorio.

—Puedes ir con tu hermano. Mi hombre os acompañará, así puedes pensar con tranquilidad lo que hemos hablado.

No hay nada que hablar, tampoco nada que pensar.

Voy a aceptar ese matrimonio.

Voy a convertirme en lo que tanto odió mamá.

En una mujer sin elección y sin recursos.

En una mujer sin poder de decisión, ni siquiera de ser libre para volver a amar.



Capítulo 18

Nueve años antes

Estoy viviendo en una nube de felicidad. Ni los gritos de mi padre, ni su mal humor, ni las veces que me hace temblar cuando su violencia aflora pueden fastidiarme estos momentos. Kiril Popov siempre fue despiadado y retorcido, un hombre tallado en el infierno que apresa a inocentes en jaulas y las somete a su voluntad.

Apenas hace unas semanas que acabaron mis vacaciones en España y volví a mi miserable realidad. Esa a la que tenía tanto miedo de volver.

El hijo mayor de los Petrov no ha dejado de escribirme en todo este tiempo, haciéndome sentir que le importo a alguien de verdad.

—Veo que volviste de esas vacaciones muy feliz —insinúa mi madre, que está apoyada en la puerta de mi habitación—. Me alegra que te hayan sentado tan bien, te las tenías más que merecidas, hija.

—Gracias, mamá.

Sonrío cuando escucho otra notificación y miro el teléfono sobre la mesita de noche.

También es de él.

Me está contando algo sobre lo irascible que es su profesor de Estructura de Datos, pero el parloteo de mi madre hace que vuelva a la realidad, ya que me había sumergido por completo en las palabras de Viktor.

—He tenido una conversación con la señora Petrova, al parecer su heredero tiene la misma alegría que tú —señala de manera picarona.

—Mamá —la reprendo, al percatarme de que quiere indagar y enterarse, aunque, si lo que Viktor me ha dicho es verdad, en unos días, por mi cumpleaños vendrá y pedirá mi mano a mi padre. Seré su prometida.

—Estoy eufórica por ti, Juana, no solo es el hijo mayor de uno de los clanes más poderosos de Rusia, el joven parece un hombre que se viste por los pies.

—Mamá, no voy a hablar contigo sobre el hijo de los Petrov —le digo, algo avergonzada—, tengo dieciocho años y…

Se acerca y se sienta a un lado de la cama.

—¿Ha pasado algo con él, Juana? —Me observa con fijeza en esta extraña interrogación—. Ese joven sería un buen partido para ti, tarde o temprano el tirano de tu padre te impondrá un matrimonio, así que es maravilloso que hayas encontrado a alguien a la altura, no me gustaría que tuvieses que vivir lo que yo, no lo hubiese soportado.

—Creo que me he enamorado —reconozco.

—Me alegro mucho por ti, hija, mereces que alguien cuide al fin de ti. En una semana se celebra tu cumpleaños y tu padre ha organizado una fiesta para ti por todo lo alto. Ya sabes lo que le gusta fanfarronear con el dinero. Dinero que no tenemos.

No soy del agrado de mi progenitor, jamás me ha celebrado una fiesta, mucho menos me ha felicitado ni siquiera en el día de mi cumpleaños.

—¿Va todo bien, mamá?

Su cara refleja muchas respuestas que no dice en voz alta. Un pequeño silencio o secreto que guarda para sí.

—Va todo genial, hija.

Siempre intenta fingir entereza y fortaleza cuando conozco tan bien como ella el infierno en el que está atrapada. Un infierno con puertas de hierro, selladas con mentiras.

—Bueno, voy a arreglarme, hace mucho tiempo que no veo a mi amiga y le he pedido a uno de los hombres de papá que me lleve a su casa.

Mi amiga es la hija de la mejor amiga de mamá. En realidad, ambas son muy cercanas a mi familia, y mi amiga es con la única que se me permite salir sin supervisión de los esbirros de mi padre.

Soy la hija de un líder y en la Bratva las mujeres no disponemos apenas de libertad, solo se nos permite hacer lo que queremos cuando nos casamos si nuestros maridos son benevolentes.

Podría decir que no soy querida en mi entorno, aunque la realidad es que soy directamente irrelevante. Tener amistades sinceras en el mundo de la Bratva es como esperar que ese deseo que pides a una estrella fugaz se cumpla.

Solo la tengo a ella en el mundo y es la única en que de verdad puedo confiar.

Llego a su villa, que está a unos kilómetros de mi mansión, en una zona menos acaudalada que la mía, al este de Rostov del Don.

Allí viven familias más humildes, y pese a que su casa es pequeña, resulta lujosa y dispone de jardín. Su padre era dirigente militar y murió hace unos años en una misión, yo jamás lo conocí y su madre y ella se quedaron solas en el mundo. Aunque me consta que gozan de la ayuda de mis padres.

—Cuánto tiempo sin verte, Nani.

—Ven aquí, nena.

Me pongo de puntillas y la abrazo con fuerza. Mi rubia de piernas largas se agacha unos centímetros y me devuelve el abrazo con efusividad.

—Te he echado de menos, ha sido el verano más aburrido de la historia. Las únicas con las que podía salir querían ir a la piscina del

distrito. ¿Por qué iría a una piscina comunitaria cuando tengo una privada en casa?

A veces son bromas y otras, verdad disfrazada de sarcasmo, pero a mí me hace gracia.

—A mí me encantaría ir a esas piscinas y poder conocer más gente, a veces siento que vivimos encerradas por ser quienes somos —le reconozco.

—Eres alguien importante, es normal. Sabes que la mitad del instituto lo que tenía era envidia de tu nombre y tu apellido, ¿verdad?

—Envidia la que te voy a dar… —digo, ilusionada. Mi amiga me invita a entrar en su casa. Lo hago tras ella, allí su madre está mirándose en el espejo, retocándose.

—Me tengo que ir, he quedado para hacer unas compras con tu madre, Nani —nos informa—, espero que os divirtáis.

Se marcha por la puerta y nosotras continuamos hablando ahora algo más tranquilas ya que tenemos más privacidad.

—¿Qué envidia? ¿Qué ha pasado? Cuéntamelo, pero ya.

—Estoy saliendo con un chico. Y lo hemos hecho.

—¿¡Qué!? —chilla, sorprendida—. ¿En España con un troglodita de esos? No me fastidies, Nani.

Niego con la cabeza.

—¿Estaba bueno?

Asiento con la cabeza.

Ella me coge de las manos.

—Pero dilo ya, que me tienes en tensión.

—Estoy saliendo con Viktor Petrov.

Mi amiga abre mucho los ojos, impresionada. Todas las mujeres de Rostov del Don tienen los ojos puestos en ese trío. Ivan Dragov, Viktor Petrov y Mikhail Ivanov son tres caramelos inalcanzables para muchas.

—Nani, nena, Viktor se tira a todo lo que se mueve…

—Conmigo es diferente, te lo juro, ha sido increíblemente cariñoso y…

—Ya sabes lo que me ha pasado a mí con varios chicos. Siento desilusionarte, pero no sabes lo que son capaces de decirte o hacer

hasta meterse entre tus piernas.

¿Sería capaz Viktor de hacerme algo así?

La verdad es que yo también sabía que se veía con muchas chicas, su misma hermana me lo dijo, sin embargo, quiero creer en él.

—Voy a confiar en él hasta que me demuestre lo contrario. Lo quiero y creo que él de verdad me quiere a mí.

Se sienta en el sillón y conecta el televisor de manera despreocupada.

—Sabes que te quiero y que eres mi mejor amiga, así que ojalá, sea verdad. Yo sí deseo lo mejor para ti, no lo olvides.

—Ojalá… —balbuceo, algo intranquila ahora.

Varias preguntas se agolpan en mi mente. Pero para todas me intento convencer de que él no sería capaz de hacerme nada semejante a lo que me ha dicho mi amiga.

«Sé que me quiere. Viktor me quiere».

—Bueno, por lo menos has tenido una experiencia con un chico antes de cumplir los treinta —bromea—, pensaba que, a este paso, no te ibas a entregar a ninguno hasta el matrimonio.

Parece como si no se alegrase por mí. O también podría estar preocupada, aunque la verdad es que venía a contárselo muy ilusionada y siento algo de decepción.

—Sí, y ha sido la mejor experiencia de mi vida —continúo, insistiendo para convencerla.

—Vaya, pues has tenido suerte. Yo, la primera vez que lo hice, el tío estuvo a punto de correrse en los pantalones, y una vez me la metió, duró tan poco que no tuvo miramientos en saber si me hizo daño o si disfruté.

—¿Y tú qué tal con ese chico que habías conocido? —digo, intentando cambiar de tema.

—Pues lo que te decía, me regaló los oídos durante el verano, consiguió sexo por mi parte y luego se olvidó de mí, pero no vamos a hablar ahora de chicos. Son unos idiotas y la mayoría solo piensan en meterla.

—Sí, claro…

Mi sabor es amargo. Ni siquiera puedo contarle lo feliz que me siento a mi mejor amiga sin sentirme algo juzgada.

—Pero me alegro mucho, eh, de verdad. Ojalá sea cierto que tenga genuino interés en ti. Sabes que te quiero un montón y no podría desearle nada malo a mi mejor amiga. Juana Popova Rodríguez —remarca el nombre español con el que tanta gente en el instituto se burla, aunque ella lo dice de manera graciosa siempre para hacerme sonreír.

—Yo también te deseo siempre lo mejor, Ekaterina Smirnova.



Capítulo 19

En la actualidad

Dos malditas semanas desde que mi obsesión no pasa por la oficina y siento que la empresa ya no vale una mierda. Si no la veo a ella, todo carece de sentido. Ni las acciones ni el dinero, nada de lo que hay aquí vale algo.

Me remuevo el cabello más que nervioso, furioso, y me cuestiono si no he llegado demasiado lejos con esto. Está desesperada por conseguir la custodia de su hermano y puedo llegar a entender lo que hace porque yo habría hecho cualquier cosa por mis hermanas. Incluso daría mi vida por ellas.

Dos semanas sin verla, sin atormentarla y con la incertidumbre de saber si lo que dicen las putas noticias es verdad.

Mikhail Ivanov, el gobernador, ha anunciado que ha encontrado al amor de su vida y se casará dentro de poco.

¿Habrá aceptado ese matrimonio por sentir algo más que una simple imposición hacia su futuro marido?

No creo que eso sea verdad…, aunque de no serlo, no le he dejado otra opción que lanzarse a los brazos de ese desgraciado.

—¿Se puede?

Apago el televisor de mi oficina con la clara intención de que nadie sepa de mi preocupación.

Mi hermana Anastasia entra con la pequeña Valentina que sale corriendo para abrazarme.

—Tío *Vitor*, tío *Vitor* —dice la pequeña, llegando a mi altura y alargando sus pequeños brazos para que la coja en brazos. La alzo y le doy un sonoro beso en la mejilla.

Si supiera cuánto la quiero…

—¿Tienes chocolate?

Abro mi cajón, ese en el que guardo un pequeño alijo por si recibo su visita y le doy un bombón a la niña que se dirige a sentarse en el sillón para comérselo tranquila.

—¿Cómo estás? —Anastasia me da dos besos y voltea la mesa para sentarse frente a mí—. Desde que tienes la empresa no vienes mucho por Shebek Valu.

—¿Pinto algo por ahí? —respondo con un tono de voz dolido, ya que no me apoyaron con la locura de ese matrimonio.

Mi cuñado dejó que se comercializara con la mujer que amo, como si fuese una mísera mercancía. Por si fuera poco, lo hizo delante de mis narices.

—No fue culpa de Aleksei, te negaste a entregar la empresa y ambos sabemos que la conseguiste de una manera poco ortodoxa.

—Los Popov no ofrecieron su apoyo cuando Ivan os traicionó, yo sí estuve ahí, hermana, debería ser motivo suficiente para tomarme más en cuenta. Además, gracias a mí, el dinero de la Bratva se mantiene seguro.

—Sabes que los clanes son pirámides que se mantienen entre sí. Nosotros somos los líderes de la Bratva porque tomamos decisiones difíciles, ya deberías aceptar cómo funciona esto.

—Odio a Mikhail Ivanov y a Kiril Popov. Nadie va a tocarla, tendrán que pasar por encima de mí cadáver.

—Después de tanto tiempo y sigues enamorado de ella…

Levanto la vista y me encuentro a una Anastasia con mirada cómplice.

—No puedo sacarla de mi puta cabeza. Todos estos años creía que me había desintoxicado de ella, pero es imposible, me bastó verla una sola vez para hacerme temblar como aquel día de mi veinticuatro cumpleaños en que la vi entrar por la puerta de nuestra casa en Mallorca —gruño, y mi hermana sonríe.

—He intentado no meterme en esto, Viktor, pero es que, además, nunca quisiste hablarlo conmigo. Era hablarte de ella y te ponías como un loco. Si no intercedes será peor para el clan.

—Me traicionó, Nastya. La única mujer a la que le entregué mi corazón…

Aprieto los puños.

Siempre he sido un hombre muy celoso y rencoroso. Ni siquiera he logrado sacar esa imagen de mi puta cabeza.

No solo nos separó lo que pasó, meses después masacraron a mi familia y su padre no le ofreció a mi clan el apoyo que se merecía. Mis padres le tendieron la mano a los Popov cuando su empresa de diamantes estaba prácticamente en la quiebra, y ni eso les importó. Así que todo eso nos alejó aún más.

—¿Nunca te pareció extraño que su mejor amiga haya estado todo este tiempo detrás de ti?

—¿Ekaterina?

—Sí, quién si no…

Ekaterina era su mejor amiga, la única que tenía y yo quise dañarla de la misma manera que ella hizo conmigo. La odié tanto que quise devolverle el golpe, dándole donde más podía doler, pero, al parecer, a ella nunca le importó. Me trató con una indiferencia absoluta alimentando mucho más mi rencor.

—No creo que Ekaterina tuviese nada que ver, aunque tampoco es algo que me importe. Lo que siento por ella es una profunda indiferencia.

—Dio una entrevista para la prensa y habló pestes sobre ti.

—Me importa una mierda esa mujer, mucho menos lo que pueda decir sobre mí. No tiene nada. Sabe que, si habla más de la cuenta, está muerta.

—Una llamada y puedo hacer que le corten la maldita lengua, tengo a hombres en el clan sedientos de sangre.

—Por el momento me interesa mantenerla ahí, puede que nos sea de utilidad en algún momento —insinúo, removiendo el licor de mi bebida.

—Esa mujer no sabe ni dónde tiene la mano derecha. Siempre he pensado que fue ella la que os separó. Seguro que tuvo algo que ver, no me fío de ella.

Llevo un tiempo pensándolo también, tiene sentido que ella hubiese tenido algo que ver. De hecho, mis celos me cegaron y he preferido fingir que vivía engañado a optar por ver la realidad.

Así que Ekaterina es una pieza de ajedrez que he decidido mantener sobre el tablero, por el momento parece la opción más lógica, ya que no sé si podría utilizarla en un futuro.

Me levanto, voy a la barra y me sirvo otra copa, luego vuelvo a mi sillón.

De pronto mi sobrina conecta la televisión y las noticias continúan hablando sobre la boda que se celebrará en breve.

El evento del año.

Por el momento no se han filtrado datos de la novia ya que el evento se oficiará en un lugar privado y lejos de las cámaras.

Mi hermana observa y escucha la noticia de reojo y luego vuelve a centrar la mirada en mí.

—Creo que Aleksei ha aceptado el trato matrimonial para que reacciones. No sé si lo recuerdas, pero tú lo pusiste en una situación difícil hace cuatro años y han sido los más maravillosos de nuestras vidas. Creo que deberías intentarlo.

Le he dado vueltas a eso mismo.

¿Verla casada con Mikhail?

Dios…

NO. Preferiría iniciar una guerra o incluso matarlo.

—Sabes el carácter que tiene, tampoco la he tratado muy bien como para romper este matrimonio por las buenas.

Cada paso y cada acto han sido una guía que me llevaba en su dirección, pero no he sido benévolo, más bien un patán en busca de venganza.

Mi hermana mira nuevamente hacia el televisor que ha conectado la niña.

—¿De verdad vas a dejar que otro se la lleve? Solo inténtalo, no quiero verte toda la vida derrotado, una vez sea suya, no hay marcha atrás. Sabes que el adulterio entre las mujeres de los líderes está totalmente prohibido y condenado a muerte. La mafia tiene leyes para mantener la paz. Si se casa con él, no podrá ser jamás tuya, Viktor.

Cierro los ojos con determinación.

¿Se cree que no lo sé?

En la Bratva tenemos nuestras propias normas y estas se rigen por el honor.

Una de ellas es no tocar jamás a la esposa de otro líder.

Una vez sea de Mikhail, solo podría iniciar una guerra para obtenerla.

—Voy a ir a por ella. Haré que lo entienda…

Puedo hacerlo a las buenas, aunque me da a mí que solo lo conseguiré por las malas.

—Devuélvele la empresa. Dale una opción y una elección. Si no, tendrás que hacérselo entender a la fuerza. Eres un Petrov.

—La empresa de diamantes solo era una excusa para que supiese quién tiene el control.

—¿Crees que no lo sé? Esto es solo un pequeño pellizco de lo que posees. Eres el hombre más rico de Rusia. Después de los Dragov, claro.

Sonríe con orgullo.

Bebo lo que me queda de licor de un trago.

—Tío, quiero más chocolate —nos interrumpe la pequeña Valentina.

Vuelvo a abrir el cajón y le doy otra chocolatina.

—Creo que voy a hacer caso de tus consejos.

Después de invitar a comer a mi hermana y a mi sobrina, me dirijo a casa. Roman no ha parado de llamarme en las últimas semanas y Ekaterina ha sido igual de insistente que mi amigo.

No tengo interés en hablar ni con el uno ni con el otro ahora mismo. Ni voy a salir con Roman a acostarme con ninguna tía por

ahí, ni voy a volver a tener ningún tipo de relación con Ekaterina a la cual detesto cada día más.

Me doy una ducha relajante y pienso en todas las opciones que tengo entre mis manos.

Follármela durante semanas y dejarla sin conocimiento.

Mía. Siempre será mía.

Cojo mi cuatro por cuatro, ese que todavía no he llevado a pintar y lleva grafiteado la palabra gilipollas. Soy un auténtico idiota, pero no la he podido olvidar. Era verdad cuando le dije que lo que sentía por ella sería para siempre.

Aparco bajo el bloque de apartamentos donde vive. Subo por el ascensor, nervioso, con la impaciencia removiendo mis manos y repasando mentalmente todo lo que le quiero decir.

Más bien, todo lo que le quiero hacer. La última vez que estuve aquí fui un puto cobarde. Me trajo tantos recuerdos, que estuve a punto de caer nuevamente en ella.

Mi droga. Esa de la que no sé si alguna vez me podré desintoxicar y por la que ahora mismo estoy suplicando una dosis, por mínima que sea. Pero me acojoné.

Llego a su recibidor y toco a la puerta algo confuso. Nervioso. No sé muy bien qué le voy a decir por muchas vueltas que las palabras hayan dado en mi cabeza.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —Su voz guarda un ápice de rencor, supongo que me lo merezco.

Nani va con un vestido de tirantes sencillo, acaba de salir de la ducha ya que el cuerpo aún le brilla y su cabello está suelto y húmedo.

—No vas a casarte con ese hijo de puta.

—Creo que no es decisión tuya —responde, intentando cerrarme la puerta en las narices.

—Ahora sí.

Accedo al interior dando dos pasos al frente y la cojo por la cintura para besarla. No quiero palabras, no necesito que me diga nada que me pueda hacer reconsiderar el motivo por el que he venido. Quiero tomar la decisión después de saciarme de ella, de

confirmar con mi cabeza lo que mi corazón ya sabe. De despejar la duda de si aún siente algo por mí, por muy pequeño que sea.

Sus manos se apoyan en mi pecho ejerciendo una pequeña resistencia, pero la he atrapado tan vorazmente, que su lengua está bailando con la mía con intensidad. Cierro la puerta con el pie y bajo mis manos para atrapar sus nalgas y apretarlas contra mí, quiero que sepa a qué he venido.

Si supiera lo duro que me pone su culo…

Su agarre en mi camisa se hace más fuerte cuando la hago retroceder hasta que su cadera choca contra el sofá.

—No, Viktor, no voy a dejar que vuelvas a hacerme esto.

El aire se corta entre los dos. Pero no pienso marcharme sin dar el paso definitivo. Voy a follármela, a volver a sentir lo que es estar dentro de ella, a volverla a escuchar gritar una y otra vez. Esta vez no va a encontrar al Viktor cuidadoso del pasado, va a recibir la pasión de un hombre que ha vivido desesperado por su contacto todo este tiempo.

Me quito la chaqueta y la lanzo a un lado. Me desabrocho la camisa botón por botón mientras me observa. Solo me hace falta mirarla a los ojos para saber que está temblando, que también quiere esto, aunque le invade el mismo miedo que tengo yo.

Observa con cuidado el tatuaje de mi brazo, ese que sé que tanto le gustaba, y toma aire despacio.

—No me hagas esto, Viktor, no puedo romper el acuerdo, por favor… —suplica, y le tiembla la voz.

De nada le va a servir suplicar.

No me voy a ir hasta acabar con esto.

Le doy la vuelta y pego mi pecho a su espalda. Bajo mis manos por sus caderas y le subo el vestido dejando ese pedazo de culo que tiene frente a mi lasciva mirada.

—Viktor… —murmura.

Me arrodillo ante ella mientras las yemas de mis dedos pasean por sus muslos.

—Pensaba que moriría si no volvía a comerme este dulce coño.

Es una carne tierna y jugosa. Hay hombres a los que les gusta al punto, a mí solo me complace mi Juana y su carne poco hecha.

Entonces escucho su respiración profunda. Sus piernas tiemblan ante el férreo agarre de mis manos en sus nalgas, presiono ligeramente abriéndolas para que el fruto de mi deseo quede expuesto ante mí.

¡Hostia puta! Cómo he anhelado su sabor.

Tiro ligeramente de sus bragas y las bajo. Pasa una pierna y luego lo hace con la otra dejándome la vista de su carne sonrojada y brillante para mí.

—¿Estás seguro? —tantea con las manos temblorosas, sujetándose al respaldo del sofá.

Entonces mis labios impactan contra su coño. Saco la lengua para volver a probar mi maldita adicción. Mi éxtasis, la droga que necesita mi cuerpo para volver a sentir que una vez estuve vivo.

La polla se me endurece en el pantalón ejerciendo una presión insoportable.

Libero una mano y me la acaricio en un burdo intento de relajarme.

Sus gemidos no dan tregua a mi capacidad para razonar, aun así, sigo trazando círculos con mi lengua sobre su perla, mi pequeño diamante. Mis dientes mordisquean suavemente su clítoris, haciendo que su respiración se agite de manera incontrolable y sus gemidos retumban en mis oídos. Gemidos que hacen que mi polla proteste ante la anticipación de lo que está por venir.

Porque pienso follármela durante toda la puta noche sin descanso. Voy a saciar el recuerdo de todos estos años, en los que mi mente no dejaba de recrearla una y otra vez.

Introduzco sin cuidado dos dedos en sus profundidades. Durante unos segundos, su jadeo se corta dejándola sin oxígeno.

Siempre fue mía y siempre lo será.

Me levanto del suelo con mis dedos penetrando su interior. Sus manos están agarrando el cojín con una fuerza indescriptible haciendo que sus nudillos se enrojezcan por la presión tan extrema e infinita que ejerce. Como si sus piernas no pudiesen soportar su cuerpo ante las oleadas de placer que la recorren.

No pienso tener compasión con ella.

Con mi otra mano aprovecho para desabrocharme el pantalón. Mi polla ejerce una presión sobre mis pantalones que ya no soy capaz de soportar. Así que la libero.

—Será mejor que paremos esto —balbucea entre jadeos.

—¿Es lo que quieres? Pídemelo y me detendré. —Lamo el lóbulo de su oreja mientras posiciono mi glande en su mojada entrada. Unos segundos y no dice nada—. Lo que me imaginaba.

Entonces la penetro con fuerza de una sola embestida. Sujeto su cintura y pego su espalda a mi cuerpo, estoy en su interior por completo. Cierro los ojos y todos esos recuerdos que viví con ella se agolpan en mi pecho. Es el placer de volver a tener mi droga.

Su carne en contacto con la mía, su corazón marcando el pulso en mis manos y esos gemidos de placer que son la mejor melodía del planeta.

—Eres un gilipollas, que lo sepas.

La arqueo contra el sofá para tenerla en una posición más cómoda mientras salgo lentamente de ella.

—No vas a abrirte de piernas para ningún otro que no sea yo… —la amenazo—. ¿Lo has entendido?

—No sé —responde con un hilo de voz.

Entonces la penetro en profundidad. No es lo que quiero escuchar.

—No vas a casarte con nadie, *malyska*. ¿Te ha quedado claro?

—Viktor… —suplica.

Salgo con lentitud de su cavidad y esta vez la volteo para que me mire. Sus ojos quedan fijados en los míos.

—Eres mía, siempre lo has sido, dilo —le pido con mi glande amenazando en su entrada. La sujeto por la mejilla cuando se muerde el labio inferior—, di a quién perteneces, Juana.

—A ti.

Vuelvo a entrar en ella con rudeza. Con la impaciencia de navegar olas en su interior con mi sexo. Todos estos años sin haber podido sacarla de mi cabeza, quedó alojada en mi mente como una puta necesidad vital. La manera en que mi cuerpo reacciona ante su contacto me hace temblar.

No la beso, mantengo su mejilla sujeta con mis dedos mientras me la follo. No quiero que se vuelva a separar de mí nunca más. Da igual lo que hiciera, no quiero saberlo, no lo necesito ya. Mi cuerpo me pide tenerla a pesar de todo.

Mis embestidas se vuelven más lentas y profundas, sus gemidos son cada vez más intensos. El cuerpo le tiembla cuando grita.

—¡Viktor!

Acaba de culminar y yo estoy a unos segundos de correrme y pienso hacerlo dentro de ella. Una lágrima silenciosa le recorre el rostro y yo la recojo con el pulgar.

Sigo entrando y saliendo, y escondo mi cabeza en su cuello, para tocar el cielo mientras me deshago en su interior. Le muerdo ligeramente el cuello cuando mi semen le recorre las piernas. Y gruño intensamente al percatarme del infierno del que he salido.

—Te quiero, mi Juana, y eso nunca va a cambiar.



Capítulo 20

Nueve años antes

Esta semana ha sido una auténtica locura. Las clases en la universidad han comenzado y parece que todos los profesores se han puesto de acuerdo para hacernos pruebas justo esta semana. Me he pasado la primera parte del verano ayudando a mi padre en sus negocios, cuando acabe este año y me licencie voy a centrarme en el clan familiar.

—Eh, Petrov, me han dicho que tienes una habitación muy amplia este año… —me insinúa Liara, una alumna de primero.

Y no es la primera que recibo en la primera semana de universidad, parece que cuando decido colgarme el cartel de «no disponible», el universo decide ponerme a prueba.

—Sí, necesito mucho espacio para cuando venga a visitarme mi prometida.

—¿Prometida? —se mofa—. ¿Qué dices?

—Este se ha unido al club de los fracasados —le dice Mikhail, pasando el brazo por encima de su hombro—, pero yo aún tengo

hueco para mañana por la noche si te interesa.

—Podría ir hoy a verte si te apetece —le sugiere la chica.

—Hoy ya tengo a un par en la lista —responde Mikhail.

—Eres un cerdo —añade esta mientras le aparta el brazo que la rodea.

Ruedo los ojos.

Mi amigo jamás sentará la cabeza. A sus diecinueve años, se lleva hasta profesoras a la cama, pero es más increíble la dignidad que se gasta esta tía cuando está rogando para que se la tire cualquiera.

—¿Has visto eso? —suelta mi amigo, poniéndose a mi altura cuando camino por el pasillo en dirección a mi habitación—. Te pide que te la folles, le ofrezco hacerlo yo por ti y se ofende porque la pongo en la lista de espera. No hay quien entienda a estas tías.

—No vas a cambiar nunca, tío…

—Eso solo te pasa a ti porque eres un calzonazos —bromea Ivan Dragov al unirse a nosotros también por el pasillo.

—Bueno, supongo que nos hacemos mayores y tenemos que cumplir con responsabilidades y obligaciones. —Abro la puerta de mi cuarto y estos entran conmigo—. Y tú deberías empezar a sentar cabeza, corren rumores de que en unos meses te van a prometer con mi hermana y deberías empezar a respetarla.

—¿Con tu hermana? —responde Ivan—. No me hagas reír, Petrov. Yo solo estoy aquí comprobando el ganado femenino, ni siquiera voy a terminar la carrera. No la necesito, al igual que tú tampoco. Solo estoy dejando que el bastardo de mi hermano haga el trabajo sucio hasta que yo llegue para tomar el poder, y para eso, no necesitaré casarme con tu hermana.

—Pues yo sí que lo haría, Anastasia me ha tenido obsesionado desde que soy un crío —añade Mikhail mientras lo fulmino con la mirada—. No me mires así, he estado muy cerca de ella y si no fuese porque es tu hermana…

Mikhail es de su misma edad, por lo que ha pasado mucho más tiempo con ella, aunque el destino y su coeficiente intelectual lo pusieron en mi camino.

—Cuando sea Pakhan, tendré a cientos de rubias lamiéndome los pies, así que, si me obligan a casarme con la hermana de Viktor, te la dejaré para que pases un buen rato con ella —añade Ivan.

Ahí ha tocado algo sensible.

Así que lo cojo por el antebrazo y clavo mis dedos con fuerza.

—Retira lo que has dicho sobre Anastasia.

—Eh, eh, amigo, que solo era una broma.

Cada vez me hacen menos gracia sus impertinencias. Llevamos un tiempo que parece que no nos entendemos, somos amigos desde niños y su padre y el mío son aliados. Él va a ser el sucesor de su padre y el mío está barajando la alianza de nuestras dos familias casándolo con mi hermana. El acuerdo cada vez está tomando más fuerza, y yo mismo he intentado hacer entrar en razón a padre.

Mi hermana no se merece ser la flor marchita de ningún hombre y no me parece justo que no le den la opción de poder elegir su futuro.

Tendría que poder elegir.

—Eh, Viktor, tranquilo, somos colegas, solo estábamos bromeando. Desde que te has echado novia, no te reconozco —me reprende Mikhail.

Mi chica.

Por unas milésimas de segundo casi se me olvida y las ganas de chatear con ella es apremiante, pero primero tengo que deshacerme de estos dos.

—Bueno, estoy cansado, será mejor que os larguéis a otro lado.

—¿Nos estás echando?

Mikhail pregunta lo evidente.

—No dramatices, que hoy has quedado con dos tías y yo tengo que hacerme la maleta porque el fin de semana voy a pasarlo en casa. Anda fuera de aquí.

—Este se ha vuelto una nenaza. Por cierto, no nos has dicho quién es la tía que te ha comido la cabeza, y espero que algo más… —bromea Mikhail con descaro.

—Alguien muy especial…

—Eso no es respuesta, si no nos lo dices, no nos vamos de aquí —amenaza Ivan.

—No nos dice su nombre porque seguro que se avergüenza de ella.

Miro a Mikhail y ruedo los ojos.

—La afortunada es la hija de Kiril Popov.

—¿Juana?

No sé si Ivan pronuncia su nombre despectivamente o es que de verdad le sorprende.

—Mi Juana —recalco.

—Esa tía es una borde —la insulta Ivan—, aunque me alegro por ti si te hace feliz, yo a la que me he follado alguna vez es a la amiga.

—Será borde, pero es MI borde.

—Que sí, que sí, que es toda tuya…

Ambos se van riendo y bromeando, la tensión de hace un momento se disipa y yo cierro el pestillo y salgo corriendo para escribirle.

YO
Hola, nena. ¿Qué tal ha ido el día?

JUANA
Hola, Viktor.
Me ha sorprendido que me escribas ahora.

YO
¿Está mal echar de menos a tu novia?

JUANA
Tengo ganas de verte ya.
¿No has visto a ninguna chica por la que cambiarme?

YO
Hay cientos de chicas guapas, puede que me lo piense.
Aunque ninguna está tan buena como tú.

JUANA
Gilipollas.

YO

Me encanta cuando me lo dices, creo que te queda hasta romántico.

JUANA
Solo te lo digo a ti últimamente.

YO
Me enfadaría si se lo dijeras a otro.
¿Y qué tal tu semana?

JUANA
Exámenes, obligaciones y un padre enfadado con el mundo.
Resumen: aburrida.

YO
Mañana voy a ir a verte.

JUANA
¿De verdad quieres que continuemos con esto?

Ella y las malditas inseguridades. ¿Por qué nadie cree que la quiero de verdad? Si hasta me he tatuado su nombre, aunque he sido un cobarde y no se lo he enseñado todavía por miedo a asustarla.

YO
¿Por qué no me crees de una vez cuando te digo que solo tengo ojos para ti?

JUANA
He ido a ver a mi mejor amiga y me ha dicho cosas…
No sé, Viktor, eres joven, guapo y puedes tener a quien quieras.

YO
Ya, eso es verdad.
Soy guapo.
Inmensamente guapo.

JUANA
Gilipollas.

YO
Pero yo te quiero a ti.
Posdata: Tu amiga ya me cae fatal.

JUANA
Es buena chica, lo que pasa es que la han engañado muchos tíos.

YO
Pues yo no soy como esos tíos que se relacionan con ella. Dile que debería buscar mejor, así que dile que deje de meterte cosas en la cabeza.

JUANA
Tengo ganas de verte ya, pero va a ser casi imposible que mi padre me deje salir para estar contigo.

YO
De eso ya me ocupo yo. Te veo mañana.

JUANA
Estoy contando las horas, que lo sepas.

YO
Dulces sueños, malyska*.*

Dejo el teléfono sobre la cama y termino de guardar mis cosas en una mochila. Mañana, en cuanto terminen las clases, conduciré hasta Rostov del Don e iré a pasar el fin de semana con mi chica. Pasaré por casa y pondré al tanto a mi familia sobre mis intenciones, convenceré a papá para que me acompañe a la mansión de los Popov.

Nani va a salir conmigo porque pienso hablar con el señor Popov para hacerlo oficial y que no haya impedimentos por su parte. Su padre y el mío tienen negocios, y aunque para mí ella no sea uno, sí que tengo esos puntos ganados a mi favor. Cuando termine la universidad voy a empezar a trabajar en el imperio de los Petrov. Si al final suceden las cosas tal y como se están pactando, mi hermana Anastasia se casará con Ivan, y éste, dentro de unos años, pasará a ser nuestro Pakhan. Ese también es un punto a favor para que Kiril vea factible mi relación con Nani, ya que el apellido Popov estaría más cerca si cabe del líder de la Bratva. Solo espero que Ivan cambie su actitud y su conducta cuando se case con mi hermana para que ella sea tan feliz como pretendo serlo con mi Juana.



Aparco mi deportivo en la mansión Petrov. Entro en casa y desde la cocina me llega la risa de mamá mientras le explica a Valentina cómo se hace la masa para la *pizza*.

Cuando me acerco a ellas, veo que ambas llevan delantales a juego y las mejillas manchadas de harina, aunque el suelo y los muebles parece que se han llevado la peor parte.

—Buenas tardes.

—Hola, Viktor, me alegra verte por aquí. ¿Qué tal tu primera semana en la universidad?

—Bien, ya sabes, lo típico…

Me acerco a ella y deposito un beso en su mejilla.

—Yo también quiero —se queja Valentina.

—Enana —le digo cariñosamente, abrazándola.

—No vuelvas a llamarme así.

Me pega con el rodillo.

Cojo un par de ingredientes que tienen preparados en boles, sobre el mármol de la encimera, y me los echo a la boca.

—Esto tiene muy buena pinta…

—No se come hasta la hora de la cena —me reprende mi madre —, venga, ve a instalarte.

—¿Sabes si está padre en casa?

—Ha estado toda la mañana fuera en varias reuniones, pero llegó hace una hora y está en su despacho.

—Quería hablar con los dos sobre una cosa. Es importante.

Mi madre arrastra las manos por su delantal para limpiarlas un poco y le entrega la masa al ama de llaves que se pone a ayudar a Valentina.

—¿Qué pasa, Viktor?

—Ya tengo veinticuatro años, pronto llevaré el negocio con papá y sé que lo que se espera de mí es que me case y tenga hijos que

algún día puedan sucederme, solo que no quiero estar con una mujer cualquiera, yo quiero compartir mi vida con Juana Popova.

Mi madre no puede controlar su risa.

—Lo sabía. He visto la complicidad que había entre los dos estas vacaciones. Es una joven excelente y la verdad es que… me alegro mucho por ti.

—¿Crees que a padre le parecerá bien? Sabes que es él el que toma las decisiones en esta casa. Aunque no voy a cambiar de opinión sobre esto.

Mi madre vuelve a sonreír.

—Sé que puede parecer un hombre serio y autoritario, pero siempre intenta velar por los intereses de sus hijos y esa joven es buena para ti.

Se pone a mi lado y caminamos por el corredor. La puerta de su despacho está situada en el fondo, está entreabierta, así que entro sin llamar. Y como la suerte parece estar de mi lado, me encuentro a Kiril Popov tomando una copa mientras charla con mi padre.

—Buenas tardes.

Entro y les doy la mano a ambos.

—Buenas tardes, Viktor, ¿cómo tú por aquí? —pregunta mi progenitor, confuso.

Cuando estoy en la universidad apenas vuelvo a casa. Solo lo hago en días especiales y distanciados en el tiempo. Por eso entiendo la inquietud de mi padre ya que recién hemos empezado el curso y no es propio de mí que regrese tan pronto.

—Voy a venir todos los fines de semana a casa a partir de ahora, padre. Creo que es hora de que tome las riendas con usted y lo ayude con las obligaciones del clan.

—¿Y eso? —cuestiona, pues sigue perdido, arqueando una ceja.

—Viktor quería hablaros sobre algo aprovechando que estáis aquí los dos.

—Bueno yo… —Miro a mi madre algo indeciso, no sé cómo decir esto aquí, para que no se lo tomen como un simple acuerdo. Me gustaría que Nani tuviera poder de decisión incluso por encima de la opinión de su padre. Pero también me gustaría que le quede claro que esto lo hago porque de verdad la quiero—. Estoy cortejando a

su hija y a partir de ahora voy a venir todos los fines de semana a por ella.

Mi padre y él se miran y se ríen a carcajadas.

Me siento algo estúpido, pero me importa una mierda, ella va a ser mía quieran ellos o no.

—Mira lo que dice el joven. —El señor Popov se levanta de la silla y me da palmadas en la espalda—. Pues claro, hijo, como si quieres casarte con ella mañana mismo. Jamás pensé que esa deslenguada conseguiría a nadie que se fijara en ella.

—Su hija es una joven excepcional.

No me gusta que la infravalore como si no valiese nada.

—Lo es, es tan bella como lo era su madre a su edad, el tipo de belleza exótica que hace que a un hombre se le nuble la razón, pero también es terca y malhablada. Tiene un carácter demasiado fuerte, esto también lo heredó de su familia materna, debe ser por sus raíces españolas. Esas mujeres son de armas tomar, así que, si has podido domar a la fiera, bienvenido a la familia.

Le sonrío. No me hace gracia cómo habla de ella, aunque la verdad es que agradezco no tener que hacerlo a la fuerza.

—Mañana voy a ir a recogerla, vamos a salir, yo mismo me encargaré de llevarla a casa sana y salva.

—Tengo el hijo más educado que ha criado ningún hombre en la mafia, es un auténtico caballero —bromea mi padre.

—De la educación de Viktor me he encargado yo, y le he enseñado a respetar a las mujeres, así que su hija tiene suerte de que mi hijo se haya fijado en ella —dice madre, orgullosa.

Eso es lo que amo de ella, que siempre me mira con buenos ojos. Además, siempre ha confiado en mí.

—No hace falta que lo jure, me ha quedado constancia con todo esto que acaba de hacer. Además, estoy aliviado porque ya me veía casándola con un viejo a cambio de unos cuantos rublos.

Le pegaría un tiro en la frente por lo que acaba de decir.

Aprieto los puños. Es un hijo de puta y no me gusta que hable así de su hija.

Juana es perfecta.

Decido salir del despacho porque no sé de qué sería capaz si sigo escuchándolo menospreciar a su hija. Conozco mi genio y mi temperamento y solo falta que salga por su boca una palabra más para abalanzarme sobre él y joder toda la buena relación que haya entre nuestras familias.

Me consta que a mis padres tampoco les ha gustado la manera de referirse a Nani y mi madre decide salir conmigo. Mi padre, en cambio, debe guardar las apariencias y hacer oídos sordos ante este lado tan cruel de la mafia.



Nani sube la calefacción del coche mientras tararea la canción que suena en la radio. La miro de reojo y sonrío, mi corazón late en mi pecho desbocado.

—Me tienes que decir cómo has convencido a mi padre para que me deje salir contigo. Ese viejo es… despreciable.

—Digamos que soy un hombre muy convincente —digo, y levanto una ceja.

Lo es, Kiril Popov no me ha caído nunca bien. Es un hombre impertinente, sin respeto ni valores. Solo hay que ver cómo trata a las empleadas para darse cuenta del tipo de hombre que es.

Mi chica se ha puesto un vestido algo fino para estas fechas en las que el frío empieza a azotar con fuerza. Tirita e intenta calentarse con sus propias manos abrazándose a sí misma.

—Me muero de frío.

—Toma. —Me quito el cinturón mientras conduzco y me retiro con cuidado la chaqueta para que se la ponga—. Ponte esto por encima. Es que te has puesto poca ropa.

—¿No te gusta mi vestido?

—Ahora mismo odio tu vestido.

Se ajusta mi chaqueta y la sujeta contra sus hombros, sintiendo su calor.

—¿Tan feo es?

—No, pero está tocando partes de tu cuerpo que me correspondería a mí como tu novio estar palpando.

—Eres un celoso y eres el novio tóxico de los vestidos cortos.

—Ese soy yo.

Ella sonríe y el corazón me palpita en el pecho al escuchar su voz bañada en felicidad.

Estar con ella es perfecto.

—También llevo toda la semana celoso con tus bragas.

—¡Viktor!

Me empuja por el hombro y sonrío.

—¿Qué? Le das prioridades a ese trozo de tela que no le das a tu chico. Todo el día ahí pegado a tu dulce coñito, mientras que yo me lo tengo que imaginar.

—Qué tonto eres.

—Dame tus bragas.

—¿Qué dices? No voy a ir a ningún sitio a cenar sin ropa interior ¿Estás loco?

—¿Ves? ¿Tengo motivos para estar celoso o no?

Se ajusta la chaqueta para calentarse y se levanta ligeramente del asiento para quitárselas. Debo de estar babeando cuando la tela blanca baja por sus muslos y se desliza hasta sus tobillos.

Me detengo en la puerta del restaurante de hamburguesas más famoso de Rostov del Don y ella me las entrega y las deja entre mis manos. Las aprieto en mi puño, las huelo y tengo que morderme el labio al sentir ese dulce aroma a algo tan mío. Repito y las guardo en mi bolsillo.

—Voy a custodiar estas bragas toda la vida. Creo que voy a coleccionarlas a partir de ahora.

—Mi zona íntima va a pasar mucho frío, que lo sepas.

—Jamás va a estar helado cuando yo esté cerca. Siempre lo podré solucionar.

Entramos en el restaurante. Pedimos las hamburguesas y nos sentamos frente a frente.

Sonrío cuando el kétchup se le queda en la comisura del labio. No le digo nada al principio, solo la miro de manera lenta,

descarada, sugerente. Cuando en su cara se refleja el desconcierto decido hablar:

—Te has manchado.

Pero no le doy tiempo a reaccionar. Rozo con el pulgar su piel, despacio, arrastrando la salsa hasta hacerla desaparecer. El gesto parece inocente, pero mis intenciones no lo son. Me quedo un segundo más de lo necesario y ella deja de respirar.

El kétchup, las risas, el ruido del local…, todo se diluye. Ya no somos dos críos jugando sino dos personas que saben exactamente lo que va a pasar cuando salgamos de aquí.

Se inclina un poco para devolverme la jugada, limpiándome una mancha que no sé si es imaginaria o de verdad está ahí. Sus dedos tiemblan.

—Ahora estás perfecto —susurra.

Este juego se ha vuelto demasiado provocador, pero, para nuestra desgracia, una voz se abre paso en nuestro mundo particular.

—Eh, hola, qué casualidad, Juana, pensaba que no ibas a salir este fin de semana.

Una joven de cabello liso rubio platino y piernas largas se acerca a nuestra mesa. Su voz está cargada de reproche.

—Ah, sí, no iba a salir, pero es que mi novio ha venido a por mí y ha convencido a mi padre. —Nani se levanta con la clara intención de presentarnos—. Viktor, esta es Ekaterina, mi mejor amiga. Eka, él es Viktor.

—¿Hay alguien en Rostov del Don que no sepa quién es Viktor?

Me levanto y me da dos besos, aunque esa pregunta con doble sentido no me ha gustado. Lo poco que me ha contado Nani de ella no es de mi agrado. Es deslumbrante hasta decir basta y es el tipo de tía que utilizaría para pasar el rato, pero desde que Nani entró en mi vida, me resulta insulsa.

—Encantado, Nani y yo ya nos íbamos.

—Ah —exclama sorprendida—, pensaba que os quedaríais por aquí, he quedado con alguien y no ha venido, pero bueno si os marcháis, me iré a casa.

—Si quieres puedes venir con nosotros —le ofrece mi chica.

No me gusta la manera que tiene de mirarla, con tanta superioridad, cuando mi Juana es mucho mejor que ella, y no solo me refiero a la belleza. No hay nada que pueda igualarla. Soy afortunado de que se haya fijado en mí y, como tal, no pienso compartir con nadie el poco tiempo que podemos pasar juntos.

—La verdad es que no —digo de manera tajante—, he reservado algo especial y mi coche es biplaza, otro día.

—Ah, sí claro, yo llamaré a un taxi ahora. No te preocupes por mí, Nani.

La cojo por la cintura y la aparto de ella, llevándome a mi Juana conmigo.

—Eres un poco borde —murmura para que solo yo pueda escucharla mientras nos dirigimos a mi deportivo—, se ha quedado sola y solo quería un poco de compañía.

—Pues si se ha quedado sola que busque a quien engañar, pero no voy a compartir el poco tiempo que tengo contigo con nadie.

—Celoso.

—Ya lo sabes, le tengo inquina hasta a tu ropa interior.

—Y ¿a dónde vamos? —pregunta cuando entra en el coche y vuelve a conectar la calefacción.

—Hoy estrenan una película, había pensado comprar palomitas, un refresco gigante y verla juntos en el cine. Aunque no descarto la idea de pasar de las palomitas y meterte mano a ti.

—No te atreverás, en el cine hay más gente, Viktor.

—Bueno, está oscuro y no llevas bragas, todo son facilidades.

—Eres un descarado.

—Y a ti te encanta que lo sea.

Llegamos al cine, elijo el *pack* gigante de palomitas y refrescos para los dos y nos pasamos la película cuchicheando, riendo y besándonos. También nos manoseamos como dos putos adolescentes. Ella sonríe cada vez que la acaricio, pero su sonrisa se vuelve pícara cuando se atreve a meterme mano a mí.

Sé que me comporto como un adolescente hormonado cuando estoy con ella, pero todo esto que estamos haciendo es nuevo para mí.

—Descarada —le gruño en el oído cuando mete su mano en mi pantalón para tocarme la polla.

—Me enseñas cosas muy malas, Viktor.

Sus manos y las mías no dejan de explorarnos el uno al otro. Cuando la película que no hemos visto acaba, salimos hacia el coche, son más de las doce y he prometido a su padre que la llevaría de vuelta a su casa mucho antes.

Pero ahora Juana es mía… y me siento con poder de desafiar a ese viejo despreciable.

—Mira, para ahí —me dice cuando pasamos por una gran extensión de suelo verde desde donde se ve el cielo abierto—, ¿vemos un ratito las estrellas antes de llegar a casa?

—Vale.

Paro el motor y veo cómo las observa a través de la luna delantera del vehículo.

—¿Te gustan las estrellas?

—Me encantan, pero solo era una excusa.

—¿Una excusa?

Se mueve de su asiento y se sube encima de mis muslos, el espacio en el asiento del piloto es reducido, así que con el culo, sin querer, Nani acciona el claxon. Nos carcajeamos, y yo la agarro con una mano por la cintura, mientras que la otra acciona el botón que hace desplazarse el asiento hacia atrás.

—¿Pensabas llevarme a casa sin haberme follado, Petrov?

Se restriega contra mis muslos.

Joder, quiero follármela, pero no aquí.

—Había pensado llevarte el próximo fin de semana a un hotel donde pudiésemos estar más cómodos.

—Deja de ser tan correcto… —replica.

Se pasa el vestido por encima de los hombros y se queda desnuda encima de mí mientras sigue contoneándose sobre mi cuerpo.

Alargo la mano hasta la guantera y la abro para agarrar un par de preservativos.

Sí, voy a follármela un par de veces.

—Pensaba que tenías frío —murmuro.

—Pues, ya ves, ahora tengo mucho calor.

Sigue con movimientos circulares encima de mis pantalones, poniéndome la polla como una piedra al escuchar esos pequeños gemidos que emite cuando su sexo abre los labios, cuando baila sobre mi barra de acero.

La levanto ligeramente para quitarme los pantalones. Quiero que siga bailando y sentir el tacto de su carne mojada sobre mi piel antes de ponerme el condón.

—Nena, me estás volviendo loco.

Rasgo el preservativo con los dientes y la muevo ligeramente hacia atrás para enfundarme la polla.

—Hazlo ya, Viktor —me suplica, buscando la unión de nuestros sexos—. No te haces una idea de lo que te he echado de menos.

Hemos estado toda la noche tocándonos como cientos de preliminares, así que se levanta un poco y se empala en mí, bajando lentamente. Es la primera vez que la tengo encima, y juro que no va a ser la última.

Un gruñido emerge de mi garganta cuando sus muslos chocan con los míos en el mismo instante en el que estoy en lo más hondo de su coño.

Mi mano sube por su ombligo hasta sus pechos, mis pulgares rozan sus pezones que están erectos.

—Parece que ahora sí que tienes frío.

—Mucho…

Vuelve a subir y bajar sobre mí. Se fricciona lentamente y con agilidad mientras repite el movimiento, atrapándome dentro de su cuerpo, más dentro de lo que ya estaba.

Decido agarrarla por las nalgas, clavando mis dedos en su carne, y así apretarla contra mí.

—No sabes lo que voy a echar esto de menos durante toda la semana. He decidido que hoy me voy a saciar de ti.

Sigue bajando y subiendo esta vez con más fuerza e intensidad, nuestros manos explorándonos, marcando nuestra piel a fuego. Me pongo rígido al escucharla gemir, y con cómo ella misma busca su propio placer con mi polla. Sé que la vuelvo completamente loca.

Grita cuando llega al orgasmo y continúa moviendo las caderas, buscando alargar el éxtasis y alimentando el mío que no tarda en explotar.

—Yo creo que tampoco voy a ser capaz de no hacer esto durante toda la semana.

—Solo conmigo, *malyska*. Recuérdalo y guárdatelo a fuego en la memoria.



Capítulo 21

En la actualidad

Me despierto algo inquieta. Noto un calor agradable bajo mi cuerpo. Viktor.

Definitivamente no ha sido un sueño.

Nos hemos acostado de verdad.

Su pecho sube y baja tranquilo e intento moverme sin despertarlo. No quiero que cuando me vea se arrepienta y me vuelva a rechazar, aunque la verdad es que el destino siempre se encarga de llevarnos por caminos distintos, haciéndome ver que esto tenía fecha de caducidad antes de empezar.

He firmado el contrato que me extendió mi padre en su mansión sobre el acuerdo matrimonial. En una semana seré la mujer del gobernador y, a cambio, me dejarán ver a Anton siempre que quiera sin ningún tipo de restricción.

—¿Estás despierta? —murmura medio adormilado.

—Estaba comprobando que no lo había soñado.

—Ya.

Me acaricia el cabello y yo meto mi cabeza en el hueco de su cuello. Estoy totalmente relajada bajo el tacto de sus manos y, aunque no quiero que esto acabe nunca, ahora mismo siento que estoy traicionando a todos.

—¿Por qué has venido?

—He venido a por ti, no voy a dejar que te cases con Mikhail. Va a tener que pasar por encima de mi cadáver para que eso suceda.

—Viktor…

No sé si es una súplica o un lamento. Pero si no lo hago, no volveré a ver al niño y es demasiado importante para mí.

—¿Te has estado acostando con Mikhail?

—No —me defiendo—, aunque no es algo que debas preguntarme, yo no te he pedido explicaciones de lo que has hecho todo este tiempo y te pido que tú tampoco lo hagas. Además, me dejaste bien claro la otra noche que esto no iba a significar nada.

—Las cosas han cambiado. He venido a por ti, no vas a casarte con ese desgraciado. Y también estoy dispuesto a escucharte, saber por qué me traicionaste en el pasado.

—Nunca lo hice. No sé lo que pasó, pero estoy segura de que me drogaron…

—Acababa de pedir tu mano, todos me decían que no lo hiciera que eras como todas las demás y yo mismo te vi ahí… —Aprieto los dientes.

—Nos engañaron para separarnos. Ahora lo sé, jamás te hubiese traicionado, yo te quería.

No puedo continuar. Los recuerdos duelen mucho.

—Me querías… —murmura mientras me acaricia el cabello—, ¿ya no lo haces?

—Nunca voy a poder dejar de hacerlo, pero la vida no nos ha dado elección…

—Yo elijo y te digo que vas a coger tus cosas y te vas a venir conmigo.

Me remuevo en la cama ante el escalofrío que me producen sus palabras.

—Viktor, ya he firmado el acuerdo. En una semana seré la esposa de Mikhail. No tenía otra opción.

Me alza la barbilla para mirarme a los ojos con el ceño fruncido. Se le tensa la mandíbula, pone esa expresión cuando está celoso.

—Eso no va a pasar… —escupe, furioso.

—Viktor, no puedo dar un paso atrás… —me lamento—, es la única manera que tengo de poder ver al niño. Tú no lo entiendes, pero él es muy importante para mí. Mikhail le ha ofrecido a mi padre una indecente cantidad de dinero que ni recuperando Diamanty podría igualar para que él sea el que cancele todo esto.

—¿Me estás diciendo que no te interesa mi oferta? He venido, me he arrodillado ante ti, he decidido escucharte y ¿vas a casarte por una de las razones por las que jamás volvimos a estar juntos?

Me aparto ligeramente de él, su voz está bañada de resentimiento.

—No me has dejado opción, ya te lo he dicho.

—¿Opción?

—Mikhail es la única forma que tengo de poder ver al niño. Tú también harías cualquier cosa por cualquiera de tus hermanas. Además, te rogué que me devolvieras las acciones y te negaste, ahora no puedo hacer nada. ¿No lo entiendes? ¿Qué esperabas que hiciera? ¿Que me cruzara de brazos? ¿Es que acaso no entiendes lo que te estoy explicando?

—¿Es más importante tu hermano para ti que tu felicidad?

—Mi felicidad está donde esté la de él, es así de simple.

—No debería haber venido hasta aquí… Por lo menos no ha sido un mal polvo —me lanza de manera despectiva—, aunque reconozco que me he tirado a tías mejores que tú.

Quiere hacerme daño y lo está consiguiendo nuevamente. Sé que sus palabras son una coraza para proteger su corazón, pero ¿y el mío? ¿Quién lo cuida cuando decide seguir siendo cruel?

Me centro en mi objetivo para recuperar la compostura frente a Viktor. Mis metas están marcadas: hacer todo cuanto sea por y para Anton. Mi madre se sacrificó por nosotros y ahora me toca hacerlo a mí. Me gustaría que él me entendiera. Traté de explicárselo e incluso le supliqué que me ayudase a recuperar al niño, pero no quiso. Sus celos y rencor no lo dejaron ver.

—Me alegro, yo también me he acostado con mejores hombres que tú, así no echarás de menos esto jamás. —Nos señalo a ambos, mientras le abro la puerta para que se marche.

Camina a paso decidido, colocándose la americana para salir sin ni siquiera mirarme. Yo bajo la mirada a mis zapatos, tampoco tengo fuerzas para hacerlo, esta vez voy a ser fiel a mi decisión.



Dain ha venido a visitarme, le he contado todo lo que ha pasado entre lágrimas.

—Si no te casas con Mikhail Ivanov, lo hago yo —dice mi amigo tras apagar el televisor—, está tremendamente bueno y es muy rico. Además, ya no hay nadie en Rostov del Don que no sepa que la semana que viene se oficia vuestra boda.

—No me gusta nada Mikhail, nunca me ha caído ni bien y el novio está tan interesado en mí como yo en él. Ni siquiera hemos cruzado palabra, todo ha sido por mediación de terceros y el acuerdo firmado en contrato.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer?

—No, Dain, no. Anoche estuvo Viktor aquí, nos acostamos y me ha pedido que me vaya con él…

—Jesusito, ¿va en serio? Debes de estar hecha un lío.

Las lágrimas se agolpan en mis mejillas.

—Viktor es todo lo que he querido en la vida, jamás he podido mirar a nadie como lo miro a él, pero a los ojos de los demás fui yo quien lo traicioné y eso no se perdona de la noche a la mañana en el mundo de la Bratva. Además, debo alejarme de Viktor y aceptar mi sitio, es la única manera de asegurarme de que Anton esté bien. Si ese malnacido le llega a poner una mano encima al niño.

—No va a tocar a su propio hijo, Nani, no sería capaz, y encima es su único heredero…

Vuelvo a llorar de manera intensa.

Estoy harta de mentir, de esconder la verdad, de no poderlo gritar a los cuatro vientos.

—Eso espero…, aunque no puedo evitar preocuparme…

—¿Cómo se lo ha tomado Viktor?

—Mal, ha dejado claro que si lo hago me va a odiar para toda la vida. Además, jamás vamos a poder estar juntos, Dain, las mujeres de otros líderes son intocables para siempre. Cuando me case con Mikhail ya no va a haber vuelta atrás. Lo perderé para siempre, y no sabes lo que duele eso.

Durante todo este tiempo he tenido una pequeña esperanza de que todo se arreglara y pudiera volver con él. El paso de los años calmó esta desazón. Sin embargo, haber vuelto a probar sus labios y su cuerpo ha abierto nuevamente el miedo tan atroz de perder a la persona que amo.

—Puto Kiril Popov. Tu padre ha sido toda la vida un tirano, nunca te ha dejado ser feliz.

—¿Sabes qué es lo peor? La nueva mujer de mi padre es la madre de Ekaterina. También llegó a ser amiga de mi madre y, al igual que su hija, la traicionó. Ella es la que está criando al niño y lo obliga a llamarla mamá. Tengo miedo de que el niño crezca, se acostumbre a su presencia y se olvide de mí.

—Eso no va a pasar, Nani, tu hermano siempre va a saber que has estado ahí, deberías pensar lo que vas a hacer bien. ¿Por qué no intentas una última vez que Viktor te devuelva la empresa? Quema el último cartucho, cariño…

—No puedo, Dain. Ya no hay solución a este problema. —El agobio es tanto que comienzo a hiperventilar.

Dain se acerca a mí, preocupado.

—Respira, Nani, tranquila, respira.

La respiración me falla. Creo que me está dando un maldito ataque de ansiedad, hace mucho que los sufro. Y ahora mismo estoy encerrada, atrapada, sin opciones ni salida.

—Déjame, Dain, necesito que me dejes sola.

Mi amigo no se marcha, se queda ahí a mi lado mientras mi cabeza sigue dándole vueltas una y otra vez a lo mismo. Las opciones que tengo son nulas, ahora entiendo cómo se sentía mamá

en este mundo, todo lo que tuvo que sacrificar para proteger a la gente que quería y todo lo que la vida le hizo soportar.

Me quedo dormida en el sofá y, cuando despierto, Dain ya se ha ido. Conecto las noticias haciendo que la realidad me azote con fuerza y me recuerde cuál es mi destino, ese por el que voy a llorar hasta el final de mis días.



Quedan dos días para la boda más esperada del año. Hoy Dain ha venido a traerme el vestido que ha diseñado para mí. Un ejemplar bordado de fina puntilla blanca. El sueño a medida de cualquier mujer feliz que quiere tener una boda de ensueño, un vestido digno de una princesa.

A mí nada me ilusiona de verdad.

Ni la decoración ni el cóctel ni los músicos. No sé nada de la que será mi boda en dos días, solo lo que sale en las malditas noticias. Apago el televisor y me observo en el espejo con el vestido puesto. La verdad es que sería maravilloso y sería la novia más radiante y feliz si el novio fuese otro.

De pronto alguien llama a la puerta.

—¿Quién es?

No estoy esperando a nadie, Dain ya hace rato que se ha ido y mi padre solo se comunica conmigo por teléfono y siempre es para asegurarse de que el plan sigue según lo pactado y él tiene su dinero asegurado.

—Tu esposo. —Mikhail está en mi puerta, acompañado por varios hombres—. ¿Me vas a dejar pasar?

Abro la puerta y entra con la altivez que lo caracteriza. Es castaño y alto e impone respeto. Les hace una señal a sus hombres para que esperen fuera.

—Da mala suerte ver a la novia con el vestido antes de la boda —ironizo de manera fría.

—Vaya, parece ser que vamos a empezar nuestro matrimonio con mal pie.

—No dramatices, ya sabes que has comprado a una mujer que no te quiere…

Se carcajea mientras se sienta en el sofá como si fuese suyo.

—Puedo comprar lo que quiera, y ahora me has apetecido tú, es simple.

Aprieto mis puños a ambos lados de mis muslos.

—¿Y si no lo hago? El gran Mikhail rechazado el día de su boda. Novia a la fuga… Sería divertido. Estaría en todos los noticieros del país.

—Si no lo haces, no volverás a ver al niño. Tu padre lo usa en sus negocios como si fuese algo muy importante para ti…

—¿Sabes lo que es querer a alguien? Es lo único que tengo y, sí, si he aceptado esta mierda es por él. ¿Qué tiene eso de malo?

—Que vas a casarte. Vas a decir «sí, quiero» —se regodea—, ¿y sabes a quién he invitado para que pueda verlo?

Puto desgraciado.

—Sí, seguro que tus suposiciones son acertadas. Al gran Viktor Petrov.

Lanzo contra él el jarrón que tengo en la mesa del salón, se aparta y este se hace trocitos contra la pared. Me desespera su arrogancia, la soberbia que demuestra y la seguridad de saber que me tiene cogida de pies y manos.

—¿Qué ganas tú casándote conmigo?

—Diversión. La verdad es que no me interesas absolutamente nada y creo que esto del matrimonio también ha llegado demasiado lejos, digamos que eras una especie de juego que se me fue de las manos.

Lo miro y sonríe.

—No te entiendo…

—Es fácil, cuando pedí tu mano en la reunión, Viktor me reventó la cara. Siempre hemos sido amigos, creía que reaccionaría, que te habría perdonado ya aquel malentendido que pasó hace tantos años entre nosotros dos, pero es un orgulloso que no ve más allá de sus narices…

—¿Malentendido? —respondo con incredulidad—. Estaba drogada y aprovechaste la oportunidad. ¿Qué clase de hombre se aprovecha de la prometida de un amigo?

—No te voy a decir que no tengas razón. En mi defensa diré que solo tenía diecinueve años, estabas buena y yo no sabía que no estabas en tus cabales cuando te restregaste contra mí como una perra en celo. Te desnudaste y te abalanzaste sobre mí, luego se unió Ivan y tú continuaste, muchas tías querían follar en aquel entonces con nosotros. ¿Sabes qué es el precio del poder?

—Jamás me hubiese abalanzado sobre vosotros por voluntad propia.

—A mí me hubiese gustado acabar aquello que empezamos hace años y el destino ha querido ponerme esa oportunidad por delante. En dos días, voy a poder comprobar lo buena que eres en la cama. ¿Sabes? Reconozco que no tengo sentimientos amorosos hacia las mujeres, aun así, creo que vamos a pasar más de un buen rato juntos.

—Me das asco. —Mikhail se quita la chaqueta y desabrocha su camisa lentamente mientras sigue sentado en mi sofá. A pesar de ser un hombre elegante y fino, debajo de la ropa esconde un pecho musculado—. ¿Qué haces?

—Hablar del tema ha hecho que me apetezca probarte ahora. Me gustaría acabar eso que comenzamos aquel día, entrar por fin dentro de ti y darle razones de peso a mi amigo para que me odie para siempre.

Mi pecho sube y baja. No pienso acostarme con él. Es atractivo hasta decir basta, pero no es mi tipo y no es… Viktor

—Venga, ven, sube sobre mí como aquella noche. Vas a ser mía en unos días igualmente, ¿no?

—Vete de aquí. —Le señalo la puerta con el dedo. Puesto que no lo hace me acerco al mármol de la cocina y cojo un cuchillo que hay encima—. Te he dicho que te marches.

—Qué aburrida —sonríe mientras se abrocha la camisa…

—¿Qué es lo que buscas con esto?

—Ya te lo he dicho, diversión. Nos vemos en unos días en el altar. —Se acerca a mí y deposita un beso en mi mejilla—. Por cierto,

te sienta bien el vestido.

Sale por la puerta con esa prepotencia que lo caracteriza. Cuando se cierra, lanzo el cuchillo contra ella clavándolo en la madera.

No sé cómo voy a ser capaz de casarme con ese hombre si lo detesto tanto.



Capítulo 22

Nueve años antes

Estoy en mi habitación con decenas de vestidos sobre mi cama. Son prendas que compré estando en España y no me he puesto aún.

—¿El verde o el negro? ¿Cuál crees que le gustará más? —le pregunto a mi amiga Ekaterina que está sentada en el sillón de mi habitación, mirándose de manera despreocupada las uñas.

—Ponte el que a ti más te guste, no tienes que ponerte un vestido para gustarle a un tío.

—Es verdad, el negro —me tiro sobre la cama, ilusionada—, además, ya le gusto y me ha demostrado que mucho.

—¿Puedes dejar de revolotear como una mariposa alegre todo el día? Solo es un tío…

—Es el amor de mi vida, va a venir esta noche a mi fiesta de cumpleaños y me ha dicho que tiene una sorpresa.

—Follarte hasta dejarte sin conocimiento.

—Eso también. Si te contara las cosas que me hace…

—Arg, no quiero saberlo.

—¿Sabes que sus dos mejores amigos van a venir también?

Ekaterina abre los ojos. Eso parece gustarle y es que no hay nadie en Rostov del Don que no sepa quiénes son Ivan Dragov, Viktor Petrov y Mikhail Ivanov, ya no por el poder que ostentan sus familias sino por lo atractivos y guapos que son.

—Se rumorea que en unos meses, en el cumpleaños de Anastasia Petrova, van a anunciar el compromiso de Ivan con ella, así que me tocará conformarme con Mikhail. Dicen que es un villano, pero ya sabes que siempre me fijo en los malos.

—Ah, le diré a Viktor que te lo presente.

De pronto me llega un mensaje.

Es de él.

VIKTOR
Cuento las horas para poder estar contigo.
Felicidades, nena.

YO
Yo cuento los segundos.
¿Sabes si Anastasia vendrá a la fiesta?

VIKTOR
No creo, ya sabes lo protector que es mi padre. Además, si viene no voy a poder perderla de vista y mis ojos hoy solo van a estar puestos en ti.

YO
Me importa un pito la fiesta, solo me importas tú.

—Juana. JU. A. NA —me reclama Eka—, siempre estás en babia.

—Sí, perdona, dime.

—El negro te queda mejor y es más corto.

Me levanto de la cama, me termino de vestir, maquillar y perfumar. Mi padre ha reservado en exclusiva una discoteca a la que ha invitado a todos los hijos de sus socios. Yo ni siquiera conozco a la mitad de los que van a asistir, pero a él le gusta aparentar y que los demás sepan que somos inmensamente ricos, aunque en

realidad sé que en casa tenemos problemas económicos últimamente.

Uno de los hombres de mi padre nos deja delante de la discoteca exclusiva. Es un local de una planta y, aunque no es muy grande, es un lugar donde solo la *jet set* tiene acceso para organizar sus fiestas más prestigiosas.

Entro con mi amiga Ekaterina, ya hay mucha gente que me saluda, personas que conocía del instituto, con los que no comparto absolutamente nada. Pero hoy todo son sonrisas y falsedad. La entrada, el alcohol y la diversión esta noche corren por cuenta de los Popov, así que todos fingen cordialidad. Me saludan como si fuese una persona importante en sus vidas, cuando la realidad es que muchos de ellos me detestan.

Al fondo veo a mi chico, lleva un pantalón chino apretado y una camisa blanca entreabierta. Es atractivo hasta decir basta. Mira de un lado a otro, supongo que buscándome. Está junto a sus amigos que también estaban invitados a la fiesta. Me deslizo entre la gente con rapidez para llegar hasta él.

Nos fundimos en un beso desesperado mientras sus amigos dicen algo por encima de la música.

—Te he echado de menos, *malyska*. Feliz cumpleaños.

—Yo también, Viktor, estaba desesperada por verte.

Me siento como una adolescente que espera con impaciencia durante toda la semana para poder ver a su chico.

—Te he traído tu regalo, pero quiero dártelo más tarde —susurra en mi oído—. Solo espero que no te asustes…

—No me dejes así, dámelo ya.

Lo cojo por la camisa para acercarlo a mí y volver a besarlo.

Ekaterina, que venía detrás de mí, se para a hablar con sus amigos. Nos unimos al grupo un largo rato, luego mi amiga me coge por el brazo y me ofrece ir a la barra a pedir unas bebidas y refrescarnos. Accedo a su petición, pero Viktor me agarra de la mano y me da otro beso antes de dar un paso.

—Te espero impaciente —me asegura, separando su brazo de mi cintura.

Cuando llegamos a la barra, un camarero nos sirve la bebida mientras mi mirada lo busca en todo momento para comprobar que está ahí. Puedo verlo sobre las cabezas de la gente ya que es alto. Le doy un par de tragos a mi licor y vuelvo a buscar a Viktor. Sigue donde lo dejé. Me recreo en su pelo castaño, esa sonrisa que me hace suspirar a cada momento y ese cuerpo que me vuelve completamente loca. Es la primera vez en mucho tiempo que toco de pleno la felicidad. Una sensación de sofoco me invade el cuerpo, así que aprovecho para beber un poco más mientras Ekaterina termina de hablar con el camarero.

Entonces me tambaleo, vuelvo a dar un par de tragos a mi bebida algo mareada, intentando controlar mi reciente malestar. Miro a Ekaterina que me pregunta si estoy bien, pero pasa algo con mi cuerpo, no sé qué es, solo que algo no responde o funciona como debería. La música empieza a sonar en mis oídos como una melodía lejana y la voz no me sale para llamar a Viktor. Me encuentro mal, inestable, como si mi cuerpo no pudiera coordinarse con mis piernas, mi voz o mis pensamientos.

—Tranquila, Juana, estoy aquí contigo… —escucho como dice la voz de Ekaterina—. Tranquila, amiga.

VIKTOR

—Eh, ¿habéis visto a Juana por ahí? Hace un rato que la he perdido de vista.

—Serás calzonazos —se mofa Ivan—, estará por ahí mirando si tiene opciones mejores que tú. ¿De verdad crees que alguna tía de las que nos tiramos está con nosotros por amor?

—Eres un cabrón. ¿Tú qué vas a saber de querer a nadie?

Últimamente no nos entendemos. Odio su frialdad y su manera despectiva de tratar a las mujeres.

—Déjala disfrutar, seguro que está en algún rincón pasándoselo bien. El que no sé dónde se ha metido es Mikhail, seguro que está dándole caña a alguna por ahí, voy a buscarlo a ver si está con alguna zorra que esté dispuesta a hacer un trío. Tú sigue buscando el amor, que yo voy a divertirme.

—Deberías tener un poco de respeto por mi hermana.

Confirmado. No lo soporto. Así que será mejor que me deje solo, porque no quiero tenerlo ahora mismo cerca.

—Aún no ha habido acuerdo y no soy un calzonazos como tú, los hombres somos así y tu hermana tendrá que aceptarlo.

Me voy en su dirección furioso y con la clara intención de golpearlo. Siento que estamos en puntos diferentes de nuestra amistad y muy lejos de todo lo que nos unía antaño. Lo conozco desde que somos niños porque tenemos la misma edad y nuestros padres trabajan juntos, pero conforme hemos ido creciendo, me siento menos identificado con sus formas y sus ideales.

—Bah. —Hace un gesto de repugnancia antes de perderse entre la gente—. ¿No son aquellas tu hermana y tu prima Irina?

¿Mi hermana?

¿Qué narices hace aquí?

La duda me saca de mi enfado. Miro hacia donde ha señalado Ivan antes de irse y entre la multitud las veo. Llevan unas pelucas intentando ocultar su identidad, pero yo las reconocería en cualquier lado.

Mierda.

Se han colado en la fiesta y ahora voy a tener una preocupación más. Aunque mi hermana ya tenga dieciocho años no puedo evitar preocuparme por ella. Me dirijo decidido en su dirección, sin llegar a encontrarlas porque pierdo de vista a mi hermana también.

Me encuentro agobiado por una música horrenda y rodeado de gente que no conozco.

Esto está empezando a ser una mierda de fiesta.

Solo quiero coger a mi chica y largarnos ya de aquí, pero mi instinto me dice que algo no va bien.

De pronto, choco con su amiga. Esa rubia despampanante que no me cae nada bien. Parece que también está buscando a alguien y anda sola entre la gente que hay hoy aquí.

—¿Has visto a Nani?

—Sí. Digo… ¡no!

Su respuesta indecisa me altera.

¿Me puede decir alguien qué narices está pasando?

—¿Sí o no?

Ekaterina mira a ambos lados e intenta disimular, pero es demasiado expresiva para guardar ningún secreto y esto está empezando a molestarme. La cojo por el codo de manera algo brusca y le grito en el oído para que pueda escucharme por encima de la música.

—¿Qué está pasando, Ekaterina? ¿Dónde está Juana? ¿Y por qué parece que ocultas algo?

—Es que, si te lo cuento, mi amiga jamás me volverá a hablar.

—¿Por qué dejaría de hablarte? ¿Qué coño estás escondiendo?

La aparto a un lado. Intenta colarme explicaciones absurdas mientras tartamudea y mi paciencia se está agotando. Algo no va bien y estoy empezando a preocuparme. Me hace un gesto para que la siga y camino detrás de ella. Ekaterina me señala con el dedo una puerta. Es el guardarropa.

Respiro algo más tranquilo.

Quizá sea un neurótico y me haya preparado una sorpresa.

¿Pero qué podría organizar en un guardarropa?

Abro la puerta, impaciente.

¿Qué coño está pasando aquí?

Mi Juana está desnuda de espaldas a mí manteniendo sexo con Mikhail, él está sentado en una silla mientras ella busca placer entre sus piernas.

—Joder con la novia de Viktor —le dice Ivan a Mikhail.

¿Pensaba follarse a los dos?

No puedo creer lo que ven mis ojos.

—¡Mierda! —exclama Mikhail, apartándola a un lado.

—¿Viktor? —escucho la voz de ella.

Pero acabo de perder la razón y el corazón se me ha roto en mil pedazos. Esa puta imagen no se va a ir de mi cabeza en la vida. Acabo de caer en un pozo sin fondo. Uno que no tiene fin ni salida. Me dejo embargar por el dolor tan profundo que arrasa mi interior.

¿Cómo ha podido hacerme algo así?

El día de su cumpleaños. Con mis dos mejores amigos. La mujer que yo amo.

—Lo siento —me dice Ekaterina, cogiéndome por el antebrazo e intentando consolarme.

Pero la aparto sin cuidado. No necesito sus lamentos.

Mis amigos ya me habían advertido que sería otra cualquiera. De ellos me lo espero, ya que no es la primera vez que comparten una mujer y se la follan sea quien sea y sin respetar siquiera si tiene pareja. Incluso yo era como ellos, ya que el mundo en el que vivimos invita a coger lo que queramos, pero Nani… La inocente y dulce Nani… ¡¡¡Joder!!! Qué engañado me tenía. Es una zorra sin escrúpulos que ha fingido interés por mí mientras no le importaba pisotearme a mis espaldas.

Una cualquiera sin escrúpulos y a la que voy a sacar para siempre de mi vida, porque la quiero como nunca he querido a ninguna mujer, pero todo esto pasará y yo la grabaré a fuego en mi interior con odio y rencor pues esto no se lo voy a perdonar jamás.



Capítulo 23

En la actualidad

Como representante de los Petrov debo asistir al evento más esperado del año y ser espectador de una boda, en la que la mujer que siempre he amado se casa con uno de los hombres que provocó el fin de nuestra relación.

Compruebo que llevo mi arma y la sujeto a mi cinturón. No habrá boda hoy, no mientras yo siga vivo.

—¿Estás bien? —me pregunta mi hermana Anastasia mientras se sienta en el sillón de su salón a mi lado.

He venido unas horas antes de la celebración. La boda tendrá lugar en Shebek Valu y todos los hombres del Pakhan se han encargado de acordonar la zona y protegerla vía tierra o aire, tanto de los periodistas como de cualquier persona indeseada. A pesar de ser el evento de un gobernador, va a ser algo íntimo entre los hombres más importantes de Rostov del Don. Políticos corruptos, líderes de otros clanes y la familia más allegada de Mikhail y Juana.

Vamos, lo mejor de cada casa estará hoy aquí.

—No.

—Le he ofrecido a Nani que salga de nuestra mansión, porque no conoce a nadie aquí y prácticamente no tiene familia.

—Bien —pronuncio.

—¿No vas a hacer nada, Viktor?

—Todavía lo estoy pensando.

Los minutos no juegan a mi favor. Cada segundo que pasa estoy más jodido.

—Bueno, si decides intentarlo, está en la que era mi habitación. Después del evento y por seguridad van a pasar una noche en una habitación de lujo en la villa dorada, y luego supongo que ya se marcharán y harán su vida.

—No habrá habitación de lujo —digo de manera fría.

—Su padre, su amante y el niño también van a asistir al evento, se les ha dejado entrar junto a cinco hombres, ya sabes que Nani hace esto por su hermano.

—Eso es lo que dice ella, pero ya tuvo algo con Mikhail años atrás, así que no estoy tan seguro de eso.

—Llévatela a la fuerza, coge al niño, huye con los dos. Eres Viktor Petrov y puedes hacer lo que te salga de las narices. Sabes que tienes mi apoyo.

—¿Me estás alentando para que secuestre a un niño de ocho años y para que la mujer que amo no se case con el hijo de puta con el que me puso los cuernos?

—Sí, eso he dicho. ¿La quieres a ella? ¡Pues hazlo! Pero llévate también al hermano y asunto arreglado.

—Solo tengo una cosa clara y es que Mikhail va a tener que matarme antes de que sea suya.

Mi hermana sonríe orgullosa.

—A veces la mafia requiere tomar decisiones difíciles pero placenteras.

—Fui hace dos noches a por ella. Parece que su padre le ha ofrecido algún tipo de acuerdo con el niño y ella ha decidido sacrificarse. Esto ha sido decisión suya. Lo he intentado por las buenas, así que no sé si voy a ir por ella a las malas, aunque te admito que ganas no me faltan.

—Aleksei me trajo a esta mansión a la fuerza. El día de mi boda con Ivan te apuntó con un arma en la cabeza y me obligó a casarme. —Ambos sonreímos—. Si no lo haces, no solo vas a ser un desgraciado de por vida, le vas a destrozar la vida a ella. Creo que ya habéis estado separados el tiempo suficiente por una mentira.

—¿Ella te contó lo que pasó?

—Sí, y deberías de haber analizado todo mejor en su momento. Aún más sabiendo el monstruo que era Ivan. No solo me violó hace cuatro años, mató a nuestro padre y arrasó con nuestra familia y con nuestra gente como tú sabes, también hay algo que nunca te conté sobre tus amigos.

—¿Qué te pasó?

—Nunca te lo dije por no hacerte daño, pero creo que ya va siendo hora de que lo sepas. Estuve hace nueve años de incógnito con la prima Irina en la fiesta de cumpleaños de Nani. —A mi memoria vienen imágenes de ellas dos con la peluca—. Ya sabes lo protector que era padre conmigo, así que lo engañé y nos colamos en la fiesta con la ayuda de algunos complementos que nos hacían ocultar nuestra identidad. No sé cómo, pero Mikhail me reconoció y me acorraló en una habitación pequeña y oscura que había en el lugar. Intentó sobrepasarse conmigo, Viktor. Él sabía que yo sería la prometida de Ivan y ni siquiera eso le importó. Cuando conseguí escapar, la sonrisa sin escrúpulos de Ivan me confirmó que estaba al tanto de todo lo que intentó hacer su amigo conmigo, así que… ¿por qué iba a ser Nani diferente a mí?

Trago saliva con dificultad y la cojo de la mano.

—Lo siento, Nastya. Siento no haber estado ahí para ti en ese momento. Siento haberte fallado como hermano.

—Nada de eso importa ya. Lo importante es que aún no es tarde para ti.

—Podría informar a Aleksei de que intentó sobrepasarse contigo, seguro que le pega un tiro a Ivanov y mataría dos pájaros de un tiro. Aunque también he pensado en pegarle un tiro yo mismo cuando suba al altar…

—Sabes que decidas lo que decidas me tienes aquí.

Se me humedecen las manos, me sudan y miro arriba, en dirección a la habitación donde sé que se encuentra Nani ahora mismo.

No llego a entender por qué lo hizo cuando nunca ha sido una persona altruista, pero algún día lo sabré.

Subo los escalones de dos en dos y entro sin llamar a la puerta.

Ahí, frente al espejo, está el fruto de mi deseo. Veo desde atrás su figura y esas curvas que siempre me han hecho perder la razón. Cuando fija sus ojos en los míos a través del espejo, puedo ver que su mirada está llena de tristeza y dolor.

—No lo hagas, Juana.

Es la última vez que se lo pido, al menos de buenas maneras.

—No puedo, Viktor, ya no hay marcha atrás.

—Estoy dispuesto a entregarle la empresa a tu padre, y negociaré por el niño, te lo prometo, pero no me hagas esto. Vas a provocar que comience una guerra por ti, porque créeme que estoy dispuesto a ser el artífice de una matanza en este día. No puedo permitir verte con el hombre causante de mis peores pesadillas durante tantos años.

Nani se gira y toca mi mejilla. Una lágrima silenciosa recorre la suya.

—Nunca te traicioné, Viktor, me drogaron y me manipularon. Jamás te hubiese hecho daño por iniciativa propia, eso seguro, porque yo también te quería más que a mi vida.

—Demuéstramelo y no lo hagas. Vente conmigo.

—Tú no lo entiendes, ahora hay alguien que depende de mí… Y Mikhail me ha prometido protegerlo. En todos estos años es la primera vez que mi padre cede en algo que tenga que ver con él, y no puedo dejarlo a su suerte con ese monstruo.

—Ya te he dicho que voy a proteger al niño…

—Lo siento, Viktor, pero la decisión ya está tomada.

No puedo creerlo. Después de tantos años, tanto dolor y tanto sufrimiento me he arrastrado ante ella para empezar de cero y, sin embargo, Nani prefiere irse con él.

Las dudas me reconcomen sobre si es otro de sus juegos y verdaderamente quiere casarse con él. Me consta que los negocios

del gobernador son fructíferos y ha amasado una fortuna tan grande como la mía con las transacciones ilegales que realiza de petróleo.

—¿Vas a casarte con el hombre que te engañó? —le reprocho, furioso—. ¿Entiendes que no me estás dejando opción?

—Lo siento, Viktor, no tengo elección.

La cojo por la nuca mientras la miro a los ojos con intensidad.

Los celos no me dejan pensar con claridad. No cuando se trata de ella.

—El día de tu boda va a estar bañado en sangre.

La suelto, furioso, y me dirijo al jardín para tomar aire y respirar. Mi cuñado se pone a mi lado y me ofrece un cigarro que yo tomo al instante.

Así que definitivamente tengo que hacer esto a la fuerza.

Ella tampoco me ha dejado elección.

—¿Tienes tranquilizantes como para dormir a todos los invitados de una boda?

—Sí —asegura mi cuñado—. ¿Te la vas a llevar a punta de pistola?

—No me ha dejado otra alternativa.

—Ahora le ordeno a Sergei que lo prepare. No esperaba menos de ti. Yo me ocupo de todo, es lo menos que te debo por haberme entregado a tu hermana.

—Quiero un coche, y que me manden al niño a mi mansión ¿Crees que será un problema robárselo a los Popov?

—Si no hay boda, no hay dinero; y si no hay dinero, Kiril Popov me seguirá debiendo una fortuna, así que el niño será parte del pago. Además, ese hijo de puta nos retiró el apoyo cuando nos atacó Ivan. ¿Crees que no lo recuerdo?

—Pues parecías haberlo olvidado.

—Solo estaba tensando la cuerda hasta ver a dónde estabas dispuesto a llegar por la mujer… Además, aquí yo soy la ley y si le digo a Kiril Popov que se arrodille y me coma la polla, pues se arrodilla. No te preocupes, yo me ocupo del revuelo que se va a formar.

—Necesitaré que durante unos días me prestes a unos cuantos hombres, no sabemos lo que Kiril Popov o Mikhail podrían intentar

orquestar en mi contra.

—De Mikhail ni caso, seguro que puedo negociar algún acuerdo fructífero para él. No te preocupes por eso ahora. Cógela y llévatela lejos, ya.

—Esa mujer es una fiera y no se va a tomar nada bien que me la lleve a la fuerza… —digo mientras sujeto la pistola que llevo siempre conmigo en el cinto.

—Vas a pasar un matrimonio muy divertido, amigo.

Me da una palmada en la espalda y ambos nos reímos tras sus palabras.

Porque yo lo puse en la misma situación hace cuatro años con mi hermana, y me consta que esa locura lo hizo ser el hombre que es hoy.

El líder más feliz de la historia.

Vuelvo a entrar en la habitación donde mi Juana está sentada en la cama.

Está decidido. Soy Viktor Petrov y cojo y hago lo quiero. Y si yo digo que Juana es mía, lo es. Se acabó ser un hombre complaciente y educado. Mi madre me odiaría por esto, pero ¿qué importa ya? Sé que ella me alentaría para que fuera feliz y esa felicidad solo es posible al lado de Nani, así que con permiso o sin él voy a llevarme a esta mujer.

—Vengo a hacer lo que debería haber hecho hace mucho tiempo —le indico, con la rabia inundando cada parte de mi cuerpo —. Coge tus cosas, nos vamos de aquí.

—Viktor…

—No te estoy preguntando, Juana —vuelvo a insistir—, no me hagas que te agarre a la fuerza, no quiero hacerte daño.

Me mira con los ojos abiertos de par en par. Cierra los puños a ambos lados de su cuerpo y se aferra a la colcha sobre la que está sentada.

—No me iré de aquí sin el niño…

Me abalanzo sobre ella y la agarro a la fuerza mientras grita y patalea. Esta decisión ha sido suya. No voy a dejarla casarse con ese idiota, ella es solo mía y lo ha sido siempre; si tiene que ser de esta

manera, que así sea. Me enfrentaría a todos los putos clanes, haría arder el mundo por ella.

Espero que ya se haya dado cuenta de que todo lo que hago es porque la quiero.

—¡Gilipollas! ¡Eres un gilipollas!

La lanzo en el coche donde me esperan varios de mis hombres. Me siento a su lado mientras se resiste.

Respiro profundamente, tranquilo, feliz. Juana Popova es mía, para toda la eternidad.



Me remuevo el cabello al analizar lo que he hecho. Mi cuñado no ha tenido remordimientos, se lo agradezco porque va a tener que enfrentar mi propio problema. He reforzado la seguridad de mi mansión y he ido a comprobar que el niño sigue dormido en su habitación.

Me dirijo a la mía con la impaciencia golpeando a cada paso hasta llegar al motivo de mi obsesión.

Mi amigo Roman aún sigue mandándome mensajes para comprobar que nadie ha separado mi cabeza de mi cuerpo por lo que me he atrevido a hacer. El plan con mi cuñado ha salido según lo esperado. Con esto voy a abrir una nueva brecha entre los clanes, pero nada ni nadie va a separarme de mi Juana y si tengo que comprar a la mitad del país para defender mi postura lo haré.

Entro en mi habitación, su cabello negro cae en cascada sobre mis sábanas blancas, aún lleva puesto ese maldito vestido que no había elegido para mí y que me hace perder la razón hasta tal punto de querer follármela con él puesto para que entienda de una vez a quién pertenece.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué hago aquí? —murmura, adormilada, cuando se percata de que está en mi habitación, tumbada sobre mi cama.

Tuve que darle un tranquilizante. Me araño, me golpeó, me escupió, pero todo eso aumentó mi determinación.

—Estás donde debes estar: conmigo.

—¿Viktor por qué has hecho esto?

—Es lo que tendría que haber hecho desde el primer momento, soy Viktor Petrov y cojo lo que quiero y cuando quiero.

—¿Estás loco?

—Sí, estoy loco desde que te vi entrar hace diez años por aquella puta puerta. He intentado alejarme de ti, créeme que lo he hecho, pero es imposible, así que esto es lo que hay.

—¿Crees que soy un objeto que puedas manejar a tu antojo? Debería poder tomar mis propias decisiones.

—¿Casarte con Mikhail era tu decisión? Pues lo siento por ti, yo no voy a vivir desesperado, imaginando cómo ese hijo de puta te mete la polla una y otra vez. Eres mía y si tengo que atarte a la puta cama lo haré.

Esquivo la lámpara de la mesita de noche que me lanza con furia. Mi Juana es impulsiva, así que yo ya sabía que no se lo tomaría nada bien.

—¿Sabes lo que has hecho? ¿Sabes que hay alguien que depende de mí?

—¿Tu hermano? —pregunto—. Ya no va a ser un problema, también lo he secuestrado. Ahora es mío y si tu padre se atreve a reclamarlo lo despedazaré. Sin el niño, ha perdido el poco poder que tenía. Ya no es nadie, tampoco le queda nada.

—Hice un trato con Mikhail y tú lo has estropeado todo.

—¿Es eso? En el fondo querías casarte con él, ¿no? Te folló mejor de lo que hago yo…

Se levanta de la cama, da dos pasos y me da una bofetada. Supongo que me la merezco, pero los celos no son un sentimiento que pueda controlar con facilidad.

¿Qué esperaba? ¿Que estuviera agradecida por lo que he hecho? ¿Que se arrodillara y me comiera la polla? ¿Que solo pensara en tener sexo desenfrenado hasta agotar nuestras energías?

Todo me parecía factible menos que me reprochara mis actos como si no valiesen nada.

—Eres un gilipollas.

La agarro por la muñeca sin ejercer presión.

Está muy enfadada y a mí me está volviendo completamente loco. Ese vestido que lleva puesto iba a ser para otro, ese cuerpo…

No puedo dejar de pensar que ahora estaría retozando con Mikhail si no hubiese intercedido y esa imagen del pasado vuelve para burlarse de mí.

Quiero dejar todos esos recuerdos atrás, sin embargo, no me lo está poniendo nada fácil.

—Quiero que me dejes ver al niño —pide de manera tajante.

—Está en la habitación al final del corredor. Esa será suya a partir de ahora, compórtate y podrás verlo siempre que quieras.

—Qué detalle por tu parte —ironiza—, ¿hasta cuándo todos los hombres que me rodean me amenazarán y me extorsionarán con el niño?

La cojo por el codo cuando intenta pasar por mi lado.

—Deberías estar agradecida. Ya tienes lo que querías.

—Mi padre no va a darse por vencido, vas a iniciar una nueva guerra con esto y ya sabes lo que pasó hace unos años…

—Perdí a mi padre, a mi madre, a mi hermana y yo también estuve a punto de perder la vida, pero esto es la Bratva y si tengo que incendiar media Rusia lo haré, porque no hay nada en el mundo que me importe más que tú.

—No sabes de lo que ese hombre es capaz, y ahora le has quitado algo muy valioso para él.

—Siempre has sido una pieza importante en mi vida. Ahora tu hermano y tú estáis bajo la protección de los Petrov y todo el que se atreva a tocaros acabará en una caja de pino bañada en sangre.

Su mirada se relaja, le suelto el codo.

La observo tomar aire. Solo es una mujer que ha pasado su vida sometida a los deseos de un viejo ruin. Ahora soy yo el causante del yugo que aprieta su cuello, pero no iba a permitir que nadie me la quitara.

Su padre no va a ser un problema, es un eslabón débil e insignificante y tengo el apoyo del Pakhan, aun así, todavía no he mantenido una conversación con Mikhail y él sí que tiene un gran

poder económico y político. Pese a todo, no voy a retroceder en esto y, si viene a por lo que es mío, la guerra será inminente. Y será a muerte.



Capítulo 24

Nueve años antes

Lloro sobre mi cama, llevo tres días sin poder dormir. Mamá intenta consolarme, pero ya no hay nada que pueda hacer. Viktor ha venido a hablar con mi padre y a romper el compromiso.

Ya no hay novio, no hay prometido, pero no porque él se vaya el amor desaparece. Aunque no quede nada de las promesas ni de lo que compartimos, el amor es terco y una vez se instala se queda a vivir en el corazón por muy herido y maltrecho que esté.

Y duele, hasta el punto de sentir una punzada intensa en la base de mi estómago y dejarme unos segundos sin respiración.

No debería haber confiado en Ekaterina ni en los amigos de Viktor. De hecho, no debería haber confiado en nadie. No sé qué cojones hacía allí, ni en qué momento Viktor apareció cuando yo estaba desnuda. No me acuerdo de prácticamente nada después de tomarme esa copa con mi amiga. Solo retales en el tiempo que se agolpan atormentándome y desestabilizándome. *Flashes* que me recuerdan por qué Viktor jamás va a volver a mirarme a la cara.

Me gustaría pensar que Eka no tuvo nada que ver, pero en el fondo de mi corazón sé que ella está involucrada en esta traición.

Mi única amiga. El único apoyo.

Muchas amistades pasaron por nuestra infancia haciéndole daño por no ser de la élite y yo siempre la defendí, confiaba en ella.

Qué idiota he sido…

Había intentado hacer caso omiso creyendo que era una mujer con fundamentos, cuando me decían que todo el mundo huía de mí por tenerla a mi lado, pero confiaba en Eka, era mi amiga, además de una aliada de mi padre y la familia.

Su madre es la secretaria personal de mi padre. Vesna Smirnova lleva manejando las finanzas de la empresa desde hace años y también es una gran amiga de mamá.

Seguro que debe de haber una explicación a todo. Aunque mi mente aún no la encuentre.

Y para más desasosiego, han corrido los rumores por toda la zona y soy el hazmerreír en Rostov del Don. Las habladurías dicen que vieron a Ekaterina salir de mi fiesta de cumpleaños muy acaramelada con Viktor Petrov.

Soy una auténtica fracasada.

—Tranquila, cielo, todo se aclarará. Seguro que ha sido un malentendido, una pelea de jóvenes, ese chico está loco por ti y no va a echarse ahora atrás por un error.

—Mamá, estaba en un cuarto oscuro desnuda retozando con sus dos mejores amigos —sollozo.

Aún me pregunto cómo pude hacer algo así y qué es lo que realmente pasó.

—Mierda, pero ¿cómo se te ocurrió hacer eso?

—No lo sé, mamá, no sé lo que hacía allí. Bebí algo con Eka que me sentó mal y…

—¿Crees que podrían haber echado algo en tu bebida?

De pronto las náuseas vuelven a mi cuerpo. Llevo toda la semana con ese malestar adherido a mí, y aunque lo asocie a lo que me ha pasado, algo en mi organismo va mal.

Aparto a mi madre y doy un salto para vomitar en el retrete del baño de mi habitación.

Toso, saco la bilis y me siento al lado del inodoro con la debilidad azotando todos mis sentidos.

—Debería llevarte al médico, ¿desde cuándo vomitas?

—Desde hace unos días, creo que algo no me ha sentado bien, mamá.

—¿Hay alguna posibilidad de que estés embarazada?

—Mamá, nooo. No me digas eso, no sé lo que pasó y con Viktor he tomado precauciones.

Menos la primera vez. Esa que se nos cayó el preservativo en la arena de la playa.

«No seas idiota, no vas a dejarme embarazada por una vez, nadie lo hace», recuerdo esas palabras con exactitud.

Pero no, no puede ser eso. Seguro que es el malestar por algo que me dieron la otra noche.

—Es imposible, mamá, de verdad.

—Venga, en pie —me ofrece su mano para levantarme del suelo —, te llevaré al médico y que te hagan un chequeo general.

—No, de verdad —insisto—, solo necesito un poco de descanso y poder pensar.

Mi madre cede ante mi insistencia y yo continúo encerrada, llorando y lamentando lo que he hecho. Asisto a las clases ante el escrutinio y los cuchicheos de todos y luego vuelvo a encerrarme en mi jaula una y otra vez.

Mi padre ha venido en un par de ocasiones para recordarme lo despreciable que soy como hija, que nadie me quiere y lo idiota que he sido perdiendo al único pretendiente que tendría decente durante toda mi vida. Para él no significo nada, es un hombre sin sentimientos y jamás me ha querido, así que tampoco iba a hacerlo ahora, aunque estas semanas debo reconocer que se le veía contento con mi compromiso.

Supongo que no debería habérmelo creído ni yo.

Viktor era demasiado bueno para mí.

Me encierro en mi habitación y me dirijo al baño. Hoy he pasado por una farmacia, he entrado haciendo creer a los hombres de mi padre que me acompañaban que necesitaba comprar cosas de

chicas, y he exigido a la dependiente que fuera discreta cuando le pedí una prueba de embarazo.

Las náuseas no cesan por más que pase el tiempo y estoy empezando a pensar que de verdad hay algo creciendo en mi interior…

Lo saco de mi mochila, nerviosa y con las manos temblorosas.

Mi mente intenta convencerme una y mil veces que no es posible lo que mi corazón presiente.

Me siento en el retrete y sigo los pasos de las instrucciones. Mis manos son un puto flan. Solo tengo diecinueve años y si este *test* saliese positivo, Viktor jamás creería que fuese de él después de lo que sucedió. Y ni siquiera se lo podría explicar con sinceridad porque yo tampoco sé muy bien lo que pasó.



El dispositivo se me cae al suelo ante la reveladora noticia. Cierro los ojos con fuerza y respiro en profundidad, me arrastro por la pared y me siento en el suelo con la frente sudorosa, intentando esconderme entre mis rodillas.

No puede ser, esto no me puede estar pasando.

Por más que meta la cabeza entre mis piernas, no lograré esconderlo. Esto es algo que no se disimula, tarde o temprano se me notará.

De pronto mi madre entra en el baño y me ve ahí tirada con la mirada perdida y en *shock*. Cierro los ojos cuando se percata de la prueba tirada a un lado.

Solo soy una cría y no…

Sollozo en el suelo, desesperada.

—Cariño… —Mi madre se arrodilla y me abraza, acunándome en su pecho.

—Mamá, estoy embarazada.

—Tranquila, cielo, tranquila. ¿De cuánto estás? ¿El padre es Viktor?

—Mamá, no lo sé… —respondo con el cuerpo tembloroso.

Aunque me duela no sé nada. Estoy asustada y no sé qué hacer.

—Podríamos interrumpir el embarazo si no estás de mucho, tu padre no se tiene por qué enterar, yo guardaré el secreto.

—Mamá, no quiero interrumpir el embarazo.

Toco mi vientre con la intención de protegerlo.

La sola mención me ha erizado el vello del cuerpo. Es verdad que estoy asustada, es verdad que tengo mucho miedo, pero jamás mataría algo que nace dentro de mí, algo que podría ser de él. En mi fuero interno, estoy segura de que es de Viktor.

—Vale, perdona, Juana, es que estoy nerviosa y no sé qué hacer. Aunque igual si…

—No le cuentes nada a papá por ahora, él me haría abortarlo, o lo que es peor obligaría a cualquiera a hacerse cargo y yo no quiero eso…

—Vale, vale, tranquila, ya pensaremos en algo.

Y eso es lo que hicimos, esperamos unos meses y, cuando ya era más que evidente, tuve que hablar con mi padre. Yo no le pude asegurar quién era el padre, así que le dije que me había acostado con un par de hombres que pasaron por la ciudad haciendo turismo y no tenía su contacto. Después de recordarme lo zorra que era y lo despreciable que seguía siendo como hija, entró en razón.

También aquello fue una oportunidad para el muy desgraciado.

Me recluyó durante el embarazo alegando que estaba enferma y le hizo creer a todo el mundo que había tenido a su deseado heredero varón junto a mi madre.

Porque Anton jamás fue mi hermano, era mi hijo y desde el primer momento que se lo entregué para que se hicieran cargo de él, quise recuperarlo.



Capítulo 25

En la actualidad

Ayudo a Anton a subir al caballo. Mi niño rubio de ojos canela lo espolea felizmente.

—Anton, cógete fuerte, podrías caer al suelo. No te confíes.

—Parece que le gusta estar aquí. —Viktor se coloca a mi lado mientras observo al niño sonreír al ver sus logros.

—Sí —respondo de manera tajante—, tampoco es que tenga elección.

—Voy a pasar la mañana en la oficina, llevo días sin ir. Todo este tiempo ha estado en manos de mi hombre, pero no puedo dejarla más tiempo sin supervisión.

—Mi empresa… —murmuro entre dientes.

—Cuando te cases conmigo la pondré a tu nombre, podrás hacer con ella lo que quieras.

—Qué manera más romántica de pedirle a una mujer que se case contigo… —ironizo.

Mi niño me saluda a lo lejos y yo le dedico una radiante sonrisa mientras Viktor continúa hablando a mi lado. No sé cómo me siento

ahora mismo, estoy furiosa con él, aunque sé que debería estar agradecida, pero hay tantas cosas que él no sabe…

—¿Te has propuesto tocarme los huevos?

—Es mi pasatiempo favorito.

—Te recuerdo que ser romántico contigo no me sirvió de nada.

—Igual no lo fuiste lo suficiente, huiste a la primera sin ni siquiera confiar en mí.

Vale, ya sé por qué estoy enfadada. Todo eso que he guardado estos años está ahora resurgiendo entre mis sentimientos. Ese dolor que sentí al despertarme sola y desorientada, al no saber lo que había pasado. Todas esas burlas que tuve que soportar sola. Perdí a la única amiga que tenía en aquel momento y tuve que aguantar saber que se veían y se acostaban juntos, mientras yo estaba en un retrete vomitando bilis y pasando por todos los estados de ánimos de una joven asustada y embarazada a los diecinueve años.

Mi hijo creció en mi vientre durante nueve meses y Viktor ni siquiera vino a pedirme una explicación, solo se limitó a hablar con mi padre para afirmar lo despreciable que era, sin ni siquiera dudar de lo que había visto. Confió más en Ekaterina que en mí y eso no sé si algún día se lo podré perdonar.

—Estabas a horcajadas, desnuda, poniéndole la polla dura a mi amigo mientras te agarrabas a otra. No sé qué explicación querías que te pidiera.

—Solo recuerdo *flashes*, pero podrías haber preguntado.

—Tú también podrías haber intentado venir a explicármelo, creo que me merecía una disculpa por lo menos —dice, furioso—. «Me iba a caer y me he sujetado a la polla de tu amigo» —ironiza, haciéndome el paso.

—Eres un gilipollas, pero de manual.

—¿Sabes la de pesadillas que he tenido con esa imagen?

—¿Sabes la de pesadillas que he tenido con la imagen tuya y de Eka todo este tiempo? Nueve años, Viktor.

—Jamás salí con ella. Lo nuestro era un pacto en el que ambos nos beneficiábamos, pero nunca significó nada para mí.

—¿Ahora vas a decirme que no te la has estado follando?

—Muchas veces, como a muchas otras.

—Qué bonito —respondo, indignada—. Supongo que yo tengo el mismo derecho que tú a salir por ahí para follarme a hombres que no signifiquen nada para mí.

—De momento será mejor que os mantengáis aquí bajo la tutela de mis hombres, tu padre no ha dado señales de vida, pero no tardará en hacerlo. Por otro lado, Mikhail todavía no se ha pronunciado y puesto que ahora para la prensa no tiene una esposa, será cuestión de tiempo tenerlo por aquí también —señala de manera fría—, una vez pase el peligro, podrás salir cada vez que quieras, aunque olvídate de follarte a otro que no sea yo.

—¡Nani! ¡Nani! ¿Has visto eso?

Mi niño viene en nuestra dirección, orgulloso por sus logros, interrumpiendo este ataque de celos entre los dos.

—Bueno, yo ya me iba, tengo trabajo —avisa Viktor, intentando mantener la compostura—, te dejo al cargo de la casa, campeón —le indica al niño.

Anton le hace un gesto con la mano mientras este se marcha y se pone a mi lado contándome todas las cosas que ha hecho hoy. Siento que me he perdido mucho de él estos dos últimos años. No me había dado cuenta de que le habían salido dos nuevas pecas debajo del ojo izquierdo, ni me había percatado de todo lo que ya ha crecido.

—Nani —me dice mi pequeño—, ¿por qué no le cuentas a nadie que eres mi mamá? ¿Es que te avergüenzas de mí?

El corazón me golpea en el pecho con fuerza. El niño lo sabe. Aunque intentamos desde el principio que me llamara «hermana», el hilo que une a una madre con su hijo es inquebrantable y Anton siempre tuvo una unión especial conmigo; a pesar de estar bajo la tutela de mi padre, que lo aleccionaba casi a diario para que me olvidara.

—Eres lo que más quiero en el mundo, mi pequeño, solo te estoy protegiendo.

—¿Ese hombre es mi padre?

Miro hacia el portón de la mansión. Viktor ya se ha marchado con su cuatro por cuatro a Diamanty y yo estoy sola en este jardín, haciéndome la misma pregunta.

—¿Tú crees que lo es?

—Me parezco un poco a él, pero, no sé, eso me lo deberías decir tú.

—Todo a su debido tiempo…

Estoy convencida de que es de Viktor. Por desgracia, mi nula memoria respecto a aquella fatídica noche hace que haya una mínima posibilidad de que sea de alguno de sus amigos.

Y esa duda, por pequeña que fuera, me ha atormentado todos estos años.

—Es un poco gruñón, aunque aquí estamos bien. Por lo menos puedo estar contigo y no tengo miedo de pap… —la palabra se le atraganta en la garganta— del viejo Kiril.

—Yo soy feliz de estar donde estés tú.

—Yo también, Nani.



Anton se ha quedado dormido, hemos pasado todo el día jugando y riendo y siento que he recuperado parte de todo el tiempo que me he perdido de él.

Le he pedido a Polina, el ama de llaves que me dejara cocinar una tortilla de patatas. Me encanta pasar los días metida en la cocina y me apetecía hacerle a Anton su comida preferida.

Nos la hemos cenado mientras veíamos una película de terror de esas que he descubierto que al niño tanto le gustan. Yo he acabado muerta de miedo mientras el niño reía…

—Ya estoy aquí.

Viktor irrumpe en la cocina donde estoy ayudando a Polina. En realidad, esto ha sido una excusa para alargar el tiempo sin tener que irme a dormir, ya que llevo todo el santo día esperando a que llegue, aunque no sé muy bien qué me impulsa a hacer esto.

Ahí está Viktor, tan imponente como siempre. Se quita la americana y la deja sobre uno de los taburetes.

Su camisa se entreabre, dejando a la vista parte de ese tatuaje que le sube por el lado izquierdo hasta el cuello y que tanto me gusta, ese por el que perdería la cordura.

Observo el reloj que hay sobre la nevera para percatarme de que son las diez y media de la noche.

—¿Vas a largarte todos los días por la mañana y vas a venir a estas horas?

—Puedes retirarte, Polina, y dile al resto de empleadas que lo hagan también. Juana acabará de recoger esto —ordena, notablemente irritado.

—Sí, señor.

Polina pasa por su lado con la cabeza gacha y sin opción a réplica.

Viktor impone respeto, pero yo no lo temo.

—¿Ahora soy tu sirvienta? No voy a recoger nada porque lo ordenes tú.

—Digamos que no tanto, simplemente me gustaría que me obedecieras.

—Sí, señor Viktor Petrov, dígame lo que desea —me burlo.

Da dos zancadas hasta llegar a mí y me atrapa entre la bancada de mármol y sus brazos.

—Te voy a decir lo que deseo… —gruñe, profundamente y de una manera desesperada—. Deseo arrancarte ese puto vestido y follarte hasta que comprendas que eres mía —me confiesa con intensidad. Mi corazón se comprime en el pecho—. He tenido un día de mierda y, cuando llego, resulta que le otorgas beneficios que no me das a mí a esos putos vestidos cortos que te pones, y a tus bragas, a esas también las odio ahora mismo.

—Vienes de hacer Dios sabrá qué, a las tantas de la noche y ¿esperas que te reciba con las piernas abiertas?

—¿Celosa? —Viktor agarra mi muñeca y la dirige hacia el bulto de su pantalón—. Porque eres la única que consigue ponerme así la polla.

—¿Se puede saber qué te pasa? —Aparto mi mano y la dejo detrás de mí.

—Me pasa que estoy furioso desde esta mañana y no tengo manera de controlarlo.

Estira su brazo detrás de mí y coge algo del frutero.

Me pasa una fresa por los labios y me mira con intensidad.

—Menos mal que no es un ajo.

La muerdo. Este momento me hace acordarme del que vivimos hace diez años cuando decidimos compartir nuestro gusto por las mezclas extrañas de alimentos. Aunque el hombre que tengo frente a mí no desea susurrarme cosas bonitas como el de antes ni hacerme el amor con ternura. El Viktor de ahora te arrolla con una simple mirada que esconde una amenaza velada.

Cojo algo de harina que hay detrás de mí y se la lanzo. El polvo blanquecino cae sobre parte de su cara y su camisa. Sonríe de una manera perversa que me recorre la columna vertebral.

En respuesta, me sostiene por la nuca y me acerca con brusquedad a sus labios. Está enfurecido, pero también excitado. Su lengua va al encuentro de la mía con impaciencia, sin apenas dejarme respirar. Sus manos bajan y aprietan mis caderas, y se me clava el mármol en la espalda cuando su bulto busca el contacto desenfrenado a la altura de mi vientre.

—¿Esto querías, *malyska*?

Me da la vuelta con brusquedad, para apoyarme en la encimera y tenderme sobre ella, haciendo que el pecho se me llene de harina. Solo me suelta para arrancarse la camisa de un tirón, rompiendo los botones al momento.

—¿Esperabas para abrirte de piernas para otro? —No respondo cuando me sube el vestido a la altura de las caderas y una cachetada impacta en mi nalga—. ¿Pensabas ponerte este maldito tanga para Mikhail?

Le pega un tirón, rompiéndolo, y lo lanza a un lado.

—Gilipollas.

El sonido de su cinturón y escuchar cómo se baja la bragueta detrás de mí hace que me excite. Debo hacer algo para evitar que se dé cuenta, así que cojo otro puñado de harina y se la vuelvo a lanzar poniendo perdida toda la cocina.

—No finjas que no me estabas esperando a mí, así, chorreando.

Alarga una de sus manos por el mármol y coge un cuchillo.

No me hará daño, ¿no? No, por muy furioso que estuviese Viktor, jamás me dañaría, lo sé.

El cuchillo corta mi vestido.

—Viktor —me sobresalto, nerviosa.

—Shhh. No me gusta discutir mientras te follo.

Pasea el mango del machete entre mis nalgas, e intento agarrarme a algo cuando lo desliza, presionando ligeramente mi abertura.

—Podría vernos alguien… —Pero un jadeo sale de mi garganta cuando presiona con fuerza con la clara intención de introducir la empuñadura dentro de mí.

—Nadie va a interrumpir este momento, no vas a tener esa suerte.

Me introduce el mango.

Joder. Ahogo un gemido en mi garganta ante la presión que ejerce.

Lo saca y lo introduce un par de veces con brusquedad hasta que lo lanza a un lado y cae al suelo dejando un sonido metálico. Me giro y vuelvo a tirarle otra vez harina. Sus manos me agarran para bloquearme de frente. Comienza a besarme, no puedo retroceder porque choco contra la encimera. Tiramos ollas, vasos y todo lo que obstruye y dificulte la tarea de recorrernos el cuerpo de manera desenfrenada. Sintiendo el calor y el aliento y todo eso que continuamente queremos hacernos. Nuestros cuerpos se llaman por más que el tiempo nos intente separar, aunque los celos nos arrebaten la cordura y los recuerdos nos rompan el alma.

Mi cuerpo tiembla cuando me sube al taburete y se posiciona entre mis piernas rozando nuestros sexos.

—Reconozco que hace diez años, también estaba fingiendo cuando te tuve en la cocina aquella noche, mi mente solo pensaba en hacerte esto.

Me penetra con fuerza y clavo mis uñas en sus hombros. Mis piernas se enredan en su cintura y me golpea contra el mármol mientras entra dentro de mí con desesperación. Jamás nada ni nadie podrá cambiar esto, la manera en que mi cuerpo reacciona ante él,

la manera en la que me bombea el corazón cuando lo tengo cerca y todos esos sentimientos que todavía retengo se hacen más fuertes e intensos.

—Eres una maldita droga.

Sigue entrando y saliendo con intensidad de mi cuerpo. Como si pudiese meterse más profundo de lo que ya habita en mí. No he podido en todo este tiempo olvidarlo, nunca podré hacerlo. Sus dedos se clavan en mis caderas, y mis gritos deben de escucharse por toda la mansión porque no me da tregua. Su desesperación es letal para mi cordura y hace arder mi éxtasis.

—¡Viktor!

—Jamás nadie te va a hacer gritar así.

Se ralentiza unos segundos, bajo la mirada y observo el vaivén que ejerce su polla para entrar en mí. Estaba a punto, pero quiere hacerme esperar. Quiere hacerme sufrir. Levanto la mirada para cruzarla con la suya, él sonríe.

—Sigue —le pido adelantando mis caderas—, por favor.

Entra y sale lentamente. Voy a deshacerme, mi pecho está acelerado, apenas me salen las palabras.

—¿Quién te folla así, *malyska*?

Una de sus manos me coge por la barbilla y me obliga a mirarlo.

Puesto que no me salen las palabras, insiste.

—Venga, dilo. —Sigue entrando y saliendo con penetraciones profundas y lentas.

Lo miro a los ojos, estoy en ese estado donde mi placer quiere explotar escapando de mi cuerpo, pero me falta ese pequeño empujón, el sudor recorre mi cuerpo y mis manos se sujetan a sus hombros, intentando unirlo más a mí.

Nunca nadie me ha hecho sentir ni la mitad que Viktor. Jamás.

—Tú, Viktor, solo estás tú.

Entonces retoma el movimiento de sus caderas con fuerza. Una de las manos que se estaba agarrando a mis caderas se dirige a mis muslos. Presiona con el sello de su dedo índice en esa zona tan sensible, esa en la que ahora mismo siento el corazón. Sus estocadas son tan bestiales que le clavo las uñas cuando algo intenso arde dentro de mí, haciendo que mi garganta se rompa ante

los gritos de placer. No siento mi cuerpo en este momento, solo una inmensa y plena paz que arrasa mis sentidos.

Mis piernas caen como peso muerto ante el exceso de energía que he consumido.

—Shhh —me susurra en el oído—, cómo me gusta tenerte así de indefensa.

—Eres un gilipollas.

Entonces me penetra profundamente mientras gruñe, mientras calienta mi interior, esparciendo su semen dentro de mí. Me muerdo el labio ante la multitud de sensaciones.

—Tú lo eres todo, mi Juana.



Capítulo 26

En la actualidad

—Señor Petrov, tiene siete llamadas, tres mensajes de voz y al señor Kiril Popov en la zona de seguridad, retenido, esperando su autorización para entrar. ¿Qué hago?

Nadia, mi secretaria de Diamanty, entra algo despeinada, intentando ver algo a través de esas gafas que lleva puestas. Viste unas mallas ceñidas y unas zapatillas deportivas, desde luego no es la forma habitual de vestir de una secretaria de una empresa tan importante, pero por alguna extraña razón no me termina de disgustar ya que es una empleada muy eficiente.

—¿Quién ha llamado?

—La señorita Ekaterina… Llama todos los días y ha intentado burlar el cordón de seguridad. Esa mujer está loca, señor, ya no sé qué decirle.

—¿No se la puede bloquear?

—Me temo que no. —Ruedo los ojos. No necesito otro problema a todos los que ya tengo—. Y ¿qué hago con el señor Popov?

Kiril. Joder, casi se me olvida. Pero si tengo que tener una conversación con el viejo, quizá este sea el lugar más seguro.

—Dile a los de seguridad que lo registren y hazlo pasar a mi despacho.

Cuanto antes arreglemos esta mierda, mejor. Debe saber que su hija ahora es mía, y todo lo que ella quiera también es mío, así que no voy a devolverle al crío.

He estado pensando en negociar con él. Aunque también podría pedirle a uno de mis hombres que le pegue un tiro en la frente, no soy de los que les gusta ensuciarse las manos, aunque a este desgraciado lo detesto tanto que tampoco me importaría.

—Qué bien te sienta el sillón de director —ironiza el hombre de cabello blanco y con una sonrisa burlona inundando cada palabra.

—La verdad que mejor que a ti.

—Nunca me gustó mucho este despacho de todas maneras —se justifica mientras se pasea como si fuese su territorio, él ha liderado muchos años la empresa, así que se dirige a la barra y saca dos copas y una botella de *vodka*—, lo único que me interesaba de Diamanty era la vida que me proporcionaba.

—Y el dinero que te dejaba gastar…

Se sienta frente a mí y me entrega una copa llena de alcohol. Se recuesta en el sillón de manera despreocupada y saca un puro que enciende al momento. Odio el olor, pero me quedo en mi sitio, plantado, observando a mi adversario.

—Me robas mi empresa, te llevas a mi hija y no tienes suficiente con eso que también me declaras la guerra llevándote al niño.

—Y yo que pensaba que éramos amigos…

—Tú no entiendes de lealtad, no sabes lo que es respetar a un líder, tu padre siempre usaba mi empresa para mover dinero, pero tú solo eras un niñato que no te acuerdas de eso.

—Ya era un adulto para entender que eres un miserable, mi familia murió a manos de un tirano al que tú le diste tu apoyo. Lo perdí todo a manos de Ivan Dragov, así que no me hables de lealtad. Tienes suerte de que no te haya pegado un tiro en la frente ya.

Exhala su apestoso humo dándome en la cara.

—En la Bratva a veces hay que tomar decisiones difíciles para subsistir. Y eso fue una de ellas. Si no me das lo que es mío por las buenas, lo harás por las malas. Estás iniciando una guerra, Petrov.

—Si has venido a amenazarme ya sabes dónde está la puerta.

Carraspea furioso mientras se remueve en el sillón.

—Te crees intocable, Petrov, pero tarde o temprano Nani huirá de ti, ¿sabes por qué? Porque ese niño es más importante para ella de lo que jamás lo fuiste tú.

—Le honra el querer defender lo que ama, cosa de la cual tú careces.

—¿Sabes? Hace diez años me pediste la mano de mi hija y poco después viniste a romper el acuerdo. Recuerdo ese momento como si fuese ayer.

—¿Y eso qué narices tiene que ver ahora?

—¿Nunca te preguntaste por qué la zorra de mi hija nunca fue a buscarte?

Se hace el silencio. Su sonrisa y su soberbia me enervan. Quiere decirme algo que va a doler, puedo ver por cómo sonríe ahora mismo que es algún tipo de información que sabe que me afectará.

—Supongo que tú vas a ocuparte de decírmelo.

—Mi hija jamás te quiso, se abría de piernas para cualquiera. Cuando te digo que era una zorra, lo era de verdad.

Me levanto bruscamente, arrastrando la silla, me inclino sobre la mesa y lo sostengo por la pechera. No voy a permitir que hable así de ella.

—No vuelvas a insultarla.

—Entrégame la empresa, ni tú ni yo queremos iniciar una guerra. Si no lo haces no habrá rincón de este país en el que puedas pasear tranquilo, ni tú ni mi hija. Y menos el niño.

Le asesto un puñetazo y cae al suelo. Su puro rueda encendido, dejando ese olor esparcido por todo el despacho. Se levanta a duras penas mientras sonríe.

—No vuelvas a amenazarme o arrasaré con tu clan.

—¿Estás dispuesto a matar a gente inocente por una disputa que podemos resolver de hombre a hombre? Porque te recuerdo que los primeros que perecen en una guerra son los más débiles, y, por

último, su líder —me dice—. Además, has traicionado a los Barlov, has humillado a Mikhail Ivanov y has desafiado la unión. ¿Tanto poder y hombres tienes como para acabar con la Bratva al completo? Si atacas a uno, nos atacas a los demás. La maquinaria que lleva años engrasando tu cuñado desaparecería. Piensa si él te permitiría eso.

Y esto lo dice uno de los hombres más tiranos y despreciables del mundo. Uno que no tiene remordimientos de vender a los que fueron sus amigos y le ofrecieron su mano cuando lo necesitaron.

Aunque no me puedo esperar otra cosa de una persona que aparentemente mató a su mujer, porque corren rumores que no fue un suicidio como se hizo creer al resto del mundo.

—¿Crees que tengo miedo? No vales nada, Kiril. La gente no te respeta y pronto lo poco que te queda se desvanecerá…

—Tú lo has querido…

Se levanta y me observa, furioso. No me importa Diamanty. Esta empresa en mis manos es un negocio más, en cambio, en las suyas, sería volver a darle el poder que tenía dentro de la Bratva. Volver a ejercer de intermediario para que muchos otros líderes pasen dinero ilícito sin tener que rendir cuentas al responsable del blanqueo de capitales de toda la organización que, casualidad o no, soy yo. Así que de tener que devolverla, no sería precisamente a Kiril, sino a su verdadera dueña.

—Puedes salir por la misma puerta por la que has entrado…

—Te estás equivocando, Petrov, no sabes lo que estás haciendo —amenaza con la sonrisa inundando sus palabras cuando se pone en pie, listo para marcharse—. Estás protegiendo a una cualquiera —me advierte, y vuelvo a levantarme dispuesto a golpearlo—, y a una mentirosa.

—Tuvo a quien parecerse.

Se carcajea.

—No pensaba recurrir a esto, pero veo que necesitas que alguien te abra los ojos. Solo eres un hombre engañado por las artimañas de una mujer.

—¿Crees que soy un idiota?

—No solo la estás protegiendo a ella, sino también a su bastardo.

¿Qué bastardo? ¿De qué narices me habla?

Se carcajea nuevamente, ese sonido me empieza a alterar.

—Veo que no te lo ha contado —se regodea—, te dije que era una mentirosa de las buenas. Esa mujer es una auténtica zorra. El niño es su hijo, aunque ni ella misma sabe quién es el padre.

Me sujeto a la mesa de mi despacho. Las piernas me tiemblan. La obsesión que tenía Juana por salvar al niño cobra sentido. Hago números mentalmente en mi cabeza, tiene ocho años.

—Eso no es verdad. —Intento que no me tiemble la voz. Esto sí que no lo esperaba. Me ha mentido, engañado…—. ¿De quién es?

—Eso mismo le pregunté hace nueve años. —Se rasca la barbilla con la victoria reflejada en sus ojos—. ¿Sabes qué me dijo? ¿Quieres saberlo?

Claro que quiero.

El corazón se me va a salir del sitio.

No puede ser. Me remuevo el cabello, nervioso.

—Que se había abierto de piernas para muchos y no sabía de quién era. Ese niño es un «milpadres».

Un pozo sin fondo. Ahí es donde ha caído mi raciocinio, donde todo es oscuridad.

—Es mentira —insisto, con la incertidumbre azotándome desde dentro—, solo estás jugando sucio. Quieres que renuncie a ella para recuperar lo que crees que es tuyo.

—Ahora la pelota está sobre tu tejado. Ver si quieres iniciar una guerra por una mujer que nunca te quiso o si vas a mantener la paz entre los clanes…

Se dirige a la puerta con la soberbia que lo caracteriza. Ha venido a jugar sus cartas.

Hace nueve años, Juana Popova Rodríguez no vino a darme ninguna explicación porque no podía, porque estaba embarazada y porque ni siquiera sabía si el padre de ese niño era yo.

Me quedo durante horas pensando, instalado en mi sillón. Ni atiendo las llamadas de atención de Nadia, a la cual despacho, ni el teléfono.

No deseo saber nada, solo necesito pensar. Los celos vuelven a recorrerme con fuerza, junto a la ira y la confusión.

¿Por qué narices no me lo contó?

Si incluso el niño la trata como a una madre…

Si el niño es de otro…

¿Podría ser mío?

Los celos me nublan la razón. No puedo ir a casa ahora mismo y preguntárselo, porque ya conozco la respuesta, lo que me atormenta es saber si de verdad la dejé sola y ese niño en realidad era mío.



Capítulo 27

Nueve años antes

Estoy en la habitación de mamá, es la hora de toma de Anton y vengo continuamente a darle el pecho. Mi padre ha insistido en que las sirvientas le den el biberón, pero yo vengo de vez en cuando a escondidas. No quiero perder el hilo que mantengo con mi pequeño. A ojos de los demás, Anton es el hijo varón de mis padres y el mayor orgullo y alegría para el clan, ya que los médicos habían asegurado que mi madre no podría quedarse embarazada nunca más.

Todo es una mentira que me interesa mantener bajo llave, nadie debe saber que el niño es mío. No tengo cómo mantenerlo por mí sola y tampoco tiene un padre que pueda velar por él.

—Mi pequeño —le acaricio la mejilla mientras sonríe ante mi gesto. Es el regalo más deseado que Dios puede hacerle a una madre.

Mi niño de ojos canela me sonríe y no puedo sentirme más feliz. Tengo que reconocer que he estado muy asustada, pero jamás dudé ni un segundo en tenerlo.

Se parece tanto a él…

Lo acerco a mí y huelo ese olor tan especial que desprende mi bebé.

—Anda, ya —me alienta mi madre—, no quiero que tu padre te encuentre aquí y te pille dándole el pecho, ya sabes lo que eso ocasionaría, y será mejor que no tentemos a la suerte.

La miro mientras recoge algunas cosas que he dejado del bebé encima de la cama.

Me levanto aún con el niño arrullado en mis brazos, lo pongo sobre la cuna y lo cubro con la manta. Me coge el dedo y yo me quedo ahí embobada, mirándolo.

—¿Por qué has aguantado esto, madre? ¿Por qué no nos vamos de aquí?

—Por ti.

—¿Por mí? —pregunto.

—A veces soportamos lo que no debemos por miedo a perder a nuestros hijos —murmura—. Ahora que tienes a tu niño entre tus manos, ¿qué harías tú por él?

Lo miro, está tan indefenso…

—Haría cualquier cosa, mamá.

—Siempre quise volver a España, ¿sabes? —me cuenta con añoranza—. Desde que tu padre me trajo aquí, intenté con todas mis fuerzas regresar. Durante meses ponía la televisión y veía las noticias de mi país, mis padres me estuvieron buscando, ¿te das cuenta? Sufrí de ansiedad al no poderles decir que seguía con vida, que nunca me fui por voluntad propia y que daría mi vida por volver con ellos.

—Lo siento, mamá.

—No podía dormir recreando una y otra vez las imágenes de aquella noticia donde tu abuela Juana lloraba y pedía que me encontraran, tiempo después todo se olvidó y me dieron por muerta.

—Tuvo que ser muy duro.

—Era lo peor que me había pasado en la vida, pero entonces… —coge aire para continuar— me enteré de que estaba embarazada. Aquello fue un resquicio de felicidad entre todo lo que me estaba consumiendo. Te sentí en mi vientre y lloré porque, aunque no

quería tener hijos con tu padre y las relaciones no fueron consentidas, él había depositado algo en mí que amaba.

—Gracias, mamá.

Mi madre se sienta en la cama y derrama alguna lágrima.

—Entonces empecé a olvidar mi pasado para centrarme en el presente. Salir de aquí quedó descartado porque era la única forma de protegerme y protegerte a ti. Eras mi salvación, mis ganas de vivir y lo único en esta vida que me hizo realmente feliz.

—Eres la mejor madre del mundo y te agradezco que hayas sido tan fuerte.

—Ahora que tienes a tu pequeño en las manos, Juana, repito: ¿qué harías tú por él?

—Todo —respondo mirando a mi pequeño.

—Intenté escapar dos veces contigo cuando eras pequeña, la primera vez me atrapó y me pegó una paliza. Me encerró en una de sus celdas durante una semana, luego no me dejó verte en meses.

—Ese hijo de… —Aprieto el puño que tengo libre.

—La segunda, ya tenías seis años y también te maltrató y te encerró en la celda a ti. Creo que desde ese día cogiste fobia a los sitios cerrados y yo me sentí culpable por aquello durante mucho tiempo.

—Es un monstruo, madre, tú no tuviste la culpa de nada.

—Lo es, pero no podemos deshacernos de él. Lo he intentado, es imposible.

De pronto, la puerta se abre y el hombre que nos atormenta entra a paso decidido, irrumpiendo en la habitación.

—¿Qué haces aquí con el mocoso?

—No lo llames así.

Se dirige al armario y coge un traje chaqueta y lo deja sobre la cama.

—Largo de aquí —escupe de manera fría—, y no vuelvas a entrar en mi habitación.

—Tengo derecho a verlo.

—Desde que decidiste que el niño *milpadres* fuese mío, ya no. —Mantengo los puños pegados a mi cuerpo—. He vuelto a pagar tu matrícula, así que vas a hacer lo que hacen las jóvenes de tu edad.

—Bueno, Kiril, podemos dejar que Juana cuide de vez en cuando a Anton, el niño está muy nervioso y estar con ella lo tranquiliza —añade mi madre, intentando calmar el ambiente.

—Lo que me tranquilizaría es que no venga con la barriga de otro. No voy a poder estar toda la vida haciendo creer a todos que tengo mocosos contigo, con lo vieja que estás.

Mi madre cierra los labios, sé que está haciendo lo posible para no responder.

Y yo no quiero que la martirice más por mi culpa.

—Sí, padre tiene razón.

Salgo de la habitación con la impotencia recorriendo mis entrañas. No puedo hacer nada, no cuando el hombre que más detesto es quien cuida de mi hijo. Ahora entiendo lo que quería decir madre con lo de proteger a las personas que amas y en lo que eso nos convierte.

Entro en la cocina dispuesta a tomarme una pastilla para el dolor de cabeza que ha aparecido de repente. Abro la nevera y me sirvo un vaso de agua.

—Vaya, dichosos los ojos … —Su voz me recorre la columna vertebral, esto era lo que menos necesitaba—. Dicen las malas lenguas que has estado muy enferma, pero yo te veo muy gorda, como si hubieses estado zampando a todas horas, igual que una cerda.

Ekaterina está apoyada en el mármol de mi cocina. Lleva el cabello rubio atado en una trenza, cuidando hasta el último detalle, con un maquillaje sensual y un vestido que deja ver sus largas piernas. Siempre fue despampanante a mi lado.

—Déjame, Ekaterina.

Su madre trabaja en la empresa de diamantes y ella y su hija siempre se han paseado por mi casa como si fuera suya.

—No, si yo ya me iba. Tanto tiempo sin vernos y no he podido contártelo, pero he dejado los estudios, voy a empezar mi carrera profesional como modelo.

—Enhorabuena —digo, dejando el vaso en el fregadero con la intención de marcharme.

No quiero verla y mucho menos que tenga nada que ver en mi vida.

—Tenías razón con aquello que me dijiste de que Viktor era bueno en la cama.

La odio con todas mis fuerzas. La detesto, y, aun así, intento mantener la compostura. Me apoyo en la encimera, respiro y cuento hasta diez.

—Eres una zorra.

Su carcajada es descomunal.

—¿Hace falta que te recuerde lo que hiciste la noche de tu cumpleaños? —pregunta señalándome—. Mírate a ti, si pareces un despojo humano. Estás hinchada como una patata y tu piel…, arg.

Dicen que las mujeres se sienten inseguras cuando dan a luz. A mí me importan una mierda los kilos, el maquillaje, esa fachada no dice nada. Lo que verdaderamente me importa es mi hijo.

—Ya tienes lo que querías, Eka. Tu carrera, el hombre de tus sueños y dinero.

—Ya, me supo mal, la verdad —afirma, mirándose las uñas—, pero Viktor es perfecto para mí, además de que me quiere de verdad.

Ruedo los ojos.

—Tú misma dijiste que no quería a nadie y solo usaba a las chicas para pegarse un revolcón. Al fin y al cabo, siento decírtelo, es para lo que todos te usan, Ekaterina.

—Eres una estúpida, mi madre me lo ha contado todo. En el fondo siempre me diste pena y ahora mucho más. Tú sola escondiendo un niño del que ni siquiera sabes quién es el padre. Ya veremos qué le cuentas a ese mocoso cuando sea mayor.

Ya no lo soporto más.

Es una zorra y ha venido a provocarme.

Cojo las tijeras que hay sobre el mármol y me abalanzo sobre ella. Intenta retroceder, aunque la encimera ejerce de tope. Forcejea conmigo, sin embargo, mi ira hace que tenga más fuerza. ¿Ella es una modelo rusa, rubia y de piernas largas? ¿Y qué? Yo soy una española entrada en kilos que le va a destrozar su estúpida peluca. Le corto la trenza de un tajo. Ella me empuja, pero no ha podido

evitarlo, así que retrocedo con la sonrisa asomando en mis labios y enseñándole su precioso cabello rubio en mis manos.

—Ahora eres una modelo un poco calva.

—¡Eres una salvaje! —Se abalanza sobre mí, pero uno de los hombres de mi padre, que ha escuchado los gritos, ya la tiene cogida por la cintura.

—No vuelvas a mi casa o lo próximo que te cortaré será esa maldita lengua.

—¡Mamá! ¡Kiril! —grita como una posesa endemoniada.

Mi padre aparece ante el escándalo, también lo hacen su madre y la mía.

—¿Qué está pasando aquí? —inquiere de manera autoritaria mi padre.

—Juana me ha cortado el pelo y me ha amenazado, yo solo estaba aquí acompañando a mamá… —solloza haciéndose la víctima.

—¿Estás loca o qué? —me reprende mi padre, cogiéndome por el antebrazo.

—Déjala, Kiril, solo está nerviosa por todo lo sucedido —me defiende mamá.

—Ni Kiril ni hostias —le asesta un bofetón delante de todas, humillándola.

Y esa bofetada me duele más a mí. Veo la sonrisa de Ekaterina inundando su cara y me provoca un dolor intenso que se me acomoda en el alma.

Subo a mi habitación, ya está bien de humillación por hoy, no sé qué he hecho para merecer esto. Todo en mi vida se ha desmoronado de una manera que no logro entender…

—¿Cuándo te vas a comportar como una maldita persona normal y dejarás de ser una salvaje?

Mi padre se desajusta el cinturón y hace un ruido seco en el aire cuando se acerca a paso lento hasta mí. A Griji, mi gato, se le eriza el lomo a mi lado y emite un bufido. Lo encontré hace dos semanas en mi ventana y decidí quedármelo. Ahora mismo es mi única compañía y amigo de verdad, además de mi madre, y el único que me entiende en mis largas noches de lágrimas mientras lo acurruco contra mí.

—Me estaba provocando, quería humillarme y no entiendo cómo puedes hacer valer más a esas mujeres en esta casa que a mamá o a mí…

—Ellas son parte de la familia. Vesna ha demostrado serle fiel al clan.

Sé que se acuesta con ella desde hace tiempo, creo que mi madre también lo sabe, pero ella se muestra ignorante, no quiere a este monstruo y si Vesna lo satisface, puede que la deje a ella en paz.

Aunque todo me parece repugnante.

—Lo siento —digo con miedo cuando se acerca a mí. No es la primera vez que me golpea, aun así, no quiero enfurecerlo, no cuando mi mayor miedo vive bajo este techo.

—Ahora lo vas a sentir más.

Justo cuando va a golpearme con su cinto, Griji se le abalanza, mi padre lo agarra con fuerza para apartarlo, pero no ha podido evitar que le arañe la cara.

—¡Maldito salvaje! ¿Quién narices te ha dejado entrar aquí?

—¡No! —grito cuando su mano oprime el cuello del felino con fuerza.

Me lanzo sobre él, pero con su otro brazo me suelta una bofetada que me tira al suelo.

—Esto es lo que les pasará a todas las personas que quieres —advierte, y sigue apretando su cuello sin que pueda hacer nada—, y el próximo en pagar las consecuencias de tus actos será ese maldito mocoso.

—No lo hagas, por favor, no lo hagas… —le suplico desde el suelo, con las lágrimas inundando mi cara—. Seré una buena hija, por favor…

Pero el pequeño Griji ha quedado inerte entre sus dedos. Lo tira a un lado y veo con alivio como el felino aún mueve su pecho, despacio, hasta que ese monstruo llamado padre, saca su pistola y termina de rematarlo. Como si no valiese nada, como si no hubiese roto otro pedacito de mi magullado corazón.

—Solo es un maldito gato mugroso. ¡Espero que no me haya pegado la puta rabia!

Miro al animal tendido a un lado.

¿Cómo alguien en el mundo puede ser tan cruel de hacerle algo así a un ser tan indefenso?

¿Cómo existe un Dios que deja vivir a este tipo de personas?

Solo deseo poder salir algún día de esta maldita casa, cogeré a mi hijo y me iré para siempre de aquí. Y algo se hace más intenso en mi cuerpo.

Un deseo que me haría aún más feliz.

Ver a mi padre muerto.



Capítulo 28

En la actualidad

—Deberías volver, Viktor, Juana debe de estar preocupada —me aconseja Anastasia.

—Ya… —Me remuevo el cabello, nervioso.

Hace dos días que estoy aquí. Es el único lugar seguro que encuentro. Mi hermana y su familia lo son todo para mí y a los únicos que puedo recurrir cuando tengo un problema real.

—¿Qué te pasa, Viktor?

—Es difícil de explicar, Nastya.

—Sabes que puedes confiar en mí, yo quiero lo mejor para ti. ¿Es por Nani?

Mi mente da vueltas de un lado a otro. He pasado por todos los estados de ánimo por los que un hombre dolido puede pasar. El engaño, la burla, la decepción, el dolor y el remordimiento. Ese es el que más fuerte me ha invadido estas últimas horas.

Lejos de estar furioso con ella por haberme engañado, lo estoy conmigo mismo. La engañaron, la humillaron y yo creí en esas

mentiras que me separaron de ella. No solo eso, sino que la dañé de la peor manera. He estado ocho años odiándola, unido a Ekaterina, una de las mujeres que la traicionó mientras ella estaba sola y luchando por ese niño…

Su hijo…

—Kiril Popov vino hace dos días a mi oficina a exigirme las acciones de la empresa, está dispuesto a iniciar una guerra.

Anastasia coge la bandeja que trae su empleada y la deja a un lado en la mesita del salón. Se sienta en el lateral del sillón contiguo en el que estoy yo.

—Toma esto, hermano, y tranquilízate. —Prepara la bebida y alarga el brazo para ofrecérmela—. Y ahora relájate y cuéntame qué es lo que ha pasado.

—Vino y me dijo algo que no sé cómo afrontar, necesito contárselo a alguien…

—Kiril Popov es un hijo de puta, ya sabes que corren rumores sobre que mató a su propia esposa y los mismos hombres de su clan hablan mal de él. Nadie va a iniciar una guerra por un hombre que no dispone de recursos. Además, sabes que tienes nuestro apoyo.

—Nastya, he hecho daño a la mujer a la que amo…

Mi hermana suelta una ligera sonrisa.

—Te la llevaste a la fuerza al igual que Aleksei me llevó una vez a mí, seguro que no es tan grave. Juana está loca por ti, solo que tiene un carácter difícil que te costará domar.

—No es eso, Nastya, es que he sido muy injusto con ella. No se merece lo que le hicieron y yo terminé de hundirla y nueve años después he continuado siendo un auténtico capullo.

—¿Está enfadada porque la secuestraste? Mikhail ya ha venido a pedir explicaciones, pero Aleksei y él han sellado un acuerdo. Así que por el gobernador puedes estar tranquilo.

—Nunca se acostó con mis amigos por iniciativa propia, confío en ella, sé que no lo hizo. Durante años esa imagen me retorció las entrañas y seguir relacionándome con su amiga era mi manera de devolverle el daño que me había hecho.

—Ekaterina Smirnova es una arpía, su madre trabajaba para el padre y fingía ser amiga de la madre mientras se beneficiaba al

señor Popov, aunque realmente creo que le hacía un favor a esa pobre mujer.

—Todos esos años no he visto más allá de mis narices… —reconozco—, los celos me han nublado la razón y la falta de perdón por su parte me retorcía, no entendía cómo había podido ser tan fría y calculadora. Me hicieron creer que sus sentimientos habían sido una mentira y mi odio hacia ella se acrecentó.

—Mamá siempre decía que eras el hijo más noble, pero también el más rencoroso. Te pasabas enfadado con nosotras semanas cuando te castigaban por nuestra culpa —me recuerda—, aunque siempre tuviste un buen corazón, Viktor.

—Juana Popova jamás vino a ofrecerme ninguna explicación porque estaba embarazada.

Mi hermana escupe en el vaso el trago que acababa de dar a su té.

—¿¡Qué?! —dice, sorprendida—. ¿Embarazada?

—Lo que oyes, Nastya.

—¿Lo perdió? ¿Quién era el padre? ¿Qué pasó?

—El niño por el que Nani ha sido capaz de vender su alma al diablo es el que hicieron pasar por su hermano: Anton. —Mi hermana está con los ojos abiertos de par en par, casi tan sorprendida como me quedé hace unos días yo—. Y su padre…

No me salen las palabras todavía para decirlo.

—¿Quién es el padre, Viktor?

—Estoy seguro de que su padre soy yo.

El vaso le cae al suelo, haciéndose añicos. Se levanta, viene a mi lado y me abraza.

—Joder, ¿cómo te has enterado? ¿Estás bien? No sé…, Viktor, dime algo —farfulla de manera atropellada.

—El viejo cantó, me contó que Juana le dijo que no sabía quién era el padre. Creyó que la rechazaría por eso y así poder quitarme del juego, ya que le interesaba el negocio que tenía con Mikhail. Me dijo que el niño es un *milpadres*, pero tengo la certeza de que es mío.

—¿Ella sabe que lo sabes?

—No, y por el momento creo que es mejor así y tú tampoco se lo vas a contar a nadie.

—Palabra de hermana. —Levanta el dedo meñique para afianzar nuestro secreto como hacíamos de pequeños.

—He dañado a la mujer que tanto he querido y ahora no sé cómo arreglarlo. Aunque hay algo que me atormenta… ¿Por qué no vino a contármelo?

—Vivía bajo el techo de un monstruo, Viktor, solo tenía diecinueve años y era una cría. Además, tú anunciaste poco antes que no te casarías con ella. Supongo que se vio sola.

—Debería haber confiado en mí.

—Hubieses desconfiado después de lo que viste, la querías demasiado y eso fue una enorme traición, así que es normal que la odiaras con todas tus fuerzas. Pero recuerda que después te negaste a intentar saber qué pasó realmente.

—No sé cómo hacerlo… Lo único que tengo claro es que no voy a volver a caer en los errores del pasado.

—Pero mira a quién tenemos AÚN aquí. —Mi cuñado entra en el salón, interrumpiéndonos, se acerca a su esposa, la separa de mí y le da un beso en los labios—. ¿Se va a alargar mucho más esta visita?

—Aleksei… —lo reprende mi hermana.

—Cuando uno le dice a la familia «estás en tu casa» se refiere a que puede abrir la nevera e ir al baño sin pedir permiso, no es para que se quede a vivir contigo para siempre.

—Eres un insensible, es mi hermano y lo está pasando mal —le explica Anastasia mientras le sonríe.

—¿Qué te pasa, hermano? —me pregunta Aleksei—. ¿Obligar a tu futura esposa y llevártela a la fuerza no te está saliendo según lo esperado? Tu hermana llegó a dispararme con un arma en la cabeza.

—¿Y no te reventó los sesos?

—No, por suerte no había bala y estaba vacía. Ese día el Señor estuvo de mi lado.

Ruedo los ojos.

—Hubiese sido divertido —bromeo con mi cuñado—. Tranquilo, solo necesitaba pasar dos días con mi familia.

—Me viene bien que estés aquí, tengo algo importante que hablar contigo.

—¿Qué pasa?

—He sellado un acuerdo con Mikhail y eso te incumbe a ti.

—¿Qué clase de acuerdo?

No necesito más problemas y nada que tenga que ver con Juana y el niño es negociable.

—Tenemos a los federales encima. Creo que incluso podríamos tener un topo entre nosotros.

—Los federales siempre están pegados a nuestro culo, no es nada nuevo, pero ya sabes que todo en este mundo se soluciona con dinero.

—No todo. Alguien ha hablado, tienen al gobernador cogido por los huevos. Han encontrado varios burdeles de mala muerte al este del país y creemos que los Barlov o incluso Kiril podrían estar detrás de ellos. Las personas con las que están traficando para esos prostíbulos han pasado por el puerto con total seguridad y esa es la zona que controla Mikhail, así que supongo que alguien le quiere endosar el muerto.

—Me importa una mierda todo lo que tenga que ver con Mikhail.

—Ahora mismo es un eslabón muy poderoso, gracias a él podemos obrar con total libertad en Rostov del Don. Así que nos conviene tenerlo de cara, además, le debo algún tipo de mierda por tu culpa.

—¿Mi culpa?

—Le robamos a la novia el día de su boda.

—Que se joda.

—No me cae del todo bien Mikhail, pero nos ha demostrado que es de fiar, en la guerra nos brindó su apoyo, y tanto a él como a nosotros nos interesa que esté de nuestro lado. Sé que es un usurero, aunque, mientras le mantengamos los bolsillos llenos, nuestro negocio seguirá prosperando.

—¿Qué propones?

—Tengo bajo investigación a los Barlov, le robaste a Wade una parte importante de su fortuna y creemos que ha estado traficando. El dinero que antes blanqueaba en Diamanty lo ha estado invirtiendo

en clubs de lujo, y creo que Kiril Popov y él tenían algún tipo de acuerdo ya que justo en esos mismos clubs es donde Kiril se ha dejado toda su fortuna.

—No tiene sentido que ellos intenten traicionarnos, caerían con nosotros…

—O no, podrían llegar a algún tipo de acuerdo con alguien externo para poder arrebatarnos el control. El padre de Kiril ya intentó hace muchos años atentar contra los Dragov.

—¿Cómo sabe Mikhail que los federales nos siguen la pista?

—Lo sabe, lo de casarse con Juana Popova públicamente solo era parte de su plan.

—Pídele a uno de tus hombres que le pegue un tiro en la cabeza al viejo y a Wade y asunto solucionado.

—Ahora tenemos una investigación detrás y no nos interesa llamar la atención ni parecer culpables —me recuerda Anastasia—. Vamos a hacer algo mejor. Además, si hay abierta una investigación por parte de los federales para encontrar al clan que trafica con personas, es nuestra oportunidad para deshacernos de ellos. Así que vamos a pelear con la cabeza.

Ahora más que nunca necesitamos una cabeza de turco.

Así que… vamos a jugar a la Bratva.



Capítulo 29

En la actualidad

Viktor lleva dos días sin venir a la mansión. Son las once de la noche, Anton ya se ha dormido y me he quedado recogiendo con Polina en la cocina como cada noche, algo preocupada. Qué digo preocupada, estoy empezando a notar ansiedad.

—Polina, ¿no sabe dónde está Viktor?

—El señor llamó hace dos días para informarme de que estaría un tiempo fuera, señora.

—Ah…

Siento la decepción en mi cuerpo. No sé muy bien por qué no ha vuelto y en este tiempo no me he atrevido a llamarlo.

—No se preocupe, seguro que está arreglando algún tema legal.

—¿Suele ausentarse largas temporadas?

La mujer me mira mientras termina de fregar el último vaso.

—No, señora, no suele ausentarse.

—¿No pasaba noches fuera de casa?

—El señor siempre duerme en la mansión a no ser que viaje por negocios, pero son muy pocas veces las que eso ocurre y siempre

suele avisar.

—Ya… —respondo, ahora más nerviosa tras el interrogatorio a la mujer.

—No se preocupe, siempre ha sabido cuidarse solo.

—¿Cree que podría estar con alguna… mujer?

Tenía que preguntarlo, pero mi voz ha ido perdiendo fuerza conforme he ido hablando.

—No lo creo, señora. Si me permite serle sincera…

—Sí —suplico, impaciente.

—No sé lo que hará fuera, pero el señor no trae mujeres a la mansión. Ni siquiera le permitía quedarse a la señorita Ekaterina aquí.

—¿No? ¿Y eso por qué?

—Porque la quiere a usted.

Suelto una carcajada.

—¿Le ha dicho él que me diga eso?

—No, simplemente llevo sirviéndolo mucho tiempo. Tiene una fotografía suya en la mesita de noche y jamás ha tenido intención de casarse con ninguna, y créame que las mujeres hacen cola en la puerta.

—Cuando dice que hay mujeres en su puerta…, ¿lo dice de manera literal?

—Si yo le contara… Sé que parece surrealista, pero sí que las tiene, y muchas, además.

—Igual por eso no ha vuelto a casa, se ha ido a retozar con una de tantas.

—Los celos no van a llevarla a ningún lugar.

Termino de recoger y consulto el reloj.

Hoy tampoco va a venir.

Subo las escaleras, algo decepcionada, y me meto en mi habitación. Conecto la luz y ahí está el motivo de mi preocupación.

Está sentado en el sillón con la cabeza mirando hacia el suelo. Lleva la camisa desabrochada y parece un hombre derrotado.

—¿Dónde has estado? —le reprocho—. ¿Crees que puedes dejarme aquí encerrada y abandonarme siempre que quieras?

Se desabrocha la camisa y la tira a un lado. Una de sus manos pasea por su brazo izquierdo mientras se acaricia el tatuaje ese que tanto me gusta.

—No voy a irme nunca más. —Levanta la vista y su mirada es penetrante. Tanto, que me hace temblar. Noto algo extraño en él, algo intenso que flota en el ambiente.

—¿Has estado retozando con alguna mujer?

Estoy furiosa. Lo quiero y lo odio a la vez. Solo él consigue hacerme sentir así.

—Se acabaron los celos para siempre, *malyska*.

—Prométeme que no has visto a Ekaterina.

Aunque intente no demostrar nada delante de él, la inquietud y la incertidumbre por saber dónde ha pasado estas dos últimas noches, me matan.

—Ekaterina jamás significó nada para mí. Ven aquí —me pide con tranquilidad. Su voz es como un imán. Me acerco a él y me detengo a unos centímetros entre sus piernas—, siéntate aquí.

Las abre y me siento lentamente sobre su muslo. Su contacto me hace temblar, pero pensar en todo eso que nos ha separado todo este tiempo sigue doliendo.

Pasa un mechón de mi cabello por detrás de mi oreja y me observa, me encaro a él para mirarlo más de cerca. Está extraño.

—Podría estar toda una vida viviendo en el infierno, si con eso pudiera pasar unos segundos a tu lado.

Sus palabras me hacen temblar sobre sus piernas. Viktor me coge por la cintura, haciendo que mi corazón golpee en mi pecho con fuerza.

—No más celos nunca, mi Juana, no más mentiras.

Eso sí que me retuerce el corazón, porque hay algo que jamás voy a contarle. Algo que se va a quedar conmigo. No puedo arriesgar la estabilidad de mi hijo, por más que quiera a Viktor.

—Es difícil no estar celosa si la persona que quieres desaparece de tu lado sin ningún tipo de explicación —le reprocho.

—Nunca he podido sacarte de mi cabeza. Jamás, y desde el momento en que te vi entrar aquel día en mi mansión, decidida a recuperar tu empresa, no he vuelto a tocar a ninguna mujer.

Me baja la cremallera del vestido con lentitud. Sé lo que quiere, yo también necesito esto de él. Es verdad que estaba furiosa, pero Viktor hace que se disipe todo, no puedo negarle nada. No cuando mi corazón vuelve a latir al sentir sus palabras y creer que son de verdad. No puedo alejarme de él, ni siquiera siento que deba seguir fingiendo odio, cuando la vida nos ha llevado a alejarnos y ahora nos brinda esta oportunidad de estar juntos.

—Te prometo que no volverá a pasar nunca más, mi pequeño diamante.

Me he quedado tan sumida en sus palabras, que no he sido verdaderamente consciente de cuándo me he quedado desnuda.

Viktor se desabrocha lentamente el pantalón. Me levanto deliberadamente para que se deshaga de la prenda. Es un hombre grande y grueso, su polla sale del calzoncillo impactando contra su ombligo. Me arrodillo entre sus piernas y me agarro a sus muslos dispuesta a hacerle una mamada. Me coge por la mejilla y me observa.

—Levántate y date la vuelta, *malyska*.

Hago lo que me pide, para encontrarme con el espejo que hay frente al sillón. Estoy aquí de pie observando mi cuerpo, a mis veintiocho años debo reconocer que mi vientre es firme, a pesar de tener un cuerpo curvilíneo, ya que mis caderas son anchas y tengo un pecho abultado. Soy una mujer con curvas y con algo más de masa en algunas zonas redondeadas de mi cuerpo.

¿Y qué? Tal vez en el pasado tuve algo de complejo, pero ahora me gusto tal y como soy.

Sigo mirando el espejo mientras Viktor continúa sentado en el sillón y se masturba. Agarra con el puño su falo y lo mueve con movimientos lentos de arriba abajo.

—¿Sabes que tienes el mejor culo del mundo? —Me aprieta con la otra mano una nalga—. ¿Alguna vez has visto lo impresionante que eres? Mírate, Juana, en el espejo. Porque quiero que te veas como lo hago yo. Necesito que entiendas uno de los motivos más importantes por los que jamás he podido sacarte de mi puta cabeza.

Me coge por las caderas y me sienta sobre él, su miembro duro queda pegado a mi espalda, mientras me huele, mientras sus manos

agarran mis senos y recorre mi piel con sus yemas. Sus pulgares rozan mis pezones y me hace vibrar.

—Viktor… —murmuro.

—No sabes lo que provocas en mí, *malyska* —gruñe cuando pone una pierna mía a cada lado de sus muslos y las abre para dejarme abierta frente al cristal—. Mira lo que tienes ahí, quiero que veas lo que me provocas y quiero que entiendas de una vez por qué jamás vas a ser de otro, porque tu cuerpo chorrea ante mí, quiero que lo veas con tus propios ojos.

Me deja abierta frente al espejo. Jamás me había visto a mí misma de esta forma. Mi sexo inflamado y la carne sonrojada. Los labios de mi coño abiertos y ese orificio…

—Eres mía, Juana, y esta vez va a ser para siempre. —Me muerdo el labio cuando una de sus manos pasa por delante para abrirme más las piernas y recorre con sus dedos mi sexo—. ¿Has visto cómo te pones? Estás chorreando, nena.

El pulso se me acelera. Es algo tan íntimo, tan real…

—Umm. —No puedo articular palabra en este mismo instante.

Viktor tiene razón cuando dice que mi cuerpo reacciona de una manera descomunal ante él. Su tacto y sus palabras me producen el más grande de los anhelos.

Entonces me levanta como si no pesara nada para él. Tengo que ayudarlo ya que tiene un buen tamaño. Su punta roza mi entrada y me remuevo. Veo por el espejo cómo entra lentamente dentro de mí. Cómo mi carne se amolda para acogerlo, para que entre en mí ya más de lo que se ha metido, para que me penetre con intensidad y sentir su necesidad.

—Joder, Diooos —blasfema—, esto va a ser mejor de lo que me había imaginado.

Vuelve a pasar sus dedos por mi sexo estando dentro de mí.

Su otra mano va hacia mis nalgas y me acaricia el ano.

—Voy a entrar en cada lugar, voy a explorar cada rincón. —Me arqueo cuando me ayuda para introducirse nuevamente en mí—. Voy a follarte y a hacerte el amor.

Se introduce con intensidad, uso sus piernas de soporte para subir y bajar sobre él. Puedo ver cómo lo atrapo, cómo entra y yo lo

acojo con todo lujo de detalles, gracias al espejo. Esto es más morboso de lo que me había imaginado. El sudor comienza a aparecer por mi cuerpo, el aliento y la cordura me faltan cuando vuelve a acariciar el orificio de mi culo con el dedo y lo introduce.

Grito y jadeo al mismo tiempo.

Viktor es la energía y el oxígeno que necesito para respirar. Es el aire que le falta a una vela cuando quiere navegar.

—Así, *malyska*, así. No sabes lo que me haces sentir, no te puedes imaginar lo duro que me pones. ¿Me sientes dentro de ti?

—Viktor —le suplico cuando estoy a punto de llegar al éxtasis. Mis dedos aprietan sus antebrazos—, no puedo soportarlo más.

Entonces sigue moviendo sus caderas con más fuerza. Su mano pasa por delante y cierra el puño delante de mi coño.

—Mi Juana —susurra en mi oído.

Fricciona con sus sellos mi clítoris consiguiendo que una avalancha de placer me recorra. Justo cuando algo intenso se apodera de mi interior. Cuando los chorros de líquido salen de mi excitación. El corazón se me sale del pecho, el aire no oxigena ya mis pulmones.

—Así, *malyska*, córrete, así… Es la reacción de tu cuerpo a mis caricias…

Estoy perdida en el placer, gritando, y cuando estoy a punto de cerrar las piernas se ayuda de sus muslos para dejarme todavía expuesta. Para penetrarme con tres estocadas más que culminan con todo lo que yo también le hago sentir, para que su semen y mis fluidos resbalen juntos por toda su longitud.

—Esto ha sido… —No me salen las palabras.

—Esto quiere decir que te amo, nena. Más que nada en este mundo y tu cuerpo y el mío no pueden disimular que están hechos el uno para el otro.

Ty moy malen´kiy almaz[3]*



Capítulo 30

Llevo diez días de luna de miel sin salir de mi mansión. Sin problemas ni llamadas, ni siquiera dejo que nadie entre o salga de mi propiedad. Mi prioridad es recuperar el tiempo perdido con ella y hemos estado toda la semana sin poder separar las manos el uno del otro.

—¡Nani, mira lo que hago! —grita Anton subido a su caballo.

Durante estos días, no dejo de observarlo. El color de su cabello, el color de sus ojos… Veo en este niño todo lo que veía en mí de pequeño.

Es mi hijo.

Es mi hijo.

ES MI HIJO.

No dejo de repetírmelo una y otra vez. No me he atrevido a decirle a Nani que lo sé porque tampoco quiero que crea que la estoy cuestionando. Quiero que vea que confío en ella, si no es así, tengo miedo de volver a perderla por su inseguridad. Así que voy a esperar a que esté preparada para que me lo diga ella misma.

—¡Anton! —Esta corre en su dirección, cuando hace un salto arriesgado y el niño se tambalea en el caballo, pero él se agarra a

las riendas con fuerza para evitar caer—, te he dicho que tuvieras cuidado. Qué susto me has dado.

De pronto en mitad del jardín aparece mi amigo Roman, hoy lo he hecho llamar. Tarde o temprano debía tomar una decisión sobre esa empresa de diamantes, ya que ahora mi prioridad está aquí con mi familia.

Familia…

Esa palabra remueve algo profundo en mi interior.

—Un poco más y tocas con la cabeza el suelo, niño —le dice Roman a Anton.

Nani lo ayuda a bajar del caballo y este se va hacia él.

—Yo no soy un niño…

Roman se mofa.

—El niño ha salido respondón.

—Cuidado con lo que dices —lo amenaza mi Juana.

—Desapareces unos días y cuando te encuentro tienes mujer e hijo —bromea Roman sin saber que es la realidad.

Me da la mano mientras sonrío, pero Anton, descontento, se acerca a nosotros y le asesta una patada en la espinilla.

—Ay, este niño está endemoniado —se queja Roman.

Me carcajeo al ver al pequeño con el ceño fruncido y sin un ápice de cobardía. Nani también se está riendo al ver lo que ha hecho Anton.

—La culpa es tuya por meterte con él.

—Por cierto, encantado —dice Roman—. No llegué a conocerte el día de tu «no boda» con el otro novio.

—Soy Juana Popova, un placer. —Le ofrece la mano y mi amigo la estrecha en respuesta.

—He venido a arreglar unos asuntos de Diamanty con Viktor —explica con educación, pero con la clara intención de que se marche.

—La empresa en un futuro volverá a ser de Juana y de su… —me cuesta decirlo— de su hermano. Así que puedes hablar lo que quieras delante de ella. Todavía no es mi esposa, pero lo será.

—Tienes una manera muy peculiar de pedirle matrimonio a una mujer… —me reprocha ella—, hasta que no tenga un anillo de diamantes rodeando mi dedo, es algo que no va a pasar.

—Puedes dar gracias, Juana —le suelta mi amigo mientras caminamos hacia el despacho—, yo realmente pensaba que este idiota jamás se desposaría. Al menos no quería hacerlo antes de ti.

Miro a Nani de reojo, lleva las manos detrás de su espalda para disimular el temblor que le ha entrado. Ella me sonríe con esa sonrisa que hace que me derrita y me convierta en mantequilla líquida.

—Y todavía no lo he hecho —respondo.

Llegamos a mi despacho y dejamos a Anton al cargo de uno de mis hombres.

Me siento en mi escritorio y Juana y Roman lo hacen frente a mí.

—Bueno, a lo que venía —comienza mi amigo.

—Esta semana se han estado haciendo transferencias de dinero indecentes desde Diamanty. Nada cuantioso como para dar la voz de alarma entre todos los beneficios que genera la empresa, pero sí lo suficiente para hacernos parecer culpables de algún negocio turbio.

Mierda.

—Revierte las transferencias y ya —digo.

—No es tan fácil —explica Juana—, si están intentando culparte de algo, eso podría entenderse como un encubrimiento. Y tampoco podemos ir a la policía, sabes a qué nos dedicamos y hay mucho más dinero ilícito en esa empresa de lo que seguramente sumen esas transferencias.

—¿Qué propones? —pregunta Roman.

—Averigua de dónde provienen.

—Soy *hacker* informático, ¿crees que no lo he intentado ya?

—Seguramente mi padre tenga que ver algo con esto.

—Tenemos a los federales detrás —les recuerdo para que sepan que tenemos que tener cuidado—, hay alguien ahí metido en el tráfico de personas. Clausuraron un club a las afueras y creemos que los Barlov o incluso tu padre podrían estar detrás —señalo, dirigiéndome a Nani al pronunciar las últimas palabras.

—No me extrañaría nada de ese viejo…

—En la Bratva, se permite la extorsión, el manejo de capitales, el tráfico de drogas y de armas, pero jamás se trafica con vidas

humanas. Es nuestro código de honor y nuestro sello como respeto hacia el Pakhan. Así que o los entregamos o nos los cargamos.

—De momento, lo más seguro es que yo siga al frente de la empresa hasta que todo se esclarezca.

—Viktor… —replica Juana—, en algún momento Anton tendrá que ir al colegio y yo no puedo estar toda la vida encerrada aquí.

—¿Por qué no? —dice de manera despreocupada—. Aquí es donde más seguros estáis. Conmigo.

—Debo irme —interrumpe Roman, levantándose de la silla—. Te mantendré informado hasta que decidas qué fichas quieres mover.

Debo pensar muy bien qué pasos tomar. El viejo me ha declarado la guerra mediante amenazas, pero la ha iniciado atacando de manera encubierta, y los Barlov están de su lado.

Mi hombre se marcha y mi Juana se queda sentada, pensativa.

—Me he convertido en un problema… —murmura—, quizá lo mejor sería que le devolvieras a mi padre esa maldita empresa. Yo nunca la quise, solo la usé como un salvavidas para recuperar a Anton, era la manera de asegurarme de que no le hacía daño al niño. Entrégasela, no quiero que tome represalias contra él y tampoco quiero que te pongas en peligro.

—Todo lo que tenga que ver contigo y el niño no es un problema, es mi obligación. Eres mía, Juana, y no soy un hombre acostumbrado a asesinar. Sabes que mi fuerte en la Bratva es la negociación, pero tengo claro que mataría a sangre fría si alguien intentara separaros de mí.

Quiero que entienda que es lo más importante de mi vida, siempre lo fue, aunque ahora soy un hombre que entiende que el amor va más allá de lo que vemos, se encuentra en tu interior y te gobierna por encima de tu voluntad. Ahora sé que haría cualquier cosa por ellos, así que no, no voy a rendirme como si fuese un cobarde.

La empresa es mía.

Juana es mía.

Y el niño también lo es.

Y si alguien se atreve siquiera a dañarlos, no dudaré en hacerlos pedazos.

—Viktor, no quiero que te haga daño, no sabes de lo que ese monstruo es capaz.

—Sé de lo que son capaces las personas como él, por desgracia lo viví con mi mejor amigo. Asesinó a mi familia a sangre fría, violó a mi hermana y luego intentó separar mi cabeza de mi cuerpo. Sé de lo que también es capaz tu padre, porque él permitió que ese hombre derramara la sangre de sus propios amigos en su propio beneficio.

—Él mató a mi madre. —Cierra los ojos y respira en profundidad —. La encontré muerta en su habitación al lado de una caja de pastillas, pero tenía signos de violencia. ¿Sabes lo que me pesa ver esa imagen una y otra vez? Tuve que huir de ahí porque sabía que yo sería la siguiente, e intentar luchar con lo poco que tenía, desde fuera.

—Y luego llegué yo, para ponértelo más difícil… —murmuro.

—Viktor, nunca fue fácil, pero tú eres lo mejor que me ha pasado nunca y me duele decirte esto porque creo que aún no te he perdonado del todo. En estos años que hemos estado separados he endurecido mi corazón para evitar que me hicieran más daño. Construir una barrera a mi alrededor era necesario para sentirme más segura. Pese a todo, eres el único hombre que alguna vez he querido.

Pum. Pum. Pum.

La amo más que a nada. Sería imposible no hacerlo.

No es solo su belleza española, ni su carácter impulsivo, no es la manera que tiene de defender lo que ama aun estando derrotada, tampoco su fuerza ni su valentía.

Es ella al completo y es toda mía.

—*Malyska…*



Por fin. Hoy recibo la visita de Mikhail Ivanov. No se ha dejado ver en todo este tiempo por aquí y deduzco que ha estado esperando el

momento indicado.

Dos coches blindados entran en mi mansión y, aunque es una reunión cordial, he tomado medidas de seguridad importantes. Juana y el niño se mantendrán en casa y la reunión será al aire libre en mi jardín. Mikhail está en tierra de nadie, así que no se atrevería a atacar, él sabe que yo tampoco puedo tocarlo a él, es uno de los líderes en la Bratva y gobernador para el resto de la humanidad, lo que le hace ser un hombre más poderoso de lo que la mayoría de la gente piensa. Aunque no dudaría en iniciar una guerra si viene a tocar lo que es mío.

Baja de su coche ajustándose las mangas de su traje. Es igual de alto e imponente que yo, solo que él tiene el cabello algo más rubio y sus ojos son de un color azulado.

—Todavía no había podido tener la oportunidad de darte la enhorabuena por tu reciente compromiso —ironiza—, con esa que me quitaste el día de mi boda antes de llegar siquiera al altar.

Nos quedamos ambos frente a frente.

—No sé de qué te sorprendes, Ivanov, esa mujer fue siempre mía.

—¿Le measte la pierna y la marcaste? Porque yo la vi muy convencida de casarse conmigo.

Nuestras frentes chocan.

Estoy más que celoso, estoy furioso de pensar que él es uno de los culpables por los que estuve separado del amor de mi vida tanto tiempo.

Aunque el mayor culpable fui yo.

—No me hace falta hacer eso para que supieras que ella siempre fue mía. Nani nunca te elegiría a ti. Siempre fui yo por encima de todo, pero tú… tú desconoces los códigos de la lealtad y te pasas por el forro de los huevos lo de no tocar a las mujeres de los demás.

—¿Lo dices por lo que pasó hace años? —Su frente se aprieta contra la mía, podríamos llegar a las manos ahora mismo. Varios de sus hombres están alrededor preparados para actuar ante la más mínima señal del gobernador, y los míos también están pendientes de mis órdenes, pero esto es entre él y yo. Les di las

directrices para que se mantuvieran alejados y no abrieran fuego a menos que fuera estrictamente necesario—. Créeme que me la hubiese follado si no hubieses aparecido.

—¡Eres un puto cabrón!

Le asesto un cabezazo y se echa las manos a la nariz, no he llegado a partírsela, pero le sangra.

—No te hagas el idiota, era lo que hacíamos en aquel entonces, ¿no? Nos acostábamos con las novias de los otros y no pasaba nada. Tú también lo hacías con alguna de las mías.

—Os dije que ella era especial y aun así os importó una mierda.

—Su amiga me la ofreció y ella estaba muy receptiva, ¿qué querías que hiciera? Digamos que ahora estamos en paz, yo te jodí una vez y tú me has jodido a mí quitándome parte del negocio.

—Nani no es ningún objeto con el que negociar —le digo, furioso.

—Recuerda que te salvé el culo cuando Ivan te capturó hace unos años. De no ser por mí, tu cabeza estaría en este momento pudriéndose en algún recóndito lugar de este país. Os brindé a Dragov y a ti apoyo político incluso sin estar seguro de si ganaríamos la guerra…

—No finjas que haces algo por los demás de manera altruista —le interrumpo—. Hemos sido amigos mucho tiempo para saber que eres un usurero.

—Sí, lo soy. No tengo ningún problema en reconocerlo. Me gusta el dinero, disfruto de mi poder y aún más de la vida que este me proporciona. Soy un hombre ambicioso, más que cualquier otro. Pero en este momento no tienes elección. Sabes que en la Bratva hay decisiones que son difíciles de tomar, hay que hacerlo por el bien común, y ahora, tal y como veo tu futuro, te conviene estar de mi lado.

—No voy a negociar con nada que tenga que ver con Juana ni el niño… —le aviso.

—Necesito un cabeza de turco que cargue con el muerto. Tenemos a los federales detrás y es cuestión de tiempo que alguno de nosotros caiga y ya sabes que los movimientos que se están

produciendo no juegan a nuestro favor. Necesitaba a la mujer para poder vender al padre.

—Te he dicho que Juana no forma parte de esto.

—Ella es una Popova y, aunque te joda, sí que forma parte. Aunque reconozco que pegarle un tiro en la frente al viejo sería ahora más fácil. De hecho, no sé por qué no lo hemos hecho ya.

—Me encantaría ver a ese hijo de puta muerto, aunque me hace más feliz verlo sufrir cada puto día de su miserable vida.

—¿Entonces tenemos un trato?

—Están haciendo transferencias de dinero indecentes desde Diamanty, Kiril no tiene donde caerse muerto, así que supongo que Wade Barlov está detrás de todo esto.

—Es hora de que nos deshagamos de ellos —afirma—, solo son garrapatas en nuestra cadena alimentaria.

—Aleksei nos ha ofrecido su apoyo, sabes que mi cuñado posee armamento como para incendiar media Rusia.

—No vamos a usar las armas, aunque está bien saber que podemos contar con ellas. No obstante, tenemos que estar preparados.

—Entonces, sí, supongo que tenemos un trato —cedo, y le ofrezco la mano.

Es hora de que mueva la ficha de ajedrez que un día dejé puesta en este tablero.



Capítulo 31

Nueve años antes

Me quedan pocos meses para acabar la carrera. En breve seré un hombre con un diploma y un ejecutor activo en los negocios de mi padre. Tengo una fortuna por delante que ayudar a amasar para mi familia, un poder que cada vez se va haciendo más grande y todo un ejército de mujeres para pasar un buen rato cada vez que quiera.

Una vida perfecta llena de imperfecciones.

En unas semanas se celebra el cumpleaños de mi hermana Anastasia y van a prometerla con mi ex mejor amigo Ivan Dragov. Él pronto será el sucesor de su padre en la Bratva, aunque no puedo odiar más esa decisión y que sometan a Nastya. No quiero que se case por imposición y mucho menos con ese monstruo que una vez fingió ser mi amigo. Las diferencias se han ido haciendo notables entre nosotros tiempo atrás, pero desde que lo vi en aquel cuarto con el amor de mi vida lo odio mucho más.

—Has vuelto a ganar, Petrov, eres un cabrón —me gruñe el hombre contra el que estoy jugando al *durak**.

Estoy en el club, he venido a jugar un rato y a gastar parte de mi dinero. O a ganar, ya que soy un lince jugando a este juego de memoria, cálculo y sangre fría.

—Eso es porque todavía no ha jugado contra un hombre de verdad.

Levanto la mirada para encontrarme con Aleksei Dragov, el bastardo. Es el hermano mayor de Ivan Dragov y, aunque él no va a heredar el título, resulta ser un perro fiel a su padrastro. Corren rumores de que es uno de los hombres más letales y sanguinarios de Rostov del Don y un grano en el culo para Ivan, ya que no se llevan bien y no sé por qué en estos momentos eso me gusta.

—¿Quieres que apostemos?

—Hombre, has venido a eso… —me recuesto en el sillón mientras él se enciende un cigarrillo y me lanza otro sobre la mesa —, solo somos dos, así que usaremos una mano fantasma.

Cojo el cigarrillo que me ofrece y me lo enciendo, aunque no soy fumador habitual, me gusta hacerlo cuando salgo a divertirme, ya sea para beber o para jugar.

Relleno mi vaso de alcohol y deslizo por la mesa la botella para ofrecerle a mi contrincante el que se llene el suyo.

—Tú pones el dinero y yo te entrego un muerto.

—¿Vas a matar a quien yo te pida si gano?

El hombre sonríe de manera perturbadora. Es un asesino en la Bratva, está físicamente formado, nadie en su sano juicio en Rostov del Don se metería con él. Y yo sí que sé de alguien al que me gustaría ver muerto. Uno de ellos, su hermano.

—Podría hacerlo… —se regodea mientras paladea el humo de su cigarrillo.

—Yo pondré medio millón de rublos.

—No es un trato justo —dice—, ¿sabes lo que cuesta que a uno le arrebaten la vida? Algunos incluso te miran cuando suplican.

—No apostaremos muertos…

—Vale —levanta las manos—, nada de asesinatos. Aunque te podría hacer falta algún día…

—Si todo sale según lo esperado nuestros clanes se unirán en unas semanas, así que lo tendrías que hacer por honor a la familia y no a cambio de dinero.

Lo observo mientras mira sus cartas y sonríe como si escondiese algo detrás de esa fachada.

—Sí, algo he escuchado. En el cumpleaños de tu *hermosa* hermana.

No me gusta cómo remarca esa palabra.

—No me gusta tu hermano para ella.

No debería hacer esta afirmación en público, pero mi hermana es demasiado importante para mí. Y me quema la piel al saber que padre va a ser capaz de negociar con su vida y entregarla a ese miserable. Jamás va a ser feliz con un hombre que la va a mirar como si fuese un trozo de carne.

—Vaya, una acusación valiente —se regodea, y luego suelta una de sus cartas—, creía que erais muy amigos. Ya veo que la joven es alguien importante para ti.

—Muy importante. Es mi hermana —respondo a la defensiva.

—E Ivan el mío, pero créeme que no lo tengo en tan alta estima.

Me mira y me sonríe. No es un secreto para nadie que no se quieren. Se toleran porque son hijos de la misma madre, sin embargo, hay miles de diferencias por las que se odian. Incluso se oyen rumores de que el Pakhan habría pensado pasarle el mando a Aleksei aun no siendo su hijo legítimo.

Sujeto con fuerza mis cartas y lo observo de nuevo. Es un cabrón, no puedo ganarle, así que continúo mirando mis cartas una y otra vez, pensando en cómo quitarle esa estúpida sonrisa de la cara.

—Podrías haber elegido la muerte y no el dinero, pero eres demasiado noble, y deduzco que, aunque ganaras esta partida, no te atreverías a pedirme que lo matara.

—Vaya, qué manera más elegante de sugerir matar a tu propio hermano… Se nota que os une un gran lazo familiar.

—Digamos que no somos mejores amigos como vosotros.

—Ya no lo es… —suelto las cartas sobre la mesa—, aun así, tampoco ha hecho nada para que quiera asesinarlo.

—Está bien, pues no lo mataremos de momento —bromea rodeado de su soberbia. Aleksei apaga el cigarrillo en el cenicero y recoge de la mesa el dinero—. Aunque podríamos hacer un mejor negocio.

—¿Qué trato podríamos hacer tú y yo? Si hasta hace bien poco ni siquiera nos soportábamos —respondo con ironía antes de dar un trago a mi copa.

—Seguíamos caminos separados porque la vida nos había puesto ahí, pero puede que nuestros caminos se crucen, Petrov. Cuando tu hermana sea entregada, tú serás el nuevo líder y una pieza importante en los juegos de poder. Liderarás el clan de los Petrov.

—¿Y por qué haría yo tratos contigo?

—Digamos que podrías necesitarme. Imagina que Ivan no llega a asumir el liderazgo, ya sabes los rumores que corren…

Padre va a prometerla a Ivan, pero los Dragov le son fieles a Aleksei, el propio Igor Dragov siente debilidad y más afinidad con él que con su hijo. No es un secreto para la Bratva porque, mientras mi amigo se pasaba su juventud malgastando, follando y divirtiéndose, su hermano se hizo con el control y el respeto de todos.

No hay nadie en su sano juicio que se atreva a desafiar al gran Aleksei Dragov. Su madre murió hace apenas unas semanas. Se especuló con que él fuera el autor de esa muerte. Obviamente, nadie en su sano juicio se atrevió a acusarlo de tal atrocidad. Aun así, yo sé que él no es culpable, ya que en el momento en el que se cometió el crimen, Aleksei estaba en este club.

¿Que por qué lo sé?

Pues porque a pesar de nuestra animosidad, estuve apostando con él a las cartas. Mi testimonio y el de otros fue válido para acallar bocas.

—No voy a matar a nadie, Dragov…

—Y yo no te estoy pidiendo que lo hagas, déjame los muertos a mí. Es algo que se me da bien.

Se enciende otro cigarrillo y me lanza uno por la mesa mientras baraja para repartir las cartas nuevamente.

—¿Me estás proponiendo algo? Porque yo soy más un hombre de tácticas y negociaciones. No me gusta la sangre.

—Por eso vas a ser un buen líder para los Petrov —insinúa—, sin embargo, tarde o temprano tendrás que luchar y aprender a sobrevivir también. ¿Qué harías si se avecinara una guerra? Las tácticas son útiles, pero para defender a tu clan debes saber de lucha.

—Para eso ya tengo a mis hombres.

—Tus hombres… —se mofa—, te toca dejar tus cartas sobre la mesa, Petrov.

Es un canalla con suerte, me ha vuelto a ganar, y no entiendo cómo. No hay hombre que consiga neutralizarme en este juego incluso cuando las cartas me salen malas.

—¡Eres un cabrón! Me estás desplumando.

—Es que me lo estás poniendo muy fácil. —Se recuesta en el sillón. La música sigue sonando y la gente está inmersa en sus juegos, disfrutando mientras beben, fuman y apuestan, ajenos a nuestra conversación—. Imagina que hay una guerra, sabes que alguna vez hay diferencias entre los clanes. ¿Qué harías? Porque te estoy pegando una paliza en el juego…

Cojo la botella de alcohol y le relleno el vaso hasta arriba.

—No sé cómo lo haces, pero eres bueno jugando a esto.

—Soy bueno en muchas cosas —se regodea—, incluso estoy intuyendo tus intenciones ahora mismo. ¿Me estás llenando mi copa para emborracharme, Petrov?

Es un hijo de puta muy avispado.

—Eso sería mejor plan que asesinar a un clan… —El alcohol empieza a hacer efecto en mí, y me hace reír a carcajadas—, no voy a dejar que nadie destruya la vida y el futuro de Anastasia. El día que obliguen a mi hermana a casarse con ese miserable los drogaré a todos y me la llevaré muy lejos de aquí.

Una carcajada descomunal sale de su garganta. Él también va borracho.

—Yo soy más de volar los sesos, aunque eso estaría muy bien. ¿Te imaginas todo un clan tirado ahí en mitad del suelo?

—Es una idea y un plan de mierda.

—Claro que lo es —se regodea—, es la peor idea que puede ofrecer un líder.

Ambos continuamos riendo por esa estúpida trama. Seguimos jugando, riendo y bebiendo. Y me doy cuenta de algo: Aleksei Dragov es un hombre rudo, podría ser casi inhumano, pero me siento mucho más a gusto con él de lo que jamás lo estuve con su hermano.



Capítulo 32

En la actualidad

Vivo en un sueño. En un cuento de princesas. Me despierto en la cama con el cuerpo de Viktor caliente a mi lado. Anoche follamos tres veces antes de caer rendidos y desmadejados sobre el colchón. Lo observo mientras duerme, respira tranquilamente bajo el peso de mis manos.

Su cuerpo, con esa barrera de músculos que le envuelve todo el torso, la uve pronunciada de su abdomen, ese brazo tatuado… Recorro con la yema de mis dedos sus líneas hasta llegar a la base de su mano. Hasta los nudillos.

Es puro arte inyectado en su piel.

—¿Qué miras?

—Nada.

Meto la cabeza en la almohada, no me he dado cuenta de que se había despertado mientras lo observaba.

Con su brazo me acerca a él y me pega mucho más a su lado. Parece mentira que me produzca vergüenza cuando nos pasamos el día desnudos sin poder controlarnos.

—Creo que sí que mirabas algo… —Deposita un beso en mi cabeza y me remuevo.

—Siempre me ha vuelto loca ese tatuaje que llevas en el brazo izquierdo, es mi debilidad.

—Vaya, y yo que pensaba que te gustaba por muchas otras cualidades —carraspea—, como, por ejemplo, que te hago gritar como nadie.

—Tú no tienes abuela…

—No, murió hace muchos años, pero reconoce que yo soy el único que provoca eso en ti.

Baja la mano por mi cintura y me agarra una nalga. El simple contacto me altera.

—Viktor…

—Ahora es cuando debes decirlo o no seguiré…

—Gilipollas.

Sus manos me acarician cerca de los muslos.

—Sí, sí, soy un gilipollas, pero mueres de ganas de que te haga mía.

Suspiro cuando sus manos toman contacto con mi sexo. Cuando sus labios conquistan los míos. Se levanta, y me lleva con él en brazos. Yo enrosco mis piernas alrededor de su cintura, confiada. Estos días han sido solo nuestros, sin reproches, sin que nadie interceda en lo que sentimos.

Nos lleva hasta la ducha. Enciende el agua caliente, pero no espera a que coja temperatura cuando ya me está empotrando contra la pared.

—Solo tú me haces gritar —le reconozco cuando no puedo soportarlo más y quiero que me penetre más profundo.

—Vuelve a decirlo, *malyska*… —me incita mientras sus besos me devoran, su aliento me desarma y el agua comienza a hacer arder nuestros cuerpos—, dime cuánto te gusta mi polla.

Me bajo de sus caderas y me arrodillo en el suelo mientras lo admiro. Sé lo que le gusta que se lo haga, sobre todo porque esto siempre tendrá un significado especial para nosotros.

—Joder, mi Juana…

Paseo mi lengua por su longitud. Lo saboreo, lo lamo, lo muerdo ligeramente, y él apoya una de sus manos sobre la pared de la ducha mientras con la otra empuja mi cabeza contra él al límite de atragantarme.

Soy yo la que está arrodillada, pero él es el que está indefenso ante mí.

—Joder, Dioooos, mi pequeño diamante —blasfema, excitado.

Sé que lo tengo a mi merced cuando se endurece y su brazo aprieta con más intensidad mi cabeza.

—No te voy a dejar marchar de aquí —gime, mordiéndose el labio antes de deshacerse por completo. Parte del semen me sale por la comisura de los labios, formando un reguero que desaparece por el desagüe de la ducha.

Me levanta y quedo a su altura. Mi corazón no deja de palpitar cuando le tengo cerca, no puedo ni quiero volver a perderme cada parte de él. Lo necesito por todo y por nada.

—Mi Juana… —Con su pulgar recorre mi mejilla, introduciendo en mi boca los restos de semen que aún quedan sobre mi piel. Su mirada es tan intensa que quema en mi interior—. No sabes lo que provocas en mí.

Entonces me besa intensamente. Me susurra palabras de amor y me alza nuevamente, haciéndome enroscar las piernas en su cintura. Noto cómo su polla comienza a ponerse firme y dura para mí de nuevo. Para hacerme sentir el éxtasis en mi cuerpo y en mi alma. Para hacerme alcanzar el cielo con la yema de los dedos, tocar la tierra con mis pies y navegar por el mar con nuestros sentidos.



Los días se me empiezan a hacer eternos. Viktor sale alguna mañana a cerrar negocios y yo me quedo junto a Anton, montando a caballo o viendo películas de terror. Debo reconocer que me he acostumbrado a hacerlo, aunque me muera de miedo al verlas, pero es algo que disfruto mucho con mi pequeño. Noto su intranquilidad.

Sé que comienza a hacerse preguntas y no puedo contestarlas porque son idénticas a las que me hago yo.

—Nani, ¿cuánto tiempo vamos a estar aquí?

—No lo sé, cielo. ¿No estás a gusto?

—No quiero irme nunca… —confiesa con tristeza, y eso me remueve el estómago y el remordimiento me mata por dentro.

Si Viktor se entera de quién es en realidad el niño, con seguridad nos rechazará. Dejaremos de estar bajo su protección, y aunque estoy viviendo los días más felices de mi vida, reconozco que esta burbuja en la que estamos podría reventar, dejándonos expuestos a Anton y a mí. Y, en definitiva, eso es lo que más me preocupa. Amo a Viktor por encima de todas las cosas, pero mi hijo es mi amor más puro y siempre elegiría a mi pequeño por encima de todas las cosas.

—Yo tampoco quiero irme de este lugar… —le aseguro.

—Polina me hace todos los platos de comida que me gustan y puedo montar siempre que quiero, aunque algún día me gustaría poder volver al colegio.

—De momento podemos invitar a alguno de tus amigos si te apetece, ¿no te parece buena idea?

—Mamá, ¿Viktor es mi padre?

Es la segunda vez que me lo pregunta. Cierro los ojos y respiro en profundidad.

—Sí. Pero él no lo sabe.

Anton se pone nervioso, puedo ver cómo derrama una lágrima, yo la recojo con el dedo pulgar. Ha vivido una vida solo, llena de incertidumbres, y ahora debo pedirle por su seguridad que siga escondido.

—¿Tienes miedo de decírselo por si no me acepta?

—Sí —le digo con sinceridad.

Tiene ocho años y el niño no es tonto, es hora de que sepa la verdad.

—Igual lo mejor es que me hubieses dejado con el abuelo Kiril, no quiero que se enfade contigo por mi culpa.

Rompo a llorar. Él jamás sería un problema. Es mi hijo, fruto de un amor tan puro que daría todo lo que tengo por él.

—No vuelvas a decir eso, pequeño. Eres mi guerrero.

—Buenos días. —Viktor entra al salón, interrumpiéndonos, y me seco las lágrimas de las mejillas para que no perciba que he estado llorando.

—Buenos días —le saludo, alegre.

—Hola, Anton, ¿cómo ha ido el día? ¿Has aprendido ya a saltar? Si quieres esta tarde puedo salir a montar contigo.

—¿De verdad? —pregunta el niño, ilusionado.

—Nací entre hermanas que amaban montar, así que no me quedó otra que pasar muchas horas a lomos de un caballo, podríamos decir que soy un experto.

—Yo puedo acompañaros… —me ofrezco.

—No, tú ya tienes planes.

De pronto mi mejor amigo Dain entra por la puerta.

—Nena, nena, nena. Qué ganas de verte tenía.

—¡Dain! —grito eufórica, corriendo en su dirección para abrazarlo—. ¡Cuánto te echaba de menos!

—Y yo Nani, y yo. —Me acurruca contra su pecho—. No te imaginas lo que me ha pasado. Este hombretón que tenía a mi amiga secuestrada se para ante mi puerta y me dice que suba a su coche. Yo casi me desmayo de la impresión y de saber que también podría secuestrarme a mí, aunque con semejante portento, me dejaría hasta que me amarrara y me esposara —suelta gesticulando —. Luego he pensado que lo mismo estaba interesado en este cuerpazo y le he tocado una pierna, así con disimulo, pero inmediatamente me ha rechazado. Qué desilusión, nena. Yo pensando que podría tener a Viktor en mi cama y lo único que le interesa es estar entre las piernas de mi amiga.

Miro a Viktor que rueda los ojos mientras mantiene las manos en los oídos del niño para que no escuche las burradas de Dain.

—Bueno, Anton y yo vamos a pasar la tarde cabalgando, os dejamos para que podáis hablar un rato.

—Vale, hombretón —le responde mi amigo.

Estos salen por la puerta y Dain me coge del codo.

—Nena, menudo hombre. Lo había tenido cerca alguna vez, pero jamás lo había podido palpar.

—Anda, calla.

—Tenía muchas ganas de verte. Después del día de tu «no boda» no sabía nada de ti. ¡Qué tragedia! Me puse un traje de diseño hecho a medida para terminar durmiendo con otros invitados allí tras dejarnos plantados. ¿No te parece un horror? La novia nunca apareció, no sabes el revuelo que se montó y deberías ver la cara que se le quedó al viejo… Esta trama es mejor que las telenovelas que tú ves.

Cojo un chal que hay sobre la silla y me dirijo junto a mi amigo al jardín, aunque haga frío hoy, ha salido el sol y me apetece que me dé un poco el aire y no sentirme encerrada entre cuatro paredes.

—Me alegro de no haberme casado con Mikhail, en realidad me alegro de que Viktor tomara esta decisión.

—Claro que te alegras de que el amor de tu vida se te haya llevado a la fuerza. ¡Qué calor!

Lo empujo con el hombro y sonrío.

—Ahora mismo estoy en un sueño, pero sé que en cualquier momento voy a despertar. No puedo vivir toda la vida en esta burbuja.

—Una mansión de lujo, hombres y mujeres a tu servicio, un hombre de casi dos metros, guapo y con un cuerpo de infarto, coches de millones de rublos, dinero, joyas… —tararea mi amigo—. Si tú quieres abandonar esa burbuja me quedo yo con ella.

—No todo es bonito, Dain, mi padre jamás va a descansar hasta recuperar todo lo que ha perdido. Cargo muchos problemas a mis espaldas y…

—Y nada, Nani. ¿De qué tienes miedo? —Me agarra por el codo y hace que me gire—. Ese hombre te quiere por encima de todo. Dejó a Ekaterina Smirnova cuando tú apareciste de nuevo en su vida, te robó la empresa para estar más cerca de ti, te secuestró el día de tu boda con otro y está dispuesto a desafiar sus códigos de honor con tal de mantenerte con él. Es el único en todos estos años que ha tenido el valor de desafiar al desgraciado de tu padre.

—¿Y si eso cambia? ¿Y si sus celos hacen que me vuelva a odiar? O cuando se entere…

Me pongo a temblar solo de imaginar su reacción cuando se entere de lo del niño.

Se sentiría engañado, traicionado…

—Eh, eh, tranquila, respira, Juana, respira. —Pone sus manos en mis hombros cuando se percata de que la ansiedad se agolpa en mi pecho y la respiración me falla—. Vamos dentro, ven y tómate un vaso de agua.

Entro y me instalo en la cocina mientras bebo del vaso que Dain me ofrece.

—Perdona, me he puesto nerviosa…

—Es normal, llevas mucho tiempo cargando mucho peso sobre tus hombros.

—No es eso, es que…

—El niño es tuyo, lo sé. —Abro los ojos de par en par y miro a mi amigo que me observa con los labios apretados—. Solo un idiota no se daría cuenta del hilo tan fuerte que te une a ese niño. Hemos sido mejores amigos, hemos ido a la misma universidad y compartido muchos momentos juntos, y aunque lo intentaras esconder, siempre lo he sabido.

—¿Por qué nunca me dijiste nada? —le digo, sorprendida—. ¿Ahora entiendes por qué estoy nerviosa?

—Nunca te lo dije porque conocía el infierno por el que estabas pasando. Y claro que te entiendo, pero no creo que esta vez salga huyendo.

—Solo soy un problema para él.

—Viktor es un líder, maneja poder, dinero e influencias, no eres un problema para él. Esta es su vida, y Anton y tú formáis parte de ella.

—Podría no aceptar al niño, y eso no solo me rompería a mí. Anton…

—Va a aceptarlo, claro que lo hará. Ese hombre besa el suelo por el que pisas, Juana. Tarde o temprano vas a tener que decírselo, y si de verdad te ama, te entenderá.



Capítulo 33

Dos años antes

Hoy es el sexto cumpleaños de mi hijo. En la mansión Popov se celebra una fiesta por todo lo alto. Un derroche de dinero y poder que mi padre ya no tiene. Siempre ha sido un hombre al que le ha gustado aparentar riqueza, pero sus excesos y su mala gestión han llevado a Diamanty prácticamente a la bancarrota.

Sé que el cumpleaños solo es una excusa para hacer negocios con sus socios. Necesita activos para recuperar su propio dinero, ese que ha despilfarrado en droga, juego y excesos.

Bajo las escaleras hasta el salón, donde están todos los invitados. Intento poner mi mejor sonrisa, esa que he tenido que fingir tantas veces para aparentar que soy la hija perfecta de esta familia.

Observo a mi niño en un lateral, corriendo de un lado a otro con sus amigos y mi sonrisa se transforma en una de verdad.

Intento pasar desapercibida a los ojos de todos, pero, por lo visto, no lo consigo.

—Esta es mi hija mayor, Juana —me presenta mi padre con su sonrisa fingida a unos invitados—, tiene veintiséis años y es una solterona.

Sigo con mi papel de hija perfecta sin inmutarme, aunque por dentro me muero de ganas de mandarlo a la mierda delante de todos.

—Encantado —saluda uno de ellos con una voz aguda—, tu padre nos ha hablado muy bien de ti.

Arggg. ¡Qué asco me dan!

Los mellizos Orlov me observan como si fuese un trozo de carne. Uno que mi padre ofrecería al mejor postor. Nunca sé diferenciar cuál es cuál porque, a pesar de ser diferentes, son horrorosos a la vista. Ellos se creen importantes y con la potestad de mirarme de esa manera que me parece repulsiva.

—Hola, hija, estás aquí. —Mi madre se acerca a mí con la misma sonrisa fingida, esa que le hace parecer feliz y radiante y que en la privacidad de nuestras vidas no necesitamos disimular. Agradezco que me separe de estos dos idiotas con los que detesto estar—. Ven, que vamos a sacarle la tarta a Anton.

Mi corazón golpea en el pecho. Para todo el mundo que está aquí yo soy su hermana, pero estos pequeños gestos que mi madre me regala me hacen hundirme un poco menos en mi tristeza.

Voy junto al niño con la tarta y las velas mientras todos estos desconocidos le cantan. Dejo el pastel sobre la mesa y le doy un abrazo.

—Feliz cumpleaños, pequeño guerrero —le susurro.

—Gracias, Nani.

El niño pone su atención en todos los que se le acercan para entregarles sus regalos y yo me aproximo a una mesa sobre la que ha quedado algo de comida. Cojo lo primero que veo ya que hoy no he probado bocado en todo el día.

—Te vas a poner más gorda de lo que ya estás.

Ekaterina se pone a mi lado y vuelve provocándome. Es lo que lleva haciendo todo este tiempo. Sin embargo, hoy no voy a dejar que destroce el día de mi pequeño. Ya no.

Lleva un traje chaqueta beis con un jersey de cuello alto negro y entallado. El cabello recogido en una coleta alta y toda ella desprende belleza y seguridad. Es de esas mujeres finas y elegantes, que necesitan poco encima para poder brillar. Con la diferencia de que Eka va llena de joyas, abalorios y una cara tapada con tres capas de maquillaje y *gloss* como para llenar un vaso.

—Estoy contenta con mi cuerpo, pero gracias por preocuparte por mi peso.

—De verdad, Juana, no sé cuándo estás hablando de mentira o de verdad.

Me muevo a un lado para evitarla, y, por desgracia, ella vuelve a colocarse a mi lado.

—¿Me estás evitando? ¿De verdad no te acuerdas de que una vez fuimos amigas?

¿Y de verdad ella no sabe que es una pesada?

Ya tiene lo que quería, no sé qué más quiere.

—Yo no tengo amigas.

—Puedo entender que te sintieras traicionada por mí, pero lo que hice lo hice por amor.

No me fastidies.

—¿Sabes que Viktor y yo aún nos seguimos juntos?

Le diría que me alegro por ella, pero duele. Contemplo a mi hijo, ese en el que tantas veces veo la imagen de Viktor. Y duele tanto que incluso me quita el sueño. Sin embargo, debo reconocer que él no fue el único culpable en esta historia. Yo nunca le ofrecí ninguna explicación sobre aquella noche, y mucho menos le pedí perdón, así que ahora es demasiado tarde.

Viktor Petrov es el empresario más cotizado de Rostov del Don, posee cientos de sucursales financieras y maneja el dinero de toda la mafia rusa. Mi padre ha intentado negociar con él, dado su gran éxito, y Petrov se ha negado. Kiril retiró su apoyo hace unos años cuando Ivan Dragov mató a su familia, y aunque luego los clanes se reestructuraron y recompusieron, esa traición es difícil de perdonar y de olvidar.

Viktor no iba a darnos su apoyo económico, porque no quería y porque me odiaba con todas sus fuerzas. Tampoco yo estuve ahí

para él, quise mil veces buscarlo y abrazarlo, pedirle perdón, ofrecerle una explicación, pero había perdido a toda su familia y la mía había apoyado aquella masacre.

Definitivamente, era imposible que hubiese algo entre él y yo.

Salgo a la calle, furiosa y con la ansiedad azotándome por dentro. No quiero tener a Ekaterina cerca nunca más, aunque mi padre se empeña en tenerla aquí junto a su madre, como si esas dos arpías fueran parte de esta familia.

Me voy a la entrada, allí siempre hay varios guardias con los que me siento y me fumo un cigarrillo cuando estoy nerviosa.

—Señorita Popova, si su padre la ve fumando aquí con nosotros, nos cortará la cabeza.

Siempre me dicen lo mismo y en el fondo me siento culpable de que alguna vez pueda ocurrir, porque sé de lo que ese hombre es capaz.

De pronto se abre el portón principal.

Un coche deportivo negro e imponente entra en mi mansión. El rugido de su motor hace que todos se volteen a verlo, y, en cambio, lo único que capta mi atención es la persona que va conduciendo con una mano en el volante mientras con la otra se quita las gafas de sol.

Viktor Petrov.

Va recién afeitado y su semblante es serio. Pasa por mi lado con la ventanilla bajada y la sube cuando ve de reojo que me encuentro en la entrada. Me doy la vuelta para no verlo tampoco.

No sé qué narices hace hoy aquí. Él no debería estar en este evento.

Aunque es un líder de la Bratva y esta fiesta solo es una fachada para afianzar negocios y seguir manteniendo el equilibrio entre los clanes.

Finalmente me doy la vuelta para verlo bajar de su coche.

Alto, castaño, imponente. Estos años lo han convertido en un hombre más atractivo de lo que ya era. Ekaterina sale por la puerta y baja las escaleras hasta él. Se sonríen y eso me causa un dolor sordo. El cigarrillo se me consume en los dedos y me quemo justo

cuando sus labios se rozan. Miro hacia el suelo con el corazón golpeando mi pecho sumido en la tristeza.

La mujer que me traicionó está restregándome en la cara su relación con el hombre al que yo siempre he querido. Esa es mi maldición, porque por más que lo intente siempre será así. No puedo olvidarlo aunque lo quiera sacar de mi cabeza.

Veo como entran por la puerta para unirse a la fiesta.

A la de su propio hijo, aunque él no lo sepa.

Jamás lo hará.

Hoy ya he soportado todo lo que mi corazón roto puede aguantar.

Doy la vuelta a la mansión para entrar por la puerta del servicio. Necesito subir a mi habitación y encerrarme ahí hasta que la fiesta se acabe. Ya he soplado las velas con mi niño y he disfrutado de su día entre las sombras de la mentira, ahora solo me queda seguir luchando en soledad por lo único que me importa.

Mi pequeño.

Atraco el frigorífico antes de subir. Últimamente me ha dado por atiborrarme a comida. Me paso días enteros sin alimentarme o como hasta que el estómago me duele. A veces incluso he tenido que vomitar. Es lo único que calma mi ansiedad.

—Vaya, vaya. Mira a quién tenemos aquí —dice uno de los mellizos Orlov—, qué grata sorpresa.

No me fío de ellos. Su clan es líder en extorsión. Son la carroña de la mafia y estos dos tienen fama de ser unos desgraciados.

—Yo ya me iba…

—¿A encerrarte en tu habitación y comer hasta ponerte gorda? —me suelta uno de ellos—. Mi hermano y yo teníamos un plan mucho mejor para ti.

—Y más divertido.

No sé cuándo habla uno u otro, tampoco me he parado a intentar diferenciarlos, ambos me parecen repulsivos.

—Me están esperando, así que si me permitís…

Dan la vuelta a la encimera y me rodean. Observo las posibilidades que tengo de coger un cuchillo y clavárselo a cualquiera de los dos. Fuera hay una fiesta, pero las sirvientas han

desaparecido de la cocina para atender a los invitados. Aunque no me extrañaría que ellos hayan tenido algo que ver con que esto esté completamente desierto.

—En veintiséis años no me digas que nadie te ha follado.

Suelto lo que tengo sobre las manos e intento apartar al que tengo delante con todas mis fuerzas, pero me empuja y caigo sobre el pecho de su hermano.

—¡Dejadme en paz!

—Claro que se la han tirado, todo el mundo sabe que la encontraron en un cuarto dándole duro a Dragov e Ivanov mientras salía con Petrov, a esta le gusta que se la follen duro.

—He dicho que me dejéis…

—¿Si no qué harás? ¿Se lo dirás a tu papá? —se burla.

—Ha sido él quien nos ha pedido que te tuviésemos entretenida —asegura el otro Orlov—, solo seguimos órdenes. ¿Sabes que uno de los dos podríamos ser tu marido?

Antes muerta que casarme con ninguno de estos desgraciados, pero tarde o temprano el viejo me podría obligar…

Algo me retuerce las tripas.

Se me abalanzan ambos. Uno por delante y otro por detrás, es inútil que intente retorcerme. Mis manos quedan atrapadas contra su pecho mientras sus manos me toquetean sin permiso.

—¡Putos cerdos!

—Si tu padre acepta nuestra oferta te vamos a hacer esto muchas veces, sabemos que te gusta compartir.

—¡Nooo! —grito.

No hay nadie que pueda oír mis gritos de auxilio.

Cojo impulso y salto hasta agarrar al hermano que tengo delante y morderle la oreja. Esto no es un juego y, como tal, lucho con todas mis fuerzas para salvarme de este abominable ataque. Sin soltar su oreja, tiro con todas mis fuerzas arrancándole un trozo de cartílago. El sabor metálico de sangre en mis labios me produce arcadas, pero la escupo a un lado tratando de seguir peleando.

—¡Aaah, zorra!

Se aparta de mí y me pega una bofetada que me hace caer al suelo.

—¿Qué le has hecho a mi hermano, maldita? Te vamos a matar…

—¿Qué narices está pasando aquí?

Mi padre entra en la estancia. Sé lo que me espera con él. Uno de los días más felices de mi vida se va a convertir en un infierno para mí. No quería empañar el cumpleaños de Anton, pero no he tenido otra opción.

El Orlov herido ha cogido un paño y lo presiona contra su cara para no desangrarse.

—Hemos venido a saludar a tu hija y me ha atacado. ¡Me ha arrancado la puta oreja!

Mi padre se acerca a mí y me coge del cabello para levantarme. No voy a darle ninguna explicación, está claro que no valgo nada para él y no va a dar credibilidad a mis palabras.

—Eres una salvaje y vas a estar como están los animales de tu especie. Ni siquiera sabes comportarte como una buena mujer para que alguien te compre.

No quiero ser una buena mujer para nadie.

—Brajan, ven aquí —ordena a su hombre—, encierra a mi hija como la salvaje que es en el sótano.

No voy a suplicar. No voy a replicar, es lo único que puedo hacer en este momento. Tampoco serviría de nada, este hombre no tiene remordimientos.

Me pongo en pie, dispuesta a seguir a su hombre. Mi padre se queda detrás de mí, ofreciéndoles a esos desgraciados una disculpa. Pero lo que menos esperaba era chocar contra un muro de piedra y que su perfume me delatara de quién se trata.

—¿Puedes mirar por dónde andas?

No sé qué hace aquí, no debería estar en mi casa, mucho menos en la puerta de mi cocina. Por unos segundos no ha presenciado mi humillación, aunque debe de importarle bien poco.

Un escalofrío me recorre el cuerpo al escuchar su voz.

Algo tan intenso…

Viktor.

—Deja de cruzarte en mi camino. —Saco fuerzas de donde no tengo para responderle. No quería verlo, mucho menos aquí—. No

sé si no te has dado cuenta, pero estás en mi casa.

Observo cómo mira detrás de mí en dirección a mi padre y los Orlov, y luego me mira apretando la mandíbula.

Una especie de ira lo recorre, ni siquiera puede disimular lo que me detesta después de tanto tiempo.

El hombre de mi padre tira de mí, sin embargo, Viktor lo detiene.

—¿Qué ha pasado en esa cocina? —Me sujeta por la muñeca, la retiro de un tirón y él me suelta de inmediato como si tuviese la peste.

—Nada que te interese.

Me observa durante unos segundos en silencio e intento mantener la compostura, no quiero que vea lo frágil que me siento.

—Tienes razón, no me interesa —añade de manera fría—, nada de ti lo hace.

Pasa por mi lado dejando un vacío. Su indiferencia es una flecha de punta afilada. No hay nada del joven que conocí, está claro que solo fui una más en su lista de verano, un ligue que desechó.

«Nani, estás sola en esto», pienso para mí

Y no sabía cuánto había de verdad en estas palabras, ya que unos meses más tarde mi madre apareció muerta sobre su cama, haciéndome desear morir con ella. Pero no podía dejarme llevar por el dolor de su pérdida por mucho que me consumiera, Anton me necesitaba.

Fue entonces cuando comprendí que mi madre me protegía aun estando en el cielo, ya que me dejó su parte de la empresa, regalándome la oportunidad de poder salir de este infierno.



Capítulo 34

Estoy en el club Drantelon, un local privado donde hombres de negocios venimos a jugar, a beber, a hacer tratos sucios y a divertirnos. Solo se puede entrar con una membresía especial y tenemos normas estrictas que cumplimos como miembros pertenecientes a la Bratva.

Nadie muere en este club, pues las diferencias se solucionan en el exterior, aunque estas terminen en muerte, ya que una de sus prohibiciones es entrar portando armas de fuego.

Hacía mucho que no venía por aquí, pero hay alguien intentando colarme un muerto y, si corren rumores, esos se extenderán en este club al mismo tiempo que rueda el alcohol. Miro a ambos lados y observo que Roman no ha llegado todavía. Es normal, sé lo impuntual que puede ser cuando está enfrascado en algo importante.

El humo y el olor a puro mezclado con el cuero viejo inunda mis fosas nasales, trayéndome recuerdos antiguos. He pasado mucho tiempo de mi juventud aquí.

Allí, a un lado, hay varios hombres jugando al *durak**. Beben alcohol y juegan hasta perder sobre la mesa parte de sus fortunas.

En Rostov del Don está prohibida la prostitución y el mercado de personas, es la norma más inviolable que puso nuestro Pakhan, pero eso no quita que haya mujeres que por su propia voluntad estén dispuestas a acompañar a esos hombres por dinero.

Al fondo veo a Mikhail recostado en un sillón. Conforme me acerco al gobernador me doy cuenta de que el alcohol y seguramente las drogas lo tienen en un estado de éxtasis total. El cigarro que tiene entre los dedos es el menor de los tóxicos que han acabado en su organismo. Una mujer de cabello rojo está sentada en uno de sus muslos, así que, lejos de parecer una persona respetable, se ha convertido en un hombre inmoral.

—¿Te has cansado ya de tu futura esposa? —se mofa mientras otra mujer se sienta a su lado.

Lo miro con la mandíbula apretada.

—No he venido a follar, he venido a jugar…

—Vaya, pues yo he venido a ambas cosas —se carcajea mientras agarra a la pelirroja para pegarla a su cuerpo.

—Mikhail… —le dice esta de manera seductora.

Me siento en el sillón de cuero que hay en el lateral, me sirvo yo mismo un cigarrillo del paquete que ha dejado sobre la mesa y me lo enciendo mientras me recuesto. También me sirvo una copa de alcohol.

—Eso es que te haces responsable y un viejo gruñón.

Soy unos cinco años mayor que él, Mikhail no tiene todavía los treinta, solo era un crío cuando su padre, el anterior gobernador, murió en extrañas circunstancias y recayó el cargo en su hijo. Cargo que, por estos lares, es heredado de padres a hijos.

En aquel entonces, acababa de licenciarse con matrícula de honor en Ciencias Políticas. Es superdotado, así que tiene un coeficiente intelectual altísimo, eso le sirvió para cursar la carrera al mismo tiempo que yo, cuando en verdad debería estar estudiando con mi hermana Anastasia. En realidad, ellos tienen la misma edad. Siempre fue demasiado listo por el bien de todos y el más inteligente.

—Digamos que tener tu vida me parece aburrido —confieso—, ahora estoy con una mujer de verdad.

Mikhail se carcajea.

—Vas a deberme toda la vida a tu mujer, Petrov. Me la robaste de la manera más vergonzosa que puede sufrir un hombre.

Incita a la rubia y a la pelirroja a que se levanten de encima de él mientras le da una palmada a una en la nalga. Coge la baraja de cartas que hay sobre la mesa y la saca de la caja, dispuesto a echar una partida.

—Esa mujer nunca fue tuya. Tú me debes muchas otras cosas, Ivanov.

—Salvé tu cabeza de Ivan Dragov, y yo he sido quien te he lanzado a los brazos de esa mujer. Si no, no la hubieses reclamado.

—Estuviste a punto de follarte a mi novia el día que te la presenté, deja de fingir que eres un buen amigo.

—Era lo que hacíamos con todas —le quita importancia—, ¿cuántas mujeres nos hacíamos en aquel entonces? No respetábamos a las novias de nadie. Aunque tengo que contarte un secreto… Shhhh —me chista, bajando la voz y acercando la cabeza hacia mí como si se tratara del mayor pacto de estado—. Te reconozco que la reclamé unos días antes de nuestra boda, pero no quiso. Una pena…

—¿Estás buscando que te rompa la nariz de nuevo? Tampoco tendría remordimientos de asistir a tu entierro, Ivanov. Nani es una mujer que sabe valorar lo que tiene.

—Lo que no entiendo es cómo no me has intentado asesinar ya —reconoce, volviendo a su pose inicial con una sonrisa en sus labios tras mi respuesta.

—Como ya sabes, no soy de los que se ensucian las manos, pero ganas no me han faltado durante todos estos años.

—Tiene gracia, acabo de recordar lo que le pasó a los Orlov hace tan solo unos años… —insinúa. Mikhail siempre ha sido muy listo—. Kiril Popov tenía intención de casar a su hija con uno de esos desgraciados y, en cambio, ambos aparecieron muertos… Empiezo a sentirme afortunado, Petrov.

—Digamos que podemos considerarnos en paz, tú salvaste mi cabeza y yo decidí dejar sobre los hombros la tuya.

Mikhail se ríe y bebe su copa de un trago.

Después de odiar a Nani, pensé en ir a buscarla. Juro que pensé en hacerlo, quería pedirle la explicación que no me dio durante demasiados años, y entonces se desató la guerra, empezaron las puñaladas y su familia, que había sido aliada toda la vida de los Petrov, nos traicionó.

Intenté olvidarla, convencerme de que no me importaba, aunque los clanes hablaban y Kiril Popov había ofrecido a Juana a uno de los Orlov, quería casarla con uno de esos despreciables.

No iba a casarla con Barlov, tampoco con ningún otro pretendiente, de eso ya me ocuparía yo, pero dársela a un Orlov era incluso caer muy bajo. Con aquello se demostraba que Kiril Popov estaba prácticamente arruinado y desesperado.

Solo tuve que verla en aquella cocina para saber que le habían hecho daño, así que levanté el teléfono y no me tembló la mano para ordenar que los mataran a los dos.

Era arriesgado, pero los Orlov eran las ratas en nuestra cadena alimentaria, y no iba a permitir que nadie se casara con ella, mucho menos que ningún hombre la dañara.

—¿No es ese Wade Barlov con Ekaterina Smirnova? —Mikhail me saca de mi letargo.

Parte la baraja y reparte las cartas.

Ni siquiera me giro para comprobarlo. Es algo que no me importa lo más mínimo. Me da igual con quién se meta Ekaterina si eso la lleva lejos de mí. La utilicé y no me sirvió ni para pasar un buen rato.

Alguien se sienta a mi lado. Kiril Popov nos honra con su presencia.

He venido a ver a ese viejo rastrero, pero no pensaba que se dejara caer tan pronto por el club, sobre todo sabiendo que Popov está detrás de toda esta mierda que nos está intentando salpicar. Las ratas como él suelen esconderse muy bien, así que o bien está tan desesperado que su necesidad lo hace ser temerario o bien tiene el plan demasiado fraguado. Sea como sea, estoy aquí para averiguar la verdad.

Aunque las ganas de pegarle un tiro en la frente no se me pasan. Lástima que no pueda llevar mi arma encima.

—¿Qué se apuesta aquí? —El olor a puro lo acompaña mientras se tambalea aun estando apoyado en la silla—. ¿Hijas, empresas y niños robados?

Sí, se refiere a mí. Le he arrebatado todo.

—Juana y mi hijo ahora están bajo mi protección.

—¿Tu hijo?

Observo como Mikhail abre los ojos de par en par. Eso seguro que no lo esperaba.

El viejo emite una carcajada estrepitosa y produce un sonido agudo al arrastrar la silla por el suelo.

—¿Ya te ha engañado la fulana de mi hija? ¿Y tú te has creído que es tuyo? Supongo que te habrás hecho las pruebas de paternidad —se regodea—. Esto sí que no lo esperaba.

Miro hacia la seguridad del local. Tiene suerte de que no lo pueda desangrar en este mismo instante sobre la mesa. Compruebo que sigo manteniendo escondida en mi pierna la pequeña navaja que he podido ocultar a ojos de los guardias de la entrada.

Todavía estoy barajando la posibilidad.

—¿De verdad creías que iba a renunciar a ella? Anton es mi hijo y si alguien se atreve a dudarlo, cortaré cada maldita lengua y enterraré los cadáveres en medio de mi jardín.

—Devuélveme mi empresa de diamantes, tú ya tienes lo que quieres, Petrov, o la guerra será inminente. —Pega una palmada en la mesa tirando varias cartas al suelo que estaban sobre ella—. No sabes dónde te estás metiendo, perro.

Lo agarro por la camisa y lo acerco a mí.

—Estamos en guerra desde el mismo momento en que viste morir a mi familia sin remordimiento alguno y no hiciste nada por impedirlo.

—Tú lo has querido.

Me empuja, saca un machete y se abalanza sobre mí. Mikhail, que ha visto sus intenciones, ha lanzado a un lado la mesa para empujarlo y yo cargo contra él, tirándolo al suelo y deshaciéndome en puñetazos.

Siento una pequeña punzada en mi abdomen que aprieto con mi mano, el muy hijo de puta me ha herido.

Voy a matarlo.

Varios hombres uniformados lo cogen y lo arrastran fuera. Desabrocho mi camisa que está manchada de sangre y compruebo con alivio que es un corte superficial.

—Vaya, has tenido suerte.

La voz de Ekaterina me repele de una manera que no sabría explicar.

Siempre lo ha hecho.

Intenta acercarse a mí para evaluar la herida, pero yo la aparto de mi lado con brusquedad.

—Últimamente la suerte está conmigo. —Me abrocho botón por botón—. Obtengo una empresa de billones, me quito de encima a las arpías y recupero al amor de mi vida.

En el fondo, Ekaterina siempre ha sido un peón en todo este juego, alguien a quien mantenía cerca en mi beneficio mientras esperaba el momento de moverla, o incluso sacrificarla.

—Yo también estoy de suerte. —Wade Barlov la coge por la cintura.

—Me alegro mucho por ti —le respondo a Ekaterina—, a ver si así dejas de airear trapos sucios a la prensa y te centras más en tu relación.

—No entiendo nunca que viste en esa mugrosa.

La agarro por la garganta.

—Vuelve a hablar mal de ella y me encargaré de que sirvas de alimento para los peces del lago.

No le voy a permitir que hable mal de ella. Mi Juana es una mujer de la cabeza a los pies.

Preciosa, exótica y con una fuerza infinita. Es la mejor madre que un hombre puede encontrar para sus hijos y la mejor persona que puedo tener a mi lado.

El espacio se tensa y podría desgarrar el aire con un cuchillo. Si el local no estuviese abarrotado de gente, le cortaría esa maldita lengua.

—He venido a jugar —interrumpe Wade—, me han dicho que estabais apostando y ya sabéis que me gusta hacerlo fuerte.

—¿Has venido a perder, Wade? —le pregunta Mikhail, yo suelto a la mujer y centro la atención en la partida.

—He venido a recuperar el dinero que me robaste, Petrov.

Wade usaba las acciones en Diamanty como puente. No es un secreto para nadie que Wade y Kiril mantenían negocios y que este intentó hacerle creer a Nani que estaba de su lado para intentar quitarle parte de las acciones a Juana. Lo que no esperaba era que sus acciones se convirtieran en humo cuando la empresa más importante de Rusia la tomé yo.

Estoy seguro de que ambos podrían estar detrás de todo esto. A Kiril Popov no le queda nada, los Orlov son un eslabón frágil y no tienen la suficiente fuerza ni política ni económica para traer contenedores llenos de personas y a Mikhail le interesa, más que a nadie, estar de nuestro lado. A él le conviene tanto como a mí y Aleksei necesita que la pirámide de poder se mantenga. A pesar de que el trato con los siberianos lo han bañado en oro, no se la jugaría ni con la Bratva ni con los federales. Además, de que ensuciaría su imagen pública si algo así saliese a la luz.

No arriesgaría ni su dinero ni su poder por algo que detesta tanto como yo.

—Claro que estamos dispuestos a apostar —lo invita Mikhail para que se siente—, pero déjate al caniche atado a un lado del club, esa mujer me está irritando los putos oídos.

Ekaterina empieza a rechistar mientras nos burlamos de ella.

—¿Y qué vamos a apostar si se puede saber? —digo yo, ajustándome la camisa dentro de la americana e intentando tapar la mancha de sangre.

—¿Qué tienes tú para darnos, Wade? —se mofa Mikhail—. No me digas que al caniche, porque por esa mujer no daría yo ni tres rublos.

—Yo quiero un porcentaje de Diamanty —lanza como si nada.

—Vaya, es una suma demasiado cuantiosa, pero ¿qué me puedes ofrecer tú? —tanteo—. Nada. No tienes nada que quiera o necesite.

Sonríe mientras se sirve una copa.

—Os creéis intocables, ¿eh?

Mikhail y yo nos miramos y nos mofamos mientras él nos observa con los labios apretados.

Cuando uno ostenta el poder, debe saber en qué lugar de la pirámide está situado y Wade Barlov solo es un carroñero en busca de más dinero. Dinero que Mikhail y yo poseemos.

—Somos intocables —se burla Ivanov, barajando las cartas—, no te olvides de quién mueve los hilos.

—Todo lo que está arriba puede bajar. —Se enciende un cigarrillo y expulsa el humo en mi dirección—. No lo digo yo, es una ley física.

—¿Acaso nos estás amenazando? —pregunto—. Si quieres puedo recordarte cuál es tu lugar. Si aún respiras es porque yo quiero que lo hagas y porque hasta hace unos meses eras una buena fuente de ingresos, no me gustaría encontrarme con que estás escondiendo fondos del negocio, porque sabes que todo el dinero negro de este país pasa por mis manos y yo se lo sirvo en bandeja a nuestro Pakhan.

—Siempre he sido respetuoso con mis aportaciones.

—Por eso no estás muerto, Barlov —le recuerda Mikhail—, ahora me gustaría saber qué es lo que vamos a apostar. O qué es eso que tienes para ofrecer y poner sobre la mesa.

—Un contacto muy importante, digamos que tengo una información que vale más que las acciones de esa empresa.

—¿Un contacto? Tengo miles de contactos en mi agenda, necesito que seas más específico.

—Un contacto que podría salvarnos de los federales.

Mikhail palidece. Hace unos días me dijo que teníamos a la policía detrás y ahora Wade Barlov nos ofrece un contacto. ¿Sería tan idiota de entregar a la mafia rusa? Sellaría desde luego su muerte, pero no parece que se esté colando un farol.

—¿Qué sabes tú sobre eso?

Mikhail se muestra inquieto.

—¿Veis como no sois indestructibles? En este mundo, uno tiene que tener sus aliados. Y corre el rumor por toda la Bratva de que un pez gordo podría estar yéndose de la lengua. Han encontrado unos contenedores en el puerto llenos de personas y, aunque la Bratva

tenga sus leyes internas, los federales van a meternos a todos en el mismo saco. Además, van a ir a por los peces más gordos y en ese saco entro yo también.

Se gira y observa a Ekaterina que está a un lado hablando con unos hombres.

¿Ekaterina tiene algo que ver con la policía? No puede ser, ella no tiene información relevante como para poder tumbar a la mafia.

Aunque sí que podría saber algo. Su madre es la amante de Kiril Popov y por lo que tengo entendido fue su secretaria personal durante muchos años.

Saco el teléfono que vibra en mis pantalones. Es Roman.

Roman
Tengo algo.

Debe de estar detrás de algo gordo cuando me ha dado plantón, pero no es el momento ni el lugar de contactar con él, así que decido hacerlo más tarde.

Jugamos al *durak* durante horas, compruebo en mi reloj que ya es de madrugada y este pedazo de mierda ha bebido más de la cuenta y no suelta prenda, solo balbucea. Yo les sigo el juego y bebo con ellos, aunque la verdad es que me arde la piel por volver ya a mi casa.

No deseo estar en otro sitio que no sea a su lado.

Arrastro mi silla y me retiro del juego, cansado pero nervioso por todo el tiempo que nos ha hecho perder Wade. Me encojo al tocar la herida en el lateral de mi abdomen, ha sido superficial, aun así, duele como el demonio; las heridas de arma blanca tienden a infectarse.

Me bebo el vaso que hay sobre la mesa de un trago y lo dejo sobre la misma con pose firme.

Mis tres hombres me están esperando fuera del local para llevarme a casa. Vuelvo a leer el mensaje de mi amigo. Espero que lo que haya encontrado nos sirva de mucho. Guardo el terminal en mi chaqueta cuando llego a la mansión Petrov.

Entro en mi hogar, impaciente, el aire es intenso en la calle y el frío casi insoportable, así que me cobijo en el calor de mi casa.

La busco, algo inquieto, normalmente cuando llego tarde ella está en la cocina, fingiendo que está recogiendo, pero Juana hoy no está. Subo las escaleras de dos en dos y me dirijo a mi habitación, tampoco está en mi cama.

«¿Dónde te has metido?».

Voy a la habitación de Anton y entreabro la puerta, ahí está tumbada de un lado, sujetando con su brazo al niño. Me apoyo en el marco y los observo por el hilo que entra de luz.

Me acerco a ella y la sujeto por debajo de las rodillas y la espalda, va a dormir en mi cama, hoy y todas las noches de su vida. Se agarra a mi camisa cuando la dejo sobre mis sábanas.

—¿Qué hago aquí?

Se despierta y mira a ambos lados. No me grita, no me reprocha, pero es evidente que está molesta.

—Estás donde debes estar. Conmigo.

—¿Vas a salir todas las noches y me vas a dejar sola? Eso es justo lo que hacía con mi madre el miserable de mi padre.

Dejo la chaqueta de mi traje sobre la silla y me desabrocho la camisa, intentando esconderle la mancha de sangre; también me deshago del pantalón para ponerme el pijama, y luego me encamino al baño para limpiar la herida.

—He ido a solucionar unos negocios —le aclaro cuando vuelvo a su lado.

Me meto en la cama solo con el pantalón de seda negro y me coloco a su lado, apoyando mi espalda en el respaldo.

—¿Así es como se le llama ahora a salir de putas? Hueles a alcohol y a tabaco y…

Se gira a un lado para darme la espalda. Ni siquiera tiene fuerzas para luchar contra mí y eso me desespera, me gusta la Juana que grita y patalea, pero parece cansada.

—He bebido y he fumado, eso es una realidad, pero te puedo asegurar que no he estado con ninguna mujer, cuando la única que vive día y noche en mi cabeza eres tú.

—Deja de mentirme, Viktor.

—Mi diamante, no deberías estar celosa.

—¿Me hablas tú de celos?

Se gira y me observa entrecerrando los ojos. Mi mano acaricia su mejilla. Si supiese el poder que ha ejercido toda la vida sobre mí…

—Me equivoqué y no sé si voy a ser capaz de perdonármelo alguna vez en la vida —le aseguro—, fui al club Drantelon. Puedes estar tranquila, nena, no voy a traicionarte nunca, te lo juro por lo que más quieras. Estoy intentando solucionar toda esta mierda, porque el niño y tú sois mi prioridad ahora y siempre.

Aprieta los labios y asiente. Hay algo que la aflige.

—No más celos y no más traiciones, Juana, no más mentiras. He estado en ese local porque Mikhail y Aleksei creen que tenemos a un topo intentando endiñarnos un muerto con los federales, alguien está traficando con personas y quiere hacernos cargar con la culpa.

—¿Crees que mi padre podría estar detrás de todo?

—Claro que lo creo. Estoy casi seguro —afirmo, y me quejo por la herida del costado—, puede que no le dejara elección. Se gastaba todo el dinero que tenía en el juego y la poca fuente de ingresos que tenía se la quité cuando te robé la empresa, puede que se metiera en esa mierda y ahora quiera echárnosla a nosotros por encima.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí —respondo apartando la sábana—, tu padre ha intentado atacarme con un arma blanca. No es nada, es superficial.

Se despierta en su totalidad y se inclina para comprobar mi herida. Pone sus manos calientes en mi costado, analizando los daños.

—Podría haberte matado. —Le tiembla la voz.

—Pero no lo ha hecho. Tranquila, *malyska* —murmuro, ella se vuelve a recostar y su mirada me observa con curiosidad. Le acaricio el cabello, se relaja ante mi contacto—, además, merece la pena recibir cualquier tipo de golpe por ti o por el niño.

—Ese monstruo es capaz de cualquier cosa —balbucea—. Ojalá estuviese muerto.

Cierra los labios con un fuerte resentimiento hacia su progenitor.

—Tuvo que ser muy difícil tener un padre como Kiril Popov. Me arrepiento de no haber hecho las cosas de otra manera.

—Supongo que la vida no nos lo ha puesto fácil… —lamenta—, yo también me arrepiento de no haber estado ahí cuando le pasó aquello a tu familia. Me odié mucho por ello.

No hay día que no recuerde el tiroteo en esta misma mansión. En cómo destruyeron mi clan y en cómo eso me marcó y me convirtió en el hombre que soy hoy.

—No fue tu culpa y yo te debería haber buscado. Ya no puedo tirar el tiempo hacia atrás, pero pienso hacerlo mejor a partir de ahora.

—Me acuerdo mucho de tu hermana Valentina, de lo presumida que era y lo que le gustaba elegir sus propios vestidos.

—Ahora tengo a mi sobrina, me recuerda mucho a ella, supongo que eso calma mi dolor y me consuela.

Apoya la cabeza en el hueco de mi cuello y se acerca más a mí, apoyando sus manos en mi pecho.

—Viktor, necesito que me prometas algo…

—No he estado con ninguna mujer, nena —la interrumpo—, no voy a volver a caer en los errores del pasado.

—No es eso, es que… —balbucea, nerviosa—, prométeme que pase lo que pase protegerás al niño.

No puedo amarla más. Su valentía, su fortaleza. Su manera de salvar eso que tanto ama.

—Os protegeré, si hace falta, con mi vida.

Pero se remueve, inquieta. No quiero que sepa que lo sé, necesito que sea ella misma la que me lo diga.

—Es lo único que tengo de verdad —se excusa.

—También me tienes a mí, *malyska*. Y ahora quiero que dejes tus miedos a un lado. Llevo toda la puta noche deseando volver a casa para estar contigo, así que te voy a follar. Me arrodillaré ante ti y te comeré una y mil veces ese dulce coñito hasta que me dejes entrar en ti.

Aparto la sábana dejando su cuerpo libre ante mi lasciva mirada. Arquea la espalda, sus pezones erectos se marcan en su camisón de seda negra.

—Ponte boca abajo, Juana, tengo hambre de ti.

Dibuja una sonrisa en su cara y se gira para darme la espalda. Su cabello ébano se le alborota por el movimiento, cayendo por ambos lados.

Es una diosa ante mis ojos.

Me deslizo sobre ella para ponerme entre sus piernas haciendo hundirse el colchón en la zona donde clavo mis rodillas, le subo el camisón y tiro con fuerza de ese tanga de puntilla negro que se adhiere a su centro. Lo agarro en mi puño y lo acerco a mi nariz para comprobar lo caliente que espera por mí.

—Mmm —balbucea cuando mis dedos aprietan una de sus nalgas.

Puede parecer una locura, pero es algo que siempre he guardado para ella, es a la única mujer que he probado. La única con la que he sentido la necesidad de hacerle rozar el cielo con mi lengua.

Me inclino y la abro para devorarla, para hacerle entender que estoy aquí y que jamás me pienso marchar, paseo de arriba abajo mi lengua provocando sus gemidos.

Sus manos estrujan con fuerza la almohada.

—Mmm —vuelve a gemir.

Mi lengua busca su abertura para follármela con ella mientras mis manos amasan sus nalgas sin piedad.

—Me tienes arrodillado a tus pies. —Me separo unos segundos para coger aire.

Su pecho se mantiene sobre el colchón. Abro sus nalgas y escupo un reguero de saliva que se mezcla con su excitación sobre el orificio de su culo.

Se remueve, algo nerviosa.

—No he hecho esto nunca… —dice con voz asustada.

—Tranquila, nena, solo te estoy preparando.

Le introduzco el pulgar, un jadeo sordo de dolor sale de su garganta.

Entonces vuelvo a inclinarme para comérmela, esa pequeña punzada de dolor la ha puesto eufórica porque está chorreando en mi boca.

—Viktor… —murmura, y agarra con fuerza las sábanas nuevamente.

Continúo haciéndola disfrutar mientras me arranco el puto pantalón de pijama. Tengo la polla tan dura que temo hacerle daño y necesito estar dentro de ella ya. Recuperar todo eso que me he pedido durante todo este tiempo.

Cuando está a punto de correrse me posiciono en el orificio de su coñito. Tiro de su coleta para poder besarla, solo hace falta que me mire de esa manera para saber que debo penetrarla ya.

Coge aire con dificultad cuando me abro paso tan profundamente que desato ese torbellino explosivo en su cuerpo. Mientras tanto, acompaño sus gemidos y saboreo su placer planeando con su lengua entre mis labios.

—Viktor, te… —intenta hablar, pero mis embestidas se lo impiden.

Se deshace en su interior. Algo ardiente la hace retorcerse haciéndola gritar y formando una cadencia de sonidos entre estas cuatro paredes. Sigo entrando en ella una y otra vez en profundidad. Haciéndola caer sin fuerzas sobre el colchón.

Me pongo a su lado de costado y la pego a mi pecho, ella esconde la cabeza en mi cuello. Ronronea mientras se adormece tranquila entre mis brazos. Observo cómo inspira y espira. Su cabello hace un contraste perfecto sobre mis sábanas. Con sus labios carnosos y esos rasgos tan excitantes que me hacen perder la cordura se ajustan a mi cuerpo.

Toda ella, Juana Popova, siempre fue el amor de mi vida.

—Te amo, *malyska*.



Capítulo 35

El viento azota con fuerza mis sentidos, anoche el frío fue intenso y dejó a su paso una pequeña capa de nieve que cubre el suelo del jardín. Meto las manos en los bolsillos de mi chaqueta y respiro en profundidad, inhalando con amplitud ese olor a hielo que enfría mis pulmones.

Hay algo que me aflige y no me deja ser todo lo feliz que me debería sentir.

El miedo a que mi padre pueda hacerle daño a Viktor, el terror que siento al contarle que Anton podría ser su hijo, todas esas ideas que se agolpan en mí una y otra vez y apenas me dejan pegar ojo por la noches.

Si lo rechazara, eso sí que no podría perdonárselo; y… no sé si yo soportaría perderlo una vez más.

Aunque confío en él, Viktor me está demostrando en este tiempo que le importamos de verdad.

—¿Estás bien?

Su voz me sobresalta, se coloca a mi lado chocando su hombro contra el mío.

—Sí, ¿debería estar mal?

Me mira de lado y mi corazón late en el pecho cada vez que lo hace de esa manera tan profunda, como si pudiera leer mis pensamientos.

—Pareces preocupada.

—Mi padre se ha atrevido a atacarte. Le has robado y lo has humillado delante de los demás clanes. Tengo miedo, solo es eso.

De pronto, uno de nuestros hombres nos interrumpe.

—Señor, creo que debería ver esto.

—¿Qué pasa? —pregunto con una extraña inquietud azotando mis sentidos. Viktor camina detrás del hombre y yo lo hago también junto a él.

—Creo que la señora no debería venir —avisa su hombre—, ha llegado un envío, un regalo para usted. Ya sabe que tenemos orden de revisar todo lo que entra en la mansión, pero no le va a gustar lo que va a ver, señor.

—Juana es ahora tu señora, así que puede venir conmigo —advierte al hombre.

—Señor, creo que no debería…

Viktor me coge de la mano.

—¿Se puede saber lo que está pasando, Elliot?

Vamos hasta el portón principal, ahí hay una caseta de vigilancia de sesenta metros cuadrados donde los hombres de Viktor hacen las guardias y se encargan de la seguridad de la mansión.

—Llegó esto esta mañana para usted, llevaba ese sobre con su nombre, aunque creo que no debería abrirlo delante de la señora —insiste mientras se acerca al borde de la mesa.

Observo la maleta de cabina de cuero negro que hay sobre la madera. El guardia arrastra su peso hasta ponerla frente a nosotros. Al otro lado, hay un hombre que me observa con inquietud. Estoy empezando a ponerme nerviosa. No sé qué es eso que los tiene tan alterados y creen que no voy a ser capaz de soportar.

—No habrá una bomba ahí dentro, ¿no? —pregunto, confusa.

—No señora, no. De haber sido así no los atraería hasta el peligro.

Viktor se apoya sobre la mesa y sin más dilación la abre.

Pero lo que me encuentro dentro… es peor que todo lo que había imaginado.

La cierra con un golpe seco al escuchar mi grito ahogado. Las náuseas se agolpan con fuerza y doy un par de arcadas hasta que vomito a un lado la bilis.

—¡Mierda! ¿Quién coño ha mandado esto?

Es un cuerpo desmembrado y la cabeza…

¡Es de su amigo Roman!

Algunas gotas de sangre se deslizan sobre el suelo, escucho ese ruido fluido y espeso que hace al caer sobre la superficie y cierro los ojos con fuerza, intentando no volver a vomitar.

Viktor saca el teléfono del bolsillo de su pantalón de traje y marca con la ansiedad haciéndole subir y bajar el pecho. Me consta que Roman no solo era su mejor hombre, también su mejor amigo.

—¿Aleksei? —Se mesa el pelo con nerviosismo, le está costando mantener el control—. Acaban de enviarme a la puerta de mi casa el cuerpo troceado de Roman.

No puedo escuchar lo que este dice al otro lado de la línea, pero sí veo como Viktor me mira preocupado mientras va de un lado a otro.

—No voy a huir de mi mansión, tengo hombres suficientes para cubrir nuestras espaldas. Estoy seguro de que el viejo está detrás de todo esto, anoche estuve en el club y se atrevió a atacarme.

Se detiene a mi lado antes de dirigirse a sus hombres de manera fría:

—Acompañadla a la casa y que no salgan ni ella ni el niño.

Uno de los guardias se pone a mi lado con la clara intención de custodiar mis pasos, tengo el estómago totalmente revuelto así que mis piernas se convierten en gelatina e incluso me cuesta caminar.

Conocí a Roman muy poco, aunque sé lo importante que era ese hombre para él, y cuando me lo presentaron su cabeza estaba pegada a su cuerpo.

—¿Estás bien, Nani?

Anton asoma por el marco de la puerta una vez me encuentro en el salón y yo finjo que me encuentro bien.

—Sí, cielo —le respondo cuando se sienta a mi lado en el sofá.

—Pues no lo parece, estás blanca.

—Solo me he mareado un poco, pero por supuesto que estoy bien.

—Viktor me ha dicho que nos iba a llevar a pasear por Shebek Valu.

Le acaricio el cabello, intentando esconder mi nerviosismo. Mi padre no nos va a dejar nunca en paz y ahora mismo temo más que nunca por mi hijo.

El cuerpo de Roman en una maleta solo es una amenaza. Un aviso de lo que hará si no consigue lo que quiere.

—Ah, ¿sí? Parece que os lleváis bien —procuro cambiar de tema.

—Me gusta mucho, me trata mejor de lo que nunca lo hizo el abuelo.

Eso me encoge el corazón.

¿Si supiese quién es el niño lo trataría de la misma manera?

Quizá debería tener valor para contárselo, Viktor me quiere, aunque ahora el momento es menos idóneo que nunca.

—¿Ahora me vas a decir qué te pasa? Eres mi madre y sé que no te has mareado, mamá.

Miro a Anton y me doy cuenta de todo lo que ha crecido y de que es el niño de ocho años más inteligente y locuaz que he conocido.

—Tengo miedo de que el abuelo Kiril nos obligue a marcharnos con él.

—No dejaré que eso pase, mamá, y si Viktor no te protege yo sí que lo haré —responde el niño sacando pecho.

No puedo estar más orgullosa de mi pequeño.

—Si alguien se atreve a tocaros, no habrá rincón de Rusia en el que se pueda esconder, arrasaré con todo lo que ese hombre ame —amenaza Viktor, furioso y sin poder esconder el estupor y la furia que lo recorren al entrar por la puerta.

Lo miro desde el sillón. Aún me encuentro algo aturdida. Y si yo estoy así, no me quiero imaginar cómo debe de sentirse él ante el asesinato de su amigo y la manera en la que han dejado su cuerpo.

—Viktor, esto está yendo demasiado lejos. Si mi padre tiene algo que ver no parará hasta conseguirlo. Tú no lo conoces, ese hombre no tiene corazón. Quizá podrías darle la empresa de diamantes, yo ya tengo lo que quería.

—¿Y olvidar todo lo que nos está haciendo? Además, si Kiril ha tenido algo que ver con el tráfico de personas que han interceptado en el puerto, va a ser hombre muerto igual. —Viktor mira al niño sin un ápice de remordimiento por hablar del que se supone que es su padre—. Y, desde luego, no pienso darle la empresa. Cuando todo esto pase, Diamanty seguirá siendo del apellido Petrov, pero la pondré a nombre del niño. Será vuestra.

—Anton, ven. Tienes que ayudarme en la cocina —lo llama Polina.

El niño se levanta y va en su dirección mientras él replica por quererse quedar y escuchar la conversación, aunque es mejor que se vaya ya que Viktor está muy nervioso y está hablando más de la cuenta.

—El que ha mandado el cuerpo de Roman ha dado un aviso, ahora tenemos que tener más cuidado que nunca, Juana. No podemos bajar la guardia, pero prometo que os protegeré, aunque pierda la vida.

Sé que estamos al borde de algo serio. Habrá muertes, y solo de pensar que Viktor podría anteponernos a su vida. Necesito que al menos sepa la verdad. Si ocurriera algo…

—Viktor… —murmuro.

—Juana, estás temblando, mi vida. Esa imagen igual ha sido demasiado para ti.

Me pongo a tiritar y mis dientes castañean. Él me sujeta y yo me sumerjo en la seguridad que me dan sus brazos cuando me rodea con ellos. Como si nunca me fuera a permitir caer, sin embargo, cuando sepa toda la verdad… No sé muy bien qué esperar. Ya se fue una vez de mi vida y perderlo otra vez sería letal para mí.

—Lo siento. Yo…

Ansiedad. El aire me falta y no sé cómo no sentir el terror que recorre todo mi cuerpo. No puedo seguir engañándolo, no cuando mi

padre podría decírselo o incluso podría averiguarlo o lo que es peor, podría utilizarlo.

Se merece saber la verdad. Esa que mi padre va a utilizar en cualquier momento para extorsionarlo…

—Juana, tranquilízate, nena. No hay nada que ese hombre pueda haceros, estoy aquí, mírame. —Me coge por las mejillas y me obliga a centrar mi mirada en sus ojos, estoy en *shock*—. Estoy aquí, nena, no voy a irme a ninguna parte, no te va a pasar nada. Respira, ¿me oyes?

Tendría que haber confiado más en el hombre que tengo enfrente, no puedo echar todo el lodo sobre su tejado si yo todo este tiempo he sido una cobarde. Debería habérselo dicho, ahora estoy segura de que él me hubiese ayudado. Así que lo suelto a bocajarro:

—Anton es tu hijo, Viktor.

El corazón se me para unos segundos. Luego lo oigo palpitando a fuego lento dentro de mí.

Pum. Pum. Pum.

No hay gritos ni reproches. Solo su mirada y su pulgar recogiendo la lágrima que recorre mi piel.

—Lo sé. —Abro los ojos de par en par, sorprendida y con el corazón aún a punto de salirse de mi cuerpo—. Tu padre vino dispuesto a recuperar la empresa, me lo dijo pensando que te rechazaría por eso. Se atrevió a insinuar que el niño era un *milpadres*, pero yo estoy seguro de que es mío.

Creo que voy a dejar de respirar en este mismo instante.

—Perdóname.

Me abalanzo sobre sus labios para besarlo, y el cúmulo de emociones recorre mis mejillas en forma de lágrimas. No puedo estar más orgullosa de sus palabras, sobre todo al ver que ni siquiera él se ha hecho las preguntas que tanto me atormentaron a mí en el pasado.

—Perdóname tú a mí, nena. Por mis celos hemos vivido todo este tiempo alejados, y no te puedes hacer una idea de lo que te he añorado.

Sus labios y los míos se funden en un beso. Lo quiero con todas mis fuerzas.

—¿Qué va a pasar con nosotros?

—Voy a hacer lo que debería haber hecho hace mucho tiempo. —Se ajusta las mangas de la camisa—. Voy a trabajar hasta ver a Kiril Popov muerto y enterrado.



Capítulo 36

Hemos venido a Shebek Valu y vamos a pasar varios días en la mansión que mi hermana posee a unos kilómetros. Por el momento, es lo más seguro para mi familia.

Familia.

Qué bien suena eso.

Llegamos a la mansión Dragov. Se alza en lo alto, imponente, con una fachada majestuosa, ventanales enormes y balcones de forja.

En mitad del recibidor, nos esperan mi hermana y mi sobrina. El niño se acerca para jugar con Valentina, que nos recibe con una sonrisa.

—Qué grata sorpresa y qué bien que vayáis a pasar unos días con nosotros —dice mi hermana, con una sonrisa en la cara que refleja lo feliz que se siente en este momento—. Es lo más seguro, además de que reconozco que me alegra teneros por aquí.

Aleksei la coge por la cintura por detrás mientras se dirige a mí.

—¿La última indirecta que te tiré, cuñado, no la pillaste a la primera?

—Aleksei —lo reprende ella mientras le da un codazo—. No le hagáis ni caso…

—Hola, tú debes de ser Anton, soy Anastasia —se presenta mi hermana extendiendo la mano, el niño se acerca a ella y también extiende la suya—, encantada.

—Yo también estoy encantado.

—Vaya… —su mirada se desplaza del niño a mí—, eres muy guapo, yo creo que me recuerdas mucho a alguien a quien conozco desde pequeño.

—Antooon, Antooon —interrumpe la pequeña Valentina llamando su atención—, ¿me acompañas a conocer a Bola de fuego? Ha tenido bebés y uno es mío. Ha tenido un potro, pero mamá va a tener tres dragones.

Bola de fuego es la yegua de mi hermana y es con la que ha enseñado a montar a mi sobrina.

Me giro hacia Anastasia ante la confesión de la niña, mi cuñado le acaricia el vientre y me mira con la sonrisa engreída.

—Iba a ser una sorpresa —murmura ella—, aunque ya te lo ha contado Valentina.

—Enhorabuena, Anastasia —la abraza Nani—, ser madre es el regalo más maravilloso que puede tener una mujer en el mundo.

—¿Llevas tres? —les pregunto a ambos, sorprendido.

—Sí —confirma Aleksei—, tres varones. Ya lo ves, cuñado, tu hermana y yo no estamos aquí para perder el tiempo.

Anastasia le da otro codazo en las costillas.

—Ains —replica él sin dejar de sonreír.

Hace cinco años yo la lancé a sus brazos, fue la única salida que encontré para salvarla. Lo que no sabía es que los convertiría en las personas más felices del mundo. Me alegra ver a mi hermana tan feliz, tan completa. Es la única familia que me quedó y no puedo sentirme más encantado por ellos. Sabía que Aleksei la trataría con el respeto que ella merecía.

Anton y Valentina salen juntos directos a las caballerizas y nosotros nos sentamos alrededor de la mesa mientras nos sirven algo de comida y bebida.

Hoy noto a Juana más relajada a mi lado, la rodeo con mi brazo por encima de los hombros y la pego a mí. Ella me mira y me sonríe.

—He averiguado algo —dice Anastasia, rompiendo la tranquilidad de todos. Se sirve un vaso de zumo y se lo bebe sedienta, de un trago—. Aah, estos tres dragones que llevo dentro me van a dejar seca.

Le pedí a Anastasia que investigara las transacciones de Diamanty, a veces se me olvida que es la mejor *hacker* de toda Rusia. Es implacable, no hay nada ni nadie que pueda con ella. Cuando era niño envidiaba eso de mi hermana, la facilidad que tenía para manejar todo lo relacionado con la informática. Lo que ella lleva dentro de esa cabecita no es algo que se enseñe, es algo con lo que una persona nace.

—¿Sobre las transacciones de Diamanty?

—Exacto —vuelve a rellenarse el vaso hasta el borde de zumo y vuelve a bebérselo—, esa empresa ha movido dinero negro de todos los clanes. En pequeñas dosis, de los Orlov; luego están las aportaciones que hacía Wade Barlov, nada fuera de lo común para ese hombre que solo busca llenar sus bolsillos; también he visto hasta depósitos de dinero de nuestro padre antes de que, ya sabes… —murmura Anastasia, haciendo referencia a la muerte de nuestros progenitores—. El caso es que antes de heredar la empresa, Juana, había una mano que firmaba todos los movimientos, una administradora, y no os vais a creer de quién se trata.

—¿Pero tiene eso algo que ver con las entradas de dinero ilícito que hemos tenido estas semanas en la empresa?

—Sí. Las transferencias de dinero están hechas desde una de tus cuentas bancarias, Viktor.

—¿Qué? ¿Cómo es eso posible?

—Es fácil. Vesna Smirnova era la secretaria personal del padre de Juana y también su amante, ella sabía cómo mover el dinero de Diamanty, pero las transacciones las hacía a nombre de otra persona y esa persona tenía acceso directo a ti.

—Ekaterina Smirnova… —deduce Juana mirando a Anastasia.

Esta asiente y continúa con la información.

—Hay algo que deberíais saber, porque madre e hija están metidas hasta el cuello con el viejo. Por mediación de la hija, he comprobado que ha recibido mucho dinero en sus cuentas en los últimos meses y todo podría venir de donde ya sabemos.

—¿Ekaterina sería capaz de traficar con personas?

—Eso parece. Los Popov están metidos hasta las cejas…

—Bueno, puedo mandar a una decena de hombres, Sergei está sediento de sangre. Una llamada y el viejo está muerto. Tampoco es un gran problema —añade mi cuñado.

—También tienen contacto con los federales. Sí, esto es como el pez que se muerde la cola. Llamaríamos mucho la atención de hacer eso. Kiril ha sabido cubrirse la espalda. La cuestión es que lo único que me queda claro es que quieren encasquetarles el muerto a Viktor y a Juana.

—Esas mujeres son lo peor —gruñe Nani.

La observo de reojo, no sé cómo pude ser tan idiota. Mis malditos celos me separaron de ella tanto tiempo… La cojo de la mano por debajo de la mesa para reconfortarla.

—Hay algo más… —añade Anastasia.

—Ekaterina no se apellida Smirnova. —Observo a Juana que está rígida—. El verdadero nombre de esa arpía y con el que firma las transacciones es Ekaterina Popova.

Noto cómo su mano se queda rígida en la mía. No puede ser, pero tiene sentido. Ekaterina podría ser su hermana. Me mira y la mandíbula se le tensa. Sé lo que está pensando y siento que una parte de su dolor se lo esté ocasionando yo.

—¿Podría ser mi hermana? —pregunta, temblorosa.

—Es su nombre real y no sería tan descabellado. Su madre y tu padre han sido amantes toda la vida y antes de tenerla en su casa, pagaba una pequeña villa a las afueras donde las mantenía a ambas.

Ekaterina es la hermana de mi Juana.

—Lo siento, nena, voy a ocuparme personalmente de que reciban su merecido —le susurro cuando veo que se ha quedado en *shock*.

—Bueno —interrumpe Aleksei ante tanta tensión—, yo me he quedado en lo de despedazar al viejo. Sabe que soy la ley y ha

estado jugando con fuego, nadie en mi clan trafica con personas, las mujeres se respetan. Así que es hora de que destruyamos su clan.

—Estoy con Aleksei —lo apoyo—, me han mandado a mi amigo hecho trocitos en una maleta. Ya nos ocuparemos de los federales, para eso tenemos la máxima fuerza política de nuestro lado. Nada que Mikhail no pueda solucionar.

Aún no consigo conciliar el sueño sin verlo. Estoy habituado a sufrir y ver cosas duras. Yo mismo presencié cómo mataron a mi familia, cómo despedazaron a mis hombres hace unos años. Es el precio del poder, pero uno nunca se acostumbra ni está preparado para esto.

—¿Tú qué opinas? —le pregunto a Juana que aún está muy impactada.

—Quiero ver a ese hombre muerto, no merece respirar.

Aleksei se enciende un cigarrillo. Mi hermana se lo quita de los labios y lo apaga en un cenicero que hay sobre en la mesa.

—Quiero hacerlo yo —anuncio remangándome las mangas de la camisa—, esta es mi guerra, Dragov. Solo necesitaba tu aprobación, pero de Kiril Popov, ya me ocupo yo.



Hemos vuelto a nuestro hogar, he reforzado la seguridad y seguirá estando así hasta que el hijo de puta de mi suegro esté alimentando a las lombrices.

Cierro el portátil que tengo sobre la mesita de mi habitación cuando termino de hacer unas últimas gestiones. Miro hacia mi cama y observo cómo duerme profundamente. Su pecho sube y baja debajo del camisón de seda negro, su cabello cae a un lado, algo alborotado, y ese cuerpo curvilíneo me provoca, queriendo hacer que me entierre en ella.

La contemplo y grabo cada detalle, por ella vendería mi alma. Todo lo que me enamoró como un loco y todo por lo que continúa haciéndolo.

—¿No vas a venir ya a la cama? —ronronea adormilada.

Me giro en la silla aún sentado y me remuevo el cabello.

—Estaba trabajando, nena, estoy agotado…

Ella suelta una risita mientras se recoloca y murmura algo entre dientes.

—¿Eres de los hombres a los que les duele la cabeza?

—Más bien, soy de los hombres a los que les duele la polla.

—Eres un deslenguado.

—¿Qué quieres hacerme con la lengua, eh?

Me desabrocho la camisa botón por botón, hasta apartarla por completo de mi cuerpo. Sé lo loca que le vuelve mi tatuaje y el poder que ejerzo sobre ella. Abro y cierro el puño provocando que los sellos que llevo en cada dedo se reflejen bajo la luz, y me muerdo el labio cuando la escucho ronronear sobre mi cama.

—¿Qué es lo que quieres que te haga, Viktor?

Abre las piernas, tumbada, para mostrarme ese coñito caliente por el que vendería mi alma al demonio. Tan apretado y con la forma de un melocotón maduro.

Creo que acabo de babear.

Se me sube el corazón por la boca y la polla se me endurece encogiendo mis malditos pantalones.

Me desabrocho el botón para dejar salir mi erección.

—Ven aquí, nena, y arrodíllate ante mí.

—Vas a tener que venir tú hasta aquí —me replica, metiendo la mano entre sus muslos para acariciarse a sí misma—, hoy vas a ser tú el que se postre a mis pies.

Un gruñido emerge de mi garganta cuando la veo arquearse mientras se da placer.

Me deslizo sobre la cama hasta que mi pecho queda pegado a su cuerpo y su mirada conecta con la mía. Apoyo mi frente en la suya.

—Eres una mujer convincente cuando quieres.

Uno nuestros labios con lentitud, saboreando su lengua y comiéndome ese pequeño gemido que emite cuando mi mano sube por su costado para deshacerme de su camisón. Ese que ha estado pegado a su cuerpo más de lo estrictamente necesario.

—Te necesito, Viktor.

Se fricciona contra mi cuerpo, pero yo vuelvo a levantarme, separando nuestro contacto y volviéndome a sentar en la silla. Separo mis piernas y agarro mi polla para acariciarme mientras la observo.

Creo que jamás me cansaré de hacerlo.

—Ahora ven aquí, nena.

—Eres un gilipollas —me suelta mordiéndose el labio—, pero me gustas.

—Ven, quiero que volvamos a hacer esto. Quiero que puedas ver quién te hace gritar y quién es el hombre que te hace arder.

Sale de la cama y termina de quitarse el camisón, para venir totalmente desnuda hasta mí. Su cabello negro cae en cascada sobre sus senos. Es una diosa ante mis ojos.

Llega a mi altura y se arrodilla ante mí. Pero, aunque Nani no lo sepa, no es ella la que está postrada ante mí, sino yo el que estoy rendido a sus pies.

Ya no hay nada que vaya a poder cambiar eso.

Apoya sus manos en mis muslos, alarga la mano y continúa ella levantando la piel de mi polla. Echo la cabeza hacia atrás, mirando el techo. Su lengua pasea por mi longitud, así que aprieto mis puños en ambos reposabrazos del sillón.

Es tan exquisita…

Durante unos minutos, me lame como si fuese un puto manjar. El tacto de su piel caliente y esos jadeos que emite mientras coge aire, cuando agarro su cabello y la guío hasta entrar más profundamente en su cavidad, me vuelven completamente loco.

Alzo su cabeza para comprobar que ha lagrimeado, así que la ayudo a levantarse y la cojo por las caderas para darle la vuelta. Quiero que vea lo que le hago, y que sepa que solo yo provoco que chorree de placer.

—¿Te gusta verme mientras me follas? —murmura cuando la siento entre mis piernas.

—Me vuelve loco mostrarte todo eso que te provoco.

Abro sus piernas para dejar frente al espejo el fruto de mi deseo. Ya hemos hecho esto con anterioridad, pero hoy voy a ser

más extremo.

—Viktor… —gime juntando su espalda a mi pecho.

El sudor de su cuerpo y la manera tan arrebatadora que tiene de mirarse frente al cristal… Ese reflejo es pura fantasía y no se puede hacer una idea de lo dura que me pone la polla cuando se remueve de esa manera.

La alzo para poder entrar en ella, para que mi carne caliente una las piezas de este puto puzle. Para que su cuerpo se una al mío y pueda sentirla. Porque, sí, cuando estamos juntos de esta manera tan salvaje y animal, nuestros cuerpos se complementan y siento que solo somos uno.

Entro sin cuidado en su interior, está muy mojada y empujo hasta que mi pelvis toca bruscamente sus muslos. Consiguiendo introducirme en ella hasta la empuñadura.

—¡Joder! ¡Dioooos! —blasfema.

Mi nariz huele el hueco de su cuello mientras la beso. Alargo el brazo por encima de la mesa y cojo la pistola.

—¿Qué haces? —Se remueve encima de mí.

—Hacerte arder… —murmuro, eufórico, cuando ella misma coge impulso para subir y bajar sobre mí.

Esa puta imagen no se me va a ir de la cabeza.

Pongo el silenciador y disparo contra un cojín hasta vaciar el cargador en su totalidad. Espero unos segundos para que el cañón no esté muy caliente y lo arrastro por sus muslos.

—¿Qué haces, Viktor? —jadea, extasiada por el placer que le estoy dando.

Junto el cañón a los labios interiores de su coño. Esta se agarra con fuerza a mis brazos mientras emite un sonido ronco que emerge de su garganta. Sus uñas se clavan en mi antebrazo y esa reacción de dolor en mi cuerpo me la pone más dura dentro de ella.

Trazo círculos alrededor de su clítoris con mi pistola. Grita, se queja, se deshace en jadeos que intenta sofocar sin poder controlarlo.

—¿Te gusta lo que te hago?

—Sí… —admite.

—Claro que te gusta —clavo mis dientes en su hombro—, mira lo mojada que estás.

Abro más sus piernas, sobrepasada por lo que está ocurriendo, intenta cerrarlas, pero con mis rodillas se lo impido. Esta sensación de ver que está así por mí es indescriptible. Empujo con mis caderas para seguir penetrándola. Una y otra vez mientras sus uñas siguen clavadas en mis antebrazos. Entonces dejo de trazar con la pistola círculos sobre su clítoris y la dirijo a su orificio, compartiendo espacio conmigo en su coñito.

—Voy a hacerlo despacio, pero necesito que te relajes, nena.

—Viktor.

¿Es una súplica?

Porque el cañón está entrando ligeramente, presionando. Me gusta llevarla al límite, y deleitarme con el contoneo de sus caderas y su corazón que late a una velocidad tan vertiginosa como el mío.

—Eres mía nena, dilo.

—¡Viktor! —grita cuando le introduzco la punta de la pistola.

—Nunca he sido un hombre al que le ha gustado empuñar un arma, pero acabo de encontrarle una utilidad —gruño en su oído—. Pronto te prepararé, *malyska*, y te pondré frente al espejo para que puedas ver cómo entro en tu hermoso culito mientras te empalo con mi pistola.

Entonces lo hace. Se arquea, se contrae y empieza a gritar mientras un líquido sale de entre sus piernas salpicando el espejo. Lanzo la pistola a un lado y aprovecho para ensartarla en mí mientras sus jadeos se convierten en jadeos más intensos.

Mi puño se cierra para acariciarle el clítoris con mis nudillos, mis sellos de oro presionan, haciéndola gemir con bastante intensidad.

No puedo soportarlo más, hundo mi cabeza en su hombro, amo hacerlo mientras le hago el amor. Mi cuerpo recibe una descarga eléctrica provocando que estire las piernas hasta tensar los dedos de los pies.

Me deshago en su interior y la veo gotear a través del espejo. Miro hacia el techo y cojo aire para acompasar mis pulmones y mi corazón.

Y entonces la realidad se abre paso en mí. La verdad que siempre he tenido delante de mis narices y que yo siempre he tratado de ignorar. Juana no puede disimular lo que siente por mí, pero yo la amo más que nada en la vida.



Esta noche no he podido pegar ojo, sé que tarde o temprano voy a tener que trazar un plan para deshacerme del viejo. Es arriesgado si no actúo en consecuencia, pero podría morir mucha gente inocente si le declaro la guerra abiertamente.

Me pongo mi ropa de montar y me dirijo a las caballerizas, he tomado como rutina salir a cabalgar y pasar tiempo con el niño. Él no sabe que yo sé que soy su padre y por el momento creo que es mejor así. Son ocho años los que hemos estado distanciados y para mí está siendo algo difícil asimilar todo este tiempo en que no lo he tenido, ya que siento el vínculo con Anton, fue así desde el primer día que supe de su existencia.

—Viktor, ¿después de montar podrías enseñarme a disparar? —me pregunta—. Es que me gustaría saber usar un arma.

—Eres demasiado pequeño para empuñar una, prometo que lo haré cuando seas un poco más grande.

El niño baja del caballo algo cabizbajo.

—Me gustaría saber usarla para poder ser de utilidad, quiero proteger a Nani como haces tú y que nunca más tenga miedo.

—Sé que es tu madre, Anton, y me enorgullece que quieras protegerla.

El niño arrastra el talón de su zapato sobre el césped, nervioso.

—¿Lo sabes?

—Sí —respondo.

—¿Sabes también quién es mi padre?

No soy capaz de decirlo.

—¿Lo sabes tú?

El niño guarda el mismo silencio que yo hace unos segundos. No lo culpo, no debe de ser fácil para él si yo todavía me estoy haciendo a la idea.

—Elliot, ven. —Hago una señal a mi hombre para que se acerque a nosotros y así poder cortar esta pequeña tensión.

—¿Sí, señor?

—Elliot, dame tu pistola. —El hombre frunce el ceño algo curioso, sin embargo, hace lo que le ordeno—. Vamos a enseñar a disparar a Anton. Hoy usaremos la tuya, aunque necesito que le facilites una más pequeña para que lo puedas instruir a diario, durante una hora.

—¿De verdad? —dice el niño, alegre.

—Esto no es un juguete, de momento entrenaras con una de bajo calibre, pero hoy podrás probar con esta.

Pongo el arma sobre las manos del niño con el seguro puesto. Me mira entre curioso y contento. No puedo obviar que es mi heredero, un hijo de la mafia, y que yo, aunque siempre he odiado las armas, ya sabía dispararlas a su edad.

—Tienes que estar tranquilo cuando la tengas entre tus manos. Recuerda: no es ella la que tiene el poder, eres tú. —La cojo entre los dedos y le enseño lo básico. Cómo quitar el seguro, comprobar si está cargada y finalmente dispararla—. Mira, tienes que apuntar en aquel punto de la pared.

Anton la sostiene comprobando su peso. Lo noto aún nervioso, es solo un niño, aun así, es verdad que podría necesitar usarla en algún momento, así que lo mejor es que por lo menos sepa utilizarla.

Dispara en el punto en que le he indicado, pero obviamente no tiene puntería. Lo agarro por la espalda para mantenerlo erguido.

Se la quito de las manos para devolvérsela a mi hombre.

—Ya está bien por hoy.

—Pero Viktor… —replica, aunque, cuando ve mi mirada inflexible, decide dejarlo estar—, está bien —claudica.

La verdad es que me recuerda muchísimo a mí cuando era pequeño. Es correcto, educado y tiene ese instinto de protección hacia las personas que quiere.

—No quiero que le pase nada malo a Nani… —vuelve a repetir, preocupado.

—Ahora tu madre y tú me tenéis a mí —le digo para tranquilizarlo—, y nadie en este mundo se atrevería a tocaros un solo pelo.

—El abuelo Kiril es malvado.

—Tu abuelo ya es historia y pronto dejará de haceros daño.

El niño asiente con la cabeza. Debo reconocer que mi hijo es más valiente de lo que yo era, supongo que la vida lo ha llevado a ese punto. Nació en otro entorno que no fue el mío y las circunstancias van tallando a las personas a su paso.



Capítulo 37

Me seco las manos sobre el delantal mientras camino por la cocina de un lado a otro junto a Polina. Cocinar es algo que siempre me ha gustado hacer y aprovecho que me siento en casa para preparar las comidas que me enseñó a hacer mamá.

Aquí en Rusia nadie sabe lo que son unas buenas habichuelas ni una buena tarta de queso. Me pasaba horas en la cocina con mi madre, me encantaba conocer todo lo que tenía que ver con la tierra de la que son mis raíces y esto era una salida a aquello que vivía en mi casa.

—Huele raro.

Viktor se apoya en el marco de la puerta de la cocina. Ha salido esta mañana con varios de sus hombres, pero ha vuelto temprano.

—He preparado una comida típica de España.

Frunce el cejo, algo curioso.

—Polina, ¿has preparado plan B? Quizá queden por ahí las sobras de ayer.

—No, señor…

Le lanzo el paño, aunque, lejos de darle, queda tirado en el suelo entre los dos.

—Eres gilipollas.

—Polina, puedes retirarte —le dice con esa soberbia suya—, tengo algo que hablar con mi esposa.

La mujer sale de la cocina por su lado mientras él me observa de manera chulesca aún apoyado en el marco.

—¿Tu esposa?

—No hay nada que me guste más que verte feliz —reconoce—, aunque admito que sigue oliendo de una manera un tanto peculiar —. Verte cocinar me ha traído recuerdos de mi madre. A ella le encantaba también.

—Sé que nadie puede superar las comidas de una madre, eso es imposible, aun así, me gustaría que lo probaras.

Cojo una cuchara y la meto en el guiso de habichuelas, es mi comida favorita y quiero que también sea la suya, o por lo menos que le guste. Viktor se acerca a mí y prueba lo que le doy en la cuchara.

—Umm, tiene un sabor consistente, aunque algo raro, pero creo que voy a admitir que me gusta un poco.

—Lo sabía —afirmo, orgullosa—, sabía que te gustaría.

—Todo lo que tú me das, me gusta —me halaga mientras pone ambos brazos a cada lado del mármol para atraparme más de lo que ya estoy por este hombre—, y pronto voy a poder ofreceros la libertad que mi hijo y tú os merecéis.

—¿Has averiguado algo?

—Sí. Efectivamente, tu padre está metido en algo muy gordo. He hablado con Mikhail y hemos hecho un trato con los federales, pero hay algo con lo que no contábamos, y es que hay alguien con bastante poder detrás. Alguien capaz de mover los hilos de la prostitución sin mancharse las manos, y de pasar la mercancía por el puerto sin hacer ruido, simplemente dirigiendo a sus hombres desde el sillón.

—¿Cómo puede ser eso posible? Si tenéis comprados a los estibadores y Mikhail tiene mucho apoyo político…

—Esos hombres se pagan con dinero, y los favores políticos también. Tu padre solo es una marioneta movida por un titiritero a cambio de mucho dinero.

Lo cojo por la mejilla y lo miro a los ojos.

—Quiero que esto acabe ya, Viktor —le pido con sinceridad—, si te pasara algo…

Si le pasara algo no lo soportaría.

—Este es el precio que pagar por vivir en la Bratva, es nuestra vida, nena, y he aprendido a sobrevivir en ella.

Me da un beso en los labios y se aparta de mí.

—Voy a por el niño, he traído algo para él y ahora vuelvo para comer eso que estás haciendo, que debe estar de muerte… —suelta con una sonrisa en los labios— o para morirse.

Lo empujo con el hombro. No puedo estar más enamorada.

—Eres un idiota, pero me encantas.

—Lo sé.

—¿Qué le has comprado al niño? —pregunto con curiosidad.

Me gusta que piense en él y tenga esos detalles. Viktor siempre ha sido un hombre detallista con la gente que quiere, y que haga esto con Anton…

—Mira.

Se acerca al maletín que ha dejado sobre el mármol y saca una caja de madera envuelta en terciopelo. La abre y dentro hay una pistola. Abro los ojos de par en par cuando veo cómo sonríe.

—No vas a darle a mi hijo un arma —replico, sorprendida.

—Fue él quien me pidió que le enseñase a disparar, y te recuerdo que también es mi hijo, así que tengo derecho al igual que tú a decidir qué está bien o está mal para él. Es un arma de pequeño calibre, tiene poco retroceso y está lista para que mi pequeño practique la puntería. Jamás entrenará solo, siempre bajo la supervisión de mi mejor hombre o mía.

—Está bien…

Lo único que me ha gustado de este pequeño desencuentro es que sienta al niño como suyo y quiera compartir momentos con él. Pero tiene razón, es su padre y también tiene derechos sobre el niño y me agrada mucho que quiera tenerlos.

—¿Crees que le gustará? —Pone el arma sobre mis manos—. La he grabado con su nombre.

Miro a mi hombre a los ojos.

—Le va a impresionar, eso seguro. El niño ama todo lo que viene de ti.

Viktor vuelve a guardar la pistola en su maletín y sale decidido escaleras arriba en busca de Anton, yo me meto en la cocina nuevamente a continuar cocinando. Si me preguntaran nueve años atrás si volvería a pasar por todo lo que pasé, por llegar hasta donde estoy hoy, no lo dudaría.

Sí. Lo haría mil veces sabiendo que el camino me llevaría hasta aquí.

No puedo ser más feliz, sentirme más realizada ni completa.

Respiro en profundidad. No solo me siento amada y querida estando con él, me siento tranquila.

De pronto el teléfono no para de sonar en mi delantal.

Me seco las manos y miro la pantalla.

Es Dain.

Lo dejo sobre la encimera y lo pongo en manos libres para continuar preparando la mesa.

—Hola, princesa de la mafia, ¿te acordarás algún día de que tienes un amigo y que ese amigo tiene ganas de verte?

Suelto una risotada.

—Siempre me acuerdo de ti, Dain, pero ahora soy una mujer muy ocupada…

—Jesusito —murmura mi amigo—, ocupada dándole al cajón con ese hombretón.

—Tienes que entender que ahora tengo otras prioridades —bromeo con Dain.

—Me alegro mucho de que estés tan feliz, de verdad que te lo mereces.

—Gracias, Dain, por estar siempre ahí.

Pongo los vasos sobre la mesa y alineo los cubiertos. Hoy vamos a comer juntos los tres y estoy muy ilusionada…

—¿Sabes algo de Itziar? Hace mucho que no la veo y tampoco me he puesto en contacto con ella —le pregunto.

—¿Te acuerdas del cliente del que nos habló?

—Con ese que se acostaba y solo era para un rato…

—Ese —me interrumpe—, le ha pedido matrimonio y ella ha decidido volver a pasar por el altar.

—¿Otra vez? —sonrío, es verdad que Itziar es alocada, pero cree demasiado en el amor, este sería su cuarto matrimonio si no he contado mal.

—Ahora voy a tener doble trabajo, porque te imaginarás quién va a diseñar su vestido, ¿no?

Hablamos durante un rato y cuelgo el teléfono con la sensación de que todo en mi vida está encajando.

Termino de repartir la comida y dejarla sobre la mesa. Compruebo el reloj que hay sobre el frigorífico. Ha pasado más de media hora desde que Viktor se ha ido en busca del niño. Comienzo a sentirme intranquila y decido terminar de poner la mesa después. Me dirijo hacia la puerta para buscarlos.

Me choco con Viktor que justo va a entrar y lleva la cara descompuesta.

No, esto no…

—¿Qué está pasando?

Viktor se remueve el cabello, inquieto.

—Nos han robado al niño, Juana. Anton no está por ningún lado.

—¿QUÉ? No puede ser, pero ¡¿cómo?!

El *shock*, la desesperación, la tristeza y todos esos sentimientos me hacen hundirme en el pozo más profundo. Esto es lo que quería el monstruo de mi padre, que nos confiáramos.

Por ese motivo le interesaba que Viktor supiera que era su hijo. De esta manera, va a negociar con Anton como si fuese una moneda de cambio, para someter y tener a Viktor comiendo de su mano.

—No sé cómo ha pasado, pero voy a matar a cualquiera que haya tenido algo que ver con esto…

Tira de su cabello y da un puñetazo en el mármol.

—Si le hace daño… —Me tiembla la voz.

—No va a matarlo —asegura Viktor, que me coge por los hombros—, es lo único que tiene para amenazarme. Tranquila, nena, tranquila —me susurra cuando el aire me falta, cuando la ansiedad se agolpa en mi pecho y me genera un dolor tangible en el esternón.

—Señor. —Su hombre entra en la cocina de manera acelerada. Lo miro expectante, puede que Anton se haya escondido o esté en algún lugar y lo hayan encontrado y venga a darnos la noticia.

—Dime, Elliot —lo insta con la mirada a que hable rápido mientras me abraza, intentando reconfortarme.

—Siento mucho decirle esto, pero nos han mandado otra de esas maletas, creo que debería ser usted quien viniera…

Empujo a Viktor de mi lado y salgo corriendo. No puede ser, no pueden haber matado a mi hijo. Tengo que ser yo quien lo vea, tengo que verlo con mis propios ojos.

—¡Juana! —grita Viktor detrás de mí en un claro intento de detenerme.

Pero el cuerpo y la impaciencia me arden por dentro. No pueden tener a mi hijo y mucho menos…

Si lo han matado, seré yo misma la que le arrebate la vida a mi propio padre.

Lo odio por todo, lo detesto, y por lo único por lo que viviría sería por quitarle la vida con mis propias manos; no sin hacerlo sufrir antes.

Llego a la sala de vigilancia de los hombres. Allí, encima de la mesa, hay otra maleta como la que recibimos hace unos días. Las lágrimas se agolpan en mis ojos, la ansiedad me deja casi sin respiración.

No escucho, no veo, no siento.

Me abalanzo sobre ella y la abro con la incertidumbre recorriendo mis venas.

Pum. Pum. Pum.

Y caigo al suelo de rodillas. Respirando, sintiendo que aún me queda algo de vida, aunque odiándome por no haber podido protegerlo del todo.

—¡Mierda! —gruñe Viktor entrando tras de mí—. Ese hijo de puta no va a tener rincón en Rusia donde esconderse. Acaba de iniciar una guerra y, por la memoria de mi amigo Roman y la vida de mi hijo, voy a darle muerte.

Cierro los ojos con fuerza, Viktor coge lo que hay dentro de la maleta y la lanza a un lado. Una carta en un sobre rojo y un dedo

seccionado. Le ha cortado el dedo a mi hijo en una clara señal de amenaza.

Me levanto del suelo con las piernas temblorosas mientras Viktor la abre.

> *Toda vida en la Bratva tiene un precio, tú ya has elegido el tuyo. El niño nunca fue vuestro, es mi carta de jubilación y mi seguro para seguir con vida. Ten la certeza de que será tratado a partir de ahora como se merece.*
>
> *Si intentas algo. El niño morirá.*
>
> *Si no me devuelves mi empresa. El niño sufrirá.*
>
> *Si no consigo lo que quiero, adivina lo que pasará…*
>
> *Por tu bien y el de todos los clanes será mejor que retornes las cosas tal como estaban. Ya tienes a la furcia de mi hija y seguro que puedes engendrarle unos cuantos vástagos.*

Arruga la carta en su puño, furioso. Tiene el semblante desencajado y la vena de su cuello palpita con fuerza.

Jamás había visto a Viktor así.

Respiro hondo, intentando dar bocanadas profundas, y entonces mi cuerpo me abandona.

Caigo al suelo en una profunda oscuridad.

VIKTOR



Capítulo 38

Abrazo a Juana en la cama y la aprieto contra mí. No hay nada que la calme, no puedo consolarla y tampoco tengo un plan de rescate para nuestro hijo. He pensado en darle las acciones por el momento hasta poder deshacerme del viejo, no pienso poner la vida de Anton en peligro, aunque sé a ciencia cierta que no se atrevería a tocarlo. Es lo único en estos momentos que lo mantiene con vida.

Me levanto y sujeto mi cabeza entre mis manos, no he pegado ojo en toda la noche y me consta que mi hermana Anastasia tampoco.

Cojo el teléfono y marco su número mientras entro en el cuarto de baño para no despertar a Juana.

—Dime, Viktor —responde mi hermana.

—¿Tienes algo, Nastya?

He recurrido a ella, porque es la más rápida y eficaz con la informática.

—Tengo algo, he revisado las grabaciones de tu casa. No sé cómo lo hizo, pero al niño se lo llevó Ekaterina.

—¿Cómo que se lo llevó Ekaterina?

—No me preguntes cómo, lo que sé es que el niño salió de allí por su propio pie con ella. Salieron de la mansión por la puerta principal, aprovechando un pequeño apagón de dos minutos. Esa mujer ha pasado mucho tiempo a tu lado y sabía cómo entrar y salir sin ser vista.

—¡Mierda!

Si mi pequeño sufre algún daño más, esa perra también pagará las consecuencias…

—Sabes que solo tienes que decirlo y los Dragov estaremos dispuestos a derramar su sangre, tenemos armamento para arrasar su clan con un chasquido, hermano. Sabes que nos tienes de tu lado, ¿verdad?

—No quiero que muera gente inocente, Nastya, y ahora menos que nunca puedo arriesgarme. Tiene a mi hijo, me ha mandado una carta recordándomelo, le ha cortado un puto dedo al niño… —Me remuevo el cabello, furioso—. Juana está rota y yo no sé cómo me siento. Quiero matarlo, Anastasia, necesito que sea algo limpio y quiero ser yo quien lo haga.

—Eres la única familia que me queda con vida, Viktor, así que espero que todo salga bien, porque, si no, sabes que voy a quemar su clan, ¿verdad?

Sonrío orgulloso.

Mi hermana siempre tuvo esa fuerza infinita que hace que el mundo se postre a sus pies. Fue ella la que salvó hace cinco años a los clanes con su fuerza e ingenio.

—No pienso morirme, ahora tengo a alguien que depende de mí.

—Eso espero, hermano. Ya sabes que aquí tienes a tu familia, así que no dudes en buscar ayuda si nos necesitas. De todas maneras, solo tienes que decirme el momento y los Dragov estarán esperando alrededor de la casa de los Popov para abrir fuego.

Cuelgo el teléfono y decido pegarme una ducha con agua caliente.

Juana entra en el cuarto de baño, cabizbaja. No puede disimular lo rota que se siente, tiene los ojos hinchados, casi no ha pegado ojo

en toda la noche, y lo poco que ha dormido ha sido gracias a una pastilla que le dio Polina casi a la fuerza. Está devastada.

—Buenos días —dice con las ojeras marcadas.

—Buenos días, nena —respondo, escupiendo el agua caliente que cae encima de mi cara—, ven aquí.

Se quita el camisón y se mete conmigo a la ducha. La enjabono, la acaricio y la reconforto. No quiero mostrar que yo también estoy preocupado, que tengo miedo por mi hijo porque no voy a parar hasta recuperarlo.

Elimino el jabón de su cabello con agua caliente y, con los ojos cerrados, se abraza a mi pecho buscando algún tipo de consuelo.

—¿Crees que estará bien? —murmura.

—No va a hacerle daño, el niño es su seguro de vida.

—Le ha cortado un dedo, Viktor, ese hombre es un monstruo y si se encuentra acorralado sé que es capaz de cualquier cosa.

Subo su barbilla con mi dedo para obligarla a que me mire mientras el agua caliente cae entre los dos.

—Te prometo que traeré sano y salvo a nuestro hijo. Voy a ir a por él, Juana. Ya no tienes nada de qué preocuparte, ahora me tienes a mí.

—¿A por él? ¿Cómo?

—Voy a entregarle las acciones de Diamanty, no voy a arriesgar la vida de nuestro pequeño.

—Si vas solo…, déjame ir contigo.

—No puedo hacer eso, Juana, ya tiene uno de mis puntos débiles en su poder, no quiero que tome al otro. ¿Lo entiendes? —la hago entrar en razón—. Voy a solucionar esto como lo hacen los hombres, como me ensenó mi padre. Haciendo negocios.

—Vale —dice pausadamente.

—¿Confías en mí?

—Eres la persona en la que más confío en este mundo.

Le doy un dulce beso en los labios.

—Viktor —tiembla al decir mi nombre—, no te lo digo tanto como debería, pero te quiero. Por favor vuelve con vida.

Aparto su cabello detrás de su oreja. Por mi rencor, por mis malditos celos, rompí a la mujer que amaba. Cierro los ojos y cojo

aire con fuerza.

Jamás volveré a cuestionarla. Mi Juana siempre fue mía, y mi necedad en el pasado me hizo perderla. Era un completo idiota.

—Te amo, mi pequeño diamante.

Después de besarnos, hemos hecho el amor. He sido dulce, lento, le he dado todo eso que se merece como mujer. En ocasiones la he encontrado distante, pero, por mucho que quiera obviarlo, si algo sale mal, podría no volver a tenerla, así que la he amado y he dejado que ella también lo haga.

La dejo en la cama, adormilada, y me visto. Debo dirigirme a mi despacho. Abro mi caja fuerte donde guardo los documentos de Diamanty y los coloco dentro de mi maletín, también meto en su interior una cantidad indecente de dinero. Lo alineo para que quepa todo en el maletín. Sé lo que le gusta el dinero al viejo y también lo que le va a provocar el verlo.

Cojo mi deportivo y me dirijo a la mansión Popov. No es un secreto que está arruinado y eso le impide tener muchos hombres a su disposición, aunque, eso no me hace obviar que acabo de entrar en su terreno, y eso juega a su favor.

Llego al portón principal y, pese a que he venido solo, uno de los Popov me hace bajar del vehículo y me registra. No llevo ningún arma, no me serviría de nada, pero he venido con un plan trazado, así que espero que no salga mal.

El hombre me obliga a abrir el maletín para comprobar que lo que llevo es mucho dinero y un posible negocio que hacer con Kiril Popov. Da una especie de directrices por su *walkie* y me empuja para dejarme pasar mientras varios hombres me apuntan con sus pistolas.

Cuando accedo a la casa, el olor a puro hace contraste con una fina capa de abedul en el aire. Los muebles son de roble y están notablemente desgastados y en la casa se percibe un silencio sepulcral.

Camino junto al esbirro, que me empuja, hasta el despacho de Kiril Popov. Él me espera ahí en su sillón de cuero viejo mientras da una calada a su apestoso puro.

—Has tardado en venir a visitarme más de lo que me esperaba —se regodea el muy miserable—, pensaba que la muerte de tu amigo te pondría nervioso, pero ni con esas.

—Eres un desgraciado.

—Bueno, tampoco finjas que no te he dado nada bueno. Te has estado follando a mis dos hijas. A veces me he preguntado: ¿quién te ponía más?

Se recuesta en su sillón de manera despreocupada.

—He venido a por mi hijo.

—Tu hijo… —se mofa—, cuando te conté que Anton era de Juana esperaba que la rechazaras por completo, aunque la noche que te encontré en el club y lo reclamaste como tuyo entendí que haciendo volver al niño conmigo tendría mi billete de oro en la Bratva. No te lo voy a dar, jamás.

—Estoy dispuesto a entregarte acciones de la empresa de diamantes y te he traído una cuantiosa suma de dinero.

Abro el maletín para que este miserable pueda ver todo lo que hay. Está arruinado, así que supongo que le estoy poniendo un plato demasiado apetitoso en bandeja.

Cierro el maletín de un golpe cuando se inclina dispuesto a tocar mis billetes, casi pillándole la mano con el cierre.

—Suena muy bien tu ofrecimiento, pero no voy a entregarte a Anton —repite—. ¿Recupero la empresa y luego qué? Os desharéis de mí, ¿me crees idiota?

—Has jugado con fuego demasiado tiempo, Popov. Coge las acciones y devuélveme a mi hijo o la guerra será inminente.

—No lo entiendes, no puedo hacer eso… —expulsa el humo haciendo formas en el aire—, me vas a entregar eso que has venido a darme porque tu hijo necesita seguir con vida, y no te lo voy a entregar a cambio. Si te lo doy, o me matarás o me venderás a la policía. No soy un idiota al que puedas engañar.

—Los Dragov están fuera esperando mi señal, puedes morir de pie o arrodillado. Desde luego, no voy a irme de aquí sin el niño, sea a las buenas o a las malas.

Kiril se remueve en su sillón, saca su pistola y la deja sobre la mesa.

—Pues creo que tenemos un problema —me amenaza—. Tú —se dirige al hombre que está en la puerta—, trae a Vesna y al mocoso.

El corazón me martillea. No puedo decepcionar a Juana y tampoco a mi hijo, aunque él no lo sepa, quiero ser una figura importante para él. Anton entra sujeto por Vesna del brazo unos minutos después. Lleva la cabeza gacha y no intenta mirarme.

—Lo siento, Viktor —se disculpa conmigo con la vista en sus zapatos.

Sé que está aquí por su propio pie así que sé por qué ha venido, porque yo me veo reflejado en él y sé que haría cualquier cosa por mi familia. No tuvieron que obligarlo porque el niño cree que así podrá salvar a su madre. Lo he vivido con él y sé lo que la ama y todo lo que sería capaz de hacer por ella.

—Pues ya estamos todos… —El viejo se levanta y apoya ambos puños sobre la mesa—. Como puedes comprobar, tu mocoso está bien.

Observo la venda que lleva en su mano, es blanca a pesar de unas pequeñas gotas rojas. Este monstruo le ha seccionado el dedo solo con la intención de amenazarme. No se hace una idea de cómo me las va a pagar.

Puto psicópata desalmado. ¿Quién es capaz de hacerle algo así a un niño?

Observo la pistola que está al lado de su mano y miro a mi hijo. Esta es mi única oportunidad.

Arrastro el maletín por encima de la mesa para entregárselo a este hombre.

—Cuidarás del niño como si fuese tuyo —asiente con la cabeza —, dejarás que Juana lo vea siempre que quiera…

—¿Y mis acciones? —me interrumpe con el triunfo reflejado en su mirada.

—Las transferiré a tu nombre, pero me darás el contacto de la persona que está detrás de estos últimos movimientos que atentan contra nuestro Pakhan. Necesitamos entregar su cabeza a los federales.

—Vaya, por fin empezamos a entendernos, veo que sabes muy bien cómo funciona este negocio, Petrov.

El muy hijo de puta abre el maletín para regodearse con mis billetes. Los coge, los palpa, los huele. Es tan miserable que hasta se los metería en la puta boca para saborearlos.

Es tan previsible que no me ha sido difícil trazar mi plan.

Soy un Petrov, locuaz, listo y despiadado cuando tocan a mi familia, así que solo tengo que mirar el reloj que hay encima de su cabeza y contar los segundos que le quedan hasta que el veneno pulverizado que he rociado surta efecto en su sistema nervioso.

Mareo, sudoración.

Tic. Tac.

En un par de minutos empezará a convulsionar.

—Kiril, ¿qué te pasa? ¿Te encuentras bien?

Vesna, su amante, se acerca a él para cogerlo del hombro mientras este me mira con la respiración entrecortada y el odio inundando cada sentido cuando se percata de lo que he hecho.

Solo puedo dedicarle una sonrisa de satisfacción cuando coge la pistola, aparta a Vesna a un lado de un empujón y el arma le tiembla en la mano dispuesto a dispararme.

—¡NOOOO! —grita Anton corriendo hacia su abuelo para defenderme cuando adivina sus intenciones—. ¡Padre, NOOOO!

«Padre».

El tiempo se ralentiza cuando la bala sale en mi dirección, intento protegerme, pero es imposible, la bala me alcanza en el hombro.

El viejo cae al suelo, mientras el niño le arrebata la pistola y apunta entre su abuelo y Vesna. La mujer de cabellos rubios se acerca al niño intentando tranquilizarlo con las manos.

—Dame eso, Anton, podrías hacerte daño.

El hombre que estaba de guardia en la puerta me apunta con su arma en la cabeza.

—Deja de apuntar a mi padre o mataré a Vesna —le advierte el niño alzando la voz.

Su padre… Mi hijo me reconoce como su padre. Y no solo eso, tiene los santos huevos de plantarles cara.

No puedo estar más orgulloso de él.

—Dame eso, no sabes disparar un arma y podrías hacerte daño —repite la mujer, nerviosa.

Kiril Popov comienza a convulsionar en el suelo, dicen que la muerte por envenenamiento es una de las más dolorosas. Me hubiese gustado que hubiese sido más larga, más desesperante. Que pagase todo el daño que le ha hecho a la mujer que amo, pero el destino a veces es injusto.

—¡Soldado! —le grito al hombre que tengo apuntándome con una pistola en la cabeza—, ¿cuánto dinero vale tu lealtad? Ya no tienes líder a quien seguir y, por si no te has dado cuenta, tienes frente a ti al futuro jefe de tu clan, mi hijo, aquel que heredará el poder de los Popov y los Petrov. Así que te recomiendo que bajes el arma si no quieres que los hombres de tu Pakhan arrasen con tu clan.

Noto como baja el arma detrás de mí.

Es cuando, en un descuido, Vesna se abalanza sobre Anton y este le dispara. Un grito desgarrador se sucede, y sus manos aprietan su costado.

—¡Puto niño, hijo de puta! —Le asesta una bofetada y lo tira al suelo.

La pistola cae a un lado y llega hasta mis pies.

Corro hacia la mujer y la cojo por el cabello.

—Hijo, cierra los ojos —le pido al niño que obedece a mi solicitud—. Demuestra tu lealtad —exijo al hombre, y éste levanta la pistola hacia la mujer mientras ella grita y ruega que no lo haga.

Pero los hombres se mueven por dinero, también por poder. Y yo soy uno de los líderes de la Bratva, uno de los más poderosos e influyentes. Solo tengo que ordenar y el mundo se pone a mis pies. Eso es lo que no entendió Kiril antes de morir, que jamás fue un contrincante para mí.

Tres disparos.

Suelto a la mujer y la lanzo contra el suelo con los orificios de bala clavados en su frente, me agacho para coger la pistola a mis pies y le asesto tres tiros más en la cabeza a Kiril, que yace inmóvil y con la boca llena de una espuma blanquecina.

Ya no serán un problema para nosotros.

Cojo el teléfono y marco a Anastasia, mi hermana me ha ofrecido cientos de hombres que están esperando fuera por si tienen que atacar. Ya no será necesario.

—Ya está hecho, hermana.

No hace falta librar guerras cuando puedes ganarlas por ti mismo trazando un buen plan.

—Sabía que podrías con ello, Viktor, estoy orgullosa de ti y mamá también lo estaría.

—Lo sé…

Sonrío algo nervioso.

Anton se acerca a mí y se abraza a mi cuerpo, tembloroso. Me sujeto el brazo por el movimiento, voy a tener que sacarme esta bala en breve si no quiero que se me infecte y ahora tendré que pensar en cómo reorganizar este clan.

Aunque aún queda un cabo suelto, uno que estaba ideado y planificado con mi socio, con ese que un día odié hasta el punto de querer matarlo, pero me ha demostrado su lealtad a pesar de los últimos años enemistados.

—¿Viktor? —pregunta al otro lado de la línea.

—El mismo.

—Hostia puta, ya te hacía muerto.

—Qué poco confías en mí.

—Bueno, digamos que has estado a punto de palmarla en varias ocasiones.

—Ya está hecho, Mikhail, el plan ha salido según lo esperado. Solo nos queda un cabo suelto, eso te lo dejo a ti.

—Los federales querían una cabeza y ya se la hemos dado. En estos momentos, Ekaterina Smirnova está siendo detenida, se va a pasar un largo tiempo en la cárcel, así que me alegro de que todo haya salido bien.

Esa zorra por fin tendrá su merecido. Debe pagar por todo lo que hizo y mantenerla en una cárcel de alta seguridad va a ser el peor de sus castigos.

—Yo también…

Cuando cuelgo, observo a mi hijo que está abrazado aún a mí. El niño sigue temblando. Es normal después de todo lo que ha tenido que vivir.

—Hijo, nos vamos a casa. Por favor, no vuelvas a hacer algo así —le reprendo—, tu madre y yo somos tu familia y, como tal, debemos permanecer unidos, ¿me has entendido?

—Sí, padre.

Y esa palabra…, no sabe el orgullo y la satisfacción que me produce. No sabe lo que me remueve. Porque nunca supe que lo tuve, pero Anton es mi hijo y a un hijo se le protege hasta la muerte.



Capítulo 39

Dos meses después

He realizado las últimas compras para mañana y también he pasado por la empresa para invitar al evento a Nadia, mi secretaria. La multinacional de diamantes ahora es mía, he vuelto a dirigirla en su totalidad.

Repaso mentalmente si tengo todo bajo control.

Invitados, vestido, decoración, música… y lo más importante: el novio.

Hoy Viktor me ha invitado a salir para disfrutar de nuestra última noche de noviazgo.

Me ajusto el tirante del vestido negro de puntilla que se adhiere a cada una de las curvas de mi cuerpo. Unos tacones de aguja que brillan tanto como nuestros diamantes. Mi cabello está suelto y cae en ondas a un lado. Me he maquillado con *eyeliner* y me he pintado unos labios rojos fruto del pecado.

Me pongo un chal sobre los hombros y me dirijo a la escalinata de la entrada. Mis tacones repiquetean en el suelo cuando me dirijo decidida hacia el coche de Viktor, que ya tiene el motor encendido.

Se baja del vehículo, deja caer su mano en mi cintura y me acompaña hasta el lado del copiloto para abrir mi puerta.

—Estás deslumbrante —gruñe en mi oído.

La cierra y voltea para sentarse en el lugar del conductor. El sillón de cuero se hunde ante su peso y me quedo observando al que mañana será mi marido. Es un hombre demasiado atractivo para mi estabilidad emocional. Lleva un traje gris claro con una camisa blanca entreabierta y desprende ese olor a perfume que tanto me gusta.

—¿A dónde vamos?

—A donde un caballero llevaría a una dama.

Su mano derecha controla las marchas mientras con la izquierda sujeta con fuerza el volante.

Se detiene frente a un restaurante de lujo, donde ha reservado una sala para cenar completamente solos. Entramos en la estancia privada, un camarero descorcha una botella de vino y nos sirve una copa. Viktor se la quita de las manos y la deja sobre la mesa.

—Tráenos otra de estas —ordena.

—¿Vas a emborracharme?

—¿Crees que lo necesito? —murmura.

Su mirada es penetrante y posesiva, cuando el joven entra para dejar la otra botella dedicándome una mirada fugaz.

—Hoy es nuestra última noche antes de ser marido y mujer, así que aún puedo disfrutar de mi soltería.

—Puedes estar segura de que vas a disfrutarla —afirma—. ¿Te he dicho que estás impactante con ese vestido? Aunque siendo honestos, te preferiría sin él puesto.

Deslizo mi tirante y me muerdo el labio para provocarlo.

—¿Quieres que me lo quite aquí? —coqueteo—. Puedo hacerlo si me lo pides…

El *maître* vuelve a entrar cortando nuestro juego. Viktor lo mira de reojo y se recuesta en su sillón.

—Deja lo que llevas en las manos y no vuelvas a interrumpirnos —ordena de manera autoritaria—, ¿me has entendido? —El joven se retira algo avergonzado—. ¿Por dónde íbamos? Ah, sí, ahora es cuando te quitas la ropa interior y metes tus bragas en el bolsillo de

mi pantalón. Sabes lo que detesto que las lleves puestas cuando estás conmigo.

Deslizo la prenda por mis piernas. Viktor las coge en un puño y se las guarda tras olerlas. Se mueve un asiento y se coloca a mi lado. Su mano baja por mi pierna hasta posicionarse en mis muslos.

—No podemos hacer esto aquí… —un jadeo ahogado sale de mi garganta cuando dos de sus dedos me penetran—, podrían entrar y vernos…

Joder.

Menuda mezcla explosiva.

—Puedo hacer lo que quiera.

Agarro la mesa con fuerza cuando Viktor continúa penetrándome sin ningún tipo de pudor. Sigue masturbándome hasta que mi cuerpo lo avisa de que va a llegar al orgasmo y justo cuando me voy a correr…

Se detiene y se sienta en el sillón que tiene al lado.

—Gilipollas —refunfuño ofuscada por haberme dejado a medias.

Mi pecho sube y baja y mis manos se mantienen sobre la mesa, apretando el mantel.

Conque esas tenemos…

Lo observo de manera desafiante. Me descalzo y mi pie busca por debajo de la mesa su contacto, llego a su tobillo y subo sin perder el tacto con su pierna hasta comprobar que está excitado.

Yo también sé jugar a este juego y Viktor Petrov se va a arrodillar esta noche y todas las que nos quedan por vivir juntos ante mí.

Agarro una fresa que hay sobre la mesa y la muerdo con los dientes mientras con mi pie acaricio su bulto.

—¿Qué piensas hacer con esto tú sola? —murmura removiéndose.

—Tengo maneras muy elocuentes de hacer que un hombre se postre a mis pies…

—Sí, las tienes… —confirma—, haces que me vuelva completamente irracional. Ven aquí, *malyska*.

Se separa unos centímetros de la mesa y abre las piernas para que me siente sobre uno de sus muslos. Su nariz recorre mi cuello cuando lo hago y mis manos toman contacto con su pecho.

—Siempre supe que serías mía.

Saca una caja de terciopelo negro y la abre para mostrarme un anillo de brillantes.

—¿Me regalas una joya de mis propios diamantes?

—Déjame ser un poco romántico hoy con la mujer que amo —exige sonriente—. ¿Quieres ser mi futura esposa?

No hace falta que responda cuando desliza el anillo por mi dedo.

Sabe que soy suya.

Le doy un dulce beso en los labios ahogando un jadeo cuando sus manos se aferran a mí con posesión.

—Ahora no hay nada ni nadie que pueda separarnos —dice de manera tajante mientras acaricia con el pulgar debajo de mi labio, para limpiarme el carmín—. No quiero que se te corra el maquillaje, nena, he imaginado ese pintalabios rodeándome…

Sus manos recorren mi cintura clavándome los dedos. Me levanta de sus piernas, toma mi mano y me invita a acompañarlo.

—Juana, ¿te gustan las sorpresas? Porque tengo una para ti. Una que marcará un antes y un después para los dos…

—¿Qué sorpresa? —pregunto, curiosa, intentando descifrar el sonido de su voz.

Entramos en una especie de ascensor y después de besarnos desesperadamente llegamos a una *suite* en el último piso.

—No seas impaciente —murmura—, pronto lo sabrás…

Viktor saca un pañuelo negro y lo ata a mi cabeza para opacar mi visión.

Pone su mano en mi espalda y me invita a pasar a la estancia. No veo nada, solo siento su cuerpo pegado a mi espalda.

—¿Te gusta cuando te pongo frente al espejo para hacértelo? Me encanta ver cómo te observas a ti misma y sabes que solo yo te provoco así… —Un escalofrío recorre mi columna ante su tono de voz. Viktor está ansioso por tenerme—. Necesito que hagas algo por

mí, ni siquiera yo soy capaz de imaginar que vaya a hacer esto. Pero ahora pienso disfrutarlo.

Me baja el tirante del vestido y lo desliza por mi cuerpo hasta dejarme desnuda. El pañuelo en los ojos me quema. Me lo retira lentamente.

Las vistas de la ciudad se abren paso ante mis ojos por las cristaleras.

Una luz tenue y flores azules, mi color favorito. Encima de la mesa hay una botella de alcohol y una cama de dimensiones desorbitadas.

Lujo y lujuria juntos.

Pero algo rompe la estética entre estas cuatro paredes de pasión.

Retrocedo unos pasos cuando me doy cuenta y Viktor me detiene con su pecho parando mi espalda.

En una silla maniatado está…

Mikhail Ivanov.

¿Qué? ¿Qué narices hace aquí?

—No, Viktor…

—Sí, Viktor —murmura en mi oído—, quiero que ese cabrón sepa a quién perteneces, lo he drogado para que beba de su propia medicina y vea quién es el hombre que te hace arder.

—No voy a dejar que me toque… —Comienzo a temblar.

—Yo no he dicho que vaya a hacerlo, sabes lo posesivo que soy cuando se trata de ti, solo le voy a dejar mirar…

—Viktor, eres un puto cabrón —balbucea Mikhail mientras este me coge por la cintura y me sienta sobre sus piernas en una silla que está a unos dos metros de él.

—¿Estás cómodo? —se regodea mi hombre mientras se desabrocha la camisa y la lanza a un lado.

Mikhail está frente a nosotros, atado y drogado.

—Mis hombres…

—Tus hombres piensan que estás pasando una noche de desenfreno, lo que no saben es que no eres tú el que va a disfrutar —le advierte mi futuro esposo, moviéndome encima de sus piernas.

Estoy algo cohibida, pero las manos de Viktor me acarician sin darme tregua… Mi cuerpo empieza a calentarse cuando comprendo su necesidad.

—Te dije que la noche de hoy sería inolvidable… —me recuerda, y muerde mi hombro gruñendo por la lujuria—, solo que necesito que grites de quién eres…

Se quita el pantalón, y nos instala nuevamente en el sillón marcando su erección en mi espalda. Estoy sentada con las piernas cerradas, pero Mikhail ha decidido no apartar la mirada.

—No pienso haceros ningún puto regalo de bodas —gruñe, notablemente enfadado.

Debe sentirse humillado y esa actitud me altera cuando Viktor sonríe en mi espalda, satisfecho.

Me abre las piernas y las posa en sus muslos. Su mano baja por mi vientre hasta llegar a mi sexo mientras mi hombre me muerde el hombro de nuevo.

—Así, nena, mójate para mí… Ábrete y que pueda ver por quién tiembla tu coño.

Miles de sensaciones se amontonan en mi cuerpo. Viktor introduce dos dedos en mi interior haciendo salir un jadeo de mi garganta.

—¿Cuánto crees que podrás soportarlo? No te haces una idea de todo lo que quiero hacerte, no sé si serás capaz de caminar mañana, nena…

Me levanta unos céntimos para introducirse dentro de mí, lento, caliente, quemando como siempre que nuestros sexos se complementan…

—Viktor —gimo.

Ni siquiera tengo en mente que nadie pueda estar observando, solo estamos él y yo, cuando me penetra más fuerte.

—Dilo, nena, de quién eres…

—Tuya… —jadeo sofocada—, solo tuya.

Sus dedos se clavan en mis caderas de una manera descontrolada. Sus palabras en mi oído y su carne entrando sin precedentes dentro de mí.

Algo intenso se me remueve en el bajo vientre, una ola de lava y de fuego que me recorre la piel.

—Así, nena, recuérdale de quién eres… —me pide al oído.

El corazón me golpea con fuerza, las piernas me tiemblan, miles de sensaciones que explotan en mi interior.

Cierro los ojos y tomo aire, ese cabrón no ha perdido detalle.

—¡Viktor! —me desgañito al llegar al éxtasis más primordial.

Sus dientes se clavan con más intensidad en mi hombro cuando me calienta por dentro y nos fundimos ambos en el placer…

Durante unos segundos nos quedamos unidos, me giro y me mira a los ojos sonriendo. Lo beso en los labios, extasiada.

—Te amo —murmuro.

—Lo sé.

—¿Vas a soltarme o me vas a tener toda la puta noche como tu esclavo sexual? Reconozco que me la habéis puesto dura, pero me estoy empezando a cabrear.

Viktor me deja en su lado del sillón cuando se levanta, se dirige a la mesa y coge de encima su pistola, con la que apunta a Mikhail, mientras que con su otra mano recoge de su polla los restos de fluido de nuestra unión.

—Debes aprender a respetar…

—Creía que éramos amigos…

—Tenemos negocios juntos, que no es lo mismo. —Aparta el cañón de su pistola y pasea el pulgar por su sien marcándole una equis con su semen—. Se mira, pero no se toca, Mikhail, espero que lo hayas entendido, porque la próxima vez te meteré una bala justo en ese punto. —Vuelve a poner la pistola sobre su sien mientras comienza a desatarlo.

—Ya hablaremos tú y yo… —murmura, furioso.

—Hoy no. Ahora lárgate de aquí, es mi última noche de soltería y tengo a alguien que me espera.

Mikhail se levanta y se tambalea, camina a trompicones mientras se aparta el cabello que le cae sobre la cara. Sale decidido de la *suite* y Viktor cierra la puerta tras él.

Me quedo sentada en el sillón y me intento cubrir con una sábana.

—Sh, sh —me dice mientras me mira sonriente—, no he acabado todavía contigo…

—No esperaba menos de ti.

—Lo que no te puedo asegurar es que mañana puedas caminar sola hasta el altar…

Engreído. Le sonrío y dejo caer la sábana.

Pega su pecho a mi espalda mientras su mano recorre mi cuerpo.

—Viktor… —suspiro, me tiembla el cuerpo.

—Tengo otra sorpresa para ti…

Él es esa mezcla explosiva de pasión y seducción. Viktor no solo es extremo en la cama, cuando me lo hace, es complaciente y se preocupa de que disfrute tanto como él.

—No te haces una idea de cuánto te amo. Tu cuerpo, tu alma y tu corazón fueron siempre míos, no importan todos los impedimentos que pusieron en nuestro camino, siempre me has pertenecido. Como yo seré tuyo para siempre, *malyska*.

Soy la mujer más feliz del mundo. Mañana ante los ojos de Dios seré la esposa de Viktor Petrov. Sé que nos ha costado llegar hasta este punto de confianza y amor incondicional.

Lo quiero desde aquella noche de verano en la que me robó mi primer beso, lo deseo por el hombre que es conmigo y lo amo por cómo me trata y la manera en la que ha aceptado a su hijo sin dudarlo.

Nada ni nadie ha podido separar esto. Ni las mentiras ni las traiciones o los años han podido pasar factura a nuestros deseos.

Su aliento baña mi cuello y sus manos exploran mis senos mientras gruñe, excitado de nuevo.

Me giro para besarlo, para acariciarlo, para comprobar que es él el que está aquí. Nuestros labios chocan sumidos en la desesperación de amarnos. Subo sobre él y enredo las piernas en sus caderas. Él da varios pasos y me deja sobre la cama.

—Te necesito —ruego.

Mi corazón golpea con fuerza en el pecho. Se desliza por la colcha y la hunde con su peso donde clava sus rodillas.

—Yo te necesito mucho más a ti, nena.

Abro las piernas para él, Viktor sonríe. Entonces se inclina y me devora. Lo agarro del cabello para introducirlo dentro mí si es necesario, durante la cena me he quedado con ganas de recibir mi orgasmo y ahora…

Ahora se detiene justo cuando mi éxtasis está intentando abrir las puertas de mi cuerpo.

—Esto me lo vas a pagar —lo amenazo, intentando acompasar mi respiración.

Viktor me observa y estira el labio esbozando una sonrisa atractiva.

Se levanta y me agarra por debajo de las rodillas y la espalda y me pega a su pecho para llevarnos hacia el baño.

La estancia está plagada de velas, una melodía dulce suena a través del hilo musical y la bañera hidromasaje nos espera llena de agua humeante hasta el borde. Me introduce junto a él, derramando parte de ella en el suelo.

Vuelve a tomar mis labios. Sus manos recorren cada parte de mi piel sin precedentes, sin miedo a reclamar cada parte de mí como suya.

—Ponte de rodillas y dame la espalda.

Hago lo que me pide, me sujeto al borde del *jacuzzi* y abro las piernas enseñándole todo sin ningún tipo de pudor.

—Sabes lo cachondo que me ha puesto siempre este culo que tienes. Ahora vas a poder hacerte una idea.

Me agarro con firmeza, algo asustada.

—Viktor… —murmuro.

—Esto va a ser como nuestra primera vez juntos. ¿recuerdas?

—Jamás podré olvidarme de aquel día.

Apoyo mi frente en la bañera cuando su mano impacta en mi nalga.

—Sé que dolió, pero hoy también estoy aquí, mi Juana, y no te voy a dejar caer. ¿Confías en mí?

—Más que nada en este mundo.

Moja sus dedos y acaricia mi orificio de entrada. Empuja ligeramente para ejercer algo de presión. Mis nalgas quedan cubiertas por el agua. Viktor agarra ambas y las abre, presionando

mi carne. Solo puedo jadear cuando las piernas me tiemblan ante el cúmulo de emociones.

Nerviosismo y excitación, una combinación perfecta.

Se posiciona en mi abertura, dispuesto a entrar, aprieto mis puños algo inquieta, pero Viktor entra lentamente. Su mano derecha coge una de las mías con la clara intención de reconfortarme mientras con la otra busca debajo del agua mi clítoris para acariciarme mientras accede en mi interior. Me muerdo el labio ante la sensación algo molesta.

Demasiado molesta.

La presión de su carne entrando dentro de mi culo se hace casi insoportable.

—Shhh… —murmura pausadamente, e intento esconder mi jadeo que se transforma en una pequeña queja—, tranquila, mi vida, estoy aquí.

Su mano derecha sigue sujetando la mía, y con la izquierda continúa trazando círculos en mi clítoris. Entonces entra en mí en su totalidad. Y yo suelto un grito ahogado e intenso, un dolor indescriptible mezclado con un placer ensordecedor.

Su mano vuelve a apretar la mía con fuerza y la que tenía debajo del agua pasa a unirse con la otra mano para así pegar su pecho en mi espalda al estar totalmente en mi interior.

—Quiero que sepas que te quiero más que a nada en este mundo… —me susurra en el oído—, nunca pude sacarte de mi cabeza, y creo que tampoco me permití hacerlo.

—Viktor…

Me remuevo cuando sale y vuelve a penetrarme.

—¿Quieres saber por qué siempre llevo esos sellos rodeando mis dedos?

Observo las manos que se aferran a las mías. Su brazo tatuado acaba en unos dedos llenos de anillos de oro. Siempre los lleva con él.

—Quiero saberlo todo de ti… —afirmo cuando sale lentamente de mí, dispuesto para volver a introducirse de manera certera e intensa en mi cuerpo.

El sudor, el placer y todas esas sensaciones que nos consumen hasta el éxtasis. La manera tan intensa de tener a la persona que amas dispuesta a hacerlo todo por ti…

—Quítalos, Juana, quiero que veas una cosa…

Hago lo que me pide, le retiro uno por uno los anillos que siempre lleva rodeando sus nudillos. Desde el meñique, donde tiene tatuada en la falange lo que parece ser una a, el anular donde esconde una ene, el corazón con otra a, el índice con una u y en el pulgar…

No me lo puedo creer, lleva una jota.

Tiene mi nombre tatuado en las falanges de sus dedos. J—U—A—N—A.

—¿Llevas tatuado mi nombre? —pregunto, nerviosa, aferrándome de la bañera cuando tantea mi entrada de nuevo.

Como si Viktor Petrov no estuviese ya grabado a fuego en mi alma.

Entonces me vuelve a penetrar con fuerza y me agarra del cabello hecho una coleta en su puño para acercar sus labios a los míos y besarme con intensidad.

—Siempre lo he llevado, desde aquel verano en el que me volviste loco, pero donde te me has grabado a fuego es en el corazón.

Besos desenfrenados, caricias, dos cuerpos que se necesitan con la intensidad de un volcán en erupción. Siempre juntos.

Lo amo más que a nada en el mundo. No hay ningún hombre en el sistema solar que pueda hacerme sentir ni una tercera parte de lo que hace él. Me lo dijo la estrella Calisseo aquella noche en la que apareció en mi vida y desde ese momento supe que aquello que sentía sería para siempre.



Epílogo

Nuestro avión privado acaba de aterrizar en España, en el aeropuerto de Mallorca. Bajo con impaciencia e inhalo con fuerza para dejar que el aire caliente entre en mis pulmones.

Es el olor a paz y felicidad.

Anton ha ido todo el camino hablando con su padre, ilusionado. Es la primera vez que viaja a este país al que me siento tan unida y donde tengo mis raíces.

Cuando llegamos a la villa de la familia Petrov en primera línea de playa, veo que está tal y como la recuerdo.

Un escalofrío me recorre el cuerpo y la añoranza de lo que viví aquí y lo que esto significa para mí.

Aquí empezó nuestra historia una noche de verano hace ya casi diez años, esas vacaciones que cambiaron nuestras vidas para siempre. Y hoy traemos con nosotros a nuestro hijo, el fruto de nuestro amor.

—¡Me encanta esta casa! —exclama Anton, ilusionado al entrar en la villa acompañado de Polina—. Padre, era tal y como me la había imaginado.

El niño se acerca a la ventana y fija su mirada en el mar.

—España es un país precioso.

—Quiero quedarme a vivir aquí —añade, feliz. Polina lo sigue cuando este pasea emocionado observando cada detalle—. Mamá, ¿podremos ir a bañarnos al mar?

—Claro, que sí, vamos a pasar aquí todas las vacaciones.

El niño corre escaleras arriba para inspeccionar las habitaciones.

Viktor deja su maletín sobre la mesa y me agarra por la cintura.

—He ordenado que nos preparen mi habitación, ahora será la de los dos.

Algo intenso vuelve a recorrer mi cuerpo, los recuerdos me hacen sonreír.

—No sabes lo feliz que me hace estar aquí contigo y con nuestro hijo.

—Pronto estaremos toda la familia. Anastasia y Aleksei se unirán a nosotros en unos días.

Venir aquí cada verano es un ritual para los Petrov y antes de que acabe la semana, mi cuñada estará también en la villa, aún le quedan un par de meses para dar a luz y han decidido venir a descansar.

—Pues vamos a tener que aprovechar antes de que tengamos compañía…

—Nadie va a impedir que le meta mano a mi esposa, aunque la casa esté llena de gente —murmura contra mis labios—. Por cierto, tengo una sorpresa para ti.

—Deja que lo adivine —pongo mi dedo en mi mejilla— una noche loca en la playa, solos los dos…

Gruñe y toma mi cintura de nuevo para esconder su nariz en el hueco de mi cuello.

—Ummm…, con respecto a eso, yo había pensado estrenar esta noche nuestra habitación. He hecho que coloquen un espejo y he traído una pistola, solo necesito el culo apretado de mi mujer.

—No vas a parar hasta hacerlo…

—No…

—Padre. —Me separo de Viktor cuando Anton baja emocionado por las escaleras—. Quiero bañarme…

Polina camina de un lado a otro detrás del niño que sigue eufórico.

Nos cambiamos con lo primero que cogemos de nuestras maletas y nos dirigimos corriendo como críos a la playa. Llegamos a la orilla y nos lanzamos agua y algo de arena a traición. Anton y Viktor se han compinchado contra mí.

No me lo puedo creer.

—Eh, sois unos tramposos —les digo, contenta por su complicidad.

—Padre y yo siempre iremos en el mismo equipo, aunque siempre te protegeremos, mamá.

—¿Protegerme? —Le toco el puente de la nariz a mi pequeño estando en la orilla mojándonos los pies—. Me habéis puesto perdida de arena.

Llevo arena metida hasta en el carné de identidad.

Después de acabar agotados, vamos a la villa, nos duchamos y calentamos una *pizza* que nos comemos en el jardín.

Anton acaba muy cansado, así que lo dejamos en su habitación y nos vamos a la nuestra.

Viktor me hace el amor durante toda la noche, hasta que nuestros cuerpos caen rendidos y en un profundo sueño.



Entreabro los ojos y me doy cuenta de que es de día. El sol entra por la ventana, me muevo para juntarme más al cuerpo de Viktor, pero este no está.

¿Dónde se ha metido?

Miro a ambos lados, adormilada. Sobre la mesita hay un sobre negro y pone mi nombre.

Tenemos una sorpresa para ti.

Te esperamos en el jardín.

Encima del sobre hay un pañuelo negro para ponérmelo a modo de antifaz.

Me visto con un bikini, un vestido veraniego oscuro de tirantes en el que hay dibujadas unas sandías y después me coloco las sandalias.

Bajo, curiosa, no sé qué podrían haberme preparado estos dos, pero, desde luego, siento la necesidad de averiguarlo.

No hay nada en el mundo que me puedan regalar que no tenga ya, además de poseer lo que más quiero.

Mi familia.

Cuando llego a la puerta del jardín me pongo el antifaz.

—¡Ya estoy! —grito para no fastidiarles la sorpresa.

Noto la mano de Viktor en mi espalda y la de Anton sujetando la mía para acompañarme por el césped y que no me caiga.

—¿Qué estáis tramando vosotros dos?

—Espero que te guste, ha sido idea de Anton —susurra a mi espalda mi esposo, retirando el pañuelo con el que me he vendado los ojos.

Este cae al suelo y mi cuerpo empieza a temblar. Algo que no esperaba y me deja unos segundos en un extraño letargo.

Una mujer de unos setenta años, de cabello blanquecino y ojos negro ébano me mira de arriba abajo mientras permanece de pie plantada en mi jardín, a unos metros de mí.

Es mi abuela.

Instintivamente corro hacia ella para abrazarla.

—Niña… —dice alargando los brazos, alegre ante mi efusividad.

Mi corazón golpea con fuerza en el pecho, no puede caber ahora mismo ni una pizca más de felicidad.

Si mi madre pudiese estar aquí…

—Abuela. —La aprieto contra mí, es como si la conociese de toda la vida y hubiese pasado mi niñez con ella.

Me coge por los hombros y me separa de ella para observarme.

—Eres igual que mi hija María —reconoce, y se desprende una lágrima amarga por su mejilla—. Cuando vinieron a buscarme con la promesa de saber algo de mi hija no lo creía y ahora…

—Sí, soy tu nieta, Juana, me llamo como tú.

—Ains, mi niña. —Vuelve a abrazarme contra su pecho—. No me lo puedo creer.

—No sabes la alegría que me da conocerte, seguro que mamá estaría feliz ahora si pudiese presenciar este momento…

La mujer cierra los ojos y me acaricia la mejilla.

—Abuela, este es mi marido —le indico, tengo a Viktor sujetando mi cintura—, y este nuestro hijo, Anton.

—¿Tengo biznietos? Ahora sí que me habéis hecho vieja.

Sonrío ante su desparpajo. A pesar de estar conmocionada, es una mujer que desprende alegría e hilaridad.

—Sí… Me gustaría contarte tantas cosas.

Miro a Viktor y no puedo estar más orgullosa de él, cuando creo que no puede sorprenderme más, entonces lo vuelve a hacer.

Entramos en la casa entre confesiones y nos pasamos el día hablando y riendo. Esas cosas tan simples que llenan de alegría y felicidad.

Como vemos que ya es tarde, me pongo el pijama, pero Viktor me coge en brazos antes de poder meterme en la cama.

—¡¿Qué haces?! —murmuro, intentando que nadie nos escuche —. ¡Viktor!

Va solo con el pantalón de pijama, descalzo, y se dirige a la playa. Esa a la que nos escapábamos cuando éramos unos adolescentes para ver las estrellas.

Me deja sobre la arena y se sienta, empujándome para quedar pegado a mí. Las olas del mar ejercen una melodía que me causa paz.

Aquí, mucho tiempo después, me siento como aquella joven de dieciocho años que acababa de encontrar el amor, con la diferencia de que a los ojos de Dios hoy somos marido y mujer.

—Me siento como si no hubiese pasado el tiempo, *malyska*. Recuerdo cada detalle de aquella última noche que pasamos aquí en nuestra playa.

También recuerdo aquella noche como la más mágica de mi vida, aquí bajo la estrella de Calisseo en Mallorca, me hizo el amor por primera vez. Ahora, diez años más tarde, estamos aquí siendo unas personas diferentes, pero amándonos por encima de todo como aquel día.

—Gracias, no sabes lo que adoro venir a España solo por esto.

—Parece que a Anton le gusta estar aquí, hoy ha acabado agotado.

—Es un país increíble, con un clima estupendo y son gente muy abierta y risueña, es normal que le guste, además aquí están mis raíces.

—Ahora este será nuestro refugio, nuestro sitio seguro.

De pronto, a lo lejos, se escucha una canción flamenca. Me levanto para bailarla a su lado contoneando mis caderas y levantando mis manos en el aire. Recuerdo que esta melodía le parecía extraña.

Sigo bailando para él y para mí hasta que termina la canción, y vuelvo a sentarme junto a mi marido.

Cuando estoy relajada, mi mano acaricia mi vientre en un acto reflejo y Viktor se da cuenta. Abre los ojos de forma desmesurada, rodea mi cintura con una mano mientras que la otra va hasta mi incipiente barriga.

—¿Es esto lo que creo que es?

Lo beso en los labios mientras sus manos siguen acariciando mi vientre.

Asiento feliz, estoy embarazada. Estaba esperando para contárselo, pero los cambios en mi cuerpo me iban a delatar de manera precoz.

Nos hacemos cosquillas hasta morir de la risa, nos desnudamos, nos acariciamos. Y finalmente hacemos el amor. Mi corazón aletea en el pecho, saber que esto que sellamos será para siempre, que jamás nada ni nadie se podrá interponer entre los dos…

Porque en todas las batallas…

En todas las guerras…

En todo lo malo que pueda haber en el mundo…

Solo hay una ficha ganadora.

Y esa es la del amor.

—*Ya lyublyu tebya bolsche, chem svoyu zhizn, moy malenkiy brilliant*.[4]

Fin

Otras obras de la autora

Plukman



Roxana, una agente secreta francesa trabaja para los servicios secretos de la DGSE. Su hermana gemela ha ido a una misión a Bucarest, y no ha respondido a la llamada de seguridad. Solo hay un motivo por el que una agente no respondería, así que solo le queda la opción de ir a buscarla.

Plukman, un traficante de armas. Se queda con parte de los envíos humanitarios que la UE, manda a Ucrania. Un hombre de rasgos duros, egoísta, ladrón y asesino.

¿Podrá Roxana amar al hombre que ha hecho desaparecer a su hermana?

Maximo



Siennna está atrapada en los recuerdos de un amor pasado. Cuando su padre, candidato a la presidencia de Colombia, le propone un matrimonio de conveniencia con el hombre más rico del país, ella acepta sin titubear.

Máximo, el hombre más poderoso y temido de la nación, ha decidido casarse con la joven hija del candidato presidencial. Como el narcotraficante más peligroso, está acostumbrado a obtener todo lo que desea. Sin embargo, sabe mejor que nadie, que hay cosas que el dinero no puede comprar.

*Soy un animal salvaje, solo tú puedes domarme**.***

Scape room



Rachel debe entrar en la cárcel por un delito que cometió. Cuando sale tiene deudas y solo una solución. Entrar en un juego donde puede ganar mucho dinero.
Seis concursantes, seis pruebas, un solo premio.
Liam quiere huir de su pasado.
Una mujer que lo incita a querer salir del juego.
Juego, sexo, seducción,... donde está prohibido enamorarse
¿Podrá el juego superar la realidad?

Ni el bien, ni el mal



Antonella vive con su familia en una de las ciudades más mágicas del mundo. Trabaja como guía turística en Roma.

Su vida se pone patas arriba cuando un hombre la contrata para hacerle de guía durante una semana, ese mismo hombre aparece en su vida como cliente de sus hermanos, pero aunque físicamente son iguales, ambos aseguran no tener ningún tipo de parentesco. Pero cuando la atracción a ambos empieza a ser inevitable, debe tomar una decisión. Porque sería demasiado egoísta elegir a los dos, ¿verdad?

Déjate envolver por esta novela romántica con toques fantásticos y escenas de muy alto voltaje. Donde la lujuria y la pasión están aseguradas.

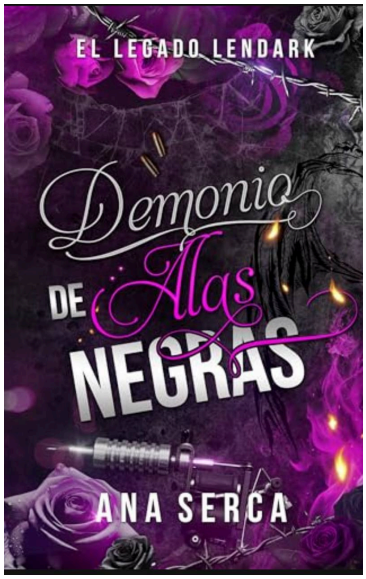
Ángel de alas negras



Rowan Lendark intenta rehacer su vida tras pasar su adolescencia en un correccional de menores por el asesinato de su expareja. Su padre, el mafioso más despiadado del país, le ha concertado un matrimonio de conveniencia para consolidar sus turbios negocios. Pero Rowan, con un alma atormentada y sedienta de libertad, planea su propia venganza.

Scarlett Collins, al morir su padre, se ve obligada a vivir con un tío y una prima cuya existencia desconocía hasta ahora. Su nueva vida no resultará fácil, en un ambiente de celos, odio y obsesiones.

Demonio de alas negras



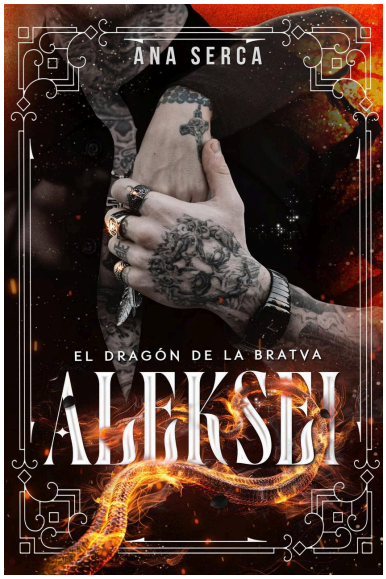
Sarah ha heredado la oscuridad de los Lendark. Estudia Psicología para entender su mundo un poco mejor, aunque su mayor pasión es hacer tatuajes. Nunca ha encontrado ningún hombre a su altura, pero todo puede cambiar cuando llega a la universidad un nuevo entrenador.

Jarek lleva treinta años odiando a su hermano e intentando recuperar lo que se le arrebató.

Con sed de venganza decide luchar por su legado.

No se juega con la comida, y mucho menos si esta podría ser tu sobrina.

Aleksei: El dragón de la Bratva



ANASTASIA es prometida al hijo menor de los Dragov, el futuro Pakhan. Siempre se ha sentido atraída por él, así que lo que era un simple negocio acaba en mariposas en el estómago.

ALEKSEI no sabe lo mucho que ansía ser el líder hasta que no aparece ella. La prometida que han elegido para su hermano y a la que él desea.

Lo que iba a ser una noche de celebración resulta todo lo contrario, desviando sus caminos hacia el odio más profundo.

Pero entre el amor y el odio solo resurgen las cenizas del fuego del dragón.

[1] Apodo cariñoso

[2] En Rusia, las Zakuski son una variedad de pequeños platos que se sirven antes de la comida principal o junto a bebidas, especialmente vodka

[3] Eres mi pequeño diamante

[4] Te amo más que a mi vida, mi pequeño diamante.